

La **TRAICIÓN** de las **SIRENAS**



Fernando Benzo Sáinz

LA TRACI3N DE LAS SIRENAS

FERNANDO BENZO SAINZ

Texto: Fernando Benzo Sáinz
Todos los derechos reservados

I

Mi padre, que era muy aficionado a concretar sus normas de educación en grandes máximas indiscutibles, solía decirme a menudo: "Si callas y observas, descubrirás lo que esconde cada persona. Pero si alguien llega a darse cuenta de que es observado, ten por seguro que nunca se mostrará tal y como es". De todos los principios esenciales que trató de inculcarme desde niño, creo que fué ése el único que acepté e incorporé a mi carácter. Quizás yo habría sido igual si no me lo hubiese dicho nunca, pero siempre accedí a otorgarle a mi padre el mérito de haberme convertido en un buen observador.

Para que la observación resulte una tarea útil es necesario que vaya acompañada de una adecuada capacidad para juzgar. Y ahí es donde siempre he fallado. Nunca he sabido o, tal vez, nunca me he atrevido a erigirme en juez de los demás. Cuando vuelvo la mirada hacia el pasado, a los años de la adolescencia - una horrible palabra para abarcar esa loca e incierta época de la vida en que todo se nos es dado sin pedirnos nada a cambio - y en todo lo que ocurrió después, soy incapaz de sacar ninguna conclusión. Para juzgar a alguien, tienes que sentirte superior a él. Y, ¿porqué habría de sentirme yo superior a todos ellos? Confieso que hubo un tiempo en que sí me sentí así. Cuando dejé la ciudad y salí de nuestro cerrado universo para estudiar Derecho en Madrid descubrí un mundo nuevo, de horizontes mucho más amplios que el nuestro, lleno de gente muy distinta a nosotros y que no por ello dejaban de ser interesantes y pensé que todos mis amigos y sus vidas y su forma de estar siempre mirándose al ombligo eran algo miserable e insignificante. Con la distancia, me creí que yo estaba por encima de todo eso y pude así juzgarles y lo hice con severidad. Pero, luego, cuando regresé diez años después, el sentimiento de superioridad había desaparecido y, a pesar de todo lo que ví, no fuí ya capaz de juzgarles. Seguí observando, sí. Eso era algo natural en mí. Incluso cuando parecía estar metido en el centro del huracán, seguía estando a la vez fuera, observándolo todo. Pero cuando tuve tiempo para reflexionar sobre lo ocurrido, para intentar sacar alguna conclusión, comprendí que ya era tarde, que el tiempo de las conclusiones había pasado y que no había nada que decir.

A veces me pregunto si a Jaime no le habrían ido mejor las cosas si hubiese sido un poco más observador. Él sí tenía el sentimiento de superioridad necesario.

En él, aquel sentimiento era algo innato. Nació sabiéndose superior y viviría toda su vida con el convencimiento de que lo era. Y no se debe confundir con engreimiento o con petulancia. Era sólo una certeza, una sabiduría, una seguridad de su superioridad sobre el resto de los seres humanos que vivían a su alrededor que le hacía creer que los demás sólo podíamos limitarnos a admirarle y a tratar de parecernos a él lo más posible. Y, tal vez, fué precisamente por la tranquilidad que le daba esa certeza por lo que nunca sintió la necesidad de utilizar su superioridad para sacar conclusiones. Porque si lo hubiera hecho, si se hubiese detenido a pensar, a observar sólo un instante, estoy seguro de que nada habría sido como fué.

Ésa sería siempre la gran diferencia entre él y yo. Jaime actuaba, se dejaba llevar por sus impulsos, era un sentimental y los sentimientos eran su único motor. Yo esperaba, observaba, trataba de llegar a los actos a través de la razón y, por eso, casi siempre era ya tarde cuando me decidía a actuar. Y ahora pienso que si él se hubiese parecido un poco más a mí y yo me hubiese parecido un poco más a él, muchas de las cosas que decidieron para siempre nuestras vidas no habrían ocurrido y todo habría sido diferente.

Pero supongo que eso es sólo una aventurada conclusión. Y, como digo, de lo único que estoy seguro es de que el tiempo de las conclusiones ya ha quedado atrás.

Llegué al Puerto a principios del verano. Era un verano indeciso. El sol iba y venía sin tomar una decisión definitiva, como si temiese no ser aceptado si se quedaba y ser despreciado si se marchaba. Había alquilado un pequeño bungalow en una esquina de la urbanización, un poco apartada de la zona de los chalets, en parte porque era lo único que me podía permitir pagar y en parte porque pensaba que eso me daría una cierta independencia. Cuando llegué, había llovido los dos días anteriores y el interior de la casa olía a madera mojada, a salitre y a moho pero, al menos, me consoló comprobar que me habían hecho caso en la agencia inmobiliaria y me habían dado un bungalow con vistas a la bahía. Me sentí contento de estar allí y la visión del mar y de las gaviotas que graznaban felices revoloteando sobre el agua y de los enormes barcos de la base americana permanentemente detenidos en el horizonte, todo ello tan familiar, tan cercano a la mirada y a la vez tan lejano en el recuerdo, me hizo olvidar todas las dudas y los temores que me habían acompañado durante el interminable viaje en tren y, luego, en el trayecto en taxi desde la estación, mientras volvía a atravesar las calles del pueblo y de la urbanización después de

tantos años.

Había pasado casi una década desde mi última visita al Puerto. Cuando acabé la carrera, me marché, tal y como siempre había deseado mi padre, a ampliar mis estudios en los Estados Unidos. Mi padre había muerto poco después y mi madre, agobiada por la soledad del enorme chalet en que vivíamos, decidió venderlo y mudarse a Toledo, a vivir con una hermana también viuda, de modo que mis vínculos familiares con el Puerto se fueron con ella. Pero no fué nada de eso lo que me había llevado a no regresar en diez años. Yo, incluso ante mí mismo, lo achacaba a que, al fin y al cabo, los períodos de vacaciones debía pasarlos con mi madre en Toledo y así se lo decía a todos cuando, los primeros años, antes de que se cansaran de insistir, me escribían o me llamaban diciéndome que fuera. Pero, en mi interior, sabía que no era ésa la razón, que había algo más profundo, más misterioso, algo inconfesable que me impedía volver atrás, a aquel escenario del pasado donde me esperaban escondidos tantos fantasmas. Era algo parecido al miedo, a ese temor irracional que el niño siente ante la oscuridad, lo que me hacía rechazar la idea de encararme con el lugar y las personas que habían compartido la mayor parte de mi vida, como si por volver me fuesen a arrebatar lo poco que había conseguido por mí mismo desde mi partida.

Viví en el Puerto hasta que cumplí los dieciocho años. De niño, vivíamos en la ciudad, en un piso del centro que resultaba demasiado grande para mis padres y para mí. Sin duda, ellos lo habían comprado creyendo que tendrían muchos más hijos y, después de que mi madre sufriera el segundo aborto y los médicos decidieran que lo mejor era vaciarla por dentro, no se trasladaron a un piso menor, quizás por pereza o tal vez por no ser capaces de aceptar con resignación que ya no vendrían más hijos. Tenía ocho años cuando se inició la construcción de la urbanización. Era un proyecto privado, de un grupo de las familias más ricas de la ciudad, que esperaban así poder mantenerse al margen del resto de los mortales. Al igual que todos sus amigos, mi padre compró una gran parcela y, por alguna razón que nunca comprendí, levantó un chalet aún más grande que nuestro piso, por lo que muchas de sus habitaciones nunca llegaron siquiera a utilizarse. La urbanización estaba a las afueras del Puerto, frente a la playa, que se convirtió en playa privada para los propietarios de los chalets, lo cual siempre tuvo enfadados a los del pueblo. Al principio, sólo íbamos al chalet en verano y los fines de semana desde Abril a Octubre. Luego, cuando convirtieron en autopista el pequeño tramo de carretera que unía el Puerto y la ciudad, vendimos el piso y nos trasladamos definitivamente al chalet. Lo mismo hicieron las familias de mis amigos. La urbanización era por aquella época como un

pueblecito poco habitado por donde los chicos campábamos a nuestras anchas. Seguíamos yendo al colegio en la ciudad - nuestros padres contrataron un autobús sólo para nosotros - pero, aparte de eso, rara vez salíamos de la urbanización. Aquél era nuestro pequeño universo, un mundo cerrado y propio, y era fantástico saber que todos los otros chicos del colegio nos envidiaban por vivir allí, en aquellos espléndidos chalets, con la playa y todas las calles para nosotros.

Con los años, fué aumentando el número de chalets y empezaron a llegar veraneantes de Madrid, de Barcelona y de Bilbao, pero nosotros siempre nos sentimos un poco por encima de todos ellos, como si tuviéramos más derecho que los que iban llegando a la urbanización, a sus calles o a la playa. Nos sentíamos pioneros y, por ello, diferentes a todos los demás. En los últimos años habían construído varios bloques de apartamentos y toda la zona de bungalows en que yo estaba y la urbanización había sacrificado su viejo encanto, su carácter de rincón privilegiado, para convertirse en un multitudinario centro de veraneo. Ya no era patrimonio exclusivo de gente adinerada y hacía unos años que los del pueblo habían ganado su guerra particular para que la playa dejara de ser privada. Pero, en el taxi que me trajo desde la estación, al ver la facilidad con que era capaz de indicar al conductor el camino a seguir a través de las enrevesadas calles de la urbanización sin vacilaciones, volví a sentir aquel viejo y estúpido orgullo, la sensación de pionero, de que todo aquello, en cierto modo, me pertenecía.

Aún no estaba seguro de porqué había regresado después de tanto tiempo. Yo quería atribuirlo a un repentino ataque de nostalgia: había superado la treintena y sentía por vez primera sobre mí el paso del tiempo y la necesidad de aferrarme al pasado, a los años en que tenía una juventud que ya nunca volvería. Además, tenía todo un largo verano por delante y no sabía cómo llenar tanto tiempo libre. Aquella primavera había abandonado el despacho de abogados en el que había trabajado desde mi regreso de los Estados Unidos. Había sido una decisión repentina y, a la vez, largo tiempo madurada. Estaba harto de aquel despacho, de tantos pleitos estúpidos entre inquilinos y propietarios o maridos y mujeres que no se soportaban. Aquélla no era la maravillosa y apasionante vida de un abogado que me pintaba mi padre cuando luchaba por convencerme para que siguiera sus pasos y estudiara Derecho en lugar de convertirme en un poeta bohemio como era mi intención, y, luego, cuando el cáncer ya le estaba devorando, para que me fuera a Estados Unidos. Le había oído decir tantas veces lo interesante que era esta profesión que creo que todo lo que hacía me parecía poco. Seguía esperando descubrir al fin ese mundo apasionante, hasta que, harto de esperar, dejé el despacho y me concedí a

mí mismo aquel verano para meditar sobre mi futuro.

Pero sabía que no era sólo la nostalgia o el deseo de meditar lo que me había hecho volver. Sabía que la principal razón por la que estaba allí, en aquel estrecho y un poco maloliente bungalow, era la carta de Jaime. No podía, por más que lo intentase, engañarme a mí mismo. Si no hubiese recibido aquella carta, quizás no habría regresado jamás. Esa era la verdad y no es que esperase que mi presencia pudiera servir de algo, cambiar el pasado o evitar lo que ya era inevitable, pero desde que leí la carta supe que estaba obligado, que necesitaba volver, caminar de nuevo por aquellas calles, ver otra vez aquel mar y a aquellas gaviotas. Necesitaba estar allí.

Jaime la dirigió a mi despacho. Probablemente, ni siquiera sabía mi dirección personal y preguntando aquí y allá debió de enterarse de dónde trabajaba. Me la entregó una de las secretarias con el correo del día. El sobre me llamó la atención al instante: tenía el membrete de las bodegas de Jaime. Conocía bien aquel símbolo comercial: dos estoques cruzados sobre una capa española. Mi padre había trabajado durante toda su vida como abogado de aquella empresa. De entre las numerosas bodegas de la zona, que habían logrado convertir el Puerto en un lugar famoso en todo el mundo por sus vinos, aquélla era la más importante. Perteneecía a la familia de Jaime y, de hecho, tras la reciente muerte de su padre, era el propio Jaime quien presidía el Consejo de Administración. No hacía mucho que su nombre y su foto habían aparecido en las más importantes revistas de economía anunciándole como "el joven y prometedor nuevo presidente de Bodegas España". Volver a ver aquel membrete en el sobre me trajo al instante viejos recuerdos: las noches de insomnio de mi padre, el ambiente de mal contenida tensión que se respiraba en casa cuando don José, el padre de Jaime, le encargaba a mi padre que se ocupara personalmente de un nuevo pleito con alguno de sus docenas de obreros; los nervios, los apresurados preparativos de mi madre cuando doña Rosa, la madre de Jaime, una mujer abúlica y solitaria que rara vez salía de su magnífico chalet, accedía excepcionalmente a venir a tomar el té a casa; la sensación de poder, la satisfacción que daba ir con Jaime cuando éste entraba en cualquier bar del Puerto y todos los parroquianos le saludaban poco menos que con reverencias y el dueño del bar se apresuraba a invitarle a un vino de sus bodegas... A pesar de que la mayoría de los propietarios de los primeros chalets de la urbanización, los pioneros, eran bodegueros, salvo mi padre, un par de médicos y un notario, ninguno de ellos era tan importante y tan respetado como don José. Él era algo así como el rey de aquella pequeña corte y todos lo aceptaban así sin discusión. Por eso, durante muchos años,

aquel membrete fué algo parecido al signo de la casa real para mí, algo muy serio y muy solemne, y a pesar de la distancia y del tiempo seguía impresionándome verlo.

Pero aquella carta no contenía ningún mensaje del rey. Sólo era una pequeña cuartilla, escrita con la fría letra de una máquina de escribir, que dejaba entrever claramente lo incómodo que se había sentido su autor teniendo que escribirla.

La abrí antes que cualquiera otra de las cartas y la leí con rapidez:

"Querido Emilio:

Es terrible tener que escribir una carta para darte esta noticia. Llevo un buen rato pensando cómo escribirlo, pero supongo que no hay otra manera más que ésta:

Paula se quitó la vida la semana pasada. Ninguno sabemos porqué lo hizo ni qué podía haber ocurrido en su vida para que se decidiera a tomar semejante decisión.

Como puedes imaginar, todos estamos destrozados por el dolor. Sé cómo te sentirás al leer esto y, aunque de poco pueda servir, te envío junto con esta dramática noticia todo mi cariño y mi infinita amistad.

Jaime"

Un mes y medio después de haberla recibido, de pié en la terracita del bungalow, volví a leer la carta, sin saber porqué la había traído conmigo, y volvió a parecerme tan estúpida como la primera vez que la leí en mi despacho. Tan mezquina, miserable y estúpida como si la hubiese escrito la propia Paula, como si fuese la nota de un suicida, porque siempre he pensado que esas notas son, digan lo que digan, mezquinas, miserables y estúpidas. Me sacaba de quicio esa ridícula expresión - "se quitó la vida" - para ocultar, suavizar, hacer más agradable al oído la simple verdad: se suicidó, se mató. A pesar de haber crecido en un mundo lleno de eufemismos, en el que no estaba bien visto llamar las cosas por su nombre, siempre había odiado esos falsos requiebros de la palabra ¿Porqué no había escrito "se mató", "se pegó un tiro", "se cortó las venas" o lo que fuera? Y aquello otro: "Sé cómo te sentirás al leer esto" ¿Cómo podía nadie saberlo?

Eso fué lo primero que pensé al leer la carta en mi despacho. Lo pensé incluso antes de que el dolor, los recuerdos, la soledad me axfisiase. Andes de decidir que, aunque ya era demasiado tarde, tenía que volver.

Y en ello pensé también ahora, relejendo la carta en la terraza del bungalow.

La noche había llegado en silencio mientras deshacía el equipaje y encontraba la carta entre la ropa. Volví a meterla en su sobre, fuí a guardarla en un cajón y regresé a la terracita, ansioso por respirar el aire del anochecer. Me llené de olor a mar los pulmones. Adoraba aquel olor. De niño, había tardes que cogía mi bicicleta y

me acercaba hasta la playa sólo para respirarlo un rato. El sol se había ocultado ya, aunque aún no había llegado la oscuridad ni la mayoría de las estrellas. Las plácidas aguas de la playa se habían coloreado de un intenso y opaco verde y las gaviotas se habían tornado negras al contraluz y sus graznidos se extendían por toda la bahía, nerviosos e insistentes, como si les inquietase la desaparición del sol. Era agradable estar allí, en la terraza, dejándome acariciar por la brisa salada sin mirar a nada en concreto.

Había traído en mi equipaje tantos libros como ropa y la idea de dejar pasar los días sentado en aquella terraza, leyendo, quizás escribiendo - ¡hacía tantos años desde mi último poema! - y, luego, al atardecer, bajar a pasear por la arena, me pareció tan deseable que casi me entraron prisas por que empezaran a pasar los días. No me imaginaba sumergiéndome en el ritmo de vida de los veraneantes, bajando a la playa a achicharrarme por las mañanas, obsesionado con el bronceado, para luego pasarme las noches recorriendo los bares del pueblo en busca de una conquista fácil. Había pasado así todos los veranos de mi vida hasta que cumplí los veintitrés y acabé la carrera y ahora me sentía un poco viejo para eso. A veces me sentía viejo para algunas cosas y, generalmente, me irritaba ser tan estúpido como para pensar que a los treinta y dos se es ya demasiado viejo para algo. Pero, en este caso, era un alivio creerse viejo y no sentir la necesidad de competir por un bronceado o una chica. Era fantástico ser libre para dedicarme sólo a leer, a escribir o a pasear sin tener que dar explicaciones a nadie, sin sentirte culpable por no estar viviendo con prisas.

Mientras pensaba en ello, llegué incluso a olvidarme de que allí, al otro lado de la calle, estaban todos los amigos con los que iba a reencontrarme, estaban sus vidas esperando cruzarse de nuevo con la mía, poco dispuestos a permitirme pasar el verano como un eremita. El sonido de la bocina del coche de Jaime me lo recordó con brusquedad. Sonó como un agudo trompetazo, imponiéndose sobre el silencio, acallando los graznidos de las gaviotas. Sonó una sola vez, un sonido seco y firme, y al instante supe que era él. Olvidé mis pensamientos y corrí a coger un jersey al dormitorio y bajé a saltitos la escalera, con el corazón latiéndome tan deprisa como el de una quinceañera que acudiese a su primera cita.

Jaime había aparcado frente al bungalow y estaba fuera del coche, apoyando la espalda contra él, sonriendo y con los brazos cruzados y no se movió mientras yo me acercaba, como si supiera la buena imagen que daba en esa postura y no quisiese estropear el efecto. Recuerdo que lo primero que pensé fué: "Dios mío, está magnífico". Llevaba una chaqueta marinera azul y un pantalón de tono crudo y

mocasines. El pelo rizado y con un brillo rojizo estaba, como siempre, peinado hacia atrás y le caía ligeramente por encima del cuello de su impecable camisa de rayitas celestes y blancas. Sonreía, con esa sonrisa segura que te hacía creer que lo que le alegraba no era tanto el verte como el que tú le vieras a él. El coche en el que se apoyaba era uno de esos pequeños y a la vez espectaculares descapotables deportivos, no sé si un Porsche, un Ferrari o lo que sea, de un color que hacía juego con su pantalón.

- Bueno - suspiré, cuando estuve frente a él -, estoy impresionado de verdad.

Los dos nos echamos a reír y nos abrazamos. Hacía años que no nos veíamos y, aunque menos, que no nos escribíamos ni nos telefoneábamos, si se exceptúan su cartita anunciándome la muerte de Paula y un telegrama mío diciéndole que volvía al Puerto, cuándo y dónde viviría. Pero hacía más años aún que nos conocíamos, desde que nacimos, y eso era suficiente para que al instante nos sintiéramos cómodos el uno junto al otro.

- No deberías haber dejado pasar tanto tiempo - me dijo él, mientras me abrazaba.

- Ya lo sé, ya lo sé... - susurré yo, avergonzado. En aquel momento, abrazado a mi viejo amigo, me parecía tan estúpido el desdén con que veía mi vida en el Puerto cuando estudiaba en Madrid como la indiferencia y el temor posteriores. Resultaban insignificantes todas mis razones para no volver junto a unos amigos como nunca, en ningún otro sitio, había encontrado.

Jaime se separó de mí y con ello dió por terminada la ceremonia de bienvenida. Al instante, se comportó como si me hubiese visto ayer y hoy sólo fuese otra noche más.

- Anda, sube al coche - me dijo - ¿Qué te parece?

- ¿El qué?

- ¡El coche, hombre! Un juguetito, ¿eh?

Me senté a su lado. Jaime giró la llave de contacto, el motor rugió dulcemente y el coche avanzó con fuerza. Durante unos segundos, condujo en silencio, supongo que para dejarme disfrutar de la comodidad del asiento de cuero negro, de la silenciosa velocidad, de la cómoda elegancia del automóvil. Luego dijo:

- Me ha costado una fortuna pero ¡qué demonios! ¿Y tú? ¿Qué coche tienes?

Le dije la marca de mi pequeño utilitario. Sonrió con condescendencia y, sin apartar la mirada de la carretera, por la que adelantaba a toda velocidad a las pandillas de chicos y chicas que se dirigían ya en sus motocicletas a la zona de los bares, abrió un pequeño compartimento entre los dos asientos y sacó un diminuto y sofisticado teléfono portátil que dejó en mi regazo.

- Ahí tienes - dijo - ¿Has visto este nuevo modelo de teléfono móvil? ¿Quieres hacer alguna llamada?

- No - dije, volviendo a guardar el teléfono, francamente poco impresionado por el aparatito - ¿A dónde vamos?

Su sonrisa se tornó enigmática. Siempre le habían encantado aquel tipo de cosas: sorprender a la gente, inventarse misterios donde no los había, llevarte de un sitio a otro sin decirte a dónde, hacer que te sintieras especial por el solo hecho de estar con él y ponerte en sus manos.

- Venga - insistí -, no juegues conmigo ¿A dónde vamos?

Él aparentó no haberme oído.

- ¿Qué tal en Madrid? - me dijo - ¿Te gusta tu trabajo?

- Lo he dejado.

Aquello le hizo apartar brevemente los ojos de la carretera para mirarme.

- ¿En serio? ¿Porqué?

- No lo sé - le contesté sinceramente - Supongo que no era lo que yo quería.

- ¡Eso es estupendo! - rió él, pasando una mano del cambio de marchas a mi rodilla, que apretó con afecto - Te daré un empleo en la bodega. Trabajaremos juntos, ¿de acuerdo? Como nuestros padres. Formaban un gran equipo, ¿te acuerdas?

- Sí - dije, sin saber por qué de pronto me sentía incómodo. Pero no pareció notarlo y siguió hablando con entusiasmo: - ¡Claro que sí! Tú y yo juntos, ¡vaya! Acabaremos con todos.

- Ya hablaremos de eso, ¿vale? Ahora dime a dónde vamos.

De nuevo regresó la sonrisa enigmática. Habíamos dejado atrás los bungalows y los bloques de apartamentos y estábamos ya en la zona de los chalets. La carretera se había ensanchado convirtiéndose en un agradable paseo, con palmeras y farolas a los lados y, tras ellas, asomando por encima de setos y vallas que las protegían de los curiosos, se alzaban las enormes casas, de dos o tres plantas, que se sucedían en un caótico conglomerado de estilos arquitectónicos - palacetes de influencia árabe, siglo XIX inglés, ostentación hollywoodiense, reminiscencias de Frank Lloyd Wright, puro renacentismo, incluso techos de pizarra suizos - según los gustos de sus adinerados propietarios. Pasé por delante de la que fuera mi casa y dejamos a un lado la calle en que vivía Paula y no quise mirar ni a una ni a otra.

- Vamos a casa de Tesa - anunció entonces Jaime - Hemos organizado una cena en tu honor. La vieja pandilla... Todos juntos otra vez. Por tu culpa, no hemos podido volver a estar todos juntos en diez años.

Pensé que aquella noche tampoco estaríamos todos, que en realidad ya

nunca podríamos volver a estar todos, porque Paula se había ido para siempre. Pero no lo mencioné. Jaime me miraba, ansioso por ver mi expresión de alegría ante la noticia, así que puse la expresión que él esperaba ver.

La casa de Tesa estaba en primera línea de playa, en el centro justo de la bahía. En realidad, era la casa de Alfredo, su marido. En mis tiempos, eran los padres de Alfredo quienes vivían en ella pero, como había ocurrido con casi todas las residencias familiares, ahora eran los hijos los que las ocupaban. Era una edificación blanca que se extendía a lo largo sobre una pradera de hierba muy verde y muy cortada, con dos pequeñas bóvedas acristaladas un poco cursis en las esquinas y un porche de columnas griegas en la parte posterior que había sido muy imitado en posteriores chalets de la urbanización. Frente al porche había una gran piscina en forma de riñón y, bordeando la finca, una hilera de pinos, tras los cuales se escondía el mar. Solía ser una de mis casas favoritas. Lo que más me gustaba era poder bañarme en la piscina a la vez que oía el ruido de las olas. Cuando aparcamos frente a ella y caminé hacia su entrada, me sentí tan transportado al pasado que por un instante llegué a creer que volvería a abrirme la madre de Alfredo en lugar de Tesa, la nueva señora de la casa.

La boda de Tesa y Alfredo había sido uno de esos sucesos que si antes de que ocurran te dijese que ocurrirá te reirías con escepticismo y dirías que es imposible. A pesar de que, como todos, se conocían desde niños y de los muchos amoríos que hubo entre nosotros, Tesa y Alfredo nunca dieron muestras en los años que estuve a su lado de sentir por el otro nada más allá de la amistad. Por ello cuando, estando aún en Estados Unidos, me escribió uno de los de la pandilla, no recuerdo quién, para contarme que Alfredo y Tesa no sólo se habían hecho novios sino que además pensaban casarse en menos de un año, lo primero que pensé fue que se trataba de una broma y me eché a reír. Y, en realidad, lo cierto es que, pensándolo bien, formaban una espléndida pareja. Los dos eran guapos, ricos y envidiados. Tesa había sido siempre la chica a la que todas las otras chicas de la urbanización observaban cuando querían saber cómo vestirse, cómo hablar o cómo enamorar a alguien y Alfredo era uno de esos grandes héroes de adolescencia - gran deportista, gran juguista, gran conquistador - que brillan con tanta intensidad que, al compararte con ellos, sólo puedes consolarte pensando que a partir de entonces sólo les espera el descenso. Además, aquella boda debía haber contado con el entusiasta apoyo de los padres de Tesa. Ella era, junto conmigo, la única del grupo cuya familia no tenía bodegas. Era hija de uno de los médicos de la urbanización y su madre había convertido en la meta de su vida el conseguir que su hija se casase con un

heredero de bodegas (había chicas envidiosas que decían a media voz que esa era también la gran meta de la propia Tesa y que no había más que ver cómo siempre coqueteaba sólo con los hijos de los bodegueros para comprobarlo, lo cual yo me permito negar, pues en aquella época Tesa coqueteaba absolutamente con todo el mundo) y Alfredo estaba llamado a dirigir una de las bodegas más importantes de la zona. Pero, a pesar de todo ello, su boda me siguió pareciendo algo irreal. Quizás porque siempre creí que se acabaría casando con Jaime o porque había rodeado a Tesa de una inflada leyenda de fascinación que me impedía verla convertida en la vulgar esposa de un solo hombre. Fuese lo que fuese, aún en el instante en que llamamos a su puerta, aun cuando llevaban ya varios años casados y eran padres de un niño, seguía conservando la estúpida esperanza de que alguien me dijese "¡te lo has creído!" y todos se riesen de mí y me contasen la verdad: que Tesa, la admirada Tesa, el sueño de juventud, seguía soltera, destrozando corazones, arrollando a su paso a todo el mundo, como siempre había sido.

Fué la propia Tesa quien abrió la puerta. Jaime estaba delante mía, pero ella me miró al instante por encima del hombro de él y nos quedamos así, mirándonos, con los ojos muy abiertos, durante una breve eternidad. Quise notar algún cambio, algo que me indicara que no era ya la misma, arrugas o un rastro de cansancio en la mirada o un decaimiento en su sonrisa, cualquier cosa, pero lo que más me turbó fué ver lo poco que había cambiado. Seguía igual. Con ese mismo atractivo fresco y carente de sofisticación, tan tangible y a la vez tan enigmático, que la había convertido en la gran fantasía, el sueño ideal de todos los chicos de la urbanización.

La mirada silenciosa terminó con una alegre carcajada de ella.

- ¡Caray, Emilio! No puedo creerlo...

Ignoró a Jaime y vino a rozar sus mejillas con las mías en dos besos de saludo. Luego, me cogió las manos y me extendió los brazos y me miró de arriba a abajo.

- ¡Pero si sigues igual! No has cambiado nada... Dime la verdad: ¿cómo me ves? Oh, Dios mío, debo parecerme una vieja gorda y fea.

Aquello me sonó como una broma absurda. Embutida en unos ceñidos vaqueros y con una camiseta blanca con un dibujo en el pecho, tostada ya la piel por el primer bronceado del verano, estaba tan joven, tan radiante, que sólo podía pensarse que era otra de esas chiquillas que habíamos dejado atrás en la carretera, yendo en moto con su primer novio. Seguía teniendo ese falso aire de debilidad tras el que escondía una firme personalidad que despertaba a la vez el deseo de protegerla y el temor de dejarte atrapar irremediablemente por sus encantos.

- Estás preciosa - dije, sin énfasis, porque no hacía falta insistir: ella ya lo sabía.

- Tonterías. Se me está desmoronando el cuerpo. Dentro de poco tendré que ir recogiendo los pedazos por el suelo. ¿Sabes una cosa? - dijo, llevándome de la mano al interior de la casa - Nunca te he perdonado que no vinieras a mi boda.

Fuí a poner alguna excusa, pero ella hablaba tan deprisa y con tanto entusiasmo que no me dió tiempo.

- Fué una boda preciosa. Hubo más de mil invitados. Pero no por eso me olvidé de que tú no habías venido. Siempre pensé que, si alguna vez te volvía a ver, sería lo primero que te diría. Y eso es lo que he hecho ¿No es estupendo?

No supe a qué se refería exactamente, así que no contesté. Me dejaba llevar de la mano a través de un salón cuyo mobiliario no se parecía en nada al que yo recordaba, guiado por Tesa y seguido por Jaime.

- Todos te están esperando. Bueno, no todos. Elisa y Pablo vendrán después de la cena. Tenían trabajo. Oh, Emilio... Ahora todos trabajan. Ya nunca tenemos tiempo para estar todos juntos. Las cosas han cambiado tanto...

Me pareció gracioso que fuera eso lo último que dijera antes de salir al porche posterior y encontrarme con los demás invitados. Allí, sentadas en sendos sillones en torno a una mesa en la que había platitos con canapés, estaban Meme y Pilar. Las dos se levantaron al verme y, por encima de la sorpresa del reencuentro o de lo incómodo que era llevar diez años sin verlas, lo que más me confundió, al igual que con Tesa, era ver lo poco que habían cambiado. Quizás las caderas de Pilar se habían ensanchado un poco y los rasgos de Meme se habían afilado, pero todo lo demás era igual: sus peinados juveniles, sus ropas más juveniles aún, su forma de sonreír, de mirar, de poner cara de sorpresa al verme, todo parecía una fotografía en movimiento del pasado.

- Bueno - dijo Pilar -, es agradable ver a nuevos solteros por aquí. Últimamente, los hombres de la zona no saben hacer otra cosa más que casarse - y, a la vez que me besaba, me dió un pellizco en el trasero. Todos nos echamos a reír.

- ¿Dónde está Alfredo? - oí preguntar a Tesa a mis espaldas, sin dirigirse a nadie en concreto - Debería venir a saludar.

Meme me saludó sin pellizcos. Tan sólo me besó y dijo "hola" y se me quedó mirando con una sonrisa incierta.

- Veo que llega alguien de fuera y en seguida os olvidáis de los de casa - dijo entonces Jaime, dispuesto a recuperar el protagonismo - Hola, cariño - besó a Pilar sonoramente en el cuello.

- El último buen partido de la ciudad - suspiró ella, con falsa afectación, y me dijo: - Llevo años intentando cazarle. Lo he intentado todo y no hay manera.

- Tú sabes que te quiero - le dijo Jaime.

- Sólo sé que me lo dices. Hay tantos que lo dicen y luego es mentira...

- Alfredo debería haber bajado ya.

Tesa se acercó a la mesita de los canapés y tocó el botón de un pequeño mando a distancia. Por un instante, se había ensombrecido su expresión pero, al volver a mirarnos, sonreía de nuevo.

- ¿Verdad que parece mentira que Emilio vuelva a estar con nosotros? Creo que este va a ser un verano muy especial. Tengo un presentimiento. Me gustaría tanto que fuera un verano especial...

Se oyeron pasos en el saloncito y todos nos volvimos a mirar. Una doncella de rasgos gitanos que estropeaban el efecto de su solemne uniforme se detuvo a la entrada del porche.

- Carmela - dijo Tesa -, ¿dónde está el señor?

- Creo que en su despacho, señora - dijo Carmela, que a duras penas intentaba disimular su fuerte acento andaluz -Hablando por teléfono.

De nuevo, una sombra atravesó el rostro de Tesa y su sonrisa la alejó con rapidez.

- Oh, este hombre, siempre igual... - protestó débilmente - Bueno, ya vendrá. Traíganos bebidas, Carmela ¿Qué queréis tomar?

- Lo mejor será - intervino Jaime adelantándosenos - que traiga un carrito con muchas botellas y mucho hielo. Vacíe el mueble-bar, Carmela. Hoy los señores vamos a emborracharnos.

- ¡Oh, Jaime! - rió Tesa - Ojalá lo dijese de verdad. Me apetece tanto una juerga.

- ¿De verdad? Entonces te alegrará saber que tengo pensado dar una fiesta en mi casa a finales de la semana que viene. Desde ahora mismo puedes considerarla como una fiesta en tu honor.

- ¿Lo dices en serio? - rió Tesa, jubilosa, con los ojos iluminados por la excitación.

- Por supuesto. Este verano todavía no he dado ninguna fiesta y ya va siendo hora. Invitaremos a todo el mundo.

Las tres mujeres parecieron alegrarse mucho con la noticia. Miré a Tesa y ella miraba a Jaime con unos ojos en los que, por encima de la alegría y la excitación, había un emocionado agradecimiento, el mismo agradecimiento con el que cualquiera miraría a alguien que acabase de salvarle la vida.

- Las fiestas de Jaime son famosas - me dijo Meme - Nadie da fiestas tan divertidas, tan bien organizadas y con tantos invitados como él.

- Son las fiestas con más solteros de toda la provincia - añadió Pilar.

Pero era Tesa la que se mostraba más entusiasmada.

- Yo te ayudaré a enviar las invitaciones - le decía a Jaime- Tiene que estar todo el mundo. Y la orquesta podría ser la misma que la del año pasado ¿No os dije que éste iba a ser un verano especial? Un verano como los de antes... Haremos una fiesta todas las semanas. La gente se pasará todo el verano bailando y emborrachándose y enamorándose de la mujer de su compañero de mesa. Será un verano lleno de escándalos...

Tesa parecía inyectada de una repentina y contagiosa vitalidad. Jaime la observaba complacido, satisfecho de haber despertado su entusiasmo con una sola promesa y los demás reíamos con ella.

- En cuanto a tí - me dijo cogiéndome del brazo -, yo me encargo personalmente de que tengas un amor de verano. Veamos... - estudió detenidamente con la mirada a Pilar, que puso un gracioso mohín - No, no creo que Pilar te convenga. Demasiado agresiva para tí. Tú siempre fuiste más romántico. Solías escribir poemas...

Entonces reparó en Meme, que había ido a coger un cigarrillo de la mesa.

- ¡Sí! - rió Tesa - Sin duda, Meme te irá mejor. Ella será tu amor de verano. Acaba de plantar a su último novio y necesita a alguien para olvidar. Seréis una gran pareja.

Pilar se apresuró a abrazarse a Jaime, aparentando una falsa tristeza.

- ¿Ves, amor mío? - le dijo - Sólo me quedas tú.

Pero Jaime seguía observando a Tesa, con la misma sonrisa de satisfacción congelada en sus labios.

- No nos va a quedar más remedio que enamorarnos.

Me volví a mirar a Meme. Se había acercado a mí y me miraba con sonrisa coqueta de mujer fatal. Nunca había tenido el hechizo de Tesa y Paula. Nunca había sido más que otra chica guapa, con su propia recua de perennes admiradores, pero sin alcanzar nunca la categoría de leyendas, de mitos, de las otras dos. Pero, mirándola ahora, pensé que había crecido bien, que bajo su aparente estancamiento

en el aspecto juvenil había madurado y prometía una inteligencia, unos matices que se le escapaban en la adolescencia.

- No vamos a decepcionar a Tesa, ¿no? - me dijo.

- Creo que no.

Por un momento llegué a creer que lo decía en serio. Pero luego abandonó la pose a lo Lauren Bacall y rió divertida.

- Es tan gracioso tenerte aquí otra vez - dijo - Siempre pensé que no volverías.

Carmela llegó con el carrito de las bebidas. Jaime se lo quitó de las manos y lo sacó al porche y empezó a llenar de hielo los vasos.

- Carmela, ¿el señor sigue hablando por teléfono? - preguntó Tesa.

- Creo que sí, señora.

Por un instante, Tesa pareció perdida, allí en medio, de pie. Miró a su alrededor, como si buscara algo que hacer, alguna manera de disimular su confusión. Por fin, fué a por un cigarrillo del paquete de la mesita.

- Oh, qué hombre... - murmuró mientras encendía el cigarrillo - Siempre pensando en el trabajo. Podía haber estado aquí para recibir a Emilio.

- No importa, Tesa - me apresuré a decir.

Ella me miró y sonrió sin alegría.

- Sí, claro. No importa. Da igual, da igual... ¿Porqué no nos sentamos?

Ayudé a Tesa a sacar algunas sillas y nos sentamos en torno a la mesita, mientras Jaime servía las bebidas. No había preguntado qué queríamos tomar pero a cada uno le sirvió algo diferente. A mí me puso whisky con gingerale, mi bebida favorita en los viejos tiempos.

- Espero que te siga gustando - me dijo.

Hubo unos segundos de silencio durante los que todos pensamos en algo que decir. Se oía, tras los pinos, el ronroneo del oleaje y los focos de la piscina derramaban sobre el césped una irreal luz azulada.

- Emilio, seguro que tienes muchas cosas que contarnos - dijo Tesa, cuando el silencio empezaba a ser demasiado largo.

Estuve a punto de empezar a hablar, pero me dí cuenta a tiempo de que podía resumir los últimos diez años en poco más de un par de frases y que ni siquiera sonarían interesantes, así que me limité a encogerme de hombros y a decir:

- Bueno, no sé, no he hecho nada en especial. Contadme vosotros.

- Nosotros tampoco hemos hecho nada especial - dijo Pilar, con deliberado hastío.

- No digas eso - protestó con rapidez Tesa - Hemos hecho muchas cosas especiales.

Los reflejos azulados de la piscina llegaban hasta su mejilla y titilaban

graciosamente en ella. Su belleza parecía ahora más adulta, menos deslumbrante, que cuando salió a recibimos. Tenía el tranquilo encanto de las mujeres que se sienten satisfechas de haber dejado atrás las locuras de la juventud para vivir una vida más pausada, una vida llenada con los pequeños placeres de la rutina doméstica, de lo cotidiano, de la seguridad de un marido y un hijo. Pero esa serenidad contrastaba con la emoción de su voz cuando dijo:

- Me apetece tanto tu fiesta, Jaime.

- Espero que, esta vez, Luisa Rocha no vuelva a empeñarse en tirarse desnuda a tu piscina - recordó Meme.

Todos rieron con el recuerdo y, pronto, la animación regresó y se olvidaron de que estaban esperando oír el relato de mis andanzas.

- No creo que lo haga - dijo Pilar - Ahora está liada con un concejal socialista que la ata muy corto.

- ¿En serio? Creí que seguía con aquel arquitecto... ¿cómo se llamaba?

- No, no - dijo Pilar - Lo del arquitecto duró sólo mientras les reformaba el chalet. Cuando acabó la obra, acabó el romance. Su marido empezaba a sospechar algo al ver lo que tardaba la obra. Ahora está con el concejal, estoy segura.

- Es increíble que ese estúpido marido no se entere nunca de nada.

- Bueno, él piensa que su mujer sólo es un poco excéntrica.

- ¿Sigue trabajando en tu bodega, Jaime?

- Es miembro del Consejo de Administración - asintió Jaime - Es un gran economista.

- Probablemente se consuele con su secretaria - dijo, riendo maliciosamente, Pilar.

Tesa, que mientras hablaban Meme y Pilar había perdido la mirada por las sombras de su jardín, atrapada por algún pensamiento peregrino que la había arrastrado muy lejos de allí, regresó a la reunión e hizo un gesto de cansancio.

- Dejadlo ya, por favor - dijo - Además, estoy harta de oír contar las aventuras de Luisa Rocha. Sólo es una desvergonzada. Y, la verdad, tener tantos amantes me parece de una enorme vulgaridad.

- ¿Tú crees? - rió Pilar - Yo estoy deseando casarme para poder tener un amante.

Todos reímos y, a través de las risas, se filtró el sonido de unos pasos que se aproximaban desde el interior de la casa. Nos volvimos a mirar. Era Alfredo. Mientras se acercaba, no miraba hacia nosotros. Llevaba los ojos bajos, sumido en íntimas cavilaciones. Luego, al salir al porche, alzó la mirada y me vió y sonrió al fin. Me levanté a saludarle. Aunque siempre había sido más alto que yo, me sorprendió advertir que ahora teníamos la misma altura. Sus hombros se habían desvencijado un poco, su espalda se había inclinado, haciéndole perder unos centímetros. En

comparación con los demás, el paso del tiempo parecía haberse ensañado con él. Tenía poco pelo ya en la frente y algunas canas en las sienes y, aunque estaba moreno, no había brillo en su piel, tan sólo una sombra cetrina. No era que aparentase más edad de la que tenía, era sólo que desentonaba con la juventud bien mantenida del resto. Cuando sonrió al saludarme las comisuras de sus labios no se levantaron con su sonrisa y la piel se le abultó ligeramente bajo los ojos.

- Es estupendo tenerte de nuevo aquí - me dijo, estrechándome la mano.

Tesa también se había levantado y vino junto a nosotros.

- ¿Quién era ese pesado con el que hablabas? - le preguntó, solícita.

- Un asunto de la bodega - contestó él con sequedad.

Jaime, desde su asiento, le preguntó:

- ¿Algo serio, Alfredo?

- Una tontería.

Fué al carrito a servirse una copa. Al verle de perfil se le acentuaban más aún los hombros cargados y pensando en ello no oí lo que me dijo.

- ¿Cómo?

- Digo que, como verás, todo sigue más o menos igual.

- ¿Quieres que te sirva yo la copa? - le interrumpió Tesa.

Alfredo negó con la cabeza. Tesa pareció de nuevo no saber qué hacer. Titubeó un poco y volvió a sentarse en silencio. Alfredo se echó un poco de whisky en un vaso, dudó y se echó un poco más. El sonido del líquido al chocar con el cristal pareció llenarlo todo.

- No deberías trabajar tanto, Alfredo - dijo Pilar con su voz saltarina.

- Alguien tiene que hacerlo - le respondió Alfredo.

- Pero es que Jaime te explota - insistió ella.

La frase quedó suspendida en el aire como un moscardón impertinente. Alfredo me miró apenas un instante, lo suficiente para ver el interrogante de mi expresión. Meme carraspeó y Jaime se apresuró a decir:

- Por cierto, llamaron los de Londres. Estaban muy satisfechos con aquel asunto.

- Me alegro - le contestó Alfredo sin entonación.

Yo no entendía nada. La familia de Alfredo tenía su propias bodega y, aunque mantenían la cordial rivalidad característica entre todas ellas, funcionaba con independencia de la de la familia de Jaime. Pero, por lo dicho, parecía que ya no era así y que había algo en ello que incomodaba a todos.

- Luego me gustaría enseñarte la pista de squash que hemos construido en el sótano

- me dijo Alfredo, con la evidente intención de cambiar de tema.

- Me encantará verla.

- Alfredo es un gran jugador de squash - intervino Tesa, desde su sillón - Siempre gana a Jaime ¿Verdad, Jaime? Acuérdate que siempre ganaba el torneo de tenis de la urbanización.

- Todos los demás eran muy malos - dijo Alfredo, aunque me pareció que le halagaba el recuerdo.

Pilar rió una vez más y el sonido agudo de su risa fué acompañado del ruidoso tintineo que hacían las numerosas pulseras que cubrían sus antebrazos.

- Siempre llegaban a la final Jaime y él - dijo - y, claro, nosotras teníamos que animarles a los dos a la vez para que ninguno se enfadase.

- Pero Alfredo siempre fué el mejor - dijo Jaime, cortésmente, mirando fugazmente a Tesa.

- Dejadlo ya - protestó Alfredo - Así están siempre, Emilio. Hablando y hablando del pasado ¿Quieres ver ahora la pista?

- Pero, querido, vamos a cenar ya.

Alfredo miró con dureza a su esposa.

- Sólo será un momento.

Tesa se encogió de hombros y renunció a decir nada más. Me sentí incómodo. Era como si, yéndome o quedándome, tuviese que dar la victoria a uno de dos bandos rivales. No supe qué hacer. Pero Alfredo me rodeó el hombro con los brazos y me instó a acompañarle, así que fuí con él. No esperaba sentirme más impresionado por una pista de squash en un sótano que por un teléfono en un coche, pero traté de parecer entusiasmado cuando le dije:

- Me muero de ganas de ver qué aspecto tiene.

Cenamos en un pequeño comedor en un lateral de la planta baja de la casa. Cuando nos dirigíamos a él, Tesa, cogida de mi brazo, me contó que ella personalmente se había encargado de adquirir un nuevo mobiliario y de redecorar toda la casa. Los padres de Alfredo, me explicó, estaban ya un poco mayores para seguir viviendo en aquel enorme chalet y habían decidido regresar a la ciudad, a un piso más sencillo, en el que les resultaba más fácil manejarse, así que les habían dejado a ellos la casa de la urbanización. El comedor era una habitación rectangular. Una de las paredes era una gran cristalera que daba al jardín y las otras tres estaban cubiertas por sobrios aparadores de caoba que mostraban con ostentación una

nutrida colección de objetos de plata. La mesa estaba preparada con todo detalle y, a pesar de la araña encendida que colgaba del techo, en el centro había dos candelabros de plata repujada con tres velas encendidas en cada uno.

Tesa se encargó de distribuirnos en la mesa. A mí me sentó entre ella y Meme. "Estoy decidida a que os enamoreis", dijo. Jaime se sentó al otro lado de ella. Los platos fueron servidos con una estricta observancia de las normas más clásicas de protocolo por Carmela y otra doncella, cuyo nombre no llegué a oír, que dejó caer una panera al recoger el segundo plato, lo que hizo que la cara de Tesa se crispase momentáneamente en una expresión de intensa, exagerada rabia contenida.

No fué una cena agradable y creo que todos nos dábamos cuenta de ello y luchamos inútilmente por evitarlo. Toda aquella solemnidad - las dos doncellas yendo y viniendo, las velas, los numerosos cubiertos - impedían que la conversación fluyera con naturalidad. Saltábamos de un tema de conversación a otro sin detenemos en ninguno demasiado tiempo, como si al iniciar cada uno creyéramos que bastaría para toda la cena y, al poco, descubriéramos desilusionados que ya no daban más de sí. Pilar contó algunas historias, más o menos escandalosas, de gente que yo no conocía hasta que Tesa volvió a decir que estaba harta de tantos cotilleos, que odiaba ver cómo todo el mundo se divertía siempre criticando a los demás. Luego, alguien recordó algunas historias divertidas del pasado, anécdotas mías o de Jaime o de cualquier otro, y Tesa pareció animarse y rió mucho recordándolas, pero fué entonces Alfredo quien de nuevo pidió por favor que no empezasen otra vez a hablar del pasado. Yo intenté sacar la conversación adelante preguntándoles a Jaime y Alfredo qué tal iba el mundo de las bodegas, pero aquello fué aún peor. Los dos me miraron con miradas extrañas, contestaron "bien" o "como siempre" y quedaron callados. Fué en ese momento cuando la criada dejó caer la panera y la cara de Tesa se contrajo iracunda. Habláramos de lo que habláramos, siempre terminábamos en un incómodo silencio que alguien, tarde o temprano, luchaba por romper con cualquier comentario banal. Era como si existiera un pacto tácito de no permitir que, aunque fuese diciendo bobadas, se apoderase ni un solo segundo el silencio del pequeño comedor.

Yo aprovechaba los momentos en que más viva estaba la conversación para observarles a todos. Tesa y Pilar eran las más habladoras. A Pilar nunca había habido quién la callara. En cuanto a Tesa, hablaba muy animada y, de vez en cuando, fijaba su mirada en Alfredo y en esos momentos volvía a aparecer una sombra en su cara y callaba brevemente para luego, ignorando alguna idea pasajera, recobrar la sonrisa y seguir hablando. Alfredo y Jaime, en cambio, eran los más silenciosos. Alfredo

parecía concentrarse en su comida y sólo decía algo cuando se le preguntaba directamente y Jaime se desenvolvía como pez en el agua en todo aquel protocolo. Se encargaba de servir el vino, sin permitir nunca que ninguna copa quedara vacía, y vigilaba que se sirviesen o retirasen los platos en el momento oportuno como si fuese él el anfitrión. Yo intenté seguir el hilo de todas las conversaciones, más por educación que por interés, y Meme osciló entre el silencio y la charlatanería, sin perder nunca una sonrisa divertida, quizás irónica, que se había alojado cómodamente en sus finos labios.

Estoy seguro de que todos nos sentimos aliviados cuando, después del café, pudimos salir de allí y regresar a la frescura y la informalidad del porche. Meme recorrió el trecho del comedor al jardín a mi lado y aún conservaba la misma sonrisa.

- ¿Porqué sonríes así? - le pregunté - Parece como si te rieras de todo esto.

- No lo sé - me dijo - Es que me hace gracia todo esto ¿A tí no?

Nada más salir al porche, Alfredo dijo que le disculpáramos un momento y desapareció en el interior de la casa. Tesa le vió marcharse y, apenas unos segundos después, fué tras él.

- Caramba, caramba - dijo entonces Pilar -. Ya estamos como siempre...

Jaime, que de nuevo se había encargado de servir las bebidas del carrito, la miró recriminadoramente.

- Pilar, será mejor que te calles.

- Oh, pero si no he dicho nada - dijo Pilar, poniendo una exagerada y burlesca expresión de inocencia - Los señores pueden retirarse a sus habitaciones siempre que quieran. A los señores les gusta pelearse un ratito después de la cena. Es una costumbre familiar. En seguida estarán de vuelta.

- Eso no tiene gracia - le dijo Jaime, con mirada y voz de acero.

Pilar se recostó en uno de los sillones con afectación, haciendo tintinear sus pulseras.

- Ya sé que no la tiene.

Meme me miró con su perenne sonrisa y comprendió lo confundido que estaba.

- Ven - me dijo, cogiéndome del brazo - Te enseñaré la piscina.

Los dos nos alejamos por el jardín hasta detenernos al borde del agua, iluminada por unos focos blancos cuyo haz se diluía en el reflejo azul de las losetas. En el porche, Jaime y Pilar hablaban en inquietos cuchicheos que no acerté a descifrar.

- ¿Eres millonario? - me preguntó Meme repentinamente, mientras observábamos el

agua.

- Me parece que no.

- Bueno, es una pena...

Una cálida y acogedora música surgió entonces de la nada y se extendió como un manto de paz por el jardín. Al poco, la voz de Frank Sinatra se elevaba sobre los acordes de la orquesta. En la penumbra del jardín, el agua de la piscina y los pinos y el césped parecieron brillar, aumentar de color y una apacible alegría se apoderó de todos al son de la canción. Tesa reapareció en el porche con su mejor sonrisa.

- Alfredo bajará ahora - dijo - He pensado que os apetecería escuchar un poco de música. Incluso podríamos bailar.

A pesar de la distancia, no dejé de advertir que estaba más pálida que cuando se fué y que se le habían marcado unas pequeñas arruguitas a ambos lados de la boca. En la esquina de uno de sus ojos temblaban aún los restos de una lágrima.

- Claro, Tesa - le dijo Jaime, sonriendo - Bailemos, bailemos.

Y, enlazándola por la cintura, la llevó al centro del porche e inició con ella algo parecido a un vals. Aquéllo fué lo mejor de toda la noche, lo que más nos animó a todos. Jaime y Tesa formaban una espléndida pareja de baile y se movían con verdadero estilo. Él la guiaba, sujetándola con firmeza por la cintura, y ella apoyaba una mano en su hombro y la otra en la mano de él con suavidad, unidas ambas, prendidas de la nada a la altura de sus hombros. Se deslizaban sobre el mármol del porche con una sorprendente ligereza, como si fuera la brisa lo que les moviera de un lado a otro haciéndoles girar, y Meme, Pilar y yo nos dedicamos a observarles, hipnotizados por aquella estampa un poco ñoña y pasada de moda que ambos formaban.

Alfredo regresó también al porche y apenas dirigió una inexpresiva mirada a la pareja, que no se había percatado de su presencia, antes de ir al carrito a servirse un whisky. Nada más verle aparecer, Meme me dió un codazo y susurró:

- Anda, date prisa, vamos a bailar también.

- ¿Porqué?

- ¿Qué quieres? ¿Que sólo bailen Tesa y Jaime?

Así pues, Meme y yo también iniciamos el remedo de un vals, siendo ella la que me guiaba a mí. A su vez, Pilar se levantó del sillón tras intercambiar una mirada con Meme y fué a decirle a Alfredo que bailara con ella.

- No, gracias - dijo éste - Es una bobada. Bailar un vals en verano... Éste no es el palacio de Sissi.

Por fin, la canción terminó y volvimos a reunirnos en torno a la mesita. Tesa

reía encantada.

- A veces se me olvida lo mucho que me gusta bailar. Debería hacerlo más a menudo.

- Eres una bailarina estupenda - le piropeó Jaime - Siempre lo fuíste.

- Gracias, Jaime. Eres tan galante - contestó ella, a la vez que iba junto a su marido - ¿Bailarás luego conmigo, Alfredo?

Y, por primera vez en toda la noche, la tensión de los labios de Alfredo se aflojó y asomó a su boca una tierna sonrisa al mirar a su mujer.

- A lo mejor.

- ¿A lo mejor? - ella rió y le besó en los labios - Siempre te ha gustado hacerte de rogar para todo - le dijo, con un mimoso ronroneo.

- Pero nunca te digo que no a nada.

Los dos se sonrieron y volvieron a besarse.

- ¿Alguien quiere otra copa? - dijo Jaime, dando la espalda a los zalameros esposos para ir junto al carrito.

- ¡Claro! - exclamó Pilar - ¡Bebamos todos! ¡Emborrachémonos de una vez!

Miré a Meme y al ver su sonrisa comprendí que seguía haciéndole gracia todo aquello.

Tras lo que, al parecer, había sido una escena pública de reconciliación entre Alfredo y Tesa, todo fué como la seda el resto de la noche. Sinatra dejó paso a música de sevillanas y bebimos hasta vaciar las botellas del carrito. Jaime le pidió a Alfredo que sacara algunas botellas de vino y, al igual que el que sirviera durante la cena, me sorprendió que Alfredo trajera botellas de "Bodegas España", la bodega de Jaime, y no de la suya. Era ya bastante tarde y estábamos ya todos un poco borrachos cuando llegaron Elisa y Pablo. Pidieron perdón por el retraso y explicaron que se habían encontrado con unos conocidos en el Puerto que insistieron en invitarles a una copa y, dada la facilidad con que se unieron a nuestro jolgorio, fué de suponer que también estaban ya bien servidos de alcohol. Tampoco ellos habían cambiado demasiado. Empezaba a pensar que, aunque a mí me pareciese toda una vida, tal vez diez años no fuesen tanto y todos seguíamos siendo los de antes. Pablo había pasado ya por un matrimonio fracasado, una turbia historia que yo sólo conocía a medias con una chica demasiado joven y demasiado frívola que apenas duró un par de años, y había salido de todo ello con menos pelo, alguna arruga y un

aire de cansada resignación, parecido y a la vez diferente del aspecto fatigado de Alfredo. En cuanto a Elisa, que seguía conservando la belleza de sus grandes y rasgados ojos azules y el intenso y hermoso tono oliváceo de la piel, había engordado y se peinaba con una sencilla coleta que no le favorecía y estaba más cerca de parecer una asentada madre de familia que una jovencita alocada y juerguista. Desentonaba un poco y, sin duda, salía perdiendo al compararla con Tesa, Pilar o Meme.

Todos bailaron sevillanas con la perfecta y natural técnica adquirida por muchos años de fiestas flamencas, quizás incluso transmitida genéticamente por sus padres. Nada que ver con la sosa precisión de los alumnos de academia. Tesa no paró un instante. Incluso cuando los demás empezaban a dejarse caer, exhaustos, en los sillones, ella seguía insistiendo a cualquiera de los hombres para que, venga, sólo una, haz un esfuerzo, que no se diga, bailara otra más con ella. Hubo de ocurrir aquel pequeño detalle para que perdiera al fin la animación. Para los demás no debió parecer nada especial, pero en mí dejó un extraño poso de inquietud, algo difícil de explicar, un destello de algo imposible de concretar que, más adelante, me vendría una y otra vez a la memoria.

Tesa bailaba con Jaime. Eran ya los únicos capaces de tenerse en pié. Bailaban una de esas sevillanas lentas, arrastradas, románticas, que parecen más una saeta que una canción para bailar. Bailaban mirándose a los ojos, ella con esa actitud de femenina rendición que requiere el flamenco más sentimental, él con la viril apostura que se espera de los hombres de la tierra. No había más que observarles para comprender que ambos estaban muy lejos de allí, del porche, de nosotros, de la noche, perdidos en un mundo en que todo era rasgueo de guitarra y voz quebrada, girando, cruzándose, encontrándose a la mitad del camino sin que hubiera a su alrededor nada que no fuera el contacto de la mano en la cintura y el abrazo de sus miradas.

Entonces ocurrió. Un niño pequeño, de apenas cuatro años, entró en el porche descalzo, con un pijama con elefantitos de colores, el pelo revuelto y los ojos medio cerrados y fué hasta Tesa y le tuvo que dar varios insistentes tirones de la camiseta para atraer su atención.

- Mamá, la música está muy alta. Me habéis despertado y no me puedo dormir.

Tesa se volvió y fué ese instante, cuando vió al niño y regresó de su mundo de baile, de miradas, de frases nunca dichas, de olor a vino y a mar y a hierba, de música romántica y románticas parejas, el que se impregnó con fuerza en mi mirada. Fué la expresión de la cara de Tesa lo que, luego, regresaría recurrentemente a mi

memoria.

Tesa se volvió y se acuclilló para abrazar al niño.

- Cariño, lo siento, lo siento mucho...

Le abrazó con fuerza, cerrando los ojos. Y, cuando volvió a abrirlos, ya no era la elegante bailarina, ya no recordaba siquiera el baile, los sentimientos y a Jaime, que se quedó a su lado, interrumpido a la mitad de un giro, sin saber qué hacer. Y, en aquel instante, con el niño en sus brazos, ví a Tesa muy envejecida, con arrugas en la frente y los ojos enramados y la piel del cuello caída, con un profundo cansancio que le pesaba sobre los párpados y un ligero temblor en las manos. La ví con sesenta, setenta, cien años porque, en cierto sentido, supe que ella se sentía así. Y, repentinamente, sintiéndome culpable por haberme olvidado de ella, sentí una intensa y dolorosa nostalgia de Paula.

En realidad, la reunión terminó cuando Tesa se fué con su hijo para acostarle y Jaime y ella dejaron de bailar. Pero aún estuvimos un rato más en la casa. Pilar intentó animarnos montando su numerito especial. Siempre había sido como una tradición y me sorprendió que aún la mantuvieran.

- ¡Eh, Pili! ¡Haz el cuchi-cuchi - le pidió Jaime.

- ¡Claro! Vamos, Piluca, hazlo - le apoyó Pablo.

Pilar se hizo la remolona, pero estaba claro que lo haría. Aquellos eran siempre sus grandes momentos. Cuando, por una u otra razón, Tesa y Paula no estaban presentes y la atención masculina se centraba en ella.

- Chicos - dijo, en un débil tono de queja -, ya no tengo edad...

- Por favor, hazlo, hazlo...

- Vale, vale, chicos. A petición popular...

Así que todos hicimos lo que habíamos hecho cientos de veces. Los hombres simulamos todos a una con la boca el sonido de un tenso y expectante redoble de tambores y Pilar se levantó e hizo su famoso cuchi-cuchi. Era un baile que se basaba fundamentalmente en el movimiento del pecho y, ciertamente, el pecho de Pilar tenía una gran capacidad de movimiento. Resultaba de una extraordinaria ordinariez, pero siempre había sido una especie de tradición en la pandilla, un rito privado. Pilar sabía que en el juego de las sutilezas nunca tendría la maestría de Tesa y Paula. Por ello, utilizaba sus evidentes encantos con una descarada franqueza y, al menos, se garantizaba así una momentánea atención de los ojos masculinos. Lo más sorprendente era que, después de tanto tiempo, aún siguieran siendo ésas sus armas de seducción. Resultaba aún más cómico que antaño verla allí, meneando su pequeño y voluptuoso cuerpo, al son de nuestros falsos tambores y sus pulseras,

pero también resultaba un poco triste.

- Gracias, Pilar. He echado tanto de menos tu cuchi-cuchi - le dije cuando terminó y todos reímos y aplaudimos. Pero Tesa regresó en aquel momento y nos pidió que no hiciéramos tanto ruido.

- El niño tiene que dormir. Lo mejor será que todos nos vayamos a la cama.

Sus ojos brillaban con un rastro de melancolía mientras, uno a uno, le dábamos un beso de despedida.

- Las noches ya no son tan largas - me dijo, a modo de disculpa, cuando la besé - De verdad espero que éste sea un verano especial.

- Lo será - le dije, intentando devolverle la sonrisa - Ya verás como lo será.

Pero aquella sombra que iba y venía de su cara se había detenido definitivamente.

- Sí, seguro. Siempre lo son...

Nos despedimos en la entrada de la casa, antes de repartirnos en los coches. Meme se ofreció espontáneamente a llevarme. Jaime, que también se mostraba taciturno, me dijo que me llamaría por la mañana y todos los demás volvieron a repetirme lo mucho que les alegraba mi regreso.

Meme y yo permanecimos callados en su pequeña y coqueta ranchera durante buena parte del camino de vuelta. Algunos de los grupos de chicos y chicas que había adelantado Jaime a la ida regresaban ya también a sus casas, rompiendo el trompeteo de los tubos de escape de sus motocicletas la cálida placidez de la madrugada. Sentado en el coche en silencio, se apoderó de mí ese inevitable regusto de melancolía que deja el alcohol y la música y las risas cuando se van, esa falsa melancolía que en realidad sólo es la antesala del sueño. Pensé en Paula y, por primera vez en toda la noche, caí en la cuenta de que nadie la había nombrado ni una sola vez. Nadie parecía recordarla. No hacía ni dos meses que se había ido, que todos ellos habían recibido la terrible noticia y habían estado en su entierro y habían llorado por ella y ni una sola vez, ni siquiera una, habían dicho su nombre. Ni siquiera cuando se habían recordado historias del pasado. Como si ella no hubiese estado allí. Como si nunca hubiese existido.

- ¿Qué te parecen? - me preguntó entonces Meme, tal vez adivinando que yo necesitaba un poco de charla para dejar a un lado los pensamientos.

- ¿Qué me parecen quiénes?

- Alfredo y Tesa.

Ella seguía mirando al frente, a la carretera, y en su perfil volví a ver aquella sonrisa irónica.

- No lo sé - dije - Supongo que me parece bien.

- Tendrás que haberles visto de recién casados - Meme sonrió admirativamente - Eran una pareja increíble. Tan guapos, tan jóvenes... Les veías y pensabas que se comerían el mundo, que conseguirían absolutamente todo lo que se propusieran. Eran algo así como la culminación, la obra maestra en que se resumía todo lo que los demás habíamos soñado siempre. Como si ellos fuesen el fruto perfecto de la urbanización, de nuestras familias, de todo nuestro mundo. Como si todo hubiese ocurrido con la única finalidad de acabar reuniéndolos a ellos dos. No sé si me entiendes...

- Creo que sí.

- Les teníamos tanta envidia... No había nadie que no les envidiara. Nos parecía que nunca podríamos conseguir todo lo que ellos tenían. A veces pienso que si la mayoría seguimos sin casarnos ha sido porque nos sentíamos incapaces de estar a su altura.

Meme rió sin alegría.

- Y ya ves...

Aquellas últimas palabras quedaron flotando en el silencio. Estuve tentado de decirle "ya ves, ¿qué?" pero algo me dijo que no debía hacerlo. Aquello había sido una especie de confesión espontánea, algo inconsciente e impulsivo, y aunque yo ni siquiera sabía qué era lo que Meme pretendía confesarme, comprendí que no debía forzarla a seguir hablando.

Ella rió y su voz volvió a sonar alegre y despreocupada.

- Pilar debería dejar ya su cuchi-cuchi ¡Dios mío! En la última fiesta de Nochevieja montó su numerito en pleno club social, delante de todos nuestros padres y la plana mayor de la ciudad. A su madre casi le dió un soponcio... -reímos y un peso que nos había hundido en el silencio y en la noche se disolvió como si nunca hubiese existido - Seguro que vuelve a hacerlo en la fiesta de Jaime. Te gustará la fiesta. Son algo increíble. Nunca nadie en la urbanización dió fiestas como las suyas. Jaime es tan...

Tampoco llegó a terminar aquella frase. Habíamos llegado a mi bungalow. Meme detuvo el coche bajo la luz de una farola, la besé en la mejilla y me bajé. Me llamó cuando ya entraba en la casa.

- Emilio...

Me volví. Me miraba con su sonrisita a través de la ventanilla.

- ¿Sí?

- ¿De verdad crees que vamos a enamorarnos este verano?

- No lo sé.

Los dos reímos. Le dije adiós con la mano mientras arrancaba y se alejaba. Luego, entré en el bungalow, subí a mi dormitorio y salí a la terracita. Me quedé un rato escuchando sin verlo el oleaje. Hasta que, desde una esquina, llegó el haz del faro iluminando una franja de la noche y con él regresaron los pensamientos.

El faro se alzaba en un extremo del largo dique que cerraba la bahía. Era un pequeño faro que daba una luz de un verde mortecino, avisando de la existencia del dique. Hubo un tiempo en que aquel faro y aquel dique fueron muy importantes en mi vida. Allí era donde todos íbamos con las motos y los coches para besarnos y manosearnos a escondidas con nuestras conquistas. Sólo era otra tradición, porque todos íbamos al mismo sitio buscando intimidad, así que acababa estando tan concurrido como la zona de los bares y lo normal era que te encontraras por allí a todo el mundo. Una sola vez, una noche, fuí allí con Paula. Fué poco antes de que me marchara a estudiar la carrera. Una sola vez. Después de todos aquellos años en que volvía a casa y, desde la ventana de mi dormitorio, veía la luz del faro recorriendo las aguas y pensaba, sabía, que allí, bajo aquella luz, estaría Paula con cualquier otro. Era tan doloroso ver en la distancia aquella luz. Sólo una vez, una sola vez, fuímos al faro los dos juntos.

El haz atravesó la bahía y entró en la terraza y su destello verde me deslumbró y el dolor, aquella nostalgia que escocía como una punzada, como una herida aún abierta, igual a la que había sentido al ver a Tesa envejecida, abrazada a su hijo, regresó y se fué con la luz del faro. Luego, volvió la noche y el silencio de las olas.

Al día siguiente, me levanté tarde y con dolor de cabeza. Me despertaron las voces de los veraneantes que abarrotaban ya la playa. Me quedé en la cama, despierto, mucho rato. Todos mis libros siguieron metidos en la maleta y comprendí, tumbado sobre las sábanas sudadas, que no pasaría aquellas vacaciones de la manera que tenía planeada.

El Puerto y la urbanización estaban separados por apenas medio kilómetro de carretera pero eran dos mundos tan diferentes entre sí que bien podrían haber sido dos planetas separados por toda una galaxia. En realidad, el pueblo no era gran cosa: un pequeño laberinto de calles mal adoquinadas, un puerto maloliente y sin más uso que dos o tres pesqueros y un paquebote para turistas que recorría la bahía y, en las afueras, junto a varios bloques de humildes viviendas subvencionadas, los señoriales almacenes de las bodegas, en donde se apilaban las botas de vino que habían traído la riqueza a unas cuantas familias y un trabajo estable a la mayoría de los paisanos. El pueblo vivía del y para el vino y el precio que tenía que pagar a cambio era soportar la intromisión de los veraneantes y condescender con el engreimiento de los hijos de sus jefes, que a su vez serían sus nuevos jefes en el futuro: los niños de la urbanización - nosotros en su día y los que ahora ocupaban nuestro lugar -, obligados sus habitantes a mostrar una cierta sumisión ante los que tenían apellidos bodegueros, la mano que les alimentaba. Los jóvenes del pueblo eran los que peor llevaban esa obligación de respeto y los jóvenes de la urbanización lo sabían e intentaban imponerlo. De vez en cuando, había alguna sonada pelea entre los chicos de la urbanización y los chicos del pueblo, verdaderas batallas campales con declaraciones de guerra en toda regla, que nunca terminaban con un acuerdo de paz sino tan sólo con un pacto de tregua más o menos duradero. Pero la mayor parte del tiempo unos y otros vivían en una mutua indiferencia, respetándose el territorio de cada uno - bares, zonas de playa, discotecas, todo perfectamente delimitado y diferenciado -, como harían dos tribus vecinas y enemigas, dos razas diferentes y orgullosas, que a pesar de tantos años de convivencia y vecindad nunca se mezclaban ni confundían.

Yo nunca había sentido animosidad hacia el pueblo o sus gentes. De hecho, me gustaba el ambiente que solía tener en las noches de verano: las familias enteras que se sentaban en las mesitas a la entrada de los bares a comerse un cucurucho de camarones, el olor a fritanga y a fino que salía de su interior, todo aquel jaleo de gente yendo de un lado a otro, el sonido entremezclado de las máquinas de discos con los éxitos del verano oyéndose por todas partes, ahogados a su vez por las sirenas, bocinazos y pitidos de los autos de choque y el tío vivo que todos los veranos

instalaban los gitanos en la plaza principal y por la reverberante voz del encargado de la tómbola que todas las noches prometía premios increíbles - una vajilla completa, un reloj de oro, una Mobyette - entre pitidos de su micrófono, las pandillas de niñas que, con sus parchetones de colorete en las mejillas y vestidas con una imitación más barata de lo que veían a las chicas de la urbanización, se sentaban en la valla del puerto a comer manzanas de caramelo y a esperar a sus galanes, los puestos con rodajas de coco, cacahuetes y altramuces y los de algodón dulce, las motos sin tubo de escape que iban por todas partes con su ruidoso petardeo, las gitanas ofreciendo por las mesas un clavel o una ramita de laurel por cinco duros y asegurando que sin ellas nunca se encontraría novio, el viejo que tocaba con su acordeón tonadas de la Piquer hasta que alguien le daba una moneda con tal de que se callase... Me gustaba todo aquel ruido, todo aquel gentío, aquel ambiente de verbena, aquella locura de gente, de colores y de sonidos que te hacía creer que cada noche era una noche de fiesta y siempre que los de la pandilla íbamos a dar una vuelta por el pueblo era yo el que más se animaba. A los demás no les gustaba demasiado y en seguida decidían coger las motos para volvernos a la urbanización, a la zona de los bares, al territorio al que pertenecíamos, donde también había gente por todas partes y se oían a la vez una docena de canciones, pero donde todo parecía más ritual, más preestablecido, menos espontáneo que aquel jolgorio del pueblo.

Aquel verano no me acerqué al Puerto hasta varios días después de mi llegada. Hasta entonces, no había encontrado un buen momento o, quizás, lo había ido retrasando deliberadamente por el temor de sentirme decepcionado al reencontrarme con uno de mis más queridos escenarios del pasado. Cuando, por fin, un día al atardecer me fuí dando un paseo, me alegré de haberlo hecho porque nada parecía haber cambiado y no hubo decepción. A pesar de que aún no había anochecido del todo la gente empezaba a ocupar ya las mesitas de los bares y se oía la música y, por supuesto, las sirenas de los autos de choque y la voz del tombolero y allí estaban los puestos de chucherías y las gitanas con sus ramitas de laurel y hasta el viejo del acordeón, igual que si sólo fuera otra noche de diez años atrás, otra noche con olor a aceite refrito, a vino peleón y a verano. Sabía que los paisanos, al verme deambular por allí, debían pensar que yo sólo era otro veraneante despistado, pero yo sentía que formaba parte del lugar tanto como cualquiera de ellos, como si nunca me hubiese ido de allí, como si hubiese dado aquel mismo paseo la noche anterior y la anterior y la otra y todas las noches de los últimos treinta años.

Durante un rato, anduve de un sitio a otro sin ir a ninguna parte en especial, mirando a la gente y a las casas, recordando viejas escenas que habían ocurrido en aquellas calles: Paula y yo, yendo en mi moto de vuelta a la urbanización, Jaime peleándose con un chico del pueblo en un callejón, Pablo vomitando en una esquina tras una mala borrachera... Luego, me topé por casualidad con la barbería a la que me llevaba siempre mi padre de niño a cortarme el pelo y se me ocurrió entrar. Cuando era niño, odiaba ir allí. Ibamos mi padre y yo y nos sentaban uno al lado del otro en aquellos aparatosos sillones de metal con reposacabezas y mi padre daba orden de que me cortaran a fondo y a mí me parecía muy injusto porque a él apenas sí le retocaban las puntas mientras a mí me dejaban como a un soldado y, al salir, me sentía como desnudo con el pelo tan corto y encima, como era tradición cuando alguien se pelaba, sabía que en cuanto me vieran mis amigos me darían "la renta del año cuarenta", es decir, un buen tortazo en el cogote, uno detrás de otro, retándose a ver quién lo daba más fuerte. Por lo menos, a Jaime y a Alfredo sus madres les permitían que se lo cortaran poquito, pero mi madre nunca se olvidaba de decirle a mi padre antes de salir: "Y no se te olvide: que le corten mucho, sobre todo por encima de las orejas". Era todo un trauma aquello de los cortes de pelo. Pero, ahora, entrar en la barbería fué un bonito regalo a la nostalgia, como si a través de su puerta entrara al pasado, a la infancia, de nuevo con mi padre, que luego me llevaba a tomar el aperitivo, una Coca y unas tapas, los dos solos, hombres frente a frente, y me hablaba de lo que era ser abogado y de lo que esperaba de mí y yo le escuchaba muy serio, como si ya fuera mayor, y le decía que yo sería el mejor abogado del mundo, aunque ni siquiera me enteraba muy bien de en qué consistía aquello, y él a veces hasta se echaba a reír.

Nada más entrar, Manolo, el barbero, el mismo que cortaba el pelo a mi padre, me dijo que estaban a punto de cerrar. Estaba barriendo los mechones del último cliente y llevaba una camisola del mismo color celeste de antaño. El pelo se le había vuelto blanco y la piel de las mejillas se le había venido abajo, pero aún parecía el mismo tipo adusto y protestón que solía ser. Le dije que, si cerraba ya, mejor me iba y volvía otro día pero él detuvo la escoba y me calibró con una dura mirada y, asintiendo con un gruñido, dijo:

- Bueno, pase.

Me acomodé en uno de los sillones, que crujió de puro viejo, y Manolo me colocó el mandil y fué a coger sus enormes tijeras y, cuando me preguntó cómo lo quería, me dí el gusto (fué como una venganza largo tiempo esperada) de decir, igual que decía siempre mi padre:

- Sólo rebájeme un poco.

No hablamos nada durante el corte. Estaba claro que él no me reconocía y yo no me identifiqué. Cerré los ojos y le dejé hacer. Fué un rato estupendo: allí sentado, impregnándome la nariz de aquel olor a colonia y a espuma de afeitarse tan familiar, sentado en aquel sillón, oyendo el tristrás de las tijeras, ¿seguro que yo no era sólo un niño y que mi padre no estaba a mi lado hablando con Manolo de la bodega, de los problemas de la cosecha, con tanta seriedad como si Manolo fuese otro respetado abogado?

Cuando salí de la barbería era ya noche cerrada. Las calles estaban iluminadas por las luces de neón con los nombres de los bares. Aquél era un pueblo de bares. Había uno cada dos portales y todos estaban llenos a rebosar de gente. Regresé a la plaza, donde el gentío era aún mayor que en las demás calles. Los destellos de colorines del tenderete de los coches de choque se extendían por todas partes, reflejándose en el asfalto y en los coches que pasaban y en los cuerpos y en las caras de todos los que iban y venían de un bar a otro y de los que se sentaban en las terracitas para ver pasar a los demás, convirtiendo toda la plaza en un escenario irreal, como si todo fuera un gran teatro. Toda la gente hablaba a gritos por muy cerca que estuviera su oyente para poderse hacer oír por encima de la música del tiovivo y de la voz del tombolero, cuyo micrófono aún seguía mal sintonizado y daba desagradables pitidos cada dos por tres, y de los tenderos que ofrecían a voces las rodajas de coco, los cucuruchos de altramuces, el algodón de azúcar y globos y cintas flusfluorescentes para el pelo.

Me habría gustado poder sentarme en una de aquellas terrazas pero había incluso colas de gente que esperaban un sitio libre y discutían entre sí sobre quién había llegado primero con la misma pasión que si les fuera la vida en ello, así que tuve que conformarme con encontrar un huequecito en la barra, en el interior de uno de los bares, donde el calor era asfixiante y, además, no podía verse el espectáculo que en sí mismo constituía toda aquella riada humana que vagaba por las calles. Pedí una caña y, aunque parezca una paradoja, realmente disfruté de mi soledad entre toda aquella marabunta. Era un placer sentirse al margen y, a la vez, inmerso en aquel loco y divertido mundo.

Pero aquella agradable soledad no duró demasiado. Acababa de pedir una segunda cerveza cuando alguien me palmeó la espalda y, entre todo aquel jaleo, oí una voz que decía:

- ¿Emilio? ¿De verdad eres tú?

Me volví. Una cara sonriente y sorprendida me observaba con mirada

incrédula.

- ¿Emilio?

- Hola, Edi.

- ¡Dios mío! ¡No puedo creerlo!

Y, como buenamente pudimos en el escaso espacio libre que teníamos, nos abrazamos.

Al ver a Edi, me sorprendió caer en la cuenta de que ni siquiera me había acordado hasta entonces de él. Pero al instante recordé que, en cierto modo, siempre había sido así: nunca se pensaba, se esperaba o se contaba con Edi. Simplemente, él siempre estaba allí.

- Deja que te vea. Oye, tú, estás más gordo y se te ha caído el pelo y, además, tienes patas de gallo - me dijo, riendo, después del abrazo y supongo que, a pesar de que sólo pretendía bromear, fué el más sincero de todos al volverme a ver.

La verdad es que él también había empeorado. Su espesa mata de rizos seguía cayéndole libremente sobre la frente y las orejas, aunque ya no llevaba el pelo tan largo como solía, y vestía una camisa vieja con el cuello deshilachado y unos vaqueros que parecían transparentes de tan gastados. A pesar de que nunca se había preocupado demasiado de su apariencia externa, tenía un aire de vagabundo - él habría preferido decir "de bohemio" - que ya no le daba un aspecto ni tan atractivo ni tan atrevido como cuando teníamos dieciséis años sino solamente desaliñado.

- Caramba, chico - me dijo, pasándose la mano por la indomable cabellera, en un gesto muy suyo -, no puedo creerme que entre en un bar buscando a otra persona, eche un vistazo y te vea a tí, como si tal cosa, tomándote una caña ¿Qué ha sido de tu vida? ¿Te han nombrado Ministro? ¿Eres presidente de algo? No, no me lo cuentes. Hagamos una cosa: ahorrémonos el uno al otro el tener que soportar una larga historia sobre lo que hemos hecho, lo que debimos hacer y lo que ya nunca haremos, ¿de acuerdo? Además, creo que no me gustaría oír tu historia. Tienes un aspecto demasiado serio ¿De verdad te has vuelto tan serio como parece?

- Sí, me temo que ahora soy uno de esos tipos serios - le dije, imitando su tono burlón, aunque también un poco avergonzado, como si le estuviese reconociendo algún fracaso.

- Y supongo que ya no escribes poesía...

- No muy a menudo - mentí, porque ya no escribía en absoluto.

Mi único consuelo fué observar la ropa que llevaba, su aspecto descuidado, y pensar que, después de todo, tampoco él parecía llevar una vida apasionante. Seguía en el Puerto, como siempre, con sus mismas ropas viejas que, por muy mal

que le fuesen las cosas, era evidente que no llevaba por necesidad sino tan sólo porque formaban parte del personaje en que siempre quiso convertirse: el bohemio, el idealista, el hombre despegado del mundo material.

Hacía muchos años, yo había compartido aquellos sueños con Edi o, mejor dicho, me había contagiado del sueño que él acariciaba con pasión. Eran los tiempos en los que él intentaba convencerme para que nos convirtiésemos en un par de poetas viajeros y bohemios. En el fondo, yo siempre supe que nunca me atrevería a romper con todo mi mundo para perseguir aquel sueño de adolescentes, pero le seguía el juego porque disfrutaba oyéndole hablar con una fe ciega en lo que decía. Me llevaba a una taberna del puerto, no recuerdo su nombre, que sólo él conocía, y mientras nos emborrachábamos a base de tintorro cabezón, hablaba horas y horas de cómo pensaba él que debía vivirse la vida y de lo que debíamos hacer con nuestro futuro. Me decía que debía mandar al infierno a mi padre y todos sus sueños de verme convertido en un gran abogado y perseguir mi propio sueño, que era el que él me había enseñado: nos haríamos poetas y nos pasaríamos la vida viajando y escribiendo, sin pensar ni en el dinero ni en la categoría social ni en ninguna de esas chorradas. También me leía todos sus poemas, escritos en hojas de cuaderno arrancadas, que eran largos y extraños, que igual podían hablar del amor que de la muerte, daba igual, porque no había quien entendiera sus enrevesadas metáforas. Y yo le leía los míos, que eran demasiado ingenuos y un poco cursis, que siempre estaban escritos pensando en Paula, y aunque yo sabía que no le gustaban, me decía que no estaban mal pero que debía de escribir con más libertad, que parecía como si alguien me estuviese vigilando mientras escribía para que no me pasara de la raya. Salía de aquellas reuniones, de las que nunca hablamos a nadie, mareado por el vino y por tanto oírle hablar, eufórico, borracho de ideas revolucionarias sobre mi vida y mi futuro, absolutamente decidido a romper con todo para seguir el camino que él me indicaba: un maravilloso viaje lleno de lugares exóticos, poemas y libertad. Y luego llegaba a casa y la euforia pasaba y mis piés volvían a posarse en la tierra y comprendía que todo aquello sólo era una estampa idílica e irreal, que nadie se pasaba la vida viajando y escribiendo poemas, que ser bohemio sólo es otra manera de ser un muerto de hambre, y me olvidaba del asunto hasta la próxima reunión con Edi en la taberna, en la que volvería a llenarme la cabeza de locas ideas.

Y ahora, al volver a estar con él, al confesarle que no era ni un poeta ni un bohemio, aunque ver que tampoco él lo era suponía un consuelo, resultaba también un poco decepcionante. Cuando nos reuníamos en la taberna del puerto, siempre estuve convencido de que él sí se decidiría a hacer realidad su sueño.

- Trabajo en el periódico del pueblo - me dijo - Entre nosotros, es una porquería de periódico. Pero también dirijo una revista de poesía que sacamos entre unos cuantos amigos. Precisamente, esta noche celebramos una pequeña fiesta en casa de uno de ellos y tú vas a venir conmigo.

Aunque estaba encantado de que nos hubiésemos encontrado, la perspectiva de pasar la noche con un grupo de poetas de vaqueros rotos no era lo que más me podía apetecer.

- Lo pasarás bien - insistió Edi -. Pero antes hemos de encontrar a alguien. Dime, ¿estás casado?

- No.

- Yo tampoco. Pero te diré una cosa: ella se porta como si fuese mi mujer. Anda, vamos.

Dejó unas monedas en la barra en pago de mis cervezas y me instó a seguirle sin darme tiempo a replicar.

- Hace ya unos años que me vine a vivir al pueblo - me contó, mientras atravesábamos la plaza - Cuando comprendí que ya no tenía sentido seguir viviendo en la urbanización. Después de dejar mi trabajo en la bodega.

- ¿Trabajabas en una bodega? - le pregunté, divertido. No podía imaginarme a Edi metido en el estirado mundo de las bodegas.

- En "Bodegas España". Jaime me contrató. Decía que quería formar un equipo tan bueno como el que formaban su padre, mi padre y el tuyo. También quería contratarte a tí ¿No te lo ha propuesto nunca?

- Hace unos días.

Oír aquello le hizo detenerse. Me miró por un segundo y reinició de nuevo el paso.

- ¡Vaya! Así que has visto a Jaime...

- Fuímos todos a cenar a casa de Tesa ¿No te avisaron?

- No tengo mucho trato con ellos últimamente - dijo, sin darle especial importancia - ¿Fué también Elisa?

Me hizo gracia oír aquella pregunta, pero no dije nada. Elisa había sido desde siempre la chica de Edi. No es que fuesen novios ni nada parecido porque Edi no era de los que se enredaban en un noviazgo estable. Pero ella era su chica. Oírle preguntar por ella me sonó inevitablemente a viejos tiempos.

- Sí, estaba Elisa - le dije y su expresión no varió por ello, pero aproveché su silencio para preguntar: - ¿Porqué dejaste la bodega?

- Ah, eso... - se rió - Jaime me despidió.

- ¿Te despidió? - exclamé yo. Aquello era lo último que esperaba oír. Desde niño, con la misma pasión con que Edi soñaba con su vida viajera, Jaime había soñado con el día en que sucedería a su padre al frente de la bodega y siempre decía que, cuando ese momento llegase, nos contrataría a Edi y a mí - director y abogado, igual que nuestros padres - y que los tres juntos convertiríamos "Bodegas España" en una empresa tan famosa y tan poderosa como la Coca-Cola. Por supuesto, en su sueño contaba también con que él llegaría a ser el hombre más respetado del Puerto y de la ciudad y con que se casaría con Tesa y construiría una mansión de ensueño para los dos en la urbanización. Tampoco Jaime había hecho realidad todos sus sueños.

- Hizo bien en echarme - dijo Edi - Yo no servía. No estoy hecho para el mundo de las grandes empresas.

- Pero, ¿Jaime y tú seguís siendo amigos?

- ¡Claro! - rió, alegremente - Es sólo que no nos vemos a menudo. Mira, entremos aquí. Seguro que está ahí dentro.

Me señalaba un pequeño bar, en una esquina de la plaza, en cuyas mesitas de fuera no había los habituales matrimonios con hijos, como en los demás, sino sólo pandillas de jóvenes del pueblo. Pasamos al interior. Estaba en penumbra y hacía un calor pesado y olía a tabaco y a sudor y a algo dulzón y espeso, probablemente hachís. Un tipo corpulento con una camisa roja con amplias manchas de sudor bajo los brazos atendía la barra. Saludó a Edi en cuanto le vió entrar.

- ¿Ves? ¿Qué te dije? Ahí está - me dijo Edi.

Le seguí hasta el fondo del local. Varios de los clientes que estaban en la barra también intercambiaron un saludo con Edi cuando pasamos a su lado. Nos acercamos a una mujer que estaba sentada en un taburete al final del bar, bebiendo a solas una cerveza y fumando un cigarrillo. Era una mujer llamativa, el tipo de mujer atractiva y un poco enigmática que uno espera encontrar siempre en una esquina de la barra de bares como aquél. Sin duda, había pasado ya de los cuarenta, a pesar de que todo en ella eran signos evidentes de que luchaba por disimularlo. Vestía una falda muy corta y una blusa ceñida de amplio escote, todo negro y del mismo estilo - un punto intermedio entre el desenfado juvenil y una cierta pretensión de elegancia - que Tesa o Meme o las demás, aunque estaba claro que ella había comprado su ropa en las tiendas del pueblo y no en las caras boutiques de Sevilla. Tenía una cara de rasgos afilados que asomaba por entre una leonina melena del color del cobre y bajo los ojos y en las comisuras de los labios podían apreciarse arrugas que ni el bronceado ni el maquillaje lograban ya ocultar. Había algo vulgar en ella, pero también había algo intrigante, algo que te llamaba la atención aunque no supieses

bien qué era.

- Llevo una hora buscándote - le regañó Edi cuando llegamos a su lado -. Vamos a llegar tarde por tu culpa ¿Te has estado escondiendo o qué?

Ella le miró con una sonrisa un poco aburrída y dió una calada a su cigarrillo con deliberada lentitud.

- No seas bobo. Sabes que siempre estoy aquí. Además, siempre llegamos tarde a todas partes ¿Qué más da?

Edi se echó a reír.

- Te odio cuando adoptas esa actitud de mujer fatal.

Y, riendo, la besó en la mejilla. Entonces recordó que yo estaba allí y nos presentó. "Alba, la mujer a la que amo", me dijo. Ella me miró y su sonrisa se tornó divertida y algo descarada.

- Es Emilio, ¿te acuerdas? - le dijo Edi - Te he hablado de él miles de veces.

- No me has hablado de él en la vida.

- ¿No? - Edi se encogió de hombros - Oh, seguro que sí ¿Cómo no iba a hacerlo? Es uno de mis mejores amigos.

- ¿Vives en la urbanización? - me preguntó Alba, ignorándole.

- Vivía. Ahora sólo estoy pasando el verano.

Aquello volvió a transformar su sonrisa, pasando del descaro a una cierta coquetería.

- ¡Vaya! - Rió - Edi nunca me había presentado a ninguno de sus amigos de la urbanización. Nunca he sabido si era porque se avergonzaba de ellos o porque se avergonzaba de mí.

- No creo que se avergonzase de tí - dije yo y, sin saber porqué, me sentí estúpido al decir aquello.

- ¿Cómo iba a avergonzarme de una mujer tan guapa como tú? - se apresuró a decir Edi - Tú serías la envidia de todos mis amigos. Ninguno tiene a su lado una mujer con unas piernas tan bonitas como las tuyas, ¿verdad, Emilio? ¿Has visto sus piernas? ¿No te parecen espectaculares?

- Joder, Edi... - Alba se bajó de su taburete con un gesto de desagrado - ¿Cómo puedes decir eso? ¿Crees que ésa es forma de tratarme delante de tu amigo? A veces eres un maleducado.

Edi adoptó una expresión burlona.

- Usted perdone - dijo, con tono exagerado - Se me olvida que eres una señorita. No resulta fino hablar en público de las piernas de una señorita.

- Seguro que no lo harías si yo fuera una de tus amigas de la urbanización.

Me sentí incómodo en medio de aquel inicio de lo que para mí sólo era una discusión tonta pero que para Alba parecía tener mucha importancia porque se mostró sinceramente ofendida. Apagó su cigarrillo aplastándolo en un cenicero y cogió un bolsito negro de un taburete a su lado.

- Voy al baño. Nos iremos cuando vuelva - dijo secamente.

Cuando se hubo ido, Edi me miró y se rió.

- Todo un temperamento, ¿eh? Seguro que te sorprende verme con ella.

- ¿Porqué iba a sorprenderme? - le contesté con una inútil expresión de inocencia, porque estaba claro que me sorprendía.

- No es a lo que estás acostumbrado. No es...ya sabes...

Por un instante, la sonrisa desapareció de su boca, pero se forzó rápidamente a recuperarla.

- Es una mujer estupenda - dijo -. No te voy a decir que esté enamorado de ella, pero... Bueno, llega un momento en la vida... - buscó las siguientes palabras y, al no encontrarlas, las sustituyó por una carcajada - está bien, no voy a darte un sermón. Hubo un tiempo en que te los daba, ¿te acuerdas?

Podía percibir que Edi se sentía incómodo. No estaba seguro de cuál era la causa: yo o Alba o simplemente su incapacidad para explicarme porqué estaba allí y porqué su vida era como era.

- Puedo imaginarme lo que estás pensando de mí - me dijo.

- Y yo estoy seguro de que te equivocas - le dije, aunque estaba seguro de que acertaba.

Alba regresó del servicio y ya no parecía ofendida. Se había pintado los labios de un fuerte color rojo que contrastaba muy bien con su piel morena y, al pasar a mi lado, dejó tras de sí un agradable aroma a perfume, a bronceador y a mujer.

- A veces no sé porqué estoy contigo - le dijo, cariñosamente, a Edi - De todos los hombres de buena familia que podría tener a mi lado si quisiera te he tenido que elegir a tí. No sé... A lo mejor engatuso a Emilio y te dejo por él.

- Seguro que sí - se burló Edi.

Se besaron reconciliadoramente y luego Edi se volvió hacia mí:

- ¿Nos vamos ya?

Y, todos contentos, salimos del bar para ir a la fiesta. Seguía sin apetecerme ir pero, al menos, mientras caminábamos por el pueblo, me divertía observando la peculiar pareja que formaban Alba y Edi.

La fiesta se celebraba en una de esas grandes casas andaluzas con dos pisos y un amplio patio central interior. Había gente por todas partes y, en contra de lo que me esperaba, no ví ningún treintañero desaliñado con ganas de hablar sobre Rimbaud o Baudelaire. La mayoría de los invitados no sobrepasaban los veinticinco años. Todos los chicos vestían con vaqueros y camisetas con nombres o anagramas de grupos de rock pintados en el pecho y mostraban una sorprendente variedad de estrambóticos peinados, desde patillas y tupé a lo Elvis a pelos rapados con una raquíca coletita surgiéndoles de la nuca. Las chicas llevaban minifaldas inverosímiles y botines y, a pesar del calor, más de una se había puesto medias y se había pintado los ojos con gruesas capas de maquillaje de colores chillones que el sudor y el ambiente cargado les había resquebrajado, dándoles un aspecto ojeroso y demacrado. De algún equipo de música que no llegué a ver surgían atronadoras canciones a base de chirridos discordantes de varias guitarras eléctricas tocadas a la vez y el ruido se extendía por toda la casa y el patio sin que nadie pareciese darse cuenta de lo desagradable que resultaba. Aquello me pareció una locura y me hizo dudar si la juventud había cambiado mucho en los últimos años o si era que yo me estaba haciendo viejo demasiado deprisa.

Nada más entrar en la casa, un grupo de chicos rodearon a Edi y Alba, saludándoles con gran efusión y arrastrándolos al interior, y ambos les siguieron sin acordarse de que yo iba con ellos. Me quedé solo y me sentí un poco desconcertado en medio del ruido y del gentío. Varios invitados me lanzaron miradas en las que pude ver un cierto recelo porque, por un instinto desarrollado durante años, quizás durante generaciones, les bastaba echarme un vistazo para saber que yo pertenecía al mundo de la urbanización.

Con esa falsa actitud resuelta que adopta todo el que sabe que está fuera de lugar en un sitio, me dirigí a la primera barra de bar que ví, instalada en una esquina del patio. Tras ella, una chica vestida con un corto traje de rejilla que permitía ver todo lo que uno desease ver de su cuerpo se ocupaba de servir las copas sin dejar ni un instante de mascar chicle exageradamente. Unos cuantos tipos solitarios se apoyaban en la barra y bebían sus copas entreteniéndose con la visión de la camarera. Alrededor, la fiesta discurría animadamente, la gente iba y venía, se saludaba y bailaba y charlaba a gritos, pero nosotros, los solitarios de la barra, parecíamos ser felices con sólo tener nuestra copa llena y nuestra camarera en el campo de visión.

Edi y Alba reaparecieron un cuarto de hora después. Entraron en el patio

seguidos de un grupo de seis o siete chicos y chicas. Al verme, Edi vino a mi encuentro, me pasó un brazo por los hombros y me llevó al centro del grupo.

- Os presento a Emilio - dijo, gritando para hacerse oír por encima de la música - También es poeta. Aunque, por supuesto, no es tan bueno como yo.

Todos rieron el comentario y me observaron sin demasiado interés.

- Vamos, Edi - dijo una de las chicas, ignorándome, enlazando con lo que debían haber estado hablando antes de mi llegada - ¿Porqué no nos recitas el poema ése de la revista?

Edi sonrió, evidentemente halagado por la petición.

- ¿Crees que he bebido ya lo suficiente como para empezar a recitar poemas? - dijo. Y todos volvieron a reír. Estaba claro que sentían una gran admiración por Edi. Y estaba claro también lo mucho que a él le gustaba eso - Os lo he dicho miles de veces: la poesía requiere silencio, requiere un entorno y un espíritu determinados. Y aquí, ni el silencio, ni el entorno, ni mi espíritu son los más adecuados. Chus, tráeme una copa, por favor.

Otra de las chicas asintió, solícita, y fué a la barra a por una copa. Mientras esperaba su regreso, Edi me dijo, señalando al grupo que nos rodeaba:

- Estos son los colaboradores de mi revista. Quieren llegar a ser poetas. Pero aún no saben que para ser un poeta no basta con llenar un papel de frases que rimen. La poesía es mucho más que eso. Es un modo de vida.

La chica llegó con la copa. Edi dió un breve trago y se dirigió al grupo con el tono pomposo de un profesor impartiendo una lección magistral.

- Para ser poeta, hay que olvidar el mundo material. El poeta no tiene posesiones, ningún bien tangible, nada que le limite ni le condicione...

- Oh, Edi... - le interrumpió al instante Alba - No empieces ya con uno de tus discursos, por favor ¡Si se los saben de memoria!

Edi la miró con desprecio.

- ¿Qué puedes saber tú? Una peluquera... Tú sólo entiendes de piojos, no de poesía.

Las expresiones de sus oyentes al mirar a Alba dieron a entender que opinaban como él. Pero ella no pareció ofenderse. Tan sólo frunció los labios en una mueca burlona, se dió media vuelta y se largó. Edi no se inmutó por ello. La echó un vistazo mientras se alejaba y volvió a dirigirse al grupo.

- Lo ideal sería que el poeta no tuviera siquiera un techo bajo el que cobijarse que no fuesen las estrellas ni un lugar donde vivir que no fuese todo el planeta. Haced un hatillo con una muda de ropa y unos zapatos de repuesto, echáoslo al hombro y caminad sin rumbo. Cuando hayáis dado la vuelta al mundo, entonces seréis poetas.

- Me encanta cómo habla - oí decir a una de las chicas a mi lado.

Edi siguió con su discurso y todos sus acólitos siguieron escuchándole con reverencial respeto. También yo estuve escuchándole un rato pero acabé por alejarme. Ya me sabía todo aquello. Hacía diez años, Edi decía aquello mismo en una taberna del puerto. Por aquel entonces, yo era su único oyente. Ahora, quizás no había logrado hacer realidad sus sueños pero, al menos, tenía más audiencia para escucharlos.

Deambulé por la casa sin rumbo fijo. Subí al piso de arriba y caminé por un pasillo que daba al patio interior. Todas las puertas de las habitaciones estaban abiertas. Atisé en el interior de algunas de ellas. En ninguna había muebles. La mayoría estaban ocupadas por grupos de gente de pie o sentados en el suelo que charlaban y reían mientras vaciaban sus copas o se pasaban cigarrillos de dudoso contenido. También ví en un par de habitaciones a tres o cuatro parejas devorándose a besos sin preocuparse de la falta de intimidad. Acabé recalando en una barra con los consabidos tipos solitarios, atendida ésta por un corpulento matón, y en ella me instalé y bebí sólo Dios sabe cuántas copas mientras dejaba pasar el tiempo.

A medida que el alcohol fué haciendo efecto en los invitados el ambiente de general animación fué aumentando palpablemente hasta convertirse en una auténtica algarabía. Abajo, en el patio, cada vez era más la gente que bailaba y, arriba, todos entraban y salían de las habitaciones, ya fuera en pareja o en busca de cualquier estimulante. Además, ya nadie se molestaba en mirarme con recelo e incluso hubo un tipo que se me acercó con ganas de trabar amistad. Era un chico de unos veinte años, bajito y con restos de acné juvenil en la cara, que llevaba puesta una cazadora de cuero llena de cremalleras a pesar de que estaba sudando como un pollo y que me miraba con ojos enrojecidos y vidriosos.

- No te he visto aquí nunca - me dijo, con voz pastosa, entornando los ojos para tratar de centrar la visión - ¿Has venido a otras fiestas?

- ¿Dan muchas fiestas en esta casa?

El chico se quedó pensativo, haciendo cuentas, y le llevó algún tiempo llegar a una conclusión.

- Por lo menos, una al mes - dijo, al fin - ¿Tienes algo que pasar?

- ¿Cómo?

- Que si pasas algo. Hierba, maría, lo que sea...

Aquello me hizo reír.

- ¿Es que tengo pinta de camello? - le pregunté, con auténtica curiosidad.

El chico me miró de arriba a abajo detenidamente, meditando de nuevo la

respuesta. Asintió luego con decisión y dijo:

- Eres un estirado, un elegante ¿A qué te dedicas? ¿Coca?
- Soy veraneante. Estoy en la urbanización. He venido con Edi.
- ¿Edi?

Le señalé a Edi, que seguía abajo, en el patio, hablando a su nutrida audiencia. El chico hizo un gesto despectivo y se encogió de hombros.

- Sí, claro, el poeta... - dijo -. Un pelmazo.
- Creí que Edi era amigo de todo el mundo aquí.
- Aquí todos somos amigos, tío. Pero ése es un colgado. Si está sobrio, vale. Pero se pasa todo el día bebido y diciendo estupideces. He oído que tiene mucha pasta, que su familia es muy rica. Siempre anda invitando a todo el mundo. Por eso tiene tantos amigos. La gente le aguanta sus historias con tal de beber gratis ¿Tú también eres rico? ¿Me invitas a algo?
- Yo no soy rico.
- ¿Ah, no? -se rió el chico con ironía - Estás en la urbanización, tío. Allí todos son ricos, ¿no?

Asentí. Hubiera sido inútil tratar de explicarle nada. No podía hacerle cambiar una opinión que llevaba en la sangre. Además, en realidad tenía razón. Le invité a una copa y me conseguí librar de él tras arduos esfuerzos para convencerle de que yo no traficaba con nada.

Cuando me hube quedado solo, observé a Edi abajo en el patio. Estuve mucho rato observándole. Durante todo el tiempo, siguió estando rodeado de chicos y chicas jóvenes que le escuchaban con atención y reían a menudo con lo que decía. En los viejos tiempos, todos habíamos estado siempre muy intrigados con lo que llamábamos "la doble vida de Edi". Él era el único del grupo, probablemente el único de toda la urbanización, que tenía amigos en el pueblo. Nunca hablaba de ellos ni nos los presentó, pero sabíamos que a menudo se venía al Puerto a estar con ellos. Aquello le dió una fama de excéntrico que a él le encantaba fomentar. Le gustaba aparecer y desaparecer sin previo aviso y por eso todos nos acostumbramos a no contar nunca con él, a aceptar sin hacer preguntas tanto su ausencia como su presencia. A las chicas les fascinaba ese aura de misterio, de enigma, casi de peligro, que le envolvía y él sabía sacar partido de ello. A los chicos, incluso a Jaime, nos mantenía intrigados y desconcertados. Con cualquier otro, se habría considerado como una especie de traición el que se relacionase con la gente del pueblo, pero a Edi se le permitía porque todos sabían que, de alguna manera, él era diferente del resto. Y verle ahora allí, rodeado de aquellos chicos, en aquel sórdido caserón, fué

para mí como si estuviese al fin descubriendo su gran secreto, el misterio de su doble vida, viéndole al fin como nunca permitió que le viera nadie en la urbanización. Y me sentí un poco decepcionado, como ocurre siempre que uno espera demasiado para saber algo, porque a Edi se le veía un poco fuera de lugar, con su disfraz de bohemio de los setenta entre todos aquellos chicos de aspecto tan moderno, un poco viejo para estar con ellos, un poco ridículo dando la matraca con sus teorías sobre la poesía. Pensé en lo que me acababa de decir aquel chico de él y decidí al instante que estaba equivocado. Edi nunca había necesitado comprar la amistad de nadie.

Observé también a Alba. Vagaba por el patio, lejos siempre de Edi y su grupo de oyentes, hablando y bailando con unos y otros. Nunca se unía a ningún grupo. Iba de un chico a otro, elegía a los más jóvenes y, al lado de ellos, parecía aún mayor de lo que era. Con unos, bailaba y lo hacía con gracia, con descaro, provocando a su pareja en cada movimiento y rechazándole luego en el siguiente. Con otros, se iba a la barra a tomar una copa y les hablaba al oído para hacerse oír sobre la música y reía a lo que ellos le decían y dejaba que la agarraran por la cintura y se abrazaba a sus cuellos para luego dejarles e ir en busca de alguien nuevo. Volví a pensar que había en ella un atractivo oculto, una belleza secreta tan palpable como su vulgar encanto al bailar y coquetear con cualquiera. Hacía buena pareja con Edi.

Me aburrí de estar en aquella barra y regresé al patio. Al bajar las escaleras, me dí cuenta de lo mucho que había bebido porque los escalones bailaban bajo mis piés. Hube de apoyarme en la pared para no perder el equilibrio y me crucé con un par de chicas que se rieron al ver las precauciones que tomaba para descender. La música ya no sonaba con tanta fuerza en mis oídos sino que llegaba lejana, difusa, como si hubiese salido de la casa y oyese tan sólo su eco lejano. Había estado mucho más tiempo del que creía en la barra del segundo piso y, desde luego, había bebido muchas más copas de las que pretendía.

Pensé en salir fuera a tomar un poco el aire, pero antes de llegar a la puerta me topé con Alba, que había salido de una habitación frente a la que esperaban unas cuantas chicas, imagino que el cuarto de baño. Sonrió al verme. Venía de pintarse de nuevo los labios y de retocarse el maquillaje y de no ser porque se tambaleaba ligeramente al andar, como casi todo el mundo ya a aquellas alturas de la fiesta, podría creerse que estaba tan fresca como si acabase de salir de su casa.

- Vaya, Emilio - me dijo, cogiéndome del brazo -, así que Edi se ha olvidado de tí. También se ha olvidado de mí. Como siempre.

- Iba fuera a tomar el aire.

- Ni hablar. Te invito a una copa.

Me guió al interior del patio y abrió a codazos un hueco para los dos en la barra de la camarera llamativa. No muy lejos de allí, Edi seguía hablando sin parar a un grupo de gente. Era difícil saber si siempre hablaba a los mismos o no, pues todos aquellos chicos tenían más o menos el mismo aspecto. Alba y yo nos fijamos en él a la vez y ella mostró una sonrisa despectiva.

- Siempre es igual - dijo - En cuanto bebe dos copas, sólo quiere hablar de poesía y se pone a decir todas esas bobadas... Tendrías que ver esa revista de la que habla con tanto orgullo. Sólo son unos cuantos folios mal grapados. Pero él se cree que es algo muy importante. Sí, claro, muy importante...

- También trabaja en el periódico - apunté yo, llevado por un sentimiento de camaradería hacia mi amigo, como si estuviese en la obligación de defenderle.

Alba me miró y se echó a reír.

- ¿Eso te ha dicho? Ha publicado un par de colaboraciones. Y ni siquiera le han pagado por ellas. La revista tampoco le da un duro. Si no fuera porque sus padres le mantienen no tendría ni para comer. Desde que le echaron de la bodega no ha tenido ningún empleo fijo.

- ¿Porqué le echaron?

- No lo sé. Yo no estaba aún con él y nunca habla de ello. Tuvo sus diferencias con Jaime Andgrade, creo.

- Jaime y él fueron siempre grandes amigos.

Alba me volvió a mirar al decir aquello y me sorprendió el repentino brillo con que se iluminaron sus ojos.

- ¿Conoces tú a Jaime? - me pregunté y, cuando asentí, una amplia sonrisa apareció en sus labios - Oh, joder, cómo me gusta ese tío... Pasa por delante de la peluquería todas las mañanas para ir a su bodega. Me encanta verle pasar en ese coche, el descapotable... Dicen que tiene una casa que parece un palacio en la urbanización. Yo fui a verla una vez pero está demasiado alejada de la carretera y la tapaban los árboles. Conozco a una chica que sirvió allí y me ha dicho que es preciosa...

De pronto, Alba hablaba con la ilusión de una niña, con el tono encandilado y soñador con que se narran los cuentos y se confiesan las fantasías. Debió darse cuenta de la sorpresa con que la miraba porque se agitó incómoda y sacó un cigarrillo y lo encendió y volvió a adoptar la actitud de una mujer de vuelta de todo que parecía ser su pose habitual.

- Le he pedido a Edi que me lleve alguna vez a casa de su amigo. Pero siempre me contesta que algún día y se olvida. La peluquera... Ya sabes lo que piensa de mí.

- No pareces muy enamorada de Edi - protesté, un poco harto de su tono de queja.

- ¿Enamorada? - Se rió - Oye, yo no soy ninguna niña. Yo no pretendo enamorarme. Sólo busco un poco de compañía. Edi puede ser muy pesado a veces con su rollo de la poesía, pero también puede ser muy divertido cuando quiere. Me lo paso bien con él y con eso basta. Lo de encontrar el amor verdadero lo dejo para esas quinceañeras tan tontas y tan monas de la urbanización. Para mí de lo que se trata es de tener a tu lado a alguien que te ayude a pasar lo mejor posible los inviernos.

No me creí del todo el cinismo de aquellas palabras. Me había resultado más creíble cuando su mirada se iluminaba hablando del coche y de la casa de Jaime. Más creíble y más vulnerable.

- ¿A qué te dedicas? - me preguntó repentinamente.

- No me dedico a nada.

Dió una calada a su cigarrillo y me miró de arriba a abajo con una mirada descarada. Tuve la sensación de que no me miraba a mí, de que sólo miraba mis zapatos, mi pantalón, mi camisa, evaluándolo todo. Luego, dijo:

- Quizás debería dejar a Edi. Sí, quizás debería dejarle e irme contigo.

Lo pensó durante unos instantes, sonriendo divertida, hasta que se encogió de hombros y meneó la cabeza:

- No sé... No estoy segura.

Una chica se acercó a nosotros entonces interrumpiendo la conversación. Saludó a Alba y me dirigió luego una mirada tan descarada como la que me había dedicado Alba. Sonrió, al parecer satisfecha de lo visto y le dijo a Alba:

- ¿No piensas presentarme al caballero? No me suena haberle visto antes por aquí.

Era una chica menuda y no demasiado guapa. Y por su voz era fácil deducir que había bebido aún más copas que nosotros.

- Es de la urbanización - fué todo lo que dijo Alba para presentarme. Y supongo que con eso no necesitaba decir nada más.

Se llamaba Carmen y trabajaba en la misma peluquería que Alba. Nos estrechamos la mano mientras ella le decía a Alba:

- ¿Sabes una cosa? No hay derecho a que todos te los quedes, Alba. Tú ya tienes a tu niño rico. Éste deberías dejárnoslo a alguna de nosotras.

Alba me miró y sonrió satisfecha:

- ¿Ves? - me dijo - Soy una chica afortunada. Todas mis amigas me tienen envidia.

En aquel instante Edi vino a reunirse con nosotros. Su aparición me alivió porque había algo en aquella conversación o en la situación que no me gustaba del todo. Aunque tal vez fuese solo que yo estaba demasiado bebido y el ambiente del patio estaba demasiado cargado.

Edi estaba ya muy borracho. Llegó con pasos tambaleantes y me echó el brazo por los hombros, más para apoyarse que como signo de amistad, y soltó una carcajada que no supe a qué se debía.

- Bueno, bueno - dijo, con voz pastosa y pomposos ademanes, mirando desafiante a Alba - Creí que te habías ido. Pero no. Aquí estás. Coqueteando con mi amigo, ¿eh? La escena me resulta familiar.

Carmen hizo mutis al ver a Edi y, de no ser porque Edi me agarraba por los hombros, yo habría hecho lo mismo.

- ¿Te has aburrido ya de soltarle el rollo a todos esos lameculos? - fué la ácida réplica de Alba.

Edi se volvió a mirarme y me sonrió con sonrisa beatífica. Tan cerca como estaba, me llegó el olor a alcohol de su aliento cuando dijo:

- Así es mi chica, Emilio. Para ella la poesía es un rollo ¿Podías imaginar que algún día acabaría con alguien que piensa que la poesía es un rollo?

- ¿Es que vosotros dos sólo sabéis discutir? - dije yo.

Edi se encogió de hombros y Alba no me contestó. Dijo "voy a bailar" y se largó de nuevo lejos de Edi.

- Por fin solos - rió él - ¿Quién necesita a las mujeres?

Soltó mis hombros y buscó apoyo en la barra. Llamó a gritos a la camarera y le pidió una copa para los dos. No habló hasta que nos hubo servido y pudo dar un trago de su vaso. Me miró entonces con detenimiento, con los ojos semicerrados y los labios fruncidos, y una sonrisa un poco triste se dibujó lentamente en su boca.

- Estás sorprendido - me dijo.

- No, no lo estoy - le dije yo.

- Sí, claro que sí. Me miras, miras a Alba, miras a toda esta gente y te preguntas: "¿qué coño hace Edi aquí?"

Quedó callado, pensativo por unos instantes, buscando él mismo una respuesta a su pregunta. Su cuerpo se mecía ligeramente adelante y atrás en precario equilibrio.

- Te lo diré. Te diré el gran secreto. Te diré lo que hago en esta mierda de fiesta, con todos esos niñatos que no saben nada de poesía, en compañía de una peluquera que me odia.

Acercó su cara a la mía, muy cerca, y de nuevo pude sentir su aliento etílico en mi cara. Su voz sonó como un silbido al decir:

- Me escondo.

Se apartó para poder apreciar el efecto que su confesión había causado en mi

expresión. No sé qué vió en mi cara, pero debió ser algo muy gracioso porque rió estruendosamente.

- Oh, no, no... - dijo - No creas que me escondo del presente. Nada de eso. No es que me vayan tan bien las cosas, la verdad. Si te soy sincero, me van fatal, ya lo ves. Pero, ¡qué demonios!, me lo merezco. Y tampoco me escondo del futuro. No me asusta el futuro. Es del pasado, Emilio. Es del pasado de lo que me escondo.

Oír aquello me causó una extraña impresión. Observé a Edi, tratando de averiguar si hablaba en serio o si se trataba sólo de las divagaciones sin sentido de un borracho. Su cuerpo seguía balanceándose adelante y atrás y sus labios permanecían fruncidos en una mueca de borracho, pero ví sobriedad en su mirada, en sus ojos humedecidos y perdidos en la visión de algún lejano fantasma. Eran divagaciones de borracho, sí, pero supe que al mismo tiempo hablaba absolutamente en serio. Y me impresionó y no supe qué decir porque, a menudo, yo había pensado aquello mismo, había pensado que también yo, a mi manera, vivía escondiéndome del pasado.

Pero entonces Edi volvió a hablar y todo aquello quedó al instante olvidado por lo que dijo. Lo primero que pensé al oírlo fué si Edi lo estaría haciendo deliberadamente, lanzando ideas al aire para ver con cuál de ellas conseguía golpearme, o si era sólo que su borrachera y la mía derivaban hacia ideas y sentimientos comunes.

Suspiró, echó un vistazo a su alrededor y dijo:

- A Paula le entusiasman estas fiestas.

Me costó asimilar aquello. Yo también eché un vistazo a mi alrededor y ví a los chicos y las chicas que bailaban con movimientos espasmódicos una música que nada tenía que ver con la que nosotros solíamos escuchar diez años antes, ví a Alba bailando con un tipo que podría haber sido su hijo, ví a varios borrachos tambaleándose sin control ya por las esquinas y a varias de aquellas chicas con increíbles minifaldas y traté de imaginarme a Paula en medio de todo aquello. No era fácil. La chica que yo recordaba tenía dieciocho años, era aún más joven que todos los invitados de la fiesta, y habría desentonado por su aspecto de cría ingenua. Pero la chica que había venido a estas fiestas, la chica que, como había escrito Jaime en su carta, se había "quitado la vida" rondaba los treinta y habría desentonado, como Edi, como Alba, por su madurez. Y en aquel instante pensé (aunque pueda parecer absurdo, fué entonces la primera vez que lo pensé) que Paula era una desconocida para mí, que yo seguía pensando en ella como una chiquilla cuando en realidad era ya una mujer al morir. Una mujer que yo no conocía en absoluto. La chiquilla nunca

habría venido a una de estas fiestas. Nunca se habría quitado la vida. La mujer... bueno, ¿que sabía yo de la mujer en que aquella niña de ojos claros, de larga coleta y de ideas bobas, se había convertido?

- ¿Qué hacía Paula en estas fiestas? - le pregunté a Edi, ahogada la voz por el ansia de saber.

- ¿Que qué hacía? - Edi soltó una estúpida risita de borracho - ¿Y qué querías que hiciese? Bailaba, charlaba, bebía... Como todos.

- ¿Tenía amigos aquí?

- Los fué conociendo. Yo se los presenté. Al principio, veníamos juntos. Luego ella hacía su propia vida ¿Ves a aquel tío de allí? - Me señaló a un chico de unos veinticinco años que llevaba una camiseta blanca sin mangas para dejar ver sus moldeados bíceps y que hablaba entre risas con dos atractivas adolescentes - Salió con ese tipo una temporada.

- ¿Paula? - exclamé.

Edi me miró, sorprendido de mi tono, y rió una vez más.

- Pero, Emilio, hombre, ¿qué te crees? Paula siempre tuvo mucho éxito entre los hombres, ya lo sabes. Tuvo varios novios por aquí antes de... Espera, te enseñaré a algún otro.

- No - le frené - No quiero verlos.

- ¿Aún te dan celos los novios de Paula? - se burló, maliciosamente - Caramba, han pasado muchos años... y nada cambia, ¿eh? ¿Ves lo que te digo? Por eso me escondo yo del pasado. No quiero vivir en un mundo en el que nada cambia nunca.

- Supongo que también ella se escondía del pasado.

- Oh, no, nada de eso - dijo Edi, negando exageradamente con la cabeza - Ella no se escondía. Ella lo que pretendía era recuperar el pasado.

Una visión interrumpió a Edi en sus divagaciones. Su expresión se ensombreció bruscamente. Seguí la dirección de su mirada y ví a Alba, que bailaba en el centro del patio con un tipo. A pesar de que la música era rápida, ellos bailaban muy agarrados, la mano de él firme bajo la cintura de ella, la boca de ella cercana al oído de él, susurrándole algo muy divertido a juzgar por sus risas.

- Maldita sea... - Los labios de Edi se apretaron hasta desaparecer - Maldita, maldita sea...

Dejó su copa en la barra con brusquedad. Le agarré del brazo.

- Déjalo estar - le dije.

Pero no me escuchó. Se zafó de mi mano y caminó airadamente hacia la pareja. Fuí tras él, pero no llegué a tiempo. Todo ocurrió muy deprisa. Edi agarró al

chico, que era más alto y más corpulento que él, y apartó a Alba de un empujón, haciéndola caer sentada al suelo. Intentó dar un puñetazo al otro, quien tras esquivarlo con facilidad lanzó un golpe que acertó de lleno en la cara de Edi. Cayó sobre un grupo que bailaba al lado y quedó tendido en el suelo.

La gente le rodeó y le observó, pero nadie hizo nada por ayudarlo. Me acerqué y me incliné sobre él. El puñetazo y la borrachera le habían dejado semiinconsciente y sangraba profusamente por la nariz. Alba apareció al instante a mi lado. Lloraba y miraba a Edi con preocupación. Le pasó la mano por la cara y sus dedos se mancharon de sangre. Edi entreabrió los ojos y sonrió con sonrisa bobalicona.

- He ganado la pelea - balbuceó.

Alba me miró y advertí en sus ojos, tras sus lágrimas, una expresión de profunda vergüenza.

- Dios mío, debes pensar que somos como animales... - dijo.

Sacamos a Edi entre los dos. La gente reanudó el baile y se olvidó de nosotros. Alba limpiaba la sangre de Edi con mi pañuelo mientras yo buscaba un taxi. Por fin encontré uno y la ayudé a meter a Edi en el asiento de atrás. Cuando le hubo acomodado, se volvió y me sonrió.

- No siempre acabamos así las fiestas - me dijo.

- No importa.

- Edi es un poeta magnífico. Creo que antes no fui justa con él.

- No importa, de verdad.

- Vuelve a vernos. Podríamos comer juntos los tres algún día, podríamos... A Edi le gustará volver a verte.

- Claro.

Se quedó mirándome, buscando algo más que decir. Pero no dijo nada. Volvió a sonreír y se metió en el taxi.

Permanecí unos minutos en la acera, refrescándome con la brisa de la noche, aliviado de poder respirar aire limpio.

- ¿Vas a alguna parte?

Carmen, la chica que me había presentado Alba, apareció a mi lado. El maquillaje le había desaparecido ya y tenía aspecto cansado. Parecía aún más menuda, más niña, allí fuera, en la calle.

- Tengo coche ¿Quieres que te lleve?

Me encogí de hombros y asentí.

Y a la mañana siguiente, cuando todo parecía haber sido sólo un lejano sueño, me preguntó:

- ¿A dónde vas?

Me miraba con los ojos adormilados aún. Me terminé de abrochar los pantalones y traté de sonreír.

- Es tarde.

- ¿Tarde para qué? ¿No estás de vacaciones?

Las sábanas de la cama estaban revueltas, igual que su melena. El brillo del sol llenaba la habitación con una luz blanquecina.

- De verdad, tengo que irme - dije, incapaz de pensar en ninguna excusa.

III

A menudo, cuando pienso en el pasado, me parece como si todo en él hubieran sido fiestas, como si no hubiese habido nada más. Fiestas de Navidad, de Año Nuevo, de Primavera y de Verano, de cumpleaños y de puesta de largo, fiestas sin ningún pretexto, en el chalet de uno o de otro, todas iguales, empezando muy finos, muy comedidos, y acabando con vomitonas, con saltos vestidos a las piscinas, con visitas al faro, con un nuevo noviazgo o el fin del anterior. Siempre estábamos metidos de lleno en los preparativos de una fiesta, en la fiesta misma o en el análisis detallado de las consecuencias de una fiesta y, cuando se hablaba del pasado, eran las fiestas las que marcaban el paso del tiempo, más aún que los años, las estaciones o los cursos de colegio: "Esto pasó una semana después de la fiesta de fin de curso", "Sí, hombre, se hicieron novios en la fiesta de casa de Fulano" o "No nos hablamos desde el día antes de la fiesta de Nochevieja".

Las fiestas eran, además, la mejor muestra de cómo estaba organizada nuestra pequeña sociedad. En los bares de la urbanización, en la ciudad o en el colegio podíamos relacionarnos con todo tipo de gente, pero a la hora de una fiesta el criterio de selección de invitados era extremadamente riguroso. Lo mejor para ser invitado, lo que te daba la seguridad absoluta de que nada se haría sin tí, era tener uno de los apellidos bodegueros. Había cuatro o cinco apellidos de primera fila, todos ellos directamente ingleses o en una versión ligeramente castellanizada, y otros cuatro o cinco segundones, indiscutiblemente castellanos, pero también admitidos. Jaime, Alfredo, Meme, Pilar, Paula... todos tenían de primero o segundo apellido o de ambos alguno de ellos. De hecho, todos eran parientes más o menos lejanos, mezclados y entremezclados los distintos apellidos en un proceso generacional parecido a lo que ocurre con las casas reales. Si, como yo, no tenías sus apellidos, sólo te salvaba el que tu padre fuera un alto directivo de una bodega o, ya casi in extremis, un profesional de muy elevado prestigio, como el padre médico de Tesa. El resto de los mortales quedaban excluidos, así que al final siempre íbamos a nuestras fiestas los mismos cuarenta o cincuenta chicos. Pero no por ello se perdía el factor sorpresa y siempre asistíamos a cada fiesta con la esperanza de descubrir en ellas a alguien nuevo. Era una esperanza ficticia, claro está, pero en aquella época no nos dábamos cuenta. La consecuencia de todo ello era que, tras dos o tres años de fiestas, todos habíamos sido novios de todas o nos habíamos sido infieles o nos

habíamos peleado, así que las fiestas, la vida, estaban llenas de conspiraciones, alianzas, odios, envidias, reconciliaciones, traiciones, secretos y confesiones, que mantenían la excitación de lo que, de otra manera, se habría convertido en un monótono ritual.

Todos sabíamos de antemano quiénes serían las estrellas de la fiesta pero tampoco eso les restaba emoción. Sabíamos que Tesa y Paula serían las chicas más guapas, las que tendrían a más chicos pululando en torno a ellas, las que decidirían cuándo se empezaba a bailar y cuándo se ponía la siempre ansiada música lenta, las que al final sentenciarían si la fiesta había sido o no un éxito. Daba igual que todo el mundo estuviese pendiente de alguna otra pareja recién rota o a punto de formarse o de alguna rivalidad sentimental entre otros dos chicos o chicas. Ellas eran siempre, pasase lo que pasase, el centro de atención. Y todos se preguntaban siempre al comienzo de cada fiesta si aquella sería una de las noches en las que Jaime y Tesa acabarían yéndose juntos al faro o si por el contrario sería de las que terminaban con Tesa yéndose con algún otro y con Jaime soportando aparentemente impasible una nueva derrota, quizás buscando consuelo con alguna otra. Aquella era una de las grandes incógnitas de todas las fiestas. Pero no era la única. Al menos, no lo era para mí. Yo también me preguntaba siempre, una y otra vez, si sería aquella fiesta cuando por fin Paula se decidiría no sólo a charlar y a bailar conmigo, sino también a venirse en mi moto al faro o si - como al final siempre ocurría - acabaría alejándose de mí y marchándose con cualquiera.

Era fantástico ver a Tesa y Paula en aquellas fiestas, ver cómo manejaban todas las situaciones, lo que ocurría a su alrededor y también lo que ocurría lejos de ellas. Era como si ambas fuesen el centro de una gran constelación y todo, absolutamente todo, girase en torno a ellas. Y lo hacían con naturalidad, como si no fuesen conscientes de ello, aunque por supuesto lo eran, sin perder nunca ese aire de despreocupación, de frescura, de frivolidad inconsciente que siempre las rodeaba. Las demás chicas se les acercaban para aumentar su popularidad, para recoger los halagos, los romances, los piropos que ellas despreciaban. Y nosotros nos acercábamos sabiendo que recibir sus favores nos convertiría en algo parecido a un héroe, en parte de la posteridad como personajes secundarios de su leyenda. En los períodos en que alguna de las dos tenía un novio estable las fiestas perdían parte de su encanto, era como si el sol perdiese intensidad, y en el fondo a todos nos aliviaba saber que sus noviazgos terminaban. Por encima del amor, por encima de su atractivo físico o del deseo carnal, yo y todos sentíamos una extraña fascinación, una profunda admiración por ellas. Eran tan jóvenes, tan divertidas, tan perfectas que

parecía imposible que el tiempo pudiese pasar por ellas. Resultaba inconcebible la idea de que pudiese llegar un tiempo en que la vida no fuese ya así, todo fiestas, con Tesa y Paula iluminando nuestro mundo.

Por eso, mientras me preparaba en el bungalow para acudir a la fiesta de Jaime, no podía evitar sentir una peculiar excitación, una excitación llena de reminiscencias del pasado. Me sentía como entonces, nervioso y lleno de esperanza, convencido una vez más de que aquella noche sí, aquella noche por fin, aquella noche Paula me confesaría que, en el fondo, a pesar de todos aquellos novios de una noche, una semana o de un mes que había tenido, era a mí a quien quería. Me miraba en el espejo y volvía a ver en él a un adolescente lleno de inflamados sentimientos y románticas ensoñaciones. Trataba de ser racional, de recordar el paso del tiempo, todo lo ocurrido, de recordar que Tesa se había casado con Alfredo y que Paula se había ido para siempre, pero la estúpida excitación persistía, negándose a ceder, ahora igual que entonces, ante la realidad de que tampoco aquella noche acabaría con Paula a mi lado.

Meme vino a recogerme en su coche a las ocho y media. Había venido en su ranchera y resultaba cómico verla sentada tras el volante de aquel rústico vehículo con un elegante traje de fiesta de cuerpo de terciopelo negro y falda verde de seda, medias en las piernas, zapatos de tacón y un cuidado y perfecto maquillaje. Me reí y ella se rió también al verme.

- Algo no va bien en tu traje - me dijo.

Yo llevaba un traje que me había prestado Pablo, pues sólo me había traído ropa de verano y, aunque los dos teníamos un tamaño semejante, me sobraban hombros en la chaqueta y los pantalones me quedaban anchos. Ya me había dado cuenta de ello al ponérmelo y me sentía un poco como si fuese disfrazado, así que el comentario de Meme me hizo sonrojar.

- Debería cambiarme.

- Olvídalo. Todos te dirán que tienes un aspecto estupendo de todas formas. Anda, sube.

Me senté a su lado en el coche y ella arrancó y condujo hacia casa de Jaime. Observé su perfil. Estaba muy guapa. Se había coloreado las mejillas con un tono oscuro que acentuaba su bronceado y llevaba los labios pintados de un rosa opaco y brillante. Tenía una nariz recta y estrecha, un poco griega, y una barbilla redonda que atenuaba la severa expresión de su boca. Volví a pensar que había crecido bien, que había adquirido una belleza serena, madura, una belleza inteligente y traté en vano de recordar si yo había creído estar alguna vez enamorado de ella en el pasado.

Aunque Paula ocupase todos mis recuerdos, estaba seguro de que había habido otras chicas, amoríos fugaces de temporada que se desvanecían tan deprisa como aparecían y que nunca lograban hacerme olvidar a Paula.

- Hace una buena noche - dijo Meme.

- No hables del tiempo - dije yo.

Ella me miró y volvió a reír.

- Pareces contento.

- No sé...Hay momentos en que me parece que vuelvo a tener dieciséis años.

- Oh, no, no. Ya no los tienes. Ninguno los tenemos, te lo aseguro.

La iluminación de la casa de Jaime se veía desde mucho antes de llegar. Un portero, probablemente un empleado de la bodega, nos abrió la verja de entrada y atravesamos el jardín hasta el patio delantero de la casa, donde había ya muchos coches aparcados. Unas farolas de estilo decimonónico iluminaban el jardín y había luz en la mayoría de las ventanas del espléndido chalet de dos plantas. Empezaba a anochecer y todo parecía sumido en brillos y reflejos enigmáticos y prometedores.

Dejamos el coche junto a los demás frente a la casa y, en cuanto bajamos, una sirvienta se nos acercó, nos dió las buenas noches y nos indicó el camino para llegar al jardín trasero. Allí estaban ya la mayoría de los invitados. Era un jardín muy amplio, con una enorme piscina y un decorativo cercado de buganvillas. Unos focos instalados discretamente en los árboles filtraban su luz discretamente a través de las ramas como si una docena de lunas iluminasen el jardín. Había quince mesas redondas, para ocho comensales cada una, dispersas por el césped en torno a la piscina. A un lado, una pequeña carpa cobijaba la tarima en la que tocarían los músicos, que aún no habían llegado. Bajo la fachada trasera de la casa, tres camareros pulcramente ataviados con camisa blanca y pajarita negra atendían tras una barra llena de botellas de la bodega de Jaime a los invitados, más de un centenar, que charlaban en corros a media voz, uniéndose todas sus voces en un ronroneante murmullo. Aquélla no era una de nuestras fiestas de adolescentes. Parecía más la celebración de una boda, con un ambiente sofisticado, contenido, vida de sociedad, muy poco probable que acabase con los invitados tirándose vestidos a la piscina.

En cuanto llegamos, Meme y yo nos separamos, llevados en direcciones diferentes por gente que quería saludarnos. Tuve que estrechar muchas manos y dar muchos besos a personas que parecían caricaturas envejecidas de antiguos conocidos del pasado: amigos de mi padre, amigas de mi madre, amigos míos, nuevas incorporaciones a aquella cerrada sociedad...Había gente de todas las

edades, en una mezcla de generaciones que se confundían en una sola, igualados todos por su aspecto, más allá de las canas, las calvicies, las arrugas y los kilos de más, por los trajes azules y los esmoquin de ellos, todos tan iguales, y los trajes de fiesta de discretos colores de ellas, tan iguales también. Por supuesto, tuve que escuchar mil veces que todos se acordaban mucho de mi padre, que era una pena que llevase tanto tiempo sin haberme dejado ver, que más valía tarde que nunca, que también debería venir mi madre, que en qué trabajaba y que seguro que era tan buen abogado, tan honesto, serio, brillante, responsable y trabajador como mi padre. Una señora me insistió un centenar de veces en que no podía irme de la fiesta sin saludar a su hija, soltera aún, una chica monísima, me dijo, y varios sesentones bronceados me propusieron que me pasara por sus despachos en las bodegas un día de éstos, que necesitaban un buen abogado, alguien como mi padre. Fué como zambullirme en una fotografía del pasado, pero no sólo de mi pasado, de diez años atrás, sino de un pasado muy lejano, quizás de varios siglos atrás, una época en la que la nobleza aún reinaba en la tierra y se reunía en secreto para celebrarlo en espléndidos jardines, a la media luz de lunas pálidas, vestidos con rígida elegancia, sonriéndose los unos a los otros, protegidos los unos por los otros, traspasándose de padres a hijos el secreto de su poder: la sangre, el apellido, el esmoquin, las fiestas privadas, los camareros, todo lo que les hacía sentirse diferentes del resto de los mortales.

Llevaba ya media hora allí cuando conseguí llegar a la barra, aturdido y aún desconcertado, para pedir una primera copa. Pablo se unió a mí y envidié su aspecto fresco, con el pelo humedecido por la gomina y el porte realzado por un traje que se le ajustaba a la perfección. No me pareció tan avejentado como en casa de Tesa. Siempre había sido un ave nocturna, un profesional de la vida social, así que supuse que aquel ambiente le rejuvenecía.

- Otra fiesta maravillosa - me dijo, con frívolo cinismo - Seguro que las echabas de menos. Cacatúas, buitres, espantapájaros y fantoches.

- Los mismos de siempre.

- Ni hablar. Hay mucha gente nueva. Mira a aquel tipo - Me señaló a un cincuentón panzudo que llevaba un esmoquin muy ajustado - Su padre era guardavías, creo. Hace diez años no podía ni soñar con venir a una fiesta como ésta. Pero al Puerto también ha llegado por fin la Revolución Francesa, aunque sea con dos siglos de retraso. Ya no existen las clases sociales. Ahora sólo existe el dinero. El hijo del guardavías ha hecho mucho dinero con algún negociete y eso le da derecho a codearse con los grandes dinosaurios. Son las ventajas de la democracia, amigo mío.

Ahora yo puedo tirarme... No, ¡qué digo tirarme! Ahora yo puedo *casarme* con la dependiente de una ferretería y nadie se escandalizaría por ello.

- Hace mucho que el mundo es así, Pablo.

- No aquí en el Puerto, amigo mío, no aquí. Aquí las costumbres se guardan en botas como el buen vino y sólo cada cien años se revisan, para ver si han envejecido bien o si se han avinagrado.

Me eché a reír.

- ¿Desde cuándo tienes esa actitud de joven rico y decadente?

- En realidad sólo es una pose - se rió él, abandonando el tono cínico - A veces me gusta comportarme como un personaje de *Retorno a Brideshead*. Cuando ya estoy borracho...

- ¿Ya estás borracho?

- ¡Claro, hombre! ¿Te crees que podría soportar una fiesta como ésta sin estarlo? Mira, aquí venimos los jóvenes para pelotear a los viejos, bailar con sus mujeres y entretenerles un rato a cambio de que nos den un buen puesto o nos mantengan en el que ya tenemos en sus bodegas. Y los viejos vienen para mezclarse con los jóvenes y hacerse así la ilusión de que aún no son sólo cadáveres apolillados en sus lujosos despachos ¡Ah! Y, por supuesto, también vienen, jóvenes y viejos, para que sus mujeres compitan a ver cuál lleva el traje o los pendientes o el collar más caro. Las competiciones son algo muy importante en el Puerto, no lo olvides. En eso consisten estas fiestas. No tienen nada que ver con la diversión.

Los dos nos quedamos callados contemplando a los invitados. En un grupo cercano, un tipo de nuestra edad había dicho algo y varias señoras reían alborozadas. Elisa charlaba no muy lejos de allí con dos señores de pelo blanco que llevaban el mismo reloj de oro. “¿Dónde está Jaime?”, oí preguntar a una voz cercana. Varias chicas con trajes de servicio de un cálido color celeste salieron del interior de la casa llevando bandejas con canapés que ofrecieron de grupo en grupo. Pilar, con un escotado traje amarillo chillón, sonreía zalamera a un cuarentón muy moreno y Meme hablaba al oído a un chico de nuestra antigua pandilla apoyando la mano en su hombro. Observé a todos aquellos dueños y directivos de las bodegas que envejecían sin perder la línea, cuidándose a base de partidos de tenis y masajes, y pensé cómo sería mi padre de vivir aún y supuse que sería como ellos, quizás un poco menos erguido, quizás un poco más ojeroso.

Una chica de nuestra edad se nos acercó y me miró sin disimulo de arriba a abajo antes de echarse a reír.

- ¿Emilio? ¿Eres Emilio? ¡No puedo creerlo!

Me dió dos besos y se alejó sin decir nada más.

- La gente te adora por aquí - se burló Pablo.

Ví a Tesa y Alfredo que acababan de llegar y se acercaban por el jardín. Alfredo se dirigió al instante a saludar a uno de los corrillos. Tesa se quedó atrás, echó un vistazo general, nos vió al otro lado del jardín y nos saludó con la mano y una sonrisa. Estaba muy guapa, con un estrecho vestido negro que acentuaba el brillo tostado de su piel y su cuerpo menudo y perfecto. Podría haber tenido sólo quince, quizás dieciocho años, y la familiar excitación de las fiestas volvió a bullir brevemente en mi interior.

El instinto, tal vez una intuición, me hizo alzar la vista hacia la casa. Había alguien en una de las ventanas de la casa, la única de la fachada posterior que no estaba iluminada. Observé aquella silueta al contraluz que apenas se distinguía entre las cortinas, muy quieta, con la cabeza ligeramente ladeada, observándonos a todos. Permaneció así durante unos segundos, luego desapareció y, al poco, Jaime salió del interior de la casa y se unió a la fiesta. Tenía un aspecto magnífico. Llevaba un traje de tonos claros y una llamativa corbata azul y al verle así vestido pensé al instante que todos los hombres que habían venido de esmoquin tenían un aspecto ridículo y fuera de lugar. Supongo que si Jaime hubiese aparecido con esmoquin habría pensado lo mismo de los que iban con traje.

Su llegada fué recibida con un murmullo generalizado de alegría. Pronto se vió rodeado de un grupo de invitados de mediana edad, hombres y mujeres, y fué saludando a unos y a otros, con su deslumbrante sonrisa, intercambiando con cada uno un par de breves comentarios que dejaban a todos con una sonrisa de satisfacción. Jaime siempre había sabido decir a cada persona lo justo para hacerla feliz.

Pablo y yo también fuimos absorbidos por uno de los corrillos, un grupo de matrimonios que aún no me habían dicho lo mucho que me habían echado de menos a mí y a mi madre y la confianza que tenían en que yo fuera tan buen abogado - honesto, brillante, etc. - como mi padre. Pablo me dejó a solas con ellos con algún pretexto y yo instalé la sonrisa adecuada en mis labios y les dejé hablar sin escucharles. Un inexplicable impulso me llevaba a buscar a Jaime con la mirada y seguir sus movimientos. Iba de un corrillo a otro, estrechaba manos, besaba mejillas, decía una broma aquí, reía una broma allá, todo perfectamente medido, armonioso, como si fuesen los pasos de una coreografía previamente ensayada. Había algo casi artístico en lo bien que se desenvolvía en aquel ambiente.

Tardé en conseguir librarme de mis contertulios con el pretexto de rellenar mi

vaso. Camino de la barra, me topé con un tipo solitario cuya cara me resultaba vagamente familiar. Estaba detenido en medio del jardín, a solas, con expresión ausente, disfrutando de un whisky y observando sin interés al resto de los invitados. Vestía un traje de un pálido gris un poco arrugado y su escaso pelo caía en desorden sobre sus orejas y por encima del cuello de la camisa. Me miró y sonrió y la sonrisa le rejuveneció, ayudándome a recordar.

- Vaya, hola - dije.

- Bienvenido.

Era Jose, el hermano mayor de Jaime. Los años no se habían portado bien con él. No debía llevarnos más de dos o tres años pero aparentaba los cuarenta y tantos. Tras sus gafas, los ojos miraban vidriosos y enrojecidos. Otro que necesita del alcohol para sobrellevar las fiestas, pensé.

- Es una bonita fiesta - dijo, sin entonación - ¿Has venido sólo por la fiesta?

- Estoy pasando el verano ¿Cómo te van las cosas?

- ¿Las cosas? Ah, sí, las cosas...Bien, bien ¿Conoces a mi mujer?

- No.

- Lógico. No estoy casado.

Se echó a reír exageradamente ante lo que debía haber sido un chiste que no entendí, así que también yo me reí, por no desairarle, le dije que me alegraba muchísimo de verle y me alejé al instante.

También a mí me llegó mi pequeño momento de gloria un rato después. Jaime me rescató de otro corrillo, en el que se discutía con desgana la apasionante cuestión de la limpieza de las playas, y me llevó a un aparte para dedicarme un poco de su tiempo.

- Te estaba buscando - me dijo - Creí que no habías venido ¿Lo pasas bien?

- De fábula.

Sonrió satisfecho y chocó su vaso con el mío en un brindis. Luego, extendió los brazos como si pretendiese abrazar a todos los invitados a la vez.

- Ahí les tienes. Todos en mi casa. Ahora somos nosotros los poderosos, Emilio. Ha llegado el momento de nuestra generación.

Yo no me sentía demasiado poderoso, así que asentí con escaso entusiasmo. Pero Jaime no se dió cuenta de ello. Estaba radiante. Se le veía lleno de vida, de energía, tan henchido de satisfacción que uno pensaba que te daría calambre si le tocabas.

- Dime la verdad - insistió - ¿No te gustaría entrar a formar parte de esto? Les tendrías a tus pies en menos de seis meses. A todos. A los mismos hombres que

admirabas cuando eras un niño y a los niños con los que jugabas de pequeño. Todos te respetarían, te apreciarían, te envidiarían...

- Hablas como un fanático.

Se echó a reír.

- No, no te equivoques. Les quiero a todos. En serio. Son como mi familia. Yo cuido de ellos, Emilio. Adoro este mundo. El Puerto, la urbanización, las bodegas... Quiero protegerlo, conservarlo... Ése es mi gran sueño: que nada cambie, que todo siga igual. Y ellos me respetan por eso, porque eso es precisamente lo que ellos quieren y saben que yo soy el más capacitado para proporcionárselo.

Apoyó su mano en mi hombro y me dijo, con voz solemne y sonrisa persuasiva:

- Y quiero que tú estés a mi lado para conseguirlo. Únete a mí, Emilio. Trabajemos juntos.

Le miré a los ojos y no pude evitar sonreír y sentirme halagado. Había fuerza en su mirada, en sus sueños, una fuerza capaz de arrastrarte como una riada si te pillaba desprevenido y no te daba tiempo a agarrarte con fuerza a la realidad.

- Ahora no es el momento de hablar de eso ¿Sabes una cosa? - le dije, con la sola intención de cambiar de tema y sin darme cuenta de la evidente asociación de ideas - El otro día me encontré con Edi en el Puerto...

- ¿Edi? - Por un breve segundo, me pareció ver una sombra de duda en su sonrisa, pero rápidamente la ocultó - ¿Qué tal está?

- Me dijo que había trabajado en tu bodega, que le despediste...Me sorprendió mucho, la verdad.

- ¿Despedirle? - se rió Jaime - ¡Pero si fué él quien se marchó! Pasó una mala racha. La bebida... Yo le ofrecí todo mi apoyo, pero... - Se encogió de hombros, dando a entender su impotencia en el asunto. Luego, rió incrédulo - ¡Despedir yo a Edi! ¡Pero si le quiero como a un hermano! ¡Como a tí! ¿No te lo diría en broma?

Tesa y Meme se acercaron entonces para interrumpir la conversación. Tesa me cogió del brazo y miró a Jaime con una graciosa mueca de reproche.

- Estoy muy enfadada contigo - le dijo - Llevo una hora en la fiesta y aún no has venido a saludarme.

- Deberían azotarme por eso - respondió Jaime - ¿Y Alfredo?

- Hablando de trabajo, trabajo y trabajo con los viejos más aburridos de la fiesta. Como siempre.

Tesa me miró y me dedicó su bonita sonrisa.

- ¿Te diviertes?

- Es estupendo.
- ¿Verdad que sí? Debería haber una fiesta todas las noches. Os juro que podría resistirlo ¿Bailarás conmigo?
- No me lo perdería por nada.
- ¿Y yo qué? - protestó Jaime - ¿Ya no soy tu pareja favorita?
- Siempre lo serás, bobo - le dijo Tesa, que se volvió de nuevo a mí - ¿Cómo va tu romance con Meme?

Miré a Meme, que puso una expresión de falsa picardía.

- Nos devora una pasión loca. Tesa nos ha colocado en la misma mesa para cenar - me dijo.
- Con tres matrimonios aburridísimos. Así no tendréis nada mejor que hacer que intercambiar miradas tiernas.
- Has organizado todo de maravilla - le dijo Jaime.

Tesa sonrió y bajó los ojos, halagada y ruborosa. Yo miré a Meme, que hizo un gesto comprensivo. El corazón volvió a latirme con intensidad. No supe si era por el contacto de la mano de Tesa en mi brazo o por el regreso de aquella estúpida y deliciosa sensación de vuelta a la adolescencia.

Antes de obtener una respuesta, un grupo de invitados nos rodeó y nos llevó a cada uno en direcciones diferentes.

La fiesta duraba ya casi una hora y media cuando, por una decisión tácita, todos los invitados empezamos a dirigirnos a las mesas. Un par de camareros, con una plano en sus manos, indicaban a cada invitado la mesa que le correspondía. Yo me uní a Meme y fuimos juntos a sentarnos, Ví que Tesa y Alfredo ocupaban la misma mesa que Jaime, ella a su derecha, y que Pablo y Pilar estaban también sentados juntos. Mientras ocupábamos nuestros sitios, llegaron los músicos y empezaron a instalar discretamente sus instrumentos en la tarima de madera para el baile posterior. Volví a pensar que aquello parecía la celebración de una boda. Una boda absurda, sin novios a los que agasajar.

Nuestros compañeros de mesa eran dos matrimonios de mediana edad, los Gutiérrez y los Figueroa, y un tercero ya en los sesenta, los Whitey. Los Figueroa y los Whitey pertenecían a familias bodegueras, aunque ninguno de los dos eran dueños de ninguna bodega, sólo ramas laterales que a lo sumo habían heredado un

puñado de acciones. Conocía a ambas parejas desde que era niño. No conocía en cambio a los Gutiérrez. Él era el tipo del esmoquin apretado al que se refiriera Pablo. Tanto Alberto Figueroa como Ramón Whitey llevaban elegantes trajes de verano y las tres señoras lucían sofisticados trajes de fiesta y llamativos pendientes y collares. Con el habitual respeto a las reglas de protocolo, una tarjetita delante de cada cubierto indicaba dónde debíamos sentarnos. De derecha a izquierda: Meme, Alberto Figueroa, Elena Whitey, Manuel Gutiérrez, Ana Figueroa, yo, Joaquina Gutiérrez y Ramón Whitey. De eso modo, no sólo quedaban compensadas las diferencias de edad sino que cada uno tenía a su pareja al otro lado de la mesa.

Cada dos mesas tenían a su disposición a un camarero y los platos se fueron sucediendo sin que la charla decayera. Toda la conversación se centró en el análisis detallado por parte de Ana Figueroa y Elena Whitey del último divorcio, el último compromiso matrimonial o el último rumor escandaloso del que había tenido noticias la comunidad de la urbanización. Las señoras gorjeaban a gusto y los demás nos limitábamos a escuchar. De las otras mesas llegaban también voces femeninas que, al igual que las de las nuestras, bajaban el tono para decir algo emocionante o reían ruidosamente para celebrar alguna ocurrencia y supongo que también en las otras mesas hablaban del último divorcio, compromiso o rumor, utilizando probablemente incluso las mismas palabras que en la nuestra. Joaquina Gutiérrez intentaba de vez en cuando meter baza en la cháchara de las otras dos, pero resultaba evidente que estaba mucho peor informada de las historias, así que las otras la ignoraban al no tener nada que aportar. Los maridos se limitaban a escuchar o a concentrarse en la comida y el vino y apenas sí decían una o dos breves frases de vez en cuando para recordar a sus mujeres que seguían allí. En cuanto a Meme y a mí, nos limitábamos a intercambiar miradas de resignación de un lado a otro de la mesa.

La conversación no incluyó a los demás hasta los postres, cuando, después de haber repasado la vida y milagros de más de dos docenas de personas - entre ellas, Pablo y su fallido matrimonio, el padre de Elisa y su cirrosis y la significativa ausencia de los padres de Alfredo en la fiesta - la conversación se centró en Jaime. Aquel se vió desde el primer momento que era el tema más jugoso de todos y pensé que, probablemente, lo habían dejado deliberadamente para el final, retardando el placer de sumergirse en él a fondo.

Todo empezó por un inocente comentario de la señora Figueroa al ver a Jaime, que acababa de pasar por delante de nuestra mesa para darle instrucciones a un camarero.

- Es sorprendente lo bien que le van las cosas a este chico - dijo, y mirando

directamente a Meme, en busca de su respuesta, añadió: - No entiendo porqué no se ha casado aún.

- Si yo tuviera treinta años menos, estaría loca por él - se apresuró a decir Elena Whitey, subrayando el comentario con una risita alborozada y picaresca.

Meme sonrió dulcemente y asintió.

- Todas lo estamos.

Aquello bastó para que Ramón Whitey se inclinara por delante de la señora Gutiérrez y me dijera, en el tono de quien sabe que su oyente va a apreciar en toda su medida lo que va a decir:

- Cuando murió su padre, la bodega no pasaba buenos momentos. Todos creíamos que tendría que acabar vendiéndola a una de esas malditas multinacionales. Pero él la ha levantado. Sí, señor - asintió con satisfacción -. Ese chico es un genio de los negocios.

- Todos sabemos cómo lo ha conseguido - sonó entonces, como un gruñido, la voz de Manuel Gutiérrez, que era el que menos había hablado durante toda la cena, concentrado en devorar los platos que le habían servido.

- No hagas caso - me dijo Whitey, ignorando el comentario - Son las malas lenguas...

- El dinero, si se sabe manejar, lo puede todo - volvió a gruñir Gutiérrez.

El señor Whitey le lanzó una mirada asesina con sus ojos de un brillante azul, herencia junto con las acciones del antepasado inglés que iniciara la fortuna familiar viniéndose al sur de España a crear una bodega. Yo busqué a Meme con la mirada, en busca de alguna aclaración. Ella se limitó a limpiarse los labios con la servilleta y a decirme alegremente:

- Hay quien piensa que Jaime es una especie de gángster.

Las tres señoras rieron y Gutiérrez apuntó con una cucharilla rebosante de sorbete de limón a Meme y rezongó:

- Yo no he dicho eso. Sólo digo que...

- De acuerdo, de acuerdo - le cortó, en tono conciliador, Ramón Whitey - Ha conseguido unos terrenos municipales de forma poco clara. Pero, caramba, así son los negocios - y sonrió con una espléndida sonrisa que daba a entender que el mundo no se terminaba por eso.

Pero Gutiérrez no estaba dispuesto a darse fácilmente por vencido.

- Dicen que él financió la campaña electoral del alcalde a cambio de las recalificaciones - dijo.

- Sí, claro - replicó Ana Figueroa, que debió considerar que llevaba ya demasiado tiempo sin hablar - También dicen que está metido en el narcotráfico, pero nadie

puede demostrarlo.

- ¿Ves? - me dijo Meme desde el otro lado de la mesa, evidentemente divertida con todo aquello - Lo que te decía. Un gángster.

- En todo caso, lo de las Bodegas Morney fué un asunto muy sucio - insistió Gutiérrez.

Aquello me llamó la atención. Las Bodegas Morney eran las bodegas de la familia de Alfredo, el marido de Tesa. Su padre, Ignacio Morney, había sido el propietario único de las mismas. No era una empresa tan importante como Bodegas España, sino un próspero negocio de tamaño medio que funcionaba aún con el estilo de una empresa familiar, como todas las bodegas habían sido en su origen, antes de convertirse en grandes emporios.

Miré a Meme y ví que su sonrisa se había debilitado un poco.

- ¿Qué pasó con las Bodegas Morney? - pregunté, mirando a Gutiérrez. Pero Whitey se apresuró una vez más a cortarle, dispuesto a que fuera su versión y no la de Gutiérrez, al que estaba claro que consideraba un advenedizo, la que se oyera.

- Jaime las absorbió - explicó - Tenían problemas financieros y Jaime tomó el control.

- Esa es una forma muy bonita de decirlo - replicó Gutiérrez y, dirigiéndose a mí, como si yo fuese un árbitro o un juez que hubiera de decidir quién se ajustaba más a la verdad, dijo: - Bodegas Morney pidió ayuda a Bodegas España y Jaime se la negó. Le ofrecieron un paquete de acciones, venderle parte de sus tierras, cualquier cosa, y él lo rechazó todo. Esperó a que tuvieran el agua al cuello y entonces hizo una oferta por el todo y se quedó con las bodegas.

- Creo que los Morney hicieron todo lo posible por evitarlo - apuntó rápidamente Ana Figueroa en tono conspirador.

- Yo he oído que incluso vieron a Ignacio Morney llorando en el despacho de Jaime, suplicándole que no les quitara la bodega - añadió el señor Figueroa, dejándose llevar por el mismo tono de su mujer.

Gutiérrez asintió, satisfecho de ver que tenía seguidores.

- Ese chico es un tiburón.

- ¡Y con lo amigo que es de Alfredo! - se lamentó Elena Whitey.

- Bueno - Gutiérrez se encogió de hombros y se llevó a la boca una cuchara desbordada de sorbete -, ahora Alfredo trabaja para él, ¿no? Incluso habrá quien piense que le ha hecho un favor contratándole. Jaime Andgrade sabe hacer las cosas. Sabe jugar sucio y parecer un santo.

Las señoras se apresuraron de nuevo a apostillarle:

- Desde luego, su padre nunca habría hecho algo así.

- Y todo este lujo. Los coches, las fiestas... Su padre era un hombre muy austero.

Yo miraba a Meme, tratando de encontrar en su expresión alguna respuesta. Aquellas noticias explicaban ciertas actitudes que había visto en Tesa, en Alfredo, en Jaime, en todos, pero abría muchos otros interrogantes. Pero Meme se limitaba a escuchar a todos sin perder la tranquilidad de su sonrisa.

El señor Whitey, en cambio, estalló entonces, adquiriendo su bronceado un tinte grana, harto de que se atacase a Jaime, tal vez no por un deseo de protegerle a él en concreto, sino de proteger a toda su clase, a su casta, de las críticas de Gutiérrez, que no pertenecía como él a una sociedad en la que nunca se hablaba en voz alta de determinados pecados.

- ¡Ya basta! - exclamó - Jaime es un gran hombre de negocios. Todo lo demás sólo son rumores. Bodegas Morney no podía seguir adelante y Jaime consiguió evitar la quiebra y salvó su empleo a más de doscientos trabajadores. Ésa es la única verdad.

- Dicen que quiere meterse en política - dijo al instante Ana Figueroa, para la que aún no estaba terminado el tema, dispuesta a exprimirle hasta la última gota.

- No lo necesita - le respondió Gutiérrez - Ya tiene a todos los políticos a sueldo.

Whitey lanzó otra mirada asesina a Gutiérrez, pero éste sabía que tenía a las señoras de su parte, así que le ignoró con soberbia indiferencia.

Ana Figueroa rió maliciosa y buscó nuevos caminos.

- Yo creo que debería casarse - dijo.

- Oh, no se preocupe - la apoyó Gutiérrez - Cuando quiera una mujer, la comprará, igual que hace con todo. Para él no hay nada que no tenga un precio.

Aquello también me pareció demasiado a mí. Miré a Whitey, que se concentraba en su sorbete, derrotado por el ansia de chismorreos del resto, y a Meme, que se mantenía impassible, y me sentí en la obligación de salir en defensa de mi amigo. Aquel tipo, Gutiérrez, empezaba realmente a repelerme. Había intentado evitar el sentimiento, temeroso de que se debiera sólo a que no era "uno de los nuestros", temeroso de parecerme demasiado a los otros, de crearme aún un estúpido pionero, pero al oír aquello me convencí de que era sólo mi amistad hacia Jaime lo que me hacía despreciar a aquel tipo.

- No entiendo porqué viene a sus fiestas si tanto le odia - le espeté. Y creo que lo hice con más furia aún de la que pretendía porque las señoras bajaron las miradas azoradas, Meme contuvo la risa, un brillo de triunfo destelló en los ojos de Whitey y un tenso silencio se extendió sobre la mesa.

Pero Gutiérrez estaba ya demasiado envalentonado para dejarse amedrentar. Su voz no sonó en absoluto alterada ni ofendida al replicarme.

- Yo también estoy a sueldo suyo, hijo. Tengo una empresa de transporte y él contrata mis camiones. Todos aquí estamos a sueldo suyo.

Con ello, se evitó el enfrentamiento y las señoras pudieron suspirar con alivio y regresar al chismorreo, como si mi protesta nunca hubiese existido.

- ¿Sabéis lo que cuentan? Que su padre quería que fuese el hermano, Jose, quien presidiera el Consejo de Administración a su muerte. Pero Jaime convocó una votación en el Consejo alegando que su hermano es un poco... ya sabéis, retrasado mental.

- ¿Retrasado mental? ¡Qué va! Lo único que pasa es que le da demasiado a la coca.

- Dicen que Jaime le ha comprado un apartamento diminuto en la ciudad para que no viva aquí con él.

- Insisto en que debería casarse. No sé porqué no lo ha hecho aún.

- A lo mejor es...ya sabes.

- Oh, no - intervino Ramón Figueroa - De eso nada. Creo que se trae a chicas de la ciudad. Chicas profesionales, ya me entendéis.

- ¿Y cómo sabes tú eso? - le recriminó con deliciosa coquetería su mujer.

Todos rieron y Whitey aprovechó que la charla se relajaba para lanzarse a un desesperado intento de salvar la honra de Jaime.

- Sos increíbles - dijo - Es un buen chico. Y vosotras no hacéis más que ponerle verde ¿Qué va a pensar Emilio?

Todos me miraron y, antes de que pudiera responder, Gutiérrez se inclinó hacia mí y me dijo:

- ¿A tí no ha intentado ponerte a sueldo? También pone a sueldo a sus amigos. Alfredo Morney...

- Sí. Y ése otro chico - dijo Ana Figueroa -. El hijo de los Suárez. Eduardo... Edi...

- Le contrató y le echó - dijo su marido - Primero había echado a su padre, ¿os acordáis? Después de más de veinticinco años de director con don José, le echó al mes de tomar el control.

- Echó a mucha gente. A todos los viejos.

- A los que querían que se cumpliera la voluntad de su padre y fuese Jose el presidente.

- Les sobornó para que votasen a su favor y luego les echó.

Aquella gente se lanzaba sobre cualquier cuestión como águilas sobre caracaras. Una vez que empezaban, era como si no pudiesen parar, como si les arrastrase un torbellino. Las voces de las señoras se superponían unas a otras con los comentarios.

- Pues con su amigo, con Edi Suárez, hizo lo mismo. Primero le ofreció un gran contrato y luego le despidió.
- He oído que el chico era un alcohólico.
- Yo he oído que no lo era antes, que empezó a beber cuando Jaime le despidió. Dicen que Edi no aprobaba sus métodos, los sobornos y todo eso, que por eso le echó.
- Jaime debe sentirse muy solo. Ahí arriba, en la cumbre...
- Tonterías - rubricó Gutiérrez, despectivo.
- ¿Has visto a Tesa? - preguntó entonces repentinamente la señora Whitey a Ana Figueroa - Está guapísima...
- Es tan dulce...-replicó la otra, como si nada.

Pero, por supuesto, aquello tampoco era un cambio de tema inocente sino tan sólo la introducción de un nuevo elemento de debate. Pronto surgieron los comentarios de rigor.

- Ya sabes lo que dicen... Meme nos podría decir si es cierto.

Todos los ojos se fijaron ahora en Meme, que sonrió con admirable candidez y dijo con voz angelical:

- No sé lo que dicen.
- Sí, hija. Lo de que Jaime y ella...que siempre ha sido el amor de Jaime.
- Dicen que él compró Bodegas Morney para humillar a Alfredo, en venganza por haberse casado con Tesa...
- ¿Ah, sí? - se rió Meme - Que divertido. Parece el argumento de una de esas series de televisión...

Pero ellas siguieron con sus comentarios. Aquellas mujeres tenían como profesión enumerar y transmitir lo que otros opinan, cuentan y comentan, lo que han oído de un "ellos" abstracto, voces secretas llenas de veneno, que no son sino sus propias voces, convertidas en el rumor del viento cargado de mentiras y pecados que sopla permanentemente en el interior de sus vacías cabezas.

Fué un verdadero alivio que la orquesta comenzara a tocar y empezara el baile. Le pedí a Meme que bailara conmigo y los dos nos disculpamos, nos levantamos de la mesa y nos fuimos y supongo que todos se quedarían mirándonos, siguiéndonos con los ojos, dando forma a alguna historia nueva que luego contarían en la próxima fiesta.

La orquesta estaba integrada por cuatro músicos y una cantante. Tocaban melodías pasadas de moda, boleros y pasodobles, a un ritmo lento, perezoso, que ayudaba a que las parejas no perdiesen el paso. Los señores más mayores sacaron a bailar a las chicas y los hombres jóvenes formaron pareja con las señoras y, en todas las parejas, el miembro joven parecía estar cumpliendo con un deber y sólo los mayores sonreían y disfrutaban. Meme y yo fuímos, al principio, la única pareja de edad equilibrada. Ninguno de los dos teníamos ni idea de cómo bailar un pasodoble, así que imagino que debíamos resultar un poco ridículos, guiándonos el uno al otro en pasos de baile equivocados. De todas formas, yo estaba aún demasiado irritado por la conversación de la mesa como para concentrarme en el baile.

- Deberías haber dicho algo - le dije a Meme, en cuanto llegamos a la zona de baile y la tuve entre mis brazos.

Ella alzó los ojos y me miró sin comprender.

- ¿Yo? ¿El qué?

- No sé... - bufé, tratando de expulsar la rabia de mi interior - También yo debería haber dicho algo. No debíamos haberles dejado que se ensañaran así con Jaime.

Para mi sorpresa, Meme se rió alegremente.

- Oh, no te preocupes - dijo - Todo el mundo lo hace. A la gente le encanta hablar de él. Vienen a su preciosa casa, comen su deliciosa comida, beben su estupendo vino, se lo pasan en grande en sus fiestas y le ponen verde...Es el deporte local. Pero no son peligrosos. Sólo le tienen envidia.

- ¿Hay algo de verdad en las cosas que cuentan? - le pregunté, no sin cierto temor, mirándola a los ojos, buscando en ellos la respuesta más que en sus palabras.

- ¡Claro que no! - contestó Meme, con una risa sincera - Lo único que ocurre es que para ellos Jaime se ha convertido en una especie de mito. Joven, rico, inteligente, triunfador... Las cosas iban muy mal cuando murió su padre. Él levantó no sólo Bodegas España sino todo el sector en apenas unos años. La gente le adora por eso, pero necesitan convencerse de que no es un dios, así que se divierten inventándole todas esas leyendas negras.

- Si él supiera que sus invitados...

- Lo sabe. Por supuesto que lo sabe - se apresuró a decir ella, con seguridad - Y en el fondo le encanta. Ya sabes cómo es. Siempre le ha gustado que se hable de él, aunque sea mal. Después de cada fiesta nos pregunta a nosotros cuál es la última historia que corre sobre él y se ríe muchísimo escuchándonos.

- Pero esas mujeres... - insistí yo, incapaz de darme por vencido - Son un hatajo de brujas.

- Ya se te ha olvidado como era esto, ¿eh? - se burló Meme - Siempre ha sido así. Son inofensivas. Te lo aseguro. El mayor sueño de todas ellas es que sus hijas consiguiesen pillar a Jaime de marido.

Me sonrió y respondí con una sonrisa. Resultaba fácil, tentador, ver la vida a través de los ojos de Meme. Pero, en cierto modo, también resultaba un poco desesperante su condescendencia, su acomodo. Había inteligencia en su mirada, había ironía en su sonrisa, pero había también un descorazonador sometimiento en sus palabras. Un impulso de rebelión, un impulso ya viejo, el mismo impulso que me había mantenido diez años alejado de todo aquello, me llevó a preguntarle:

- ¿Te gusta vivir aquí, en la urbanización, en el pueblo? ¿Nunca has pensado en irte?

Ella me miró tan sorprendida como si repentinamente le hubiese hablado en chino. Luego, se echó a reír una vez más.

- ¿Y perderme las historias que surgen por aquí cada dos por tres? No, ni hablar. Además, ¿a dónde iba a ir yo?

Se me quedó mirando, como si realmente esperase una respuesta. Pero no dije nada. Sonreí y aproximé mi cara a la suya y bailamos en silencio.

Los más mayores se cansaron pronto de bailar y regresaron a la zona de la barra, a seguir hablando en corrillos. Los jóvenes permanecemos en torno a la orquesta, que fué modernizando sus canciones y que pasó luego a interpretar sevillanas. Poco a poco, las actitudes comedidas fueron desapareciendo y la animación se hizo más auténtica. En una esquina del jardín, Pilar hizo su versión del cuchi-cuchi y un coro de hombres la jaleó y vitoreó. Poco después, la ví desaparecer por el fondo del jardín con uno de ellos y no volvió ya en el resto de la fiesta. Meme y Elisa cambiaban de una pareja de baile a otra, incansables, protestando en cuanto la orquesta callaba, aunque sólo fuera por un momento, pidiendo más y más música, más y más baile, de prisa, como si no hubiese tiempo suficiente para divertirse.

Yo me sentía un poco al margen. No me gustaba bailar tanto como a los demás y me veía incapaz de incorporarme a ninguna de las tertulias de los mayores. Pendulaba entre la barra y el baile, observando, recordando, tratando de olvidar la conversación de la cena, preguntándome si bajo todas aquellas sonrisas, tras todas aquellas parejas que sólo duraban lo que dura una canción, se esconderían tantos odios, envidias, rencores y rivalidades como los que parecían sentir algunos por Jaime.

Pero luego, de pronto, Tesa se cruzaba en mi mirada y todo oscuro pensamiento se desvanecía. Allí estaba, bailando graciosamente con uno, coqueteando inocentemente con otro, riendo, atusándose el pelo, diciendo “¿de

verdad?” o “¡no puedo creerlo!” como si todo, cada palabra, cada mirada que le dirigían fuese un gran descubrimiento. Otra vez volvía a tener dieciocho años y, a la vez, no tenía edad, no vivía en el tiempo, sólo estaba allí, invariable, luminosa, mientras los demás envejecíamos a su alrededor, arrastrados por los años como hojas llevadas por el viento. Ella era la roca, la tierra firme.

Jaime bailó con Tesa. Fué al final de la fiesta, cuando incluso los más vigorosos empezaban a decaer. La orquesta dejó las sevillanas y tocó una dulzona versión de una vieja canción de Paul Anka. Tesa, que bailaba en grupo con otros, se giró y encontró a Jaime a su lado y, sin necesidad de palabras, puso sus manos en los hombros de él y se dejó abrazar sonriendo. Jaime no sonreía. Se limitaba a mirarla a los ojos, serio, callado, convertido en una silueta, en la misma silueta lejana, cavilosa, que había observado al resto del mundo desde una ventana de su casa y que ahora parecía contemplar todo ese mundo en los ojos de Tesa. En otros tiempos, Tesa habría bailado con Jaime, le habría sonreído, se habría dejado abrazar por él igual que ahora, pero luego le habría dado la espalda para conquistar a algún otro, a alguien nuevo, en aquel juego de amor y despecho que habían mantenido durante toda su juventud. Y Jaime lo habría aceptado con resignación, consciente de que Tesa tenía demasiada vida, demasiada belleza, demasiada juventud, para entregársela a una sola persona. Pero aquella noche, viéndoles, supe que no sería así. Aquélla era una de esas otras noches. Una de las noches en que Tesa le pertenecía a Jaime por completo.

Una señora distrajo mi atención de la pareja. Era, si no la recordaba mal, una de las amigas de mi madre que venían por casa en los viejos tiempos a jugar a las cartas, creo que una tía de Elisa. Se me acercó con pasos presurosos y sonrisa candorosa.

- Oh, Emilio, quería decirte que es tan considerado por tu parte que hayas venido a pasar el verano - me dijo - Supongo que has venido porque queréis pasar las vacaciones juntos todos los amigos. Para daros consuelo unos a otros, quiero decir. Por lo de la pobre Paula, claro. Ha sido tan, tan triste. Esa chica... Tan joven... estaréis todos muy afectados aún, ¿no?

Un brillo de curiosidad, breve pero indudable, centelleó en su mirada. Sentí que me faltaba aire. No dije nada, pero la señora - demasiado maquillaje, demasiadas joyas, demasiado volumen en el peinado, demasiados años, pensé - no supo interpretar mi silencio.

- Sí, es tan terrible siquiera hablar de ello - insistió, asintiendo con cara de funeral - Un drama. Un auténtico drama ¿Tú porqué crees...?

Busqué con la mirada a Tesa y Jaime. Pero la canción había terminado y ya no estaban bailando. Eché un vistazo a mi alrededor. No ví a Jaime. Tesa estaba con Alfredo. Le había apartado de uno de los corrillos y le decía algo al oído con sonrisa tierna. Alfredo también sonreía. A mi lado, la señora seguía hablando.

- Tan joven, tan guapa...

Un revuelo repentino le salvó la vida. A nuestro alrededor, todo el mundo se agitó nervioso y varias personas miraban hacia la entrada del jardín, por donde había aparecido un camarero con aspecto agitado. Oí decir a alguien algo referente a un accidente. Ví que Alfredo corría y dejé a la señora y corrí tras él. Salimos del jardín y seguimos al camarero.

En el camino de la entrada de la casa estaba atravesado un coche, estampado de frente contra un árbol. No parecía haber sido un golpe muy fuerte, a pesar de que toda la parte delantera del coche estaba abollada. Alfredo y yo nos acercamos a la ventanilla del conductor. Pablo estaba sentado tras el volante.

Nos miró con ojos adormecidos y sonrió al reconocernos.

- ¡Vaya! - dijo, con voz pastosa y articulando a duras penas las palabras - Una fiesta increíble, ¿eh? Cacatúas, buitres... eh... ¿cómo sigue? Cacatúas...

Un fino hilillo de sangre le caía por la nariz. Alfredo abrió la puerta del coche y le sacamos entre los dos. Habían llegado ya muchos de los invitados. Jaime se abrió paso entre ellos y se nos acercó.

- ¿Qué ha pasado?

- Has puesto un árbol nuevo - le dijo Pablo, en un tono de reproche claramente étlico

- Ese árbol no estaba ahí antes. Estoy seguro. Ese maldito árbol...

Jaime se echó a reír y eso pareció tranquilizar a los demás invitados, que dejaron de observarnos en silencio y empezaron a intercambiar risueños y condescendientes comentarios.

- Vamos - nos dijo Jaime - Llémosle dentro de la casa. Le curaremos la nariz...

- El maldito árbol... - siguió diciendo Pablo mientras le llevábamos prácticamente en volandas al interior de la casa - Te denunciaré, Jaime. A tí y al árbol. Por daños y perjuicios. Te voy a sacar toda la pasta...

Aquello marcó el final de la fiesta. Cuando dejamos a Pablo acostado en un dormitorio de la casa, nos despedimos de Jaime y salimos al jardín. Alfredo y yo éramos ya los únicos invitados que quedábamos. Tesa había venido poco antes a decirnos que se iba con Meme.

Subimos al coche de Alfredo y pasamos junto al vehículo accidentado de Pablo.

- Es increíble - dijo Alfredo al ver el coche - Todas las fiestas acaban con algo parecido.

- Ha sido una fiesta estupenda - dije yo.

Alfredo asintió.

- Todas lo son. Estupendas.

Observé sus manos sobre el volante mientras salíamos ya de la propiedad de Jaime. Aferraba con tanta fuerza el volante que los nudillos se le estaban poniendo blancos.

- Todo es siempre igual - dijo - Nada cambia ¿No te das cuenta? Hace unos doce años, después de una fiesta de verano, Pablo se pegó un tortazo con su moto porque había bebido demasiado y nosotros le recogimos y le llevamos a su casa, ¿te acuerdas? Y, dentro de otros doce años, Pablo seguirá estrellándose después de las fiestas porque aún no habrá aprendido a controlar la bebida y comportarse como un adulto.

Alfredo hablaba manteniendo los dientes apretados, sin apenas mover los labios. Había una rabia mal contenida, una ira tan repentina en su voz, en el brillo de sus ojos en la oscuridad del interior del automóvil, que me asustó.

- es algo increíble - continuó - Parecen no darse cuenta. Ninguno. Las cosas cambian, el tiempo pasa. Pero no quieren, no pueden o no saben verlo. Ya no somos los mismos, maldita sea. Pero ellos se comportan como si lo fuéramos.

Me miró y en sus ojos se reflejó la misma repentina sorpresa que si sólo entonces se hubiese dado cuenta de que yo estaba a su lado en el coche. Su expresión se relajó rápidamente y se apresuró a sonreír.

- En todo caso, son fiestas divertidas - dijo, con una voz repentinamente tranquila y sonriendo conciliadoramente - Espero que te hayas divertido mucho.

- Me he divertido mucho.

- Bien - asintió - Eso está bien, muy bien.

No hablamos mucho más durante el resto del camino.

IV

A medida que fué avanzando el verano, los días empezaron a pasar más despacio y a parecerse cada vez más entre sí. El sol parecía haberse establecido de manera definitiva en lo más alto del cielo y el calor daba lentitud al tiempo hasta hacerlo detenerse, como si a cada día no le sucediese otro sino que fuese siempre el mismo, siempre lunes, siempre martes, manteniéndonos atrapados en la desidia del bochorno. Los hombres seguían trabajando a pesar del verano y yo vivía entre mujeres. Me levantaba tarde, desayunaba un zumo de naranja en la terracita del bungalow, me ponía el bañador y una camiseta y bajaba a la playa. Tenía que caminar unos diez minutos por la orilla para llegar a la zona donde se instalaban las chicas. Me unía a Tesa, Meme y Pilar (Elisa también seguía trabajando) y a cualesquiera otras amigas que ocasionalmente las acompañaran y me tumbaba sobre la toalla en cualquier espacio libre bajo sus sombrillas, donde ellas permanecían muy juntas, oliendo a bronceador, a sol y agua de mar, a verano y a fantasías. Aquel olor bastaba para hacerme sentir como un intruso en el pequeño universo femenino que creaban en la débil sombra. Se pasaban todo el día hablando sin parar, siempre a media voz, en tono conspirador, yéndose de una en una a bañarse o a tomar el sol para que la conversación nunca decayera. Por supuesto, como hace todo el mundo en la playa, hablaban sobre todo del resto de la gente, de todo el que pasase ante nuestro improvisado campamento, en especial si era mujer. Eran conversaciones largas, a veces monólogos interminables de una u otra, llenos de argumentos y razonamientos, llenos de desidia. Se lo tomaban tan en serio como si estuviesen discutiendo un profundo problema filosófico cuando en realidad sólo estaban analizando a cualquier incauta que se cruzase con su mirada con algo digno de mención, ya fuese su traje de baño, su celulitis, el volumen del pecho, la manera de andar, si llevaba o no pulseras en la playa o si las gafas de sol le hacían juego con el traje de baño. Había tres o cuatro asuntos que parecían ser los verdaderamente importantes, los que conseguían sacarlas de quicio: mujeres demasiado mayores en bikini, bañadores blancos que se transparentaban al mojarse, hombres y mujeres casados que flirteaban en la orilla utilizando los juegos de sus hijos como pretexto, paisanos que con toda desfachatez instalaban sus sombrillas, toallas, heladeras, fiambreras y transistores en aquella zona cuando todos sabían que aquél era territorio exclusivo de los habitantes de la urbanización... Protestaban, murmuraban,

sentenciaban y condenaban. Así día tras día, siempre el mismo día.

Yo escuchaba como una lejana melodía su continuo cloqueo a través de la semiinconsciencia en que siempre me postraba el sol. Nunca me había gustado la playa y todos los días, tras el zumo de naranja, decidía no ir y quedarme en mi terraza leyendo. Pero siempre iba. Me gustaba ver a Tesa en su silla de playa, con los discretos y coquetos bañadores de tonos claros que solía llevar, poniéndose crema en una pantorrilla, y a Meme, paseando un cuerpo más espléndido de lo que cabía imaginar cuando estaba vestida o bajándose por el hombro el tirante del bañador para evitar marcas en su bronceado, y a Pilar, tan rotunda, tan carnal, agachándose ante mí hasta dejar a unos centímetros de mi nariz toda su insondable voluptuosidad. Adolescentes de impecable figura pasaban ante mis ojos, pero yo prefería fijarme en las jóvenes mamás que se acercaban a saludarnos con sus niños y me rodeaban con sus carnes reafirmadas por el aerobio, sus pieles tostadas y sus alegres voces hablando de problemas domésticos. A veces me sentía perverso, un soñador despreciable. Había momentos en que llegaba a temer que alguna de ellas abandonase la conversación, se volviese hacia mí, siempre callado, siempre observando desde un segundo plano, y me dijese tan alto como para que lo pudiese oír toda la playa: "¡Eh, tú! Deja ya de pensar en esas cosas, ¿vale?"

Regresaba al bungalow a media tarde y lo primero que hacía siempre era darme una ducha. Y no era sólo para quitarme la arena y refrescarme. La ducha me ayudaba a recuperar la dignidad, me hacía dejar a un lado las fantasías, los impulsos adolescentes, las visiones de todos aquellos bañadores convertidos en ropa interior, para volver a ser un adulto serio y razonable.

Esperaba al anochecer sentado en la terraza, observando la marea y a los bañistas. Aquella zona de la playa era la de las pandillas más jóvenes. Chicos y chicas que prescindían de las sombrillas, que soportaban sin inmutarse la paliza del sol, riendo, tirándose unos a otros al agua, jugando, bañándose en grupos, haciendo planes para la noche, sabiéndose llenos de futuro, de esperanzas y de energía. Bastaba observar durante un breve rato a cualquiera de aquellos grupos para darte perfecta cuenta de quién era el líder entre ellos o la chica más admirada entre ellas, quién coqueteaba con quién, quién era el bufón y quién se sentía relegado. Eran tan transparentes como el agua, sus sentimientos podían leerse como líneas de un libro abierto. Eran libres y estúpidos, felices e inconscientes. Les mirabas y te preguntabas cuánto duraba aquello, cuándo empezaban las sombras, las ideas tortuosas, la capacidad de fingir, los disimulos y los desengaños ¿Había una edad igual para todos en la que caía el velo que ocultaba toda aquella diáfana inocencia? Eran libres y

estúpidos, sí, pero al mirarles te maldecías por haber crecido, por haber dejado de ser tan libre y tan estúpido como ellos, y no podías evitar compadecerles porque, aunque ellos aún no lo sabían, también les ocurriría lo mismo, también caerían en la trampa y acabarían creyendo a todas esas voces que te repiten una y otra vez que no sólo es inevitable sino también necesario y positivo el convertirse en un adulto.

Por las noches, la vida recobraba su ritmo. Siempre había algún plan en marcha. Meme, Tesa y Alfredo, Jaime o Pablo, cualquiera de ellos, aparecía por el bungalow para recogerme en cuanto había caído el sol e íbamos a reunirnos con los demás y, quienquiera que fuese el que hubiese venido, invariablemente se pasaba todo el camino hasta el punto de reunión diciéndome que aquella noche iba a ser única, algo grande, que lo pasaríamos como nunca, aunque en realidad todas las noches eran más o menos iguales. Ibamos a tomar copas al chalet de alguno de los del grupo o a cenar a las ventas de los pueblos cercanos o montábamos una barbacoa en la playa y de vez en cuando nos invitaban a alguna fiesta, que solían ser imitaciones modestas de la que diera Jaime, pero daba igual lo que hiciésemos porque parecía ser lo mismo todas las noches: borracheras de Pablo, bromas de sal gorda de Pilar, silencios de Elisa, tiras y aflojas de Tesa y Alfredo, actitudes galantes de Jaime, los inevitables cotilleos y los debates sobre los cotilleos, todo repetido, programado y puntual, fases de un ritual inmutable. Pero ellos parecían pasárselo en grande. Les gustaba decir continuamente que se aburrían, era parte del rito: "estas fiestas son tan aburridas", "resulta tan aburrido venir a cenar a este pueblo", "me aburre tanto beber". Pero al final de la noche se miraban unos a otros, se sonreían y repetían una y otra vez "lo hemos pasado tan bien, ¿verdad?" y todos asentían y se despedían con besos, apretones de manos y abrazos, como si se felicitasen los unos a los otros por ser tan divertidos, tan ingeniosos, tan animados y tan buenos amigos. Lo importante no parecía ser lo que se hiciese o a donde se fuese. Lo único importante era hacer algo, cualquier cosa, no quedarse en casa, no ver pasar el tiempo ante tus ojos, no permitir que alguien, quizás nosotros mismos, pudiese pensar que ya no salíamos ni nos divertíamos tanto como cuando éramos más jóvenes.

Sería injusto si dijese que no lo pasé bien muchas de aquellas noches. Todo aquello era tan parecido al pasado, a un tiempo en el que yo no tenía ninguna duda de que aquélla era la mejor forma posible de vivir la vida, que hubo momentos en que llegué a creermelo que volvía a ser un adolescente, lleno de energía y elevado a la felicidad por la absoluta ausencia de responsabilidades. Noche a noche recuperaba la antigua intimidad con ellos, día a día recuperaba los antiguos sueños con ellas, y

aunque había algo, no sabía bien qué, que me parecía equivocado en todo aquello, una especie de sensación indescifrable de inmoralidad, no sentía la necesidad de detenerme a hurgar en las fisuras de aquel mundo perfecto.

Volvía a ser uno de ellos. Y resultaba muy reconfortante, muy tranquilizador, esa idea de formar parte, de pertenecer a un grupo, de ser uno más y no uno solo. Unido a la vieja pandilla, ya no me sentía obligado a llevar las riendas de mi propio destino. Era el grupo - una mano común, invisible - quien las llevaba por mí. No tenía que preocuparme de nada.

Una mañana, Jaime vino a recogerme temprano. Era el gran día, mi gran día o, al menos, eso era de lo que había tratado de convencerme Jaime. Llevaba muchas noches repitiéndomelo: "un día de estos quiero que lo pasemos juntos, quiero enseñarte unas cuantas cosas". Se me acercaba después una cena o en mitad de una fiesta y me lo decía, con su sonrisa enigmática de las grandes ocasiones, sin añadir nada más, convencido de que aquellas palabras serían suficientes para llenarme de intriga y emoción, con su habitual deseo de hacer feliz a la gente por el solo hecho de aportar algo novedoso a sus vidas. Me lo había dicho ya varias docenas de veces cuando por fin, al final de una noche, se me acercó y me anunció con voz solemne y un brillo de infantil excitación en la mirada: "Mañana te recojo a las nueve".

Al día siguiente, a las nueve menos cuarto, estaba ya llamando a la puerta de mi bungalow. Por supuesto, no me molesté en preguntarle a dónde íbamos porque estaba seguro de que no me lo habría dicho. Subí a su deportivo y me dejé llevar. A pesar de que la noche anterior habíamos estado bebiendo hasta muy tarde, tenía un aspecto magnífico. Transmitía vitalidad, juventud, despreocupación y también un cierto nerviosismo: no hablaba y sus dedos no dejaban de tamborilear sobre el volante de su deportivo mientras salíamos de la urbanización. Aquello me intrigó más que el destino de nuestro viaje.

Recorrimos en silencio varios kilómetros de la carretera de la playa en dirección opuesta al Puerto, hasta que por fin Jaime tomó un desvío hacia el mar. Avanzamos por una carretera sin asfaltar durante otro par de kilómetros. Luego, tras una loma, apareció el mar ante nosotros, con el pálido tono azulado de las primeras horas de la mañana, parcialmente oculto por varias hileras de chalets en construcción que se extendían a lo largo de la primera línea de playa. Jaime detuvo entonces el coche a

un lado de la carretera, en un altozano desde el que podía verse toda la obra. Había varias grúas funcionando y decenas de obreros por todas partes y el sonido de picos, palas y martillos, de camiones y mezcladoras de cemento, acallaba el suave rugido de la marea.

Jaime se bajó del coche, avanzó unos pasos y contempló el panorama. Cuando fuí a su lado, me miró con una sonrisa henchida de satisfacción y me dijo:

- ¿Qué te parece?

- ¿El qué?

- Ahí tienes - dijo, abarcando con un movimiento de mano toda la obra - Chalets adosados. Toda una colonia. Los terrenos son míos. Soy socio de la constructora. Siempre he pensado que debía diversificar mis inversiones, no centrarlas sólo en la bodega.

- ¿Me has sacado de la cama tan temprano para enseñarme esto?

- No. Sólo quería saber qué te parece.

Eché un vistazo a todas aquellas casitas a medio construir y sólo sentí impaciencia.

- ¿Qué tiene que parecerme? - dije, con un ligero tono de protesta - Todos os pasáis la vida aquí preguntando qué te parece esto o lo otro. Pues no me parece nada ¿Cómo compraste los terrenos?

Jaime se encogió de hombros.

- Eran una ganga. Tierra yerma, calificada como suelo no urbanizable por estar demasiado cerca de la playa.

- Y tú conseguiste que lo declararan urbanizable.

Jaime me miró con curiosidad por un instante. Pero sonrió al poco y volvió a encogerse de hombros.

- Más o menos.

- Entonces es cierto...

- ¿Qué es cierto?

Le miré a los ojos. Había un fondo de inocencia en su mirada, un brillo de ingenuidad. Tal vez, no lo sé, de estudiada ingenuidad. Cuando íbamos al colegio de niños los curas solían decir de él "¡Es un chico tan sano!" Me acordé repentinamente de ello porque eso era lo que parecía ahora: tan sano, tan ingenuo, tan inteligente, tan inmaculado. Me sentí estúpido al contestar:

- Dicen que tienes comprados a los políticos de la zona.

Se echó a reír al instante, encantado de que hubiese dicho aquello.

- ¡Oh, Dios mío! ¿Dónde has oído eso?

- Por lo visto, lo dice todo el mundo.

- Por Dios bendito, Emilio - me dijo, riendo aún -, no te creas todo lo que oigas sobre mí ¡Acabarías odiándome! Yo no compro a nadie. Supe que iba a haber un cambio de legislación urbanística, investigué todo el litoral, descubrí que estos terrenos serían urbanizables con la nueva ley y los compré antes de que se revalorizaran. Eso es todo, créeme. Tengo buen ojo para los negocios, Emilio. Ése es mi talento. Todo lo demás es leyenda negra.

- Pero parece que te gusta arrastrar esa leyenda.

- Confieso que sí. La gente no te toma en serio si piensa que eres honrado. Si eres rico, te admiran. Pero si además piensan que eres malvado, te respetan.

- ¿Y no hay nada de verdad en todo lo que se dice de tí?

Jaime me miró con una mirada burlona, disfrutando con la duda que veía en mí. Le encantaba aquello: intrigar a los demás, hacerles dudar, obligarles a pensar en él. Ya no había ni rastro del nerviosismo que me parecía haberle notado en el coche. Ahora estaba disfrutando.

- Te sorprendería saber que algunos de los rumores que corren por ahí los he propagado yo mismo - dijo, mientras volvía a sentarse tras el volante del deportivo.

Le observé durante unos instantes. Luego, me eché a reír y subí también al coche.

Cuando nos incorporamos de nuevo a la carretera de la playa alejándonos más aún del Puerto y la urbanización, le pregunté:

- ¿Para qué me has traído aquí?

No apartó la mirada de la carretera al contestar.

- Hay algo que quiero pedirte.

Sus dedos volvieron a tamborilear en el volante.

- Adelante - dije - Pero si es lo de que trabaje para tí.

- No, no es eso. No es un asunto de trabajo.

- Entonces, ¿para qué demonios me tienes a las nueve de la mañana viendo unos chalets a medio construir?

Sus ojos permanecieron fijos en la carretera, los dedos tamborileando, la expresión impenetrable. Habíamos recorrido más de quinientos metros cuando por fin me contestó.

- Me gustaría que me conocieras, Emilio, que conocieras mi vida actual.

- ¿Y voy a conocerte mejor viendo unos chalets?

- Quiero que comprendas lo rico que soy.

Le observé y me sorprendió ver que hablaba absolutamente en serio. No pude

contener una carcajada.

- Oye, no vas a impresionarme...

- No pretendo impresionarte - se apresuró a decir - Sólo si comprendes lo rico que soy podrás comprenderme a mí, comprender el esfuerzo que he hecho y las razones para hacerlo. Yo no acumulo dinero por el mero placer de acumularlo. El dinero es siempre un medio, no un fin, y quien olvida eso se convierte no sólo en un loco sino también en una persona peligrosa. Yo acumulo dinero, poder y dinero, para lograr un fin, un único fin. Y quiero que comprendas lo mucho que he luchado para lograrlo. Trabajo catorce horas al día, ¿sabes? Me peleo con los sindicatos, con los obreros, con los constructores, con los proveedores y los vendedores, con todo el mundo, apenas duermo cinco horas diarias y nunca tengo vacaciones. A cambio, mi fortuna aumenta. Hasta un punto en el que nadie de la zona se me puede comparar. Pero todo eso sólo es un medio para lograr mi objetivo.

- ¿Y cuál es ése? ¿Cuidar de las gentes de la urbanización, como me dijiste en tu fiesta?

- Oh, no, no - Se rió - Eso es algo secundario, un placer. Ya te lo dije: creo en nuestro sistema de vida, creo en el mundo en el que nací y crecí, en la urbanización, en su propia vida, al margen y en paz. Mi idea es desplazar a los turistas a esta nueva zona y devolver a la urbanización su viejo espíritu: nuestro pequeño rincón, sólo para unas cuantas familias y sus hijos, todos amigos de todos, como crecimos nosotros, ¿recuerdas?

En su boca se dibujó una sonrisa soñadora que me hizo sentir incómodo. No quería verme atrapado en el sueño de Jaime como si yo formara parte de él. Había luchado mucho para hacer de mi mundo algo más grande que la urbanización y no estaba dispuesto a olvidar aquella lucha.

- Entonces - le dije, buscando sobre todo cambiar de conversación -, ¿cuál es ese fin que persigues?

Pero Jaime, como siempre, no iba a darme una respuesta concreta sino cuando él y sólo él decidiese que había llegado el momento de dármela.

- Ya hablaremos de ello luego - me dijo - Antes, quiero que veas algo más.

Regresamos a la carretera de la playa y seguimos avanzando en dirección opuesta al Puerto y la urbanización. Los dedos de Jaime volvían a tamborilear sobre el volante pero ahora había una sonrisa de satisfacción en su cara, como si diese por

cumplido su primer objetivo de aquel día.

El sol empezaba a subir con decisión y el aire que nos daba con fuerza por encima del parabrisas comenzaba a calentarse. Jaime no hablaba y, por alguna extraña razón, yo tenía la sensación de que tampoco debía hablar si él no lo hacía. Pero debió cansarse del silencio a pesar de no tener nada que decir porque, unos cuantos kilómetros después, estiró el brazo y encendió la radio y nos pasamos el resto del camino escuchando una emisora que sólo ponía canciones de moda de hacía más de diez años.

Debimos recorrer unos cuarenta kilómetros antes de que volviese a tomar una carretera lateral, esta vez en dirección al interior. Tal y como él pretendía, estaba intrigado. Atravesábamos tierras valladas, amplios campos de hierba y pinares de propiedad particular. De vez en cuando, se veían casas o pequeños caminos que llevaban a las casas y, por fin, Jaime frenó, giró y tomó uno de ellos. Era un camino de tierra amarillenta sin asfaltar. Tras doscientos metros de traqueteante recorrido, pude ver tras una curva un bonito cortijo. Era una casa de teja roja y paredes blancas, muy ancha, con una parte central de dos pisos de altura y laterales de una sola planta. Una casa de campo con la perfecta combinación entre lo rústico y la elegancia.

Jaime sonrió.

- Ahí tienes - dijo - No te ofendas, pero me gustaría saber qué te parece.

Miré a la casa hacia la que nos acercábamos. Sonreí, conteniendo la tentación de ser crítico. No quería parecer un envidioso incapaz de reconocer la belleza de lo que otros poseen, pero algo en mi interior me impedía ser condescendiente y halagador.

- Es el tipo de casa que cualquiera identificaría con lo que se suele llamar un señorito andaluz - dije, pero me apresuré a añadir: - Es preciosa.

- Es otro de mis sueños - dijo Jaime - La compré el año pasado. Y el mismo día que la compré supe que los sueños se pueden hacer realidad.

Sonreía sin chulería, sin engreimiento. Sonreía con la misma ilusión con que un niño mira los juguetes que le han dejado los Reyes. Y fué sólo al ver aquella sonrisa cuando comprendí que realmente Jaime no pretendía presumir ante mí con aquel recorrido por sus pertenencias. Lo que pretendía era compartirlo conmigo, enseñarme sus juguetes. Para que le conociera mejor, según decía él, o simplemente para alegrar mi vida dejándome jugar con ellos, aunque sólo fuera un ratito.

Aparqué frente a la entrada principal de la casa y al instante apareció por un lateral un hombre de unos sesenta años que llevaba botas de montar, un grueso

pantalón de paño, una camisa de lana que daba calor con sólo verla y gorra de capataz. Saludó a don Jaime y le dijo, con un acento andaluz tan cerrado que me costó entenderle, que tendrían que hablar un rato "de lo de los animales" antes de que se fuera. Jaime asintió y le tendió las llaves del coche.

- Jacinto, por favor, métalo en el garaje - le dijo.

Jacinto asintió, cogió las llaves y se sentó al volante. Le miré y ví cómo su cara de oscura y curtida piel se había coloreado de satisfacción y orgullo. Tenía un aspecto cómico aquel hombre de campo al volante del espectacular deportivo. Pero, probablemente, a él eso le traía sin cuidado. Jaime le había alegrado el día dejándole llevar su coche durante los pocos metros que le separaban del garaje.

- Nadie conoce aún este sitio. He llevado su compra y restauración con la máxima discreción - me dijo Jaime, mientras entrábamos en la casa - Tú eres la primera persona a la que traigo. Quiero terminar de acondicionarlo antes de dar una fiesta de inauguración.

No entendí a qué acondicionamiento se refería, pues en cuanto entramos pude comprobar que la casa estaba primorosamente decorada. Estaba claro que Jaime se había puesto en manos de profesionales para amueblarla sin reparar en gastos. Me enseñó todas las habitaciones y en todas ellas había siempre el detalle adecuado en el sitio adecuado. La casa estaba construída en torno a un gran patio central donde borboteaba una preciosa y refrescante fuente de piedra y en el que de todas las esquinas colgaban espesas enredaderas que llegaban desde el techo hasta el suelo. Había motivos hípícos en las paredes de los pasillos - bridas, fustas, bocados - y una gran cabeza de toro sobre la chimenea del salón, los muebles eran de madera oscura, realzando el tono rústico, y los sofás y los sillones eran de cuero. En los dormitorios, había Vírgenes del Rocío en hornacinas plateadas sobre las camas, que simulaban o quizás realmente eran antiguas, con cabeceras y altos piés de madera. Era todo perfecto, con una perfección que le restaba naturalidad. Cada mueble, cada silla, cada objeto de decoración estaba justo donde tenía que estar y daba miedo tocar nada, lo más mínimo, porque tenías la sensación de que cualquier alteración rompería el perfecto equilibrio del conjunto.

Jaime me guiaba de habitación en habitación y me las mostraba sin dar explicaciones. Sólo de vez en cuando apuntaba algún detalle: señalaba las losetas de mármol de los pasillos y me decía la fortuna que le habían costado o me enseñaba un Cristo de madera colgado de una pared y me avisaba que era una talla de hacía varios siglos que le había costado Dios y ayuda conseguir o me explicaba lo difícil

que era ya encontrar aparadores o mesas o lo que fuera como la que tenía ante mí. Todo, cada pequeña cosa, parecía requerir mucho dinero, muchas influencias y mucho talento y Jaime lo dejaba bien claro, sin alterar su tono de voz amable, con esa capacidad tan suya para obligarte a apreciar su valía sin parecer un pedante ricachón que sólo el absoluto convencimiento de ser superior puede otorgar.

Tras el recorrido por la casa, atravesamos un cuidado jardín de la parte posterior para ir a las caballerizas. En su interior, olía a heno mojado, a caballos y a humedad.

- Acabo de iniciarme en los caballos - me explicó - Por ahora sólo tengo dos, pero quiero llegar a tener una auténtica cuadra.

Un chaval estaba lavando uno de los animales cuando entramos. Era un animal precioso, negro azabache, de cabeza erguida y estampa árabe. Jaime saludó al chico y acarició el lomo del caballo. Acercó la nariz y la hundió entre sus crines y se rió como un chiquillo.

- Dios mío - suspiró -, me gusta hasta cómo huelen ¿Te gustaría que montásemos un rato?

Me eché a reír ante la sola idea de verme encima de un caballo. La última vez - la única vez, en realidad - que había montado había sido hacía ya muchos años con Paula, un verano en el que la moda entre los adolescentes de la urbanización era ir a montar a alguno de los picaderos cercanos. Yo había ido con el sólo propósito de intentar impresionar a Paula, que era una magnífica amazona. La experiencia fué un fracaso. Mientras Paula cabalgaba con perfecto estilo sobre su animal, yo me limitaba a tratar de que me obedeciera el mío sin caerme tambaleándome sobre la silla. Paula se rió de lo lindo pero, desde luego, no conseguí impresionarla en absoluto. Aquel día juré con Paula por testigo que no volvería a subirme a nada que tuviese cuatro patas. Mi testigo ya no estaba para confirmarlo, pero de todas formas no estaba dispuesto a romper mi juramento.

- En otra ocasión - le dije a Jaime.

Fuímos hasta otra de las caballerizas para ver al otro caballo, que era algo más pequeño que el anterior y de pelaje marrón. Jaime le preguntó algo al chaval, que se acercó a donde estábamos y le dió una explicación sobre forraje, dentaduras y doma y añadió al final:

- De todas formas, señor Andgrade, le sigo diciendo que este caballo no fue buena compra. Es demasiado manso. Es un caballo para que lo monte una mujer, no para usted.

Jaime asintió sin replicar. Me miró y sonrió, no supe entonces porqué.

Tras los caballos, me enseñó sus tierras. Fuímos al garaje y montamos en un landrover destartado y recorrimos campos de hierba amarilleada por el sol y árboles debilitados por el verano. Jaime conducía y se mostraba de un excelente humor, absolutamente entusiasmado por el paseo.

- La tierra te hace sentir libre - me decía - Es una pena que en las ciudades lo hayamos olvidado. La gente sólo quiere ser propietaria de pisos, de chalets o de apartamentos. Han olvidado la tierra. Pero, tal y como yo lo veo, todo debería ser como en el pasado: todos los hombres deberían trabajar para poder comprarse un pedazo de tierra y no un montón de ladrillos y cemento. La tierra es la libertad. Las casas sólo son prisiones cómodas.

- Yo diría que tú te has comprado algo más que un pedazo.

Se echó a reír.

- Ya te lo he dicho antes: yo no quiero ser como los demás hombres, quiero ser el más rico de todos.

- No sé si no está empezando a ponerme nervioso esa obsesión tuya por la riqueza.

- No olvides lo más importante: mi riqueza es un medio no un fin en sí misma.

- Aún así, hay algo en vosotros, los ricos, que resulta desagradable.

- ¿No será envidia?

- Es la autosuficiencia. Es desagradable ver que hay gente que no necesita a los demás para conseguir su felicidad.

- Todos necesitamos a alguien, Emilio.

- Sí, pero con mucho dinero es fácil conseguir lo que quieres de los demás.

- Eso mismo pienso yo.

Los dos nos echamos a reír. Tal vez, pensé entonces, debería dejar de estar a la defensiva. Jaime podía ser asquerosamente rico pero, dijese lo que dijese las malas lenguas, saltaba a la vista que no era un mal tipo. Hay que tener mucho talento para coger a una persona, llevarla de un sitio a otro para enseñarle lo rico que eres y, a pesar de ello, no hacerte odioso. Y Jaime tenía ese talento, su gran talento: sabía hacerse querer. Qué demonios, pensé, mientras el landrover traqueteaba sobre los campos, siempre fue tu gran amigo, así que relájate y disfruta del paseo.

De vuelta a la casa, Jaime estaba de un excelente humor. Me sentó en uno de los cómodos sillones del salón, frente a la imponente cabeza de toro, me sirvió una cerveza, se sirvió otra para él y empezó a hablar, de pie ante mí, dando de cuando en cuando breves pasos a un lado y a otro, como un profesor impartiendo su lección a un único alumno.

- La gran diferencia entre tú y yo, la gran diferencia entre toda la gente que conozco y

yo - decía - es que yo he decidido hacer realidad mis sueños. Eso es todo. La gente vive y muere con un sinfín de ambiciones ocultas, incapaces de luchar para conseguirlas, conformándose con una vida que, normalmente, sólo llega a la mitad, como mucho, de lo que habrían deseado lograr. Yo quiero el cien por cien. Dime, ¿has conseguido tú el cien por cien de tus sueños?

- Nadie lo consigue.

- Pero, al menos, ¿has hecho todo lo que estaba en tus manos para conseguirlos? Te fuiste a Estados Unidos, como tu padre quería. Entraste a trabajar en un despacho de abogados, también como tu padre quería. Hiciste todo lo que se suponía que debías hacer ¿Y a dónde te ha conducido eso? A regresar al punto de partida: a la urbanización, a tus viejos amigos, a los recuerdos... ¿Y sabes porqué? Porque no has luchado por conseguir tus sueños, tus propios sueños.

No supe si ofenderme o no. A nadie le gusta que simplifiquen su vida y sus pequeños fracasos en tres o cuatro frases hirientes. Pero, mirando a Jaime, era fácil darse cuenta de que no pretendía, ni siquiera se le había pasado por la cabeza, herirme. Todo lo que decía, todo lo que había dicho a lo largo del día, eran sólo indicios, algo parecido a pistas de una adivinanza, a piezas de un rompecabezas, para llegar a una única conclusión. Iba paso a paso, tratando de llevarme al punto exacto donde quería situarme y no reparaba en nada más. Era una especie de juego, así que seguí jugando sin tomarme la molestia de mostrarme ofendido o rebatir el retrato que acababa de hacer de mí.

- No todo el mundo tiene tan claro lo que quiere como tú - me limité a decir, con voz impersonal.

- Dime una cosa, Emilio - me preguntó sin escucharme -: ¿piensas a menudo en el pasado? Ya sabes a lo que me refiero. Los viejos tiempos... Cuando teníamos diecisiete o dieciocho años...

- No mucho - mentí.

Jaime me observó, pensativo, dió un trago a su lata de cerveza y sonrió. Esta vez no era una sonrisa enigmática ni orgullosa ni satisfecha. Era una sonrisa verdadera.

- Yo sí - dijo - Pienso en aquellos años y me parecen la época más feliz de mi vida. De hecho, me parece que nunca nadie ha podido ser tan feliz como lo éramos nosotros entonces. Y no me refiero sólo a los buenos momentos, a las fiestas y todo eso... También había malos ratos. Tú y yo, borrachos en la playa, lamentándonos de que Paula y Tesa se habían ido con otros, ¿te acuerdas? Incluso entonces creo que era más feliz de lo que nunca he vuelto a ser.

Sus ojos brillaron con la emoción de la nostalgia. Conocía ese tipo de momentos. También yo los tenía a veces. E intentaba alejarlos lo más rápido posible. La nostalgia es demasiado mentirosa, dibuja los recuerdos a su antojo y lo cambia todo a su capricho. La nostalgia me hace desconfiar. Por eso me irritó que Jaime se dejase llevar por ella.

- Caramba - decía él, sin hablarme ya a mí, hablándose a sí mismo - Sólo han pasado poco más de diez años y parece que fué hace tanto tiempo. Es un poco absurdo. Tengo treinta y un años, soy un hombre joven y hay veces que me parece que ya he vivido toda una vida. Creo que es porque vivimos aquellos años demasiado intensamente.

No sabría decir porqué, pero me estaba enfadando. No quería hablar del pasado con Jaime, quizás porque sabía de antemano que su visión y la mía serían completamente diferentes, quizás porque temía que se pareciesen demasiado.

- ¿Intensamente? - protesté, en un tono más irritado del que me hubiese gustado mostrar - Fuimos a unas cuantas fiestas, nos rompieron un par de veces el corazón y logramos enamorar por unas semanas a un puñado de chicas... Igual que todos los adolescentes del planeta, Jaime. Eso no es vivir con intensidad. Quizás sea precisamente todo lo contrario.

- No puedo creer que pienses eso - dijo él, con sincera incredulidad - Poca gente tiene lo que nosotros teníamos. Los chalets, las fiestas, los amigos... Era perfecto, Emilio. A su manera, todavía lo es.

- ¿Cómo puedes saberlo? No conoces otra cosa. Nunca te has ido de aquí.

- Tú sí te fuiste. Dime, ¿porqué has vuelto ahora?

Jaime sonreía con sonrisa victoriosa. Le miré y sentí cómo las palabras se agolpaban en mi boca, sentí casi físicamente cómo se estrellaban contra mis labios cerrados. Pensé en hablarle de Paula, en preguntarle por ella, en recriminarle por no habérsela oído siquiera mencionar en todos los días que llevábamos viéndonos. Pero no dije nada. Él contestó su propia pregunta.

- Has vuelto buscando el pasado, Emilio. Después de diez años, después de descubrir que no te gustaba ni tu trabajo ni tu vida, has vuelto en busca de un tiempo en que sí eras feliz. Por fin has comprendido que nunca debiste marcharte y abandonar el mundo al que perteneces.

Me eché a reír, aunque el corazón había empezado a latirme deprisa y ya no me sentía a gusto en aquel acogedor salón.

- No me vengas con psicoanálisis barato, por favor. No es tu estilo.

Jaime también se rió.

- Tienes razón. Además, no necesito decirte lo que tú ya sabes ¿Otra cerveza?

Fué hacia la puerta que llevaba a la cocina. Me alegré de que dejara aquella conversación. Cuando me hube quedado sólo, recordé lo que me había dicho Edi en su fiesta sobre él, sobre Paula y sobre el pasado. Era extraño que Jaime y yo hubiésemos acabado hablando de lo mismo. El pasado no me parecía tan importante como para que todos le dedicásemos tanto tiempo.

Era ya mediodía cuando regresamos a la carretera para volver al Puerto. Jaime condujo deprisa y, aunque sus dedos seguían tamborileando inquietos sobre el volante, no lo hacía ya por nerviosismo sino por impaciencia. Había dado por cumplido su objetivo, me había deslumbrado con sus riquezas y posesiones, mensaje recibido, y ahora deseaba llevarme directo a la conclusión de todo aquel montaje exhibicionista.

Fuimos a "Bodegas España". El coche de Jaime cruzó por la imponente puerta de entrada, pasó bajo el arco de metal en el que estaba grabado el nombre y el símbolo de la bodega y mi corazón comenzó a latir con desenfreno. Me sentía sobrecogido. Aquello no era como los demás escenarios del pasado, como la casa de Tesa o de Jaime o las calles del Puerto. Aquello era la bodega, el santuario. El corazón cuyos latidos mantenían vivo nuestro mundo. De niño, cuando mi padre me llevaba con él a la bodega, siempre me sentía cohibido. Perdía el habla y seguía a mi padre por los jardines y las oficinas y los almacenes, siempre un par de pasos detrás de él, sin saber qué decir a todos los hombres de mono azul o de traje que nos saludaban respetuosamente. Nunca he sabido a qué se debía aquel temor. Tal vez, simplemente, a que había crecido oyendo en casa conversaciones entre mis padres en que siempre se nombraba la bodega como quien nombra a un dios incorpóral y misterioso. Toda nuestra vida giraba en torno a lo que allí sucedía, a los problemas, los altibajos y los acontecimientos que tenían lugar tras aquella verja de entrada. Y entrar allí con mi padre era como entrar en la casa de dios, algo mucho más solemne, más sobrecogedor que ir a la iglesia. Quizás por eso, siempre ví al padre de Jaime como alguien distante y temible y nunca fuí capaz de hablar con él sin que el corazón se me acelerase. Al fin y al cabo, el padre de Jaime era Don José y cuando en mi casa se nombraba a Don José no era nunca en vano, siempre se debía a un asunto importante.

Ahora era Jaime quien reinaba allí. Mi amigo, mi compañero de infancia, nadie

a quien temer. Pero el escenario seguía impresionándome.

Nos habían preparado la comida en un pequeño salón de invitados. Pero antes de comer hube de soportar, como era de esperar, una visita a las bodegas. Era absurdo, dado que yo había estado allí cientos de veces, pero Jaime me lo enseñó todo como si yo no lo conociese: el jardín de amapolas y petunias, la pérgola de falso estilo renacentista que rodeaba el pequeño estanque, los almacenes repletos de botas de olor a madera vieja, su solemne despacho, las oficinas, el garaje con los tres Mercedes negros para las visitas de postín... Y, como siempre, esperaba ver mi reacción, mis caras o palabras de sorpresa y admiración, sintiéndose decepcionado porque yo no dijera nada ante todas aquellas maravillas que tan familiares me resultaban. Hube de saludar por el camino a chóferes, mozos, secretarias y ejecutivos que, en su mayoría, estaban ya allí en los viejos tiempos y soportar la inevitable retahíla de frases nostálgicas: "aquí nadie ha olvidado a su padre, don Emilio", "era todo un caballero su padre, don Emilio", "siendo usted abogado, ¿no ha pensado en venirse aquí como su padre, don Emilio?". En algunos momentos, llegué a pensar si Jaime no me estaría obligando a soportar todo aquello como una especie de sutil venganza por algo que ignoraba. Pero al ver su expresión de absoluto placer ante aquellas muestras de rendida pleitesía de sus trabajadores, comprendí que una vez más no había segundas intenciones en su comportamiento.

Un camarero se encargó de servirnos en el saloncito. Bebí con rapidez el suficiente fino como para alcanzar un estado mental nebuloso capaz de permitirme afrontar cualquier cosa que pudiese depararme aún aquel día. Pero, aún así, lo que ocurrió era algo que estaba más allá de lo que podía esperar. Había menospreciado la capacidad de Jaime para sorprenderme.

La conversación surgió a los postres. El camarero nos sirvió dos whiskies y Jaime encendió un cigarrillo, fumó algún tiempo en silencio, carraspeó y por fin comenzó a hablar. Algo en mi interior me advirtió que había llegado el gran momento de la jornada.

- Como ya te he dicho - empezó -, hay algo que quiero pedirte. Algo importante y delicado.

Sonrió y el cigarrillo tembló ligeramente entre sus dedos.

- Hace ya algún tiempo que lo medito y creo que ha llegado el momento de tomar una decisión. He trabajado mucho para ello. En realidad, he vivido dedicado a ese objetivo desde hace ya unos cuantos años. Para eso me he hecho rico, para eso he construido el cortijo, para eso he ampliado la bodega, para eso he reformado el chalet de mis padres y he organizado toda mi vida. Te parecerá estúpido, incluso ridículo,

pero ése es el único objetivo de mi vida.

Los nervios le hicieron saltar de su silla y paseó sin rumbo por la habitación. Yo esperé, consciente de que de nada me serviría hacer preguntas porque sólo me desvelaría su secreto cuando él lo creyese oportuno.

Por fin, tras asomarse a la ventana y dar un silencioso vistazo al jardín, se volvió y, con una teatralidad no del todo espontánea, me lo dijo:

- Quiero recuperar a Tesa. Y quiero que tú me ayudes a conseguirlo.

Así que en eso consistía todo, fué lo primero que pensé. Menudo idiota, ni siquiera había sido capaz de darme cuenta de lo evidente, de que era como siempre, de que siempre era y sería lo mismo. Pensé aquello y no estoy seguro de lo que sentí. Supongo que, como el propio Jaime había dicho, aquella escenita me pareció estúpida y ridícula.

- ¿De qué coño me estás hablando? - salté con indignación, pero no lo hice porque verdaderamente me indignasen los propósitos de Jaime. Lo único que me indignaba era que, después de tantos años, aquellos propósitos fuesen los mismos de siempre.

Pero Jaime no percibió mi indignación. En cierto modo, revelarme su secreto era para él como haber dado ya un paso irrevocable.

- Quiero casarme con Tesa. Quiero que viva conmigo, que sea mi mujer, que compartamos todo lo que he conseguido.

Me eché a reír.

- ¿Y para decirme eso me has tenido todo el día de un lado para otro enseñándome lo rico que eres? Estás loco, Jaime. Te lo digo en serio ¿Qué demonios te crees? ¿Que puedes comprar a Tesa con una urbanización y un cortijo y un par de caballos y un chalet y una bodega? No todo está en venta, Jaime. Tal vez pueda parecerle que sí, pero te aseguro que no todo lo está.

Jaime me observó sin inmutarse. Tan sólo una discreta sonrisa de seguridad se insinuaba apenas en una esquina de su boca.

- No entiendes nada, Emilio - me dijo, sin que su voz mostrase la menor alteración - Yo no quiero comprar a Tesa. Ella vendrá a mi lado porque me quiere. Sólo por eso. Todo lo demás es, por así decirlo, como un regalo. Quiero ofrecerle a Tesa la vida que se merece, todo aquello con lo que siempre ha soñado - Su sonrisa se desplegó al fin, satisfecho de oírse a sí mismo diciendo aquello - ¿Ves? Volvemos a los sueños. A eso se reduce todo una vez más. Yo quiero hacer los sueños de Tesa realidad. Y me he estado preparando para ello mucho tiempo. He trabajado muy duro y no he querido precipitarme hasta que todo estuviese preparado. Y ahora lo está. Eso era lo que he querido demostrarte durante todo el día. Quería que vieses lo

mucho que he trabajado para ser digno de Tesa.

Volví a reír, rendido ante el absurdo de todo aquello.

- Dios mío, no sé si eres un romántico o un maldito chiflado - le dije -. De todas formas, olvidas un pequeño detalle. Tesa está casada con Alfredo. Tiene su propia vida. Ya no es la adolescente que cambiaba de pareja cada semana. Esos tiempos pasaron ya, Jaime, y deberías hacerte a la idea de eso.

- Todavía no lo entiendes - me respondió él plácidamente, incapaz de que ninguna de mis objeciones alterase su imperturbable decisión - Has estado demasiado tiempo fuera y no sabes lo que pasa por aquí. Tesa no es feliz con Alfredo. No es feliz con su vida. Hace mucho que no lo es. Ella quiere estar conmigo. Sólo necesita ayuda para decidirse a dar ese paso.

Decidí adoptar su mismo tono.

- De acuerdo - le dije -. Pero si Tesa hubiese querido estar contigo, como dices, ¿porqué no se casó contigo? Siempre supo que tú estabas loco por ella.

- Bueno - se rió ahora él -, ya sabes cómo era Tesa. Vivía al segundo, sin pararse a pensar. Supongo que si se casó con Alfredo fué sólo porque él se lo pidió antes que yo.

Los dos reímos a la vez. La Tesa de los viejos tiempos era realmente así. Como Paula. Eran capaces de irse al fin del mundo con el primero que se lo pidiese sin darle la mayor importancia. Eran capaces de romperte el corazón y de reconstruirtelo al minuto siguiente con sólo una sonrisa.

- No puedo ayudarte a conseguir a Tesa. Alfredo es mi amigo. Y también es amigo tuyo ¿Es que no te importa robarle a su mujer? ¿No te importa lo que él pueda sentir?

- Alfredo tendrá que aceptarlo. No hay nada que él pueda hacer.

He de confesar que por un momento me asustó la frialdad con que Jaime dijo aquello. No había odio ni maldad en su voz. Tan sólo una decisión absoluta. Si su voz no se alteraba era sólo porque consideraba que decía algo evidente. Perseguía un fin y estaba decidido a alcanzarlo y no cabía en ello considerar ni por un instante lo que pudiese arrollar en su camino.

Esta vez, mi voz sonó debilitada al replicar.

- Le has quitado sus bodegas y ahora quieres quitarle a su mujer. Por Dios, Jaime...

- Yo salvé sus bodegas al absorberlas - respondió él al instante - Y no voy a quitarle a su mujer. Tesa ya no le pertenece, no es suya, no le quiere. Y si él la quiere a ella, querrá que sea feliz. Y Tesa sólo será feliz cuando esté conmigo.

Jaime guardó silencio. Me miraba, esperaba una respuesta. Y yo le miré a él y

detrás de su firme mirada advertí un lejano brillo de ansiedad, tal vez de desesperación. Y aquello me sorprendió. Y creo que, a pesar de todo, fué sólo en aquel instante, al ver su mirada, cuando de verdad empecé a tomarme en serio todo aquello. Y no me sentí indignado ni escandalizado porque, al ver aquella mirada, comprendí lo mucho que Jaime quería a Tesa, lo mucho que significaba todo esto para él, lo mucho que deseaba tenerla a su lado. Y empecé a comprenderle.

- Lo siento, Jaime - le dije, a pesar de todo, en un último intento de rebelarme contra él o, tal vez, contra mí mismo - No cuentes con mi ayuda. Alfredo es mi amigo - repetí.

- Tesa también ¿No vas a ayudarla a ser feliz? Lo único que necesita es un pequeño empuje para dar el paso definitivo. Eso es todo.

- ¿Y qué puedo hacer yo? - le pregunté y, al instante, me arrepentí de preguntarlo, porque yo mismo advertí el tono de rendición con que sonó la pregunta.

Jaime sonrió satisfecho al oír aquello, consciente de que, por mucho que me resistiese, estaba llevándome por donde quería.

- Es sólo una tontería. Quiero que me prepares un encuentro a solas con Tesa en mi cortijo. Quiero que sea allí donde tomemos juntos la decisión. Sólo necesito que tú me ayudes a que todo salga como siempre lo he imaginado.

- Oh, no - volví a reirme - Eso sí que no. Quieres que sea una mierda de alcahuete o algo así. No me jodas, ¿vale, Jaime?

Jaime se apresuró a interrumpirme. Vino hacia mí y apoyó las manos en la mesa y acercó su cara a la mía y me desagradó el tono de súplica con que me habló.

- Necesito verla a solas. No es tan fácil como te crees. Por aquí todo el mundo nos conoce, Emilio. No puedo llevarla a cenar o a dar un paseo o a mi chalet sin que alguien nos vea o nos oiga. No quiero cotilleos estúpidos. Además, ni siquiera creo que Tesa aceptara verme a solas. Tiene miedo. Sabe que los dos queremos lo mismo y eso le asusta. Tiene que ser algo discreto y sin avisarla de antemano. Sólo así vendría y sólo así evitaremos rumores. Quedas con ella una tarde y la llevas al cortijo, donde yo la estaré esperando. Tesa no aceptaría venir conmigo y, además, quiero que el cortijo forme parte de la sorpresa. Es lo único que te pido. Lo único. Y te lo pido por nuestra vieja amistad, Emilio.

Fuí yo entonces quien saltó de la silla. Me alejé de Jaime. Fuí también hasta la ventana y contemplé el dorado brillo del sol del mediodía bailando sobre el rojo sangriento de las amapolas. Y me pregunté una vez más qué demonios hacía allí, de vuelta al pasado, enredado en un mundo incapaz de crecer, de vuelta a la

adolescencia y los estúpidos planes de conquista, de vuelta a los juegos de seducción, a Tesa y Paula, a Jaime y los sueños imposibles, de vuelta a la bodega y a mi padre, de vuelta a todo lo que a lo largo de los años transcurridos no había sido capaz de olvidar.

- No voy a hacerlo - insistí, no para Jaime, para mí mismo, con los ojos fijos en una lejana flor del jardín -. No voy a mezclarme en algo así. No tengo nada que ver con eso.

- Claro que tienes que ver, Emilio. Esto también forma parte de tus sueños. El cien por cien de los sueños, ¿recuerdas? Yo quiero conseguirlo ¿No has soñado nunca, en todos estos años, con tener a Paula a tu lado? Cuando te ibas a la cama y apagabas la luz y no podías dormir, ¿no imaginabas a veces cómo sería todo teniéndola a tu lado?

Creo sinceramente que, en aquel momento, habría sido capaz de darme la vuelta, ir hasta donde estaba Jaime y partirle la cara de un puñetazo. Realmente lo creo. No era justo ni decente ni humano que la primera vez que oía nombrar a Paula en todos aquellos días fuese para someterme a un chantaje sentimental. Admiraba a Jaime. Era algo que no podía evitar, que estaba más allá de mi control, que sabía aunque me lo negase. Le había admirado desde que éramos niños y aún sobrevivía en mi interior aquella admiración. Pero en aquel momento, sólo en aquel momento, estoy seguro de que habría sido capaz de partirla la cara.

- Paula ha muerto - fué todo lo que dije.

- Pero Tesa, no. Yo aún puedo hacer mi sueño realidad. Y sabes que significa tanto para mí como habría significado para tí tener a Paula contigo ¿No vas a ayudarme a conseguirlo?

Fué entonces cuando nos interrumpieron. Se abrió la puerta del saloncito y los dos nos volvimos a mirar y vimos allí a Alfredo y me sentí ridículo al darme cuenta de que un intenso rubor subía a mi cara.

- ¡Vaya! - dijo él - No sabía que habías venido, Emilio. Estaba en una comida de trabajo y acabo de llegar. Me alegra verte por aquí.

Nos estrechamos la mano sin que fuese capaz de decir nada.

- Hola, Jaime.

- Hola, Alfredo.

Jaime le recibió con la más deslumbrante de sus sonrisas.

- Tómate una copa con nosotros.

El propio Jaime le sirvió.

- Vengo de comer con los ingleses - le explicó mientras tanto Alfredo - Parece que el

asunto va sobre ruedas. Quieren que vayamos a primeros de Septiembre.

- Eso es estupendo, Alfredo.

- Por cierto, esta noche cenamos con ellos. Han venido con sus mujeres, así que le he dicho a Tesa que venga también. Voy a reservar mesa ¿Traerás pareja, Jaime?

- No, creo que no. Llevaría a Pilar, pero no sé si a nuestros socios les gustaría verla bailar el cuchi-cuchi.

Los dos se echaron a reír. Miré a ambos y traté de comprender. Traté de entender cómo Alfredo podía soportar aquello, cómo podía trabajar a las órdenes de Jaime, que había absorbido su propia empresa, y sonreírle sumiso. Y cómo Jaime podía sonreír complaciente a Alfredo, al que había dejado sin orgullo y al que también quería dejar sin mujer. Un regusto amargo me subió a la boca.

- ¿Quieres tú otra copa, Emilio? - me dijo Jaime.

Tardé en ser capaz de contestar y cuando lo hice mi voz sonó apagada y balbuceante.

- Sí. Creo que es un buen momento para emborracharse.

Y los dos a un tiempo, Jaime y Alfredo, mis viejos amigos, se echaron a reír una vez más.

El sol descendía con pereza hacia las aguas verdosas de la bahía. Era la hora tonta, la fresca, como la llamaban los paisanos, la hora de dejar la playa e ir a los chalets para prepararse para la salida nocturna. Los últimos bañistas recogían sus toallas y los primeros jinetes aparecían ya por la orilla, como siempre a esa hora, trotando indolentemente sobre el morir de las olas con los cascos de los caballos chapoteando en la espuma que cubría la arena.

Salí a la terraza del bungalow, encendí un cigarrillo y aspiré con fuerza un aire que olía a mar y a calor.

Acababa de volver de la bodega. Había pasado el resto de la tarde bebiendo y charlando con Jaime y Alfredo. Hablando de cosas sin importancia. Como si no pasase nada. Mirando a Alfredo y tratando de comprender. Mirando a Jaime y tratando de comprender. Y sin conseguir comprender nada. Pensando en mi conversación previa con Jaime y en todas las historias inacabadas de nuestras vidas, historias que nunca tendrían fin, por mucho que creyésemos que el tiempo y las decisiones que tomábamos sirvieran para dejarlas atrás. Reímos varias veces durante la tarde. Y ver a Alfredo reír me hacía pensar si no sería eso lo único que le

quedaba: reírse un poco de todo, reírse de nada en concreto. Y, a su lado, Jaime reía porque era feliz con el loco plan que pretendía poner en marcha. Y yo reía con ellos y ni siquiera sabía porqué. Luego, ambos se ofrecieron para llevarme a la urbanización y yo rechacé a los dos, ansioso por estar a solas, por largarme de allí, por escapar. Cogí un taxi, regresé al bungalow, salí a la terraza, encendí el cigarrillo y aspiré con el vano deseo de que el aire expulsara de mi interior fantasmas que pesaban como cadáveres.

Llevaba ya un rato en la terraza cuando ví una figura que caminaba hacia el bungalow cruzando la arena de la playa. En la distancia sólo acertaba a distinguir que se trataba de una mujer de pelo largo y bonita figura. Cuando ya estaba más cerca, levantó el brazo y agitó la mano saludando. Tardé aún un poco en darme cuenta de que era Meme. Llegó hasta debajo de mi terraza. Llevaba unos vaqueros cortos y una camiseta negra de tirantes y el pelo suelto y unas zapatillas en la mano y desde mi altura pude distinguir las pecas doradas que brillaban en sus mejillas y sentí un absurdo pinchazo en el estómago.

- ¡Vamos! - me gritó - ¡Baja de una vez!

Nos encontramos en la playa. Me saludó con un beso y me dijo que tenía mala cara. Le dije que llevaba toda la tarde bebiendo fino con Jaime y Alfredo y se echó a reír.

- No deberías frecuentar tan malas compañías. Harán de tí un borracho irremediable.

- ¿Qué haces tú aquí?

- Eres mi última esperanza de no pasar el resto de la tarde sola. Había quedado con Tesa pero cuando llegué a su casa ví que tenía uno de sus días malos y preferí marcharme.

- ¿Días malos?

- Sí, ya sabes - dijo ella, sin darle importancia - Uno de esos días en que uno se tumba en una hamaca frente a la piscina y se pasa las horas muertas mirando al agua y pensando a dónde demonios ha ido a parar su juventud.

Meme se rió como si hubiese dicho algo gracioso. A mí sólo me pareció irónico que justo en aquel momento dijese algo así.

- ¿Te apetece dar un paseo?

- ¿Tiene Tesa muchos de esos días malos?

Meme me miró y volvió a reír.

- ¿No los tenemos todos?

No le contesté.

Bajamos hasta la orilla y paseamos en dirección al dique del faro. Una pareja

montada a caballo nos adelantó y nos saludó y los dos respondimos al saludo, aunque yo no sabía quiénes eran.

- Mañana todo el mundo dirá que estamos liados - dijo Meme, mientras veía alejarse a la pareja.

- ¿Porqué?

- Estamos paseando los dos solos por la playa al atardecer. En el Puerto ha habido grandes escándalos por mucho menos que eso.

Caminamos un largo rato en silencio. Luego, me dí cuenta de que ella me miraba con curiosidad y no acerté a precisar cuanto tiempo habíamos estado andando sin cruzar palabra.

- ¿Y a tí qué te pasa? - me dijo, en tono burlón - ¿También tú tienes un día malo?

- Me parece que hoy no tienes mucha suerte con la compañía - sonreí - ¿Puedo hacerte una pregunta?

- Puedes hacerla. Pero yo decidiré si la contesto o no.

- ¿Porqué crees que se casó Tesa con Alfredo?

Meme me miró sorprendida. No esperaba una pregunta así. Se lo pensó unos instantes antes de contestar y, cuando lo hizo, acompañó sus palabras de la sonrisa irónica que con tanta frecuencia aparecía en sus labios.

- Bueno - dijo -, al fin y al cabo, Alfredo era el único de nuestros amigos que con toda seguridad iba ser dueño de unas bodegas...

Recordé la respuesta que me había dado Jaime a aquella misma pregunta y pensé que, probablemente, tanto Jaime como Meme habían dicho parte de verdad.

- ¿De verdad crees que fué ésa la razón? - insistí, de todas formas - Jaime también iba a ser dueño de unas bodegas, de las más importantes.

- De eso nada. Jaime tiene un hermano mayor. Hasta después de la muerte de su padre no estuvo muy claro cuál de los dos hermanos sería el nuevo Presidente. Alfredo, en cambio, no tenía competencia.

No supe qué contestar. Ver la expresión de mi cara hizo reír a Meme.

- ¡No seas tonto! Claro que no se casó con Alfredo por eso, bobo. O quizás sí, qué sé yo. En todo caso, ¿porqué lo preguntas?

- No lo sé - dije, encogiéndome de hombros y tratando de resultar natural -. Puro cotilleo. He estado mucho tiempo fuera y quiero ponerme al día. Dime, ¿cómo fueron las cosas cuando Jaime absorbió las bodegas de Alfredo? Me sorprende que Alfredo y él no se enfadaran y que Alfredo aceptase incluso trabajar a sus órdenes.

- El status, Emilio. Te olvidas del status.

- ¿Qué quieres decir?

Meme se agachó, cogió un poco de agua haciendo cuenco con la mano y se mojó con ella el cuello. Las gotas descendieron hasta desaparecer por el escote de su blusa negra.

- La urbanización no perdona a los caídos. Trabajando para Jaime, Alfredo seguía conservando su status de bodeguero, aunque no fuese ya propietario. Es así de simple. El status es mucho más importante en el Puerto que el orgullo o la dignidad. Alfredo no tenía otra salida. Cuando Jaime les absorbió, su padre decidió jubilarse. Se retiró incluso de la vida social. Ya no se le ve nunca por aquí. Pero Alfredo era demasiado joven. No habría podido soportar vivir el resto de su vida desterrado del paraíso. Y Tesa, mucho menos. La gente puede murmurar a sus espaldas, pero al menos aún pueden conservar parte de su status.

Nos detuvimos. La playa terminaba en un requiebro a partir del cual se extendía el dique de contención. En su extremo, metido ya en el mar, el faro se alzaba orgulloso oteando el horizonte. La parte superior del dique era un paseo asfaltado que terminaba en una plazoleta en cuyo centro se alzaba el faro. La plazoleta de los pecados, de las aventuras nocturnas, de los grandes descubrimientos de nuestra juventud.

Meme dejó sus zapatillas en el suelo y se volvió a mí.

- ¿Nos bañamos? - dijo, repentinamente.

- ¿Al lado del dique? ¿No te acuerdas lo que nos decían de pequeños? Las olas podrían estrellarnos contra las rocas.

- Ya no somos unos niños, ¿no crees?

No esperó a mi respuesta. Se quitó el pantalón y la blusa con rapidez y se quedó con un biquini rosa y, sin pensárselo dos veces, corrió hasta el agua y se zambulló con un sonoro chapuzón. Cuando su cabeza salió a la superficie, el sol naranja del atardecer se reflejó cubriendo de brillos cobrizos en su melena.

- ¡Vamos! - me gritó - ¡Ven de una vez!

Negué con la cabeza y ella volvió a sumergirse y yo me senté en la orilla a esperarla.

Se quedó un rato nadando en el agua. Yo observaba su silueta deslizándose, apareciendo y desapareciendo en la superficie, a veces visible, a veces sumida en sombras al contraluz de los últimos rayos del sol. Y, mientras la miraba, mil ideas bullían en mi cabeza sin que fuese capaz de ponerlas en orden. Pensaba en Jaime y en Alfredo, en Tesa, en Edi, en mí mismo y en Meme, en la forma en que cada uno trataba de encauzar su vida por caminos que no estaba seguro de si eran demasiado parecidos o demasiado diferentes entre sí.

El faro se encendió y su estela comenzó su interminable pendular por entre las brumas de la anochecida. Meme salió del agua y caminó hacia mí, su cuerpo recortado contra el azul marino del crepúsculo. El placer de verla se confundió en mi interior con un creciente deseo de seguir utilizándola para obtener algunas respuestas.

- ¿En qué estás pensando? - me preguntó Meme, sentándose en la arena a mi lado y envolviéndome con su olor salado.

- Pensaba en Edi - dije, aunque en realidad la idea me surgió espontáneamente - Estuve con él hace unos días ¿Sabes que una de las primeras cosas que hizo fué preguntarme por Elisa?

- ¡Oh, Dios mío! - se rió ella - ¡Otra historia de amores imposibles! Hace tiempo que no veo a Edi ¿Sigue empeñado en arruinar su vida?

- No seas cruel.

- No soy cruel. Sólo soy realista.

- Yo diría que más que realista eres un poco cínica.

- Es la única forma de sobrevivir aquí ¿Qué quieres? ¿Que me pase todo el día como Pablo o como Tesa o como Jaime o como Elisa y Edi? ¿Pensando en lo que pudo haber sido y no fué? ¿O esperando la llegada de un marido, como Pilar? Por favor...

- ¿Tú no tienes amores imposibles?

- Continuamente. Todos mis amores son imposibles. Debe ser, precisamente, porque no creo en el amor. Algunas estamos de acuerdo con esa teoría de que los hombres son como pañuelos de papel. Usar y tirar, ya me entiendes...

- ¿Ves lo que te digo? Eres una cínica.

El faro giró en nuestra dirección y el haz de luz iluminó un mar que había pasado ya del verde al negro. Meme se estremeció y se puso la camiseta. Los dos observamos cómo la luz del faro se alejaba y nos miramos y comprendimos que los dos habíamos pensado a la vez en lo mismo y eso nos hizo sonreír.

- El faro siempre ha estado lleno de recuerdos - dije, con un tonillo pícaro.

La miré y me sorprendió ver que el rostro de Meme se había ensombrecido repentinamente.

- Vámonos, ¿vale? - dijo, bruscamente, en tono sombrío - Empieza a hacer frío.

Desandamos el camino por la orilla, de nuevo en silencio. Observaba de reojo a Meme mientras caminábamos y comprendí que algo se había apoderado de sus pensamientos alejando el placer del paseo y del baño. No le pregunté nada hasta que estuvimos ya frente a mi bungalow.

- ¿Qué te pasa?

Meme miró a un lado y a otro tratando de esquivar mi mirada. Pero me mantuve firme en espera de una respuesta.

- Es el faro - dijo al fin - Me trae malos recuerdos. Ya sabes...

No entendí a qué se refería. No había nadie que no recordase el faro con cariño. Todos habíamos vivido allí, en los asientos traseros de los coches, los mejores momentos de la adolescencia.

- ¿Qué malos recuerdos? - insistí.

Meme alzó entonces la mirada y se encontró con mis ojos. Y me extrañó ver que su mirada apagada se había tornado en sorprendida.

- ¿Es que no lo sabes? - me dijo.

- ¿Saber qué?

Estuvo a punto de contestar. Pero en el último instante se contuvo e hizo un gesto negativo con la cabeza.

- Nada. Olvídalo.

Un extraño presentimiento me hizo agarrarla del brazo con apremio.

- ¿Saber qué?

Ya era de noche. La luz del faro no llegaba hasta allí más que como un pálido reflejo. Estábamos los dos solos, en medio de las sombras, y su voz sonó en aquel oscuro silencio como la sirena de un buque suena en la noche cuando le cubren las tinieblas.

- Paula se suicidó saltando al mar desde la rotonda del faro. Nadie supo cómo pudo subir allí. Creí...creí que alguien te lo habría dicho.

No dije nada. No hice nada. Sólo luego, mucho tiempo después, a solas en la terraza del bungalow, viendo el haz de luz del faro rompiendo el cielo nocturno una vez más, un grito sordo fué capaz al fin de estallar en mi garganta y extenderse en la noche hasta que las lágrimas lo ahogaron.

Aquella misma noche, después de un tiempo infinito vagando sonámbulo por las calles de la urbanización, llamé a Jaime desde una cabina telefónica y le dí un lacónico mensaje antes de colgar sin esperar respuesta:

- Puedes contar con mi ayuda.

Entré otra vez en el baño, tiré la colilla al retrete, dí un último trago al botellín de cerveza, me miré en el espejo y me sentí estúpido una vez más. Llevaba toda la tarde fumando, bebiendo cerveza e intentando convencerme a mí mismo de que todo aquello era sólo una ocurrencia inocente, un juego infantil que no traería consecuencias, una tontería, negándome a admitir lo que realmente era: una traición, una trampa, un absurdo.

Pero, aunque no lograba tal convencimiento, seguí adelante como si no se me revoliesen las tripas a cada paso que daba. Me duché y me afeité y me puse un pantalón y una camisa limpios y encendí otro cigarrillo y abrí otra cerveza y volví a preguntarme una vez más, un millón de veces más, porqué demonios me había dejado embaucar en todo aquello.

Mi última esperanza era que Tesa no se presentara. Había dudado mucho antes de aceptar. Se lo había dicho en la playa, en un momento en que estuvimos a solas. Y al decírselo me latía con tanta fuerza el corazón como si le estuviese proponiendo, así, de pronto, que se acostara conmigo. Le dije, imitando el estilo enigmático de Jaime, que me gustaría mucho quedar con ella una tarde para llevarla a cierto sitio que quería que conociera, pero que no se lo contase a nadie, ni siquiera a Alfredo. También le dije que estaría Jaime, a pesar de que éste me había pedido que no se lo advirtiese, como si con ello fuese a tranquilizar mi conciencia. Le solté todo aquello con una naturalidad que espero que no le sonase tan falsa a ella como me sonó a mí mismo. Estábamos de pie en la orilla de la playa, a punto de meternos en el agua. Y se lo dije tal cual y ella me miró y miró al mar y se apartó un mechón de pelo de la frente y dijo: "Suenas tan misterioso... De acuerdo, cuenta conmigo". Y tampoco su voz sonó natural al decirlo y ya entonces sospeché que sabía de qué iba todo el asunto.

Concertamos una fecha y una hora pero un par de días después, mientras todos tomábamos unas copas en el chalet de Pablo, se me acercó y me dijo a media voz, para que nadie pudiese escucharlo: "Sobre lo de ir contigo y con Jaime, mejor lo dejamos para más adelante, ¿vale?" Yo asentí sin decir nada, dominado al instante por un extraño sentimiento en el que se confundían el alivio y la decepción. Nunca creí que Tesa rechazaría el verse envuelta en una situación comprometida. Hubo una época en la que toda su vida giraba en torno a las situaciones comprometidas.

Pero tan sólo dos días antes de la fecha que habíamos acordado en principio, estaba yo nadando en la playa cuando ella apareció a mi lado, me dedicó su más espléndida sonrisa y me dijo: "Quedamos mañana por la tarde en tu bungalow". No dijo nada más. Se sumergió en el agua y nadó hasta la orilla mientras yo me quedaba flotando y observándola sin saber ya qué pensar.

Jaime, en cambio, no había variado en su decisión durante aquellos días. Tan sólo me mencionaba la cuestión para mantenerse informado - "¿se lo has dicho ya?", "¿qué te contestó?" - o para darme instrucciones estratégicas - "un chófer de la bodega te dejará un coche en tu casa para que la lleves al cortijo", "yo os esperaré en la casa", "cuando lleguéis, la dejáis, te marchas y vuelves unas cuatro horas después" - y yo contestaba a sus preguntas o asentía ante sus directrices sin satisfacer sus ansias de verme entusiasmado con su maldito plan.

El día anterior a la cita, Tesa me invitó a pasar la tarde en su casa. Me lo dijo aquella misma mañana en la playa:

- ¿Vendrías esta tarde a tomar café a casa? A Alfredo le gustará verte y así yo podré corresponderte mañana.

Estaba claro que sólo me invitaba para conseguir un pretexto, una coartada.

Fué una tarde extraña. Tesa me esperaba en la piscina, tendida en una tumbona. La criada me abrió la puerta y me guió hasta ella. Durante algunos segundos, me quedé de pie a su lado, al borde de la piscina, y ella siguió tumbada, sin siquiera mirarme, hasta que por fin abrió los ojos y me observó con tan poco interés como si yo hubiese estado allí, de pie como un pasmarote, durante todo el día.

- Ah, ¿eres tú? - me dijo - ¿No quieres sentarte?

Me acerqué una de las sillas del porche, me senté y esperé en silencio. Ella siguió tomando el sol, con una revista de cotilleos abandonada en el suelo a su lado y un vaso de Coca-Cola descolorida por los hielos derretidos bajo la tumbona. Llevaba un bikini blanco y unas gafas de sol cuyos cristales no ocultaban sus ojos. Su cuerpo se extendía indolente sobre los cojines amarillos de la tumbona, sometido al fuego lento del sol de la tarde. Permanecí sentado a su lado, procurando no mirarla con demasiado descaro. Viéndola allí, tan atractiva, ofreciéndose a los ojos, me entretuve tratando de concretar las razones por las que me había enamorado de Paula y no de ella. Al fin y al cabo, eran tan parecidas en aquellos años que resultaban perfectamente intercambiables. Y no fui capaz de hallar una respuesta precisa. Supongo que uno nunca sabe por qué se enamora de una persona.

No hablamos mucho aquella tarde. En ningún momento mantuvimos una

auténtica conversación. Yo intentaba sacar algún tema y al poco lo abandonaba al ver que no conseguía despertar su interés. Había un incierto halo de tristeza en los largos silencios. De vez en cuando, Tesa me miraba y podía ver el pálido reflejo de sus ojos tras los cristales de las gafas de sol y me decía frases que luego no tenían continuación. Decía:

- A veces me siento como si tuviese ochenta años. Como si fuese muy, muy vieja y no pudiese recordar nada de mi vida ¿Sabes lo que quiero decir?

O:

- Me pregunto cómo sería todo si pudiésemos volar. Ir hasta arriba, llegar a lo más alto y saber que, pase lo que pase, nunca te caerás...

O:

- Una vez soñé que vivía en una gran casa sin muebles. Recorría habitaciones y más habitaciones y en ninguna había nada. Sólo paredes blancas...Pero, aún así, había algo acogedor en aquella casa.

Supongo que Tesa tenía uno de sus días malos.

Alfredo llegó a media tarde y sólo entonces Tesa reaccionó. Se incorporó en la tumbona y se quitó las gafas y sonrió a su marido.

- ¡Alfredo! ¡Qué alegría que hayas venido tan pronto!

Alfredo se acercó hasta nosotros. Le dió un rutinario beso en la mejilla a Tesa y me estrechó la mano y dijo que iba a cambiarse y a ponerse el bañador. Tesa le observó mientras se alejaba y su sonrisa se desvaneció suavemente de sus labios. Oímos cómo Alfredo llamaba a su hijo al entrar de nuevo en la casa. Miré a Tesa y me pareció que sus ojos se habían humedecido. Ella apartó la mirada y volvió a sonreír.

- Es tan raro que vuelva a casa temprano - fué todo lo que dijo.

Luego se levantó y se zambulló en la piscina y la observé mientras su cuerpo se deslizaba en una estela ondulante bajo el agua. Quise marcharme de allí, pero no se me ocurrió ningún pretexto para hacerlo.

El niño y Alfredo, que había cambiado su traje por un bañador y una camiseta, se reunieron con nosotros. El chaval me saludó dándome la mano con la misma formalidad con la que lo había hecho antes su padre. La criada trajo una bandeja con una jarra de limonada y vasos y Tesa salió del agua y se cubrió el cuerpo con una toalla.

- ¿Va todo bien? - le preguntó a su marido.

Alfredo asintió sin prestarle demasiada atención y se volvió a mí.

- ¿Tienes experiencia en pleitos por despido? - me preguntó repentinamente.

Le dije que sabía algo. Se sirvió una limonada, cogió una silla y se sentó a mi lado. Me dijo que quería saber mi opinión sobre un problema que tenían en la bodega e inició un largo relato que sólo escuché a medias sobre un empleado que fingía depresiones para conseguir la baja y al que Jaime quería echar. Mientras él hablaba, yo miraba con disimulo a Tesa, que se puso a jugar con su hijo haciéndole cosquillas. El relato llevaba ya varios minutos cuando oí que Tesa le decía al niño:

- Cuando seas mayor, no quiero que trabajes en una bodega. Porque si lo haces, te pasarás todo el día hablando de aburridas historias de trabajo como papá.

Alfredo oyó también aquello e interrumpió su narración para volverse a mirar a su mujer.

- Papá se preocupa de su trabajo porque es su deber, cariño - le espetó, en tono poco amistoso - Papá se preocupa de su trabajo para que a mamá no le falte de nada.

Tesa dejó de revolver con la mano la rizada mata de pelo de su hijo. Le hizo una mueca de burla a Alfredo, dijo que iba a vestirse, se levantó y se fué. El niño quedó solo en la tumbona y Alfredo continuó con su interminable historia.

Cinco minutos después, Tesa volvió vestida con un alegre conjunto de bermudas y blusa de flores chillonas. Se sirvió una limonada y le dió un cariñoso beso a Alfredo.

- Te quiero, bobo - le dijo.

Alfredo sonrió y le cogió la mano.

- Tienes razón - dijo - No debería aburrir a Emilio con historias de trabajo ¿Me traerías una cerveza fresquita, cariño? ¿Quieres otra, Emilio?

Tesa le volvió a besar y, mientras rodeaba la piscina para ir a por las cervezas, dijo con tono indiferente:

- Por cierto, Emilio me ha pedido que mañana por la tarde vaya a su bungalow a ayudarlo a hacer limpieza. Todos los hombres sois igual de desastres.

Alfredo me miró y se encogió humorísticamente de hombros, como dándole la razón en aquello último. Yo sonreí con una sonrisa un poco estúpida.

Y así, igual de estúpido, me sentía ahora, mientras esperaba la llegada de Tesa, sentado en el sofacito del bungalow, fumando un cigarrillo más. Con el regusto amargo en la boca del tabaco, la cerveza y un cierto desencanto.

Tesa llegó a la hora exacta convenida. Sin un minuto de retraso y con una sonrisa nerviosa en su radiante rostro. Venía con uno de sus modelitos de quinceañera: bermudas, camiseta y el pelo recogido en una coleta, como si no hubiese querido arreglarse pero consciente a la vez de que el conjunto la rejuvenecía

y la acercaba a lo que un día fué. "¿Y bien? Estoy lista", fué lo primero que dijo y supongo que si no consideré todo aquello demasiado patético fué sólo por la chispa de ilusión que advertí en el fondo de su mirada: una lejana luz de esperanza que probablemente ella misma llegó a creer que nunca más volvería a brillar y que me hizo pensar por un instante que tal vez realmente merecía aquella oportunidad.

Desde el primer momento, desde que nos subimos en el coche de Jaime, tuve no ya la sospecha sino la absoluta certeza de que ella sabía a dónde íbamos. Podía no saber el lugar exacto ni la forma en que todo ocurriría, pero estaba seguro de que sabía cuál era el destino final de aquella excursión y, a pesar de todas sus dudas de los días anteriores, estaba también claro que había tomado una decisión y que ya no se volvería atrás. No preguntó por Jaime, a pesar de que yo le había dicho que estaría con nosotros aquella tarde, ni me interrogó sobre a dónde íbamos o porqué usábamos un coche suyo. Encendió la radio y un cigarrillo y saboreó el humo y la música, feliz consigo misma, feliz con todo aquello, sin que pareciera ser consciente de que yo estaba a su lado.

Cuando salimos de la urbanización y tomé la carretera, me miró con mirada coqueta y maliciosa y me dijo:

- ¿No vas a darme una pista de a dónde me llevas?

Negué con la cabeza volviendo a imitar la media sonrisa misteriosa que ponía Jaime cuando quería intrigar a alguien y ella se echó a reír encantada.

- No sé si puedo fiarme de tí. Mi madre siempre decía que no debía subir a un coche con desconocidos.

- Yo no soy un desconocido y tú nunca hiciste caso de los consejos de tu madre.

Rió aún más, llena de alegría y de nervios. Dió una intensa calada a su cigarrillo y tarareó la cancioncilla veraniega que sonaba por la radio.

- Dime una cosa - me dijo, al poco - Y prométeme que serás sincero. Dime, ¿qué piensas de mí?

- ¿Qué pienso de tí?

Siempre era igual para todos ellos. Siempre preocupados con el qué piensas de mí, qué te parece mi casa o mi coche o mi nuevo peinado, siempre vigilantes y atentos a la esclavitud del juicio ajeno. Cada vez odiaba más ese tipo de preguntas.

- ¿A qué te refieres?

- Ya sabes: cuando me miras, ¿qué ves? ¿Un ama de casa aburrida? ¿Una niña mimada? ¿Una esposa obediente? ¿En qué horrible tópico me encuadrarías?

- No pienso contestarte, Tesa.

- ¿Porqué estás de malhumor?

Aquella pregunta repentina me desconcertó. Tenía razón. Estaba de mal humor. De un humor de perros. Mientras ella sonreía y canturreaba, yo conducía con los ojos fijos en la carretera sin expresión alguna en la cara. No podía evitar la sensación de rabia. Rabia por verme envuelto en aquella mentira. Rabia por verme rodeado de personas que se negaban a crecer. Quizás, aunque no quisiese admitirlo, rabia por que era Jaime y no yo quien estaba esperando a su chica de siempre con la ilusión de reconstruir un pasado que nunca había existido realmente.

- No estoy de mal humor - mentí -. Es sólo que cuando conduzco me gusta concentrarme en ello. Ya sabes que no soy buen conductor.

- ¡Es verdad! - se rió ella - ¿Te acuerdas aquélla vez que te la diste contra un semáforo del Puerto después de una fiesta del colegio?

- No me acuerdo.

- Sí, hombre. Jaime y yo íbamos en el asiento de atrás y nos llevamos un susto de muerte.

Aunque lo recordaba, me negué a admitirlo. Pero una idea me hizo sonreír: cualquiera que fuese la anécdota a recordar, Jaime y ella siempre iban en el asiento de atrás. Noche tras noche. El eterno juego entre ambos. Él intentando convencerla de que tenía que quererle, ella tratando de decidir si aquella noche se quedaría con él o se iría con cualquier otro. Así era siempre. Jaime esperaba y Tesa decidía. Igual que Paula y yo. Y quizás Tesa realmente quería a Jaime, quizás siempre le había querido a él, pero eso no tenía nada que ver. Ella, como Paula, necesitaba cambiar, cambiar siempre, de pareja y de ropa y de aficiones y de peinado y de traje de baño, cambiar siempre porque algo en su interior les decía que cuando llegase un tiempo en el que un día fuese igual al siguiente todo habría terminado, estarían muertas, tan muertas como ahora lo estaba Paula y como quizás lo había estado Tesa durante estos últimos años, hasta aquella tarde, hasta aquel preciso instante en que sentada a mi lado en el coche volvía a lanzarse al abismo sin mirar atrás.

Cuando dejé la carretera principal para tomar el camino que llevaba al cortijo Tesa volvió a reír.

- ¡Dios mío! Sabía que sería así. Me llevas a un monte perdido con sabe Dios qué intenciones. Nunca debí fiarme de tí. Los que tenéis pinta de chicos buenos sois los peores.

Siguió riendo y burlándose hasta que llegué a la entrada misma del cortijo. Entonces, al ver la imponente casona, su sonrisa se congeló en los labios y se desvaneció con lentitud mientras sus ojos recorrían el conjunto: cada ventana de la casa principal, cada teja del techado, cada edificación. Saboreó lentamente la visión,

con los ojos muy abiertos, con los labios ligeramente separados, incapaz de decir nada.

- Yo me quedo aquí - le dije, cumpliendo lo planeado - Debes ir hasta la casa y llamar a la puerta principal. Dentro de cuatro horas vendré a recogerte.

Pareció que mis palabras tardaban un siglo en llegar a sus oídos. Al principio, no se inmutó. Luego, parpadeó lentamente y se volvió a mirarme con expresión confundida.

- ¿Qué dices? - balbuceó - ¿De quién es esta casa?

- Jaime te espera dentro.

- Entonces...es verdad.

No supe a qué se refería con aquella frase susurrada, probablemente dicha sin querer. Supongo que se refería a sus sospechas sobre aquella tarde o quizás a las ilusiones acariciadas durante mucho tiempo.

Fué como si despertara de un sueño. Su cara recobró la expresión. Apagó la radio y bajó la mirada y un silencio lleno de incógnitas, cargado de dudas, se apoderó del interior del coche.

- Dime algo - me dijo, sin mirarme - Dime qué debo hacer. O arranca. Sí, eso. Arranca. Vámonos muy lejos de aquí.

Toda la alegría, la excitación contenida, la había abandonado repentinamente. Intentó sonreír y la sonrisa quedó a medias, perdida en la confusión de sentimientos que la atenazaba.

- ¿No vas a decir nada? - insistió, con voz queda.

- Jaime te espera dentro - repetí.

Levantó la cara y me miró. Y me sorprendió, porque estaba muy guapa, más guapa que nunca, indefensa y asustada y sin máscara alguna que impidiese ver todo lo que se escondía en su interior.

Sonreí y apoyé mi mano en su brazo y sólo acerté a decir algo que era ya como un eco interminable aquel verano:

- Ya no somos unos niños.

Y Tesa asintió y sonrió también y luego, tranquilamente, sin apresurarse, abrió la portezuela del coche, se bajó y caminó hacia la entrada de la casa. Y yo la observé mientras se alejaba, observé su pequeña silueta atravesada por los rayos de un sol en declive ya, encaminándose hacia aquella puerta tras la cual la esperaba un futuro que, fuese cual fuese, cambiaría inevitablemente su vida y la de Alfredo y la de Jaime y tal vez incluso la mía. Y antes de que llegase a la puerta, arranqué y me marché y durante un largo trecho conduje sin ver la carretera, cegado por el sol que

me daba de frente y por un sentimiento de dolorosa melancolía que nublaba mi mirada y mi razón.

Fuí a ver a Edi. Tenía cuatro horas por delante y un coche a mi disposición y, por encima de todo, una necesidad imperiosa de obtener alguna respuesta. Edi vivía en la tercera y última planta de una pequeña casa blanca en las afueras del Puerto. El último sitio en el que uno podía imaginar viviendo a un pionero de la urbanización.

Llamé a su puerta y tardó en abrirme y, cuando lo hizo, tuvo que mirarme durante varios segundos antes de reconocermé.

- Caramba, Emilio - dijo, al fin, con voz ronca y adormilada -, no deberías frecuentar estos barrios.

Sólo llevaba puestos unos calzoncillos y una camiseta, su pelo estaba aún más enmarañado de lo habitual y tenía unas oscuras ojeras que rodeaban sus ojos enrojecidos y legañosos. Estaba claro que le había despertado.

- Vaya, me has interrumpido una magnífica siesta - sonrió, rascándose la barbilla sin afeitarse -. Mis horas de visita terminan a las cuatro, pero contigo haré una excepción. Pasa, por favor.

Entré en la casa y recuerdo que, nada más hacerlo, pensé con ironía si en aquello consistiría la bohemia con la que tanto habíamos soñado. Todo en aquel piso tenía un aspecto desastroso. Pasé a un pequeño salón en el que el caos no habría sido mayor si acabase de pasar por allí un tornado. Había libros, papeles, ropa, latas de cerveza, cajetillas arrugadas de tabaco, vasos y ceniceros desperdigados por todas partes: encima del sofá y de dos sillas, encima de un escritorio y de una mesita central, encima de otra mesita esquinera en la que, bajo unos vaqueros, asomaba un teléfono y, por supuesto, por todo el suelo. No tenía donde ponerme así que me quedé de pie en medio de la habitación.

- Creo que mi ama de llaves está perdiendo autoridad entre mis sirvientes - dijo él, con una risita divertida.

Cogió un par de camisetas y unos folios de encima del sofá y los tiró al suelo para ofrecerme asiento. Luego, encontró un cenicero lleno de colillas debajo de unos libros, salió de la habitación y regresó con un cigarrillo encendido colgándole de la boca.

- ¿Vengo en un mal momento? - le pregunté, con un remilgo ridículo.

Él se revolvió el pelo con la mano y se pensó un poco la respuesta.

- Bueno - dijo -, supongo que sí. Digamos que hace ya tres o cuatro años que es un mal momento. Pero no te preocupes ¿Puedo hacer algo por tí? Te ofrecería un café pero hace una semana que he perdido la cafetera. Joder, supongo que debe estar en algún sitio debajo de algo. No tengo refrescos y no me queda nada con alcohol. Me lo bebí todo antes de quedarme dormido.

Salió otra vez de la habitación. Le oí toser durante un rato no muy lejos y por fin volvió trayendo una lata de Coca-Cola en la mano.

- He encontrado esto debajo de la cama. Lo mejor para la resaca - dijo, sin quitarse el cigarrillo de la boca - ¿A qué has venido? ¿A ver cómo viven los ricos y famosos?

Me reí. No se me ocurrió una respuesta. En realidad, en aquel momento no sabía a qué había ido. Pensé en el cortijo de Jaime, en la escena que en aquel mismo instante debía estar teniendo lugar allí: Jaime, impecablemente vestido, disfrutando del golpe de efecto que habría supuesto salir a abrirle la puerta a Tesa, apoyado en la chimenea y contándole que aquel cortijo formaba parte del chantaje que le ofrecía a cambio de que dejase a su marido y se fuese con él. Todo bajo control, la escenografía perfecta, el diálogo estudiado, disfrutando del momento. Y Tesa... No tenía ni idea de cómo respondería Tesa a su oferta. Tampoco estaba seguro de cómo me gustaría que respondiese.

Mi mirada se desvió hacia uno de los folios que cubrían la mesita que tenía enfrente. En él, sólo había escrita una frase en su margen superior: *la sangre ya no fluye por mi tierra.*

- ¿Escribes un poema sobre la sequía? - le pregunté señalando la hoja, evitando contestar a su pregunta anterior.

Se acercó para ver lo que estaba escrito en la hoja, la cogió, hizo una pelota con ella y la tiró a una esquina.

- Ya no escribo nada - dijo sin ningún deje de amargura o tristeza en la voz - Van a dejar de publicar mi revista de poesía. Me enteré ayer y lo estuve celebrando por ahí. Hoy he seguido celebrándolo aquí en casa. Es importante celebrar las cosas ¿Recuerdas a Alba?

- Por supuesto.

- Pues me la está pegando con un crío de dieciocho años. También he estado celebrando eso. Lo de ayer fué una noche gloriosa. Y eso que me partieron la cara. No sé cuánto tiempo hace que no consigo acabar una noche sin que me partan la cara.

Se echó a reír y la ceniza del cigarrillo le cayó sobre un pié descalzo sin que se diera cuenta.

- Dame unos minutos para vestirme - me dijo alegremente - Me pego una ducha y te llevo a tomar el mejor pescaíto de tu vida. Conozco una venta en la que han elevado el adobo a la categoría de obra de arte.

Esperé mientras se duchaba hojeando papeles al azar de los muchos que me rodeaban. En la mayoría había escritas una o dos frases, en algunos sólo había escritas palabras sueltas o unidas sin sentido - "jara y llanto", "bailes de moribundo", "correr en la memoria" -, pero no pude encontrar ningún poema completo que me diese una idea del estilo actual de Edi. En cuanto a los libros que tenía a mi alcance, había de todo, desde Mishima a Walt Whitman pasando por Pío Baroja. El piso era pequeño, pero el desorden era infinito.

Edi salió de la ducha diez minutos después vestido con uno de sus viejos vaqueros y una camisa y con las gotas de agua prendidas aún de sus rizos. Seguía teniendo mala cara. Nos fuimos a la calle. Me llevó a la zona del puerto, a un barucho donde clientes y camareros le saludaron por su nombre. Nos sentamos en una mesa apartada con unas cervezas y una bandeja de pescaíto, frente a una ventana desde la que se podían ver los barcos amarrados al muelle, que por su aspecto se diría que hacía años que no habían salido a navegar. "Están varados. Justo igual que yo", dijo él mientras encendía un cigarrillo.

La primera calada se le atragantó y estuvo un rato tosiendo antes de volver a hablar.

- Tengo veintinueve años y un largo futuro para compadecerme de mí mismo - fué lo primero que dijo, con una sonrisa sarcástica. Pero luego desechó la idea con un movimiento de cabeza - En realidad, creo que es estupendo que dejen de sacar mi revista. Era pura bazofia. Y también creo que es estupendo que Alba se acueste con algún crío. A mí ya no se me levanta tan a menudo.

Rió su propio comentario y se concentró en saborear una acedía.

- ¿Y bien? - me preguntó cuando la hubo acabado - ¿Qué tal la vuelta al país de las maravillas? ¿Qué te parece la urbanización ahora que eres un adulto maduro y responsable? Hace mil años, en un garito parecido a éste, solías decirme que nuestras vidas te parecían vacías y sin sentido. Eras todo un existencialista por aquél entonces ¿Encontraste el sentido de la vida lejos de aquí?

- ¿A quién le importa ya el sentido de la vida? - le contesté, imitando su artificioso aire decadente - Gracias a Dios, ya no tengo quince años.

- Gracias a Dios, gracias a Dios...- repitió él.

Le observé mientras bebía su cerveza. Y pensé que tal vez seguía equivocándome respecto a él. Uno siempre se equivocaba respecto a Edi. Cualquiera

que le hubiese visto en los viejos tiempos habría pensado que sólo era otro niño rico más. Como Jaime, como Alfredo. Como yo. Feliz en el pequeño y cerrado universo de la urbanización. Pero él era diferente. Desaparecía. Venía al Puerto y se reunía con amigos que nadie conocía, con gente tan ajena a nosotros como si fuesen extraterrestres. Y escribía sus extraños poemas. Y creo que era mucho más feliz que todos nosotros. Y, ahora, cualquiera que le viese pensaría que todos sus sueños, todas sus esperanzas, se habían ido al garete. Un tipo acabado. Prematuramente vencido. Eso parecía. Pero aquella tarde, viéndole fumar y comer pescaíto a la vez, pensé que aquél podía ser un juicio equivocado. Quizás Edi era feliz. Quizás era el más feliz de todos porque hacía justo aquello que quería hacer: absolutamente nada. La felicidad absoluta. Sin nadie, ni siquiera él mismo, rigiendo su vida y diciéndole lo que debía o no debía hacer.

Aquella idea me hizo recordar el motivo por el que había ido a verle y me dió fuerzas para plantarle cara a la cuestión.

- He venido para hablar de Paula - le dije de pronto. Y él me miró con curiosidad.

- ¿De Paula? ¿A estas alturas?

- Necesito respuestas.

Edi sonrió.

- No hay respuestas, Emilio. Nunca hay respuestas y las que te ofrecen siempre son equivocadas.

No dejé que me afectara su tonillo burlón. Había ido a verle en busca de algo, precisamente en una tarde como aquella, y no me iría sin sacar algo en limpio. Esta vez no.

- Háblame de ella - insistí - De los últimos tiempos. Me dijiste que venía contigo a las fiestas del Puerto, que se había integrado en este ambiente. Y eso no me encaja. En realidad, nada me encaja. Y no quiero pasarme el resto de mi vida haciéndome preguntas que no me puedo contestar. Necesito saberlo, Edi. Necesito saber qué le pasó a Paula.

Ahora fué él quien me observó y yo aguanté su mirada y permití que viese el mismo brillo de desesperación que había en mis palabras. Y comprendió. Y eso fué lo que le hizo hablar.

- Paula creció - me dijo, dejando a un lado ironías y sarcasmos - Ese fué su problema. Había vivido en un mundo que creyó que nunca tendría fin, que siempre sería igual. Y cuando ese mundo se desvaneció no fué capaz de darse cuenta de que tenía que cambiar si quería seguir viviendo. Cuando lo supo, era ya demasiado tarde.

Encendió un cigarrillo con la colilla del anterior, miró por la ventana, a algún punto más allá de los barcos varados, y su relato fué surgiendo suavemente, envolviéndome con lentitud como una niebla a la vez fría y acogedora.

- Es muy difícil aceptar que el mundo ya no gira a tu alrededor cuando siempre ha sido así. Paula creció siendo la niña más guapa, la más querida, la más admirada. Sus enamorados se contaban por docenas y sabía que una sola sonrisa suya podía cambiar la vida de una persona. Todos querían bailar con ella, invitarla a una copa, pasearla en sus coches o, simplemente, tenerla cerca para poder mirarla. Incluso sobre sus amigas ejercía una especie de fascinación que las llevaba a imitarla en el vestir o en la forma de hablar, a contarle todos sus secretos o a pedirle consejo sobre todos sus problemas. Imagínate lo que debe ser crecer oyendo siempre que eres encantadora, maravillosa, guapa, divertida, única... Nadie querría que algo así terminase nunca. Pero todo termina, chico. Y eso fué lo que Paula no supo prever. La adolescencia llega a su fin. Incluso en la urbanización. Su corte de enamorados empezó a decrecer. Unos se echaban novias más accesibles y seguras, otros como tú se marchaban en busca de nuevos mundos y algunos simplemente se cansaron de esperar un amor que nunca era correspondido. Y lo mismo ocurrió con sus amigas: empezaron a construirse vidas propias en lugar de revolotear en torno a ella. Ya no había fiestas todos los fines de semana. Ya no sonaba continuamente el teléfono proponiéndole planes divertidos. La gente se preocupaba de conseguir un trabajo, se casaba, empezaba a tener hijos. Y Paula seguía allí, esperando la llegada del sábado para ir a alguna fiesta, esperando una declaración de amor cada semana, esperando llegar cada noche al amanecer bailando las canciones de moda. Sin darse cuenta de que estaba en el centro de un salón que poco a poco se iba quedando vacío. Intentó reaccionar, por supuesto. Ella, a la que siempre seguía todo el mundo, intentó ahora seguir a los demás. Trató de conseguir, por primera vez en su vida, un novio duradero. Pero no lo logró. Ningún chico se comprometía a algo serio con ella. Durante años habían visto cómo cambiaba de novio cada mes, cómo rompía corazones sin miramientos, cómo encontraba el amor de su vida y se aburría de él con la misma facilidad con que se cambiaba de ropa, y nadie se creyó que eso hubiese cambiado. Nadie se fiaba. Así que mientras sus amigas planeaban sus bodas, ella seguía yendo al faro por las noches para vivir romances efímeros en los asientos traseros de los coches. Sus enamorados eternos desaparecieron para dejar paso a tipos que sólo querían pasar un buen rato. Y ella ni siquiera se daba cuenta del cambio. Las amigas que antes la adoraban se dedicaban ahora a murmurar a sus espaldas, incapaces de reconocer que lo que Paula seguía haciendo era simplemente

lo mismo que ellas habían estado haciendo hasta hacía sólo un año. Y el salón siguió quedándose vacío y cuando Paula se vió al fin sola comprendió que sólo le quedaba huir. Fué entonces cuando empezó a venir al Puerto. Supongo que nuestros caminos se encontraron porque ella y yo éramos los únicos, cada uno a nuestra manera, que no encajábamos en aquel nuevo estilo de vida de la urbanización. Me llamaba, me pedía que la llevara por ahí, que la presentara a gente nueva, gente que siguiese dedicando las noches a beber, a bailar y a enamorarse hasta la salida del sol y no a cenar en restaurantes finos, a tomar una copita, dos no más, y a charlar sobre sus preparativos de boda o sus esperanzas de ascenso en el trabajo. Así se introdujo en el mundo del Puerto y recuperó parte de una vida que era incapaz de abandonar. De nuevo era la chica más popular. Puedes hacerte una idea: nada menos que una chica de la urbanización, con apellido bodeguero y todo, dispuesta siempre para cualquier juerga. Para mis amigos del Puerto aquello era como un sueño hecho realidad. Les volvía locos. Te lo digo en serio. Eran capaces de matarse por estar con ella. Y Paula regresó a su mundo seguro, al único en el que sabía vivir. Iba a todas las fiestas, cambiaba de novio cada semana y vaciaba las copas a un ritmo frenético, ignorando a sus viejas amigas, a Tesa y las demás, que seguían siendo incapaces de comprender que Paula no podía vivir sus vidas, que no sabía enfrentarse al mundo si no era desde el centro de un torbellino. Pero supongo que tampoco podía engañarse a sí misma, que en el fondo era consciente de la mentira en que vivía. Aquél no era realmente su mundo. Sólo era una mala imitación, una parodia. Sus galanes no eran ya ricos chicos guapos que la paseasen en coches espectaculares y la invitasen a montar a caballo en sus cortijos. Sus amigas no eran ya chicas vestidas a la última moda con las que poder pasar las tardes bronceándose en sus piscinas. Ahora, sus novios eran dependientes de gasolineras o empleadillos de las bodegas y sus amigas eran mancebas de farmacia o secretarias de los amigos de su padre. Las fiestas no eran ya en chalets engalanados sino en sótanos sin ventilación y nadie se moría por un beso suyo sino que exigía llevársela a la cama. Y ni siquiera aquí, pasada la novedad de la niña rica, podía seguir siendo la chica más popular para siempre. La adolescencia no dura eternamente. Nadie le enseñó eso a Paula. Y cuando lo descubrió a golpe de decepciones, supongo que se sintió engañada y traicionada y la rabia, la frustración o quizás solo la soledad le hizo enloquecer.

Edi seguía mirando por la ventana. Yo le miraba a él y mi voz me sonó extraña a mí mismo cuando le dije:

- ¿Ese es el motivo?

Tardó en contestar. Se volvió lentamente a mirarme y pude ver el profundo

vacío que se extendía tras sus ojos. También su voz me sonó extraña cuando contestó.

- ¿El motivo? - me dijo - No hay ningún motivo. Eso es sólo la historia.

Creo que hablamos de alguna otra cosa aquella tarde antes de separarnos. Pero, francamente, no tengo ni idea de qué.

Fuí a otro sitio antes de regresar al cortijo de Jaime para recoger a Tesa. Fuí a casa de Paula. No sé si consciente o inconscientemente, hasta entonces había evitado pasar por allí. Pero aquella tarde fuí directamente, sin pensarlo, sin siquiera saber porqué. Aparqué el coche en la acera de enfrente de la casa, apagué el motor y las luces, encendí un cigarrillo y observé la casa, sumida ya en las primeras sombras de la noche. No había ninguna luz en sus ventanas. En algún sitio había oído que la familia de Paula no había vuelto a la casa desde lo ocurrido y que incluso estaban pensando en venderla.

Recordar aquello me llevó a pensar en los padres de Paula. Una pareja muy especial. La madre de Paula era una mujer de espíritu tranquilo y permanente sonrisa bondadosa. Una mujer educada para adorar a Dios y a su marido y vivir de espaldas al resto del mundo. Dejada su casa en manos del servicio, las únicas ocupaciones con que llenaba los días eran sus partidas de canasta y sus reuniones del Opus y solo cuando no quedaba más remedio acudía a las fiestas junto a su marido sin que en su aspecto de dulce matrona encajasen las múltiples joyas y los vestidos carísimos sin los cuales era impensable para una mujer de su rango presentarse en sociedad. A menudo, cuando iba a casa de Paula y la veía, siempre como ausente, siempre perdidos sus pensamientos en algún lugar muy alejado de la realidad, me preguntaba cómo reaccionaría si tan sólo pudiese llegar a sospechar que su hijita del alma, su Paulita querida, como siempre la llamaba ella, se dejaba meter mano por los chicos en la rotonda del faro y que su hijo, el hermano pequeño de Paula, era incapaz de pasar cinco minutos sin un canuto colgando de su boca. Tal vez no le hubiese importado. Al fin y al cabo, bastante tenía con su marido.

El padre de Paula era uno de los protagonistas más habituales de las historias sobre grandes escándalos que permanentemente circulaban por la urbanización. Aquel tipo de rumores eran la sangre que necesariamente había de circular para mantener viva nuestra pequeña comunidad. Por supuesto, corrían historias sobre prácticamente todo el mundo: el padre de Jaime y el de Edi y el de Pilar... Quizás

incluso del mío, a pesar de que nunca llegaron a mis oídos, aunque mi padre siempre me pareció demasiado estricto, demasiado recto, demasiado frío para andar por ahí perdiendo la cabeza por unas faldas. Y creo que tal vez no le hubiese venido mal. En cuanto a las historias, todas eran más o menos iguales: un alguien misterioso y anónimo les había visto en algún restaurante de Sevilla haciendo manitas con una jovencita o se sabía "de buena tinta", aunque nadie supiese nunca quién había iniciado el rumor, que una secretaria prestaba servicios más allá de los propios de su puesto o se hablaba con sobreentendidos y mucho misterio de discretos pisitos, de queridas estables y hasta de cuñadas tentadoras. Uno nunca estaba seguro de hasta dónde alcanzaba la verdad y hasta dónde la fantasía popular. Y en realidad daba igual. Lo divertido era hablar de ello, adornarlo con detalles novedosos a medida que pasaba de boca en boca, contárselo a todo el mundo haciendo prometer al oyente que guardaría el secreto, insinuar que uno sabía más aún de lo que contaba pero que se lo callaba por pudor y si al final la historia se había distorsionado tanto que nada tenía ya que ver con la realidad tampoco importaba demasiado siempre y cuando fuese divertida.

Pero las aventuras del padre de Paula eran tan evidentes y escandalosas que ni siquiera hacía falta engordarlas con la imaginación. Heredero de un considerable puñado de acciones de algunas de las bodegas más importantes, había dedicado toda su vida al golf, a montar a caballo y a mantenerse bronceado incluso en invierno, sin necesidad alguna de trabajar jamás. Atractivo, rico y caballeroso hasta el extremo, llevaba toda su vida volviendo loco a las mujeres y el matrimonio con la beata madre de Paula no había logrado cambiar sus hábitos juerguistas ni su afán de conquistas. Cada cierto tiempo, alguna de las chicas que, como moscardones, pululaban permanentemente a su alrededor conseguía interesarle seriamente durante una temporada y, cuando eso ocurría, no dudaba en dejar plantados a su mujer y a sus hijos y en largarse a vivir con ella en alguno de sus pisos de la ciudad o a hacer un largo viaje por países exóticos. Por supuesto, aquellas aventuras nunca sobrevivían al arranque pasional de sus comienzos y el padre de Paula acababa volviendo siempre al redil, a suplicarle el perdón a su mujer, sabedor de que ésta se lo concedería todas las veces que fuese necesario. De este modo, salvo en esos paréntesis de locura amorosa transitoria, los padres de Paula mantenían su imagen de matrimonio perfecto y en cuanto volvían a aparecer en una fiesta o en la playa o en la Misa de los Domingos juntos y sonrientes todo el mundo olvidaba el último escándalo, en parte porque el padre de Paula tenía demasiadas acciones de bodegas como para que pudiese nadie permitirse darle la espalda y en parte porque, en virtud

de una regla no escrita pero acatada por todos, cualquier escándalo era disculpable en aquella sociedad siempre y cuando las apariencias se mantuviesen intactas.

Paula, como todo el mundo, adoraba a su guapo y simpático padre. Le encantaba hablar de él y contarnos a todos lo bien que se lo pasaba cuando iban juntos a montar a caballo o a jugar al tenis o al golf como dos amigos en lugar de como padre e hija. Y supongo que cuando llegaba la crisis y él se largaba hacía lo mismo que su madre: se limitaba a esperar su vuelta, le disculpaba diciendo que los hombres ya se sabe, que es algo inevitable, pero que lo importante era que, hiciese lo que hiciese por ahí, su familia era lo primero para él.

El recuerdo de todo aquello regresó mientras observaba la casa de Paula desde el coche. Pero no había ido hasta allí solamente para recordar a los padres de Paula. Pronto, amparada en la complicidad de las sombras, arropada por el silencio del interior del coche, la memoria emprendió el vuelo con libertad, atravesó llanuras llenas de vacío, subió a lo más alto y encontró allí uno de sus nidos más acogedores, al que tan a menudo había acudido durante aquellos años a refugiarse.

En la acera de enfrente a la que yo estaba apareció lentamente el coche, el viejo coche de mi madre que yo usaba los fines de semana y, a pesar de la oscuridad, pude ver a la pareja sentada en los asientos de delante. En el asiento del conductor estaba sentado un chico de diecisiete años. Nada más aparcar, se puso un cigarrillo entre los labios y lo encendió con cierto estilo con un mechero zippo muy a la moda de entonces. En el asiento de al lado, la chica, que llevaba una cinta amarilla rodeándole el pelo como una india, algo también muy de moda aquel verano, le acarició la mejilla sonriéndole. Los dos parecían satisfechos. Venían de la rotonda del faro. Era una noche de final de verano, de final de muchas cosas y, cada uno a su manera, los dos sabían que aquel momento que ahora compartían nunca volvería a repetirse.

Había sido algo inesperado. Los dos estaban con el resto de sus amigos celebrando una barbacoa en la playa. Aunque no la habían organizado con ese fin, en cierto modo era una fiesta de despedida para él, que sólo tres días después se iría a Madrid a iniciar sus estudios universitarios. Se lo estaban pasando en grande. Era ya bien entrada la noche cuando algunos decidieron darse un baño. Él se quedó en la orilla fumando un cigarrillo y bebiendo una copa más. Se sentía demasiado borracho y temía no poder evitar ahogarse si se metía en el agua. Durante un rato estuvo solo. Luego, ella se acercó y se sentó a su lado en la arena y le sonrió y él sintió una vez más la punzada de dolor que aquella sonrisa le provocaba siempre y pensó como sería todo en el futuro, tan solo tres días después, cuando ya no la tuviese a

su lado. Debieron hablar de algo, aunque luego, cuando él intentase reconstruir cada instante de aquella noche inolvidable, no conseguiría recordar de qué. Como tampoco conseguiría recordar los pasos que les llevaron a la rotonda del faro. Lo único que recordaría sería que ella le dijo que se había quedado sin tabaco y le pidió si podía llevarla a comprar en su coche. Recordaría que fueron a la zona de los bares de la urbanización y que se tomaron una copa en uno de ellos y que, en algún momento, él le dijo que iba a echarla mucho de menos cuando se fuese y ella apoyó su cabeza en el hombro de él y, a partir de ahí, los recuerdos se desvanecían y, sin saber cómo, habían acabado en el faro, en el asiento de atrás del coche, enredados en su pequeña intimidad.

Y ahora, al ver al chico sentado en el coche delante de la casa de ella, fumando el cigarrillo del triunfo, me pareció divertido verle tan orgulloso por algo tan efímero como unos besos de juventud. Lo peor vendría al día siguiente, cuando al despertar se diese cuenta que con la borrachera se había ido también buena parte del recuerdo. Por una cruel ironía de la vida, ni siquiera sería capaz de rememorar las sensaciones de un momento con el que tanto había soñado. Y peor aún sería cuando, a medida que pasasen las horas y la emoción inicial y recobrase su puesto la razón, comprendiese que aquello no había significado nada para ella, que sólo había sido condescendiente, que se había limitado a hacerle un regalo de despedida, como quien regala una foto o escribe una carta al amigo que se va. Eso era todo. Un momento fugaz y un recuerdo difuso que ni siquiera había logrado por sí mismo sino sólo porque ella decidió que ocurriese en un arranque de generosidad.

Pero eso lo comprendería luego. Ahora estaba allí, aparcado frente a la casa de ella, sentado en la cima del mundo y en aquel momento el futuro daba igual. Nada importaba más allá de la sonrisa de ella y de su caricia en la mejilla. Y no quise estropear con mi presencia, al otro lado de la acera, aquel momento de intimidad y gloria. Tan sólo necesitaba verles a los dos, allí juntos, aquella noche, verles una sola vez más.

Arranqué el coche y me marché dejando atrás para siempre la casa de Paula, sabedor ya entonces de que durante el resto del verano evitaría volver a pasar por allí para no encontrarme de nuevo con aquella pareja que nunca existió, que sólo era un espejismo en mi memoria.

El plan de Jaime había sido tan infantil como decididamente seductor. Desde

que me lo expuso comprendí lo que pretendía y su idea contenía a la vez una mezcla de adorable inocencia y de perversa astucia. De lo que se trataba era de aparecer ante Tesa como a Jaime le gustaba verse a sí mismo: como un hombre misterioso, romántico y poderoso, capaz de hacer de tu vida algo especial y sorprendente, un hombre al que nadie fuese capaz de negarle nada ni de hacer sino aquello que él esperase de tí. El tipo de hombre ante el que una mujer como Tesa, con todos sus condicionamientos, sus sueños incumplidos y sus pequeños fracasos, pudiese quedar convencida de que tomar su mano y seguir su camino era su última oportunidad.

Por eso me pidió que la llevase yo al cortijo. Así la escena sería perfecta. Tesa llegaría a aquella espléndida casona sin saber lo que le esperaba detrás de la puerta. Sorprendida ante aquel desenlace a toda la intriga que mi cita le había provocado, llamaría a la puerta y entonces, sólo entonces, Jaime aparecería en escena. Todo un golpe de efecto: detrás de todos los misterios, detrás de todas las esperanzas, sólo estaba él. Podía imaginarle con ese estilo un poco almibarado de gran caballero que a veces le gustaba adoptar cogiéndola de la mano y llevándola de habitación en habitación, como hiciera conmigo, explicándole cada detalle de decoración, cada idea que había pasado por su cabeza al elegir una lámpara o una alfombra, llevándola luego a las caballerizas a enseñarle los caballos, quizás ofreciéndole una cabalgada nocturna por sus tierras, sirviendo después una copa junto a la chimenea, interpretando a la perfección el papel de su vida. Y diciéndole luego: "y todo esto es para tí" o alguna otra frase lapidaria y muy estudiada que rematase el despliegue escénico. Y luego le explicaría, le diría que había llegado la hora de las decisiones, que aún estaban a tiempo de vivir juntos la vida con la que ambos por separado habían soñado siempre, prometiéndole amor eterno y felicidad permanente. Y Tesa, la Tesa de antaño, la Tesa de siempre, no tendría ni razones ni fuerzas para resistirse. Jaime lo sabía: era una apuesta ganada de antemano. Luego, vendría la rendición, la recogida de frutos, las promesas y los planes para el futuro. Todo decidido en una noche. Las víctimas y el precio a pagar, la estrategia y las respuestas, el triunfo y el final feliz.

Y, para terminar la operación - porque de eso se trataba, de una operación milimetrada al detalle en todos sus aspectos -, para mantener el aura de misterio, de fantasía imposible, yo volvía a entrar en escena cuatro horas después. Jaime despediría a Tesa donde la recibió, a la entrada del cortijo, y yo la llevaría en coche a casa. De este modo, nadie les vería juntos en un coche, no dejarían ninguna opción

a que los rumores empezasen antes de tiempo, y a la vez Jaime conseguiría mantener su aire de aparición fantasmagórica, sin rebajarse a las pequeñas miserias de llevarla de vuelta a casa y hacerla bajar a cierta distancia de su chalet para que Alfredo o cualquiera no le viera, separándose de ella cuando la emoción de lo ocurrido aún perduraba sin darle tiempo a recapacitar. Todo debía llevarse con discreción por el momento y yo era la coartada perfecta, un personaje inofensivo, el bueno de Emilio que había ido a dar una vuelta con Tesa y la devolvía luego a un marido confiado que nunca temería nada de mí.

Ese era mi papel y lo cumplí exactamente como Jaime quería. A la hora convenida, no demasiado tarde ni demasiado pronto, aparecí con el coche por el camino de entrada del cortijo. Detuve el motor y dejé las luces encendidas y esperé. Tesa sólo se retrasó cinco minutos. Llegó caminando deprisa, envuelta en un jersey de Jaime que le quedaba grande para protegerse del relente de la noche. Abrió la puerta y entró y la miré y sólo necesité ver su media sonrisa y el brillo de sus ojos y su mirada esquivando la mía para saber que todo había salido tal y como Jaime esperaba. Y me pregunté si, al fin y al cabo, había existido en algún momento otra posibilidad.

Arranqué y conduje en silencio, como un chófer disciplinado, dispuesto a no decir nada hasta que ella quisiese hablar. No lo hizo hasta que hubimos salido del camino comarcal para tomar la carretera de vuelta a la urbanización.

- Me gustaría que me comprendieras - dijo, sin preámbulos, con un hilo de voz, y la miré por un instante y ví una lágrima tiritando en su mirada. Pero no era una lágrima de tristeza ni de arrepentimiento. Sólo era una lágrima de emoción contenida. - No sé porqué, no sé qué importancia puede tener, pero me gustaría... necesito que tú, al menos tú, me comprendas.

No se me ocurrió nada que decir. De pronto, sentía la necesidad de dejar bien claro mi papel en todo aquello: yo sólo era un instrumento en toda aquella historia, un simple conductor de coche, algo tan impersonal y ajeno a todo como el propio vehículo, como el volante o las ruedas, sin capacidad ni obligación de involucrarme en su historia y de formarme una opinión al respecto. Sabía que era mentira, que ya estaba involucrado, pero me negaba a admitirlo.

Me quedé callado y Tesa calló también, confundida por mi silencio. Llegamos a la urbanización y las farolas de las calles llenaron de una incómoda luz blanca el interior del coche. En un cruce cedí el paso a una pandilla de chicos y chicas que iban con sus motos a la zona de los bares y los dos les miramos y ví de reojo que Tesa sonreía con cierta tristeza.

- Va a ser un verano lleno de escándalos - le oí decir, con voz queda.

No hablamos nada más hasta que hube detenido el coche frente a su chalet. Había luces en las ventanas del segundo piso. Tesa miró a aquellas ventanas, suspiró y se volvió luego a mí y encaró mi mirada con decisión.

- Quiero a mi marido - me dijo, como si respondiese a una pregunta que yo no había hecho, con la firmeza en la voz recobrada - Pero no tiene nada que ver. Esto era algo que tenía que ocurrir. Quizás tú no lo entiendas, pero tenía que ocurrir. Tarde o temprano. De una manera u otra. Y ahora que ha ocurrido sólo me gustaría que supieras una cosa: que no me arrepiento. No me arrepiento en absoluto.

Decir aquello en voz alta pareció devolverla a la vida. Sonrió y ahora su sonrisa fué plena, franca, llena de felicidad. Aquella sonrisa fué para Tesa como un volver a la vida. Y acabó convirtiéndose en una carcajada llena de alegría.

- ¡Dios mío! - exclamó - Por favor, dímelo: ¿estoy loca?, ¿soy despreciable?, ¿me odias?, ¿debería avergonzarme? Venga, no me mires así, dí algo.

Su mano se apoyó en mi brazo y me apretó un poco para instarme a hablar. Observé aquella mano y pensé en lo que Edi me había contado y en mi visita a la casa de Paula y recordé a Jaime enseñando con el entusiasmo de un niño su bodega y sus chalets y su cortijo y levanté la mirada y me encontré con los ojos de Tesa, desbordados de vida y de juventud y sólo acerté a decir:

- No, no creo que debas avergonzarte.

Aquello le hizo reír de nuevo. Me despidió con un beso en la mejilla, se quitó el jersey de Jaime y se bajó del coche y la ví entrar en su casa, al encuentro de Alfredo y del niño, de una vida que aquella noche se había convertido para ella en pasado, en un lejano y gris pasado.

VI

El barco surcaba plácidamente la bahía. No iba a demasiada velocidad y se balanceaba con suavidad adelante y atrás al cortar el tenue oleaje de alta mar. El reflejo del intenso sol del mediodía bailaba en el agua haciéndola palidecer. Sentado al borde de la proa, con las piernas colgando en el vacío, refrescado por el agua que levantaba el barco, no podía dejar de mirar al mar. Las olas, en las que titilaban miles de destellos verdiazules, resultaban tan hipnóticas que era difícil apartar la mirada. Durante buena parte de la travesía permanecí muy lejos de la realidad y no regresé hasta que Meme se sentó a mi lado y me tendió un vaso lleno de un líquido espeso y amarillento.

- Piña colada - me anunció alegremente y al volverme a mirarla el brillo de las pequitas que rodeaban su nariz me resultó tan hipnótico como el del agua - ¿Piensas pasarte todo el día ahí sentado en la cubierta con cara de estar preguntándote de dónde venimos y a dónde vamos?

Traía otro vaso para ella. Me lo ofreció para brindar. Choqué mi vaso con el suyo y dí un largo trago, reteniendo el líquido en la boca unos instantes para sentir el fresco regusto a piña y a ron.

- Bueno... - suspiró Meme, después de beber - Podrás pensar lo que quieras, pero en momentos como éste a uno le parece que ciertamente merece la pena vivir en este cochino mundo nuestro.

- Eso es muy profundo, Meme.

- No olvides que soy una chica muy profunda.

- ¡Seguro que sí! - sonó la voz de Pilar a nuestras espaldas. Estaba tumbada boca abajo en la cubierta junto a Elisa. Se había desabrochado la parte de arriba del bikini para conseguir un bronceado sin marcas y se protegía la cabeza bajo una ancha pamelita de paja - ¿Sabes una cosa, Emilio? Anteayer le pidieron a Meme en matrimonio.

Miré a Meme sinceramente sorprendido y ella se echó a reír.

- Fué Javi Moliner - me explicó, con un deje de hastío en la voz -. Me pide que me case con él más o menos cada tres meses.

- El chico está forrado - apostilló Pilar desde debajo de su pamelita - Si me lo pidiera a mí, no me lo pensaría dos veces ¿Te acuerdas de él, Emilio? Es aquél al que le compraron un Porsche cuando cumplió los dieciocho.

Recordaba vagamente al tipo en cuestión: un hijo único de padres ricos que suplía su falta de atractivo físico, su ausencia de personalidad y su incapacidad de atraer al sexo opuesto con un bolsillo lleno de billetes.

- ¿Y tú qué le has dicho? - le pregunté a Meme, procurando no parecer realmente interesado.

- Que no, claro. Siempre le digo que no, que por ahora no, pero que lo pensaré.

- Entonces, ¿porqué le das esperanzas si no piensas casarte con él?

Meme rió maliciosa.

- Cada tres meses me envía flores a casa, me invita a cenar a un restaurante estupendo y me pasea en alguno de sus cochazos...Y sólo me pide a cambio que escuche su propuesta de matrimonio y que le diga que lo pensaré. A mí me parece un acuerdo rentable.

- Y a mí - volvió a entrometerse Pilar -. Los tíos con los que yo salgo sólo me llevan a restaurantes de medio pelo y únicamente me mandan flores después de haberme acostado con ellos...y no siempre.

Elisa y Meme se partieron de risa con aquello. Acabé riéndome también.

- ¡Eh, los de proa! - nos interrumpió entonces la voz de Pablo. Desde detrás del cristal de la garita del timón nos hacía señas para llamar nuestra atención - ¿Os parece éste un buen sitio para parar o se ven tiburones por los alrededores?

- ¡Para! - le contestó Meme - Vamos a bañarnos un poco. Hace un calor de muerte.

Pablo asintió y, al poco, el ruido del motor fué perdiendo intensidad hasta terminar por detenerse del todo con un ronco tosido. El barco aumentó al principio su balanceo a medida que perdía velocidad para quedar luego meciéndose débilmente al compás de la marea. Un agradable silencio, apenas roto por el chapoteo del agua contra el casco, nos envolvió con rapidez. La costa quedaba muy lejos, apenas era una lejana línea difusa perfilando el horizonte, y con el cese de la brisa que levantaba la navegación un sol enfebrecido cayó sobre nosotros como una pesada losa, incendiando la cubierta del barco, haciéndonos sentir pequeños y desprotegidos en medio de la nada.

Pilar bufó, quejosa por el calor, se abrochó la parte superior del bikini, se levantó el ala de la pabela y nos miró con mirada somnolienta.

- ¿Dónde estamos? Por lo menos, debemos haber llegado ya a Sudáfrica.

A su lado, Elisa levantó también la cabeza, echó un vistazo aturdido a su alrededor y se apresuró a protegerse los ojos con unas gafas de sol.

- Creo que tengo la piel en su punto de ebullición - dijo.

- ¡Ancla echada! - gritó Pablo, poniendo tono de lobo de mar - ¿Todo bien en la popa?

- ¡Ancla lista! - oímos contestar a Alfredo.

Jaime y Alfredo, que se habían quedado en los sillones de popa discutiendo un asunto de trabajo pendiente, a pesar de nuestras protestas, se reunieron con nosotros en la cubierta de proa. Pablo también vino a donde estábamos, cargando con la nevera de las cervezas.

- ¿Quién se tira primero al agua? - preguntó Jaime - Necesitamos que alguien compruebe que no hay tiburones.

- Odio quedarme dormida al sol - Pilar se desprecizó con descaro al ponerse de pie y comprobó luego que llevaba bien puesto el bikini - Dime la verdad, Jaime, ¿me he puesto ya morena?

- Estás impresionante - le dijo Jaime, cogiéndola por la cintura y besándola en la mejilla. Ella ronroneó con coquetería.

- ¿De verdad te gusto? Últimamente no pareces muy interesado en mí ¿Es que ahora quieres a otra?

- ¡Esperadme para bañarnos!

La voz de Tesa llegó desde el interior de la cabina. Al poco, surgió por la escalerilla que llevaba al camarote y nos saludó con su mejor sonrisa.

- Ya he puesto todas las botellas y las gambas en hielo. Luego le toca a otro servir las ¿Alguien me ofrece algo de beber?

Venía acalorada y unas gotitas de sudor le brillaban en la frente. Pablo le tendió una cerveza de la nevera y bebió con ganas.

- El agua tiene un aspecto estupendo - dijo, asomándose por la borda mientras se quitaba el pareo que llevaba anudado a la cintura - ¿Nadie se decide, panda de miedicas?

Nos miró uno por uno con aire desafiante y, al ver que nadie hacía ademán de moverse, nos dedicó un mohín despreciativo, se apartó el pelo de la cara, dejó el botellín de cerveza a sus piés y se zambulló en el mar sin pensárselo dos veces. Cuando volvió a asomar su cabeza en la superficie, todos le dedicamos un aplauso y ella rió satisfecha.

- ¡Vamos, cobardes! - nos gritó desde el agua - ¡Decidíos de una vez!

Se tendió boca arriba en el agua y nadó de espaldas alejándose del barco a través de la estela de un rayo de sol. En la cubierta, ninguno nos movimos. Todos la mirábamos mientras su cuerpo se alejaba del barco confundándose con las aguas brillantes. Inconscientemente, mis ojos giraron hacia Alfredo y Jaime y ví en los dos, el uno junto al otro, la misma mirada de rendida admiración.

Fué un breve y extraño momento de quietud en el que todo a nuestro

alrededor, incluídas nuestras propias vidas, pareció detenerse, pareció adormecerse ante la visión de Tesa nadando en el mar.

- Venga, Alfredo, no puedes dejar que tu mujer se ahogue - sonó al fin la voz de Pilar, haciendo pedazos el momento - Como se siga alejando del barco va a llegar a Marruecos.

Alfredo asintió con cara seria, simulando estar realmente preocupado.

- De acuerdo, de acuerdo - dijo - Tendré que ir en su ayuda una vez más.

- Echemos todos una carrera hasta donde está Tesa - dijo entonces, repentinamente, Jaime. Y antes de que nos diésemos cuenta, se encaramó en la barandilla que rodeaba la cubierta y saltó desde allí al agua. Fué tan repentino que ninguno reaccionamos a tiempo de seguirle.

- ¡Bravo! - aplaudió Pilar - ¡Hombre al agua! Siempre tendremos a Jaime para salvarnos la vida.

Por fin, recuperamos el resto la movilidad. Pilar, Elisa y Pablo fueron los siguientes en tirarse. Alfredo, a quien el repentino salto de Jaime le había interrumpido en medio de su broma, quedó confundido por un instante. Volvió a mirar hacia donde estaba Tesa, a la que daba ya alcance Jaime, y pareció no saber lo que debía hacer a continuación. Por fin, nos miró a Meme y a mí un segundo y dijo, con una sonrisa un poco boba:

- Bueno, parece que ya no hace falta que vaya al rescate de mi mujer.

Luego, se tiró y nadó hasta llegar junto a los demás.

- ¿No te bañas? - me preguntó Meme, mirándome con esa sonrisa suya tan misteriosa que yo aún no había aprendido a interpretar.

- Voy ahora - le dije - Siempre me cuesta reunir fuerzas para meterme en el agua.

Asintió, bebió de su piña colada y volvió a mirar a donde estaban Jaime y Tesa, a los que aún no habían alcanzado el resto.

Su voz estaba llena de ironía cuando dijo:

- Me gustaría que me atacase un tiburón para saber cuántos hombres acudirían a mi rescate. Pero supongo que yo no tengo tanta suerte como Tesa...

La idea de pasar todos juntos un día de excursión había sido de Tesa. Había insistido una y mil veces en que teníamos que hacerlo, que era una idea genial, que lo pasaríamos en grande, con el entusiasmo de una quinceañera encaprichada. A mí no dejaba de sorprenderme aquel empeño. No entendía qué satisfacción podía

encontrar en tener durante todo el día a su lado a Alfredo y a Jaime juntos. Placer por el riesgo, rebeldía o simple ingenuidad. Daba igual lo que fuese. En todo caso, me parecía una idea descabellada, una temeridad. Especialmente teniendo en cuenta los cambios que se habían operado en Tesa desde su idílica velada en el cortijo.

Y es que Tesa había cambiado de una manera radical durante las dos semanas transcurridas desde entonces. Había experimentado una transformación sutil, basada en pequeños detalles, pero no por ello menos evidente. En cada palabra suya, en cada gesto, en cada mirada, anunciaba a gritos que nada en su vida era ya como antes. Bastaba verla hablar, sonreír, encender un cigarrillo o atusarse la melena para darse cuenta de que ya no era la misma, de que había una especie de energía nueva en su interior, una ilusión recién descubierta, toda una persona diferente y renacida que afrontaba cada minuto de su vida con el seguro placer de saber que sería otro minuto más de felicidad. Se había instalado en una nube que volaba demasiado alto y demasiado deprisa y ella se limitaba a disfrutar del vértigo. Su buen ánimo cada vez que nos reuníamos por las noches para repetir los ritos nocturnos de siempre, cercano a una infantil euforia permanente, no parecía ya una fingida y obligada alegría sino una sincera emoción. Su afán por estar siempre planeando fiestas, cenas o excursiones como aquella no parecía ya una forma de engañar la rutina con otra rutina diferente sino un deseo vehemente de compartir, de celebrar con sus amigos aquella nueva vida recién descubierta. Era como si durante años hubiese perseguido una felicidad que siempre quedaba un poco lejos y que ahora, tras tanto tiempo de espera, había alcanzado por fin.

Y aquel cambio era aún más palpable cuando estaba con Jaime. Desde mi incómoda posición de cómplice del secreto, me escandalizaba ver cómo se comportaban en público. Desde la tarde en que todo comenzó, entre ambos se había establecido una corriente de complicidad que ninguno de los dos trataba de ocultar, que quizás ni siquiera eran conscientes de lo notoria que resultaba. Y daba igual que Alfredo o cualquier otro estuviese delante. Ellos se comportaban con esa ignorancia hacia todo lo que les rodea que se apodera siempre de los enamorados en los primeros tiempos de su romance. Cada vez que el uno hablaba al otro o pronunciaba su nombre o le daba fuego o le ofrecía una copa era como una declaración de amor a gritos. El mundo para los dos se había reducido a una serie de sobreentendidos escondidos tras cada palabra, gesto o mirada que les llenaban de un placer íntimo y privado.

Como testigo silencioso de sus pequeños ritos de amor, no podía dejar de preguntarme una y otra vez si realmente era posible que fuese yo el único que se

daba cuenta de aquel cambio. Cuando estábamos todos juntos, miraba a los demás y me entraban ganas de preguntarles “¿es que no lo véis?, ¿no os dáis cuenta de cómo hay veces que, a la mitad de una frase, a Tesa se le va el santo al cielo y parece quedar atrapada en medio de un sueño?, ¿no comprendéis que las corteses atenciones que Jaime os dedica a todos no se parecen en nada a la sumisa entrega con que se dedica a Tesa?” Lo cierto es que nadie, tampoco Alfredo, parecían apreciar cambio alguno en ellos. Incluso llegué a dudar si se trataría sólo de obsesiones mías. O si, tal vez, las apariencias volvían a ser el bien sagrado que todos adoraban y las utilizaban como manto para cubrir en el pensamiento la verdad que les decían sus ojos. Sólo Meme, con su sonrisa taimada, me hacía sospechar que aquellos cambios no eran simples imaginaciones mías. Más de una vez la descubría observando con mirada cavilosa a Tesa o a Jaime y a menudo eran el uno o el otro el objetivo de los crípticos comentarios que tanto le gustaba hacer. Pero tampoco ella me había demostrado con seguridad haberse dado cuenta de nada especial.

En cuanto a los detalles del romance, poco era lo que yo sabía al respecto. Una vez representado mi breve papel en su pequeña tragicomedia, me había quedado fuera de escena y, francamente, prefería que fuese así. Nunca supe con exactitud cómo, cuándo ni dónde se veían, qué coartadas utilizaban ni si se servían de nuevos cómplices. Opté por no indagar ni interrogar a ninguno de los dos. Tampoco quería saberlo. A pesar de ello, había tenido en aquellas dos semanas evidencias suficientes para saber que la relación había continuado más allá de aquella primera cita. A juzgar por lo poco que podía adivinar, sus estratagemas para verse no eran muy diferentes a las habituales en este tipo de asuntos. Durante tres días en los que Alfredo estuvo fuera por motivos de trabajo - quizás un viaje montado por el propio Jaime para quitarle de enmedio -, me pareció una curiosa coincidencia que Tesa los aprovechara para dejar a su hijo con sus padres e irse a pasar esos tres días a Madrid, según ella para visitar a unos parientes a los que nunca antes había oído nadie mencionar. Y más coincidencia fué aún que el propio Jaime tuviese que irse esos mismos días a Barcelona para otro asunto de negocios. Quizás Tesa y Jaime pasaron aquellos días escondidos en el cortijo, quizás en cualquier otro rincón del mapa. Era igualmente curioso que Tesa ya no acudiese todas las mañanas a reunirse con nosotros en la playa y que, un par de veces que no vino, Pablo apareciese por allí y nos preguntase si alguno sabíamos dónde estaba Jaime, porque le había llamado a la bodega y le habían dicho que aquella mañana no había ido a trabajar. Hubo incluso una ocasión en la que, tomando todos juntos, incluido Alfredo, el

aperitivo en un chiringuito de la playa, Tesa nos anunció que aquella tarde se iría a Sevilla de compras y al instante Jaime le dijo que él también tenía que ir aquella tarde a Sevilla para una reunión y que si quería él la llevaría y hasta Alfredo dijo que le parecía una buena idea porque así Tesa no tendría que coger el coche por carretera. Y hubo otros detalles por el estilo sin que nadie pareciese capaz de atar cabos a pesar de lo evidente que todo aparecía ante mis ojos.

Al margen de aquellos trucos baratos, tanto Tesa como Jaime se encargaron de hacerme saber lo bien que iba todo. Ya digo que yo me mantenía al margen pero, al fin y al cabo, debía ser el único que sabía lo que estaba pasando y ninguno de los dos podía resistir la tentación de irse de la lengua conmigo. No se trataba de largas confesiones ni de relatos detallados. Eran sólo frases sueltas, comentarios perdidos, discretas insinuaciones con las que desahogaban la presión del secreto a la vez que presumían de su felicidad. Jaime se me acercaba cuando no había nadie que pudiese oírnos y me decía a media voz frases como “todo va de maravilla” o “recuerda que pueden alcanzarse los sueños y yo cada vez estoy más cerca del mío” o simplemente “¿has visto cómo se ríe Tesa?, ¿no te parece estupenda?” y se volvía a alejar sin esperar una réplica, encantado con todo aquel misterio. Y Tesa parecía haber adoptado aquel mismo estilo, aunque sus comentarios eran menos frecuentes. La única vez que se refirió directamente a lo que estaba ocurriendo había sido en su casa, una tarde que nos había invitado a Meme y a mí a tomar un café en su jardín. Aprovechando que Meme había ido al baño, se me acercó y me dió de pronto un beso en la mejilla. Yo la miré sorprendido y ella se echó a reír encantada.

- Es que todavía no te había dado las gracias - me dijo.

- ¿Las gracias?

- Sí, tonto. Al fin y al cabo, si ahora soy tan feliz es también en parte gracias a tí. Tú nos ayudaste aquel primer día. Ya sabes...

- Yo sólo conduje un coche.

- Y los dos te estamos muy agradecidos por ello. Por eso quería darte las gracias. Eres un gran amigo, Emilio.

Un gran amigo. Mi pequeña participación en el enredo me había provocado muchos y muy contradictorios sentimientos. Pero en todo caso, si algo no me sentía era un gran amigo. Al ver la expresión de sincero agradecimiento de Tesa me pregunté si Alfredo también me daría algún día un beso repentino para agradecerme el haber colaborado en que toda su vida se fuese a la mierda. Pero aparté aquella idea. Últimamente, evitaba hacer juicios de valor, especialmente de mí mismo. A pesar de ello, casi sin darme cuenta, me encontré preguntándole a Tesa:

- ¿Qué crees que va a pasar con todo esto?

Y Tesa me miró, sorprendida por la pregunta, como si en ningún momento hasta entonces se le hubiese pasado por la cabeza que tendría que pasar algo, que algún día debería tomar decisiones, que había un futuro diferente más allá de la ensoñación en la que ahora vivía.

- No sé qué va a pasar ni me importa - fué lo que respondió, con una sonrisa de cándida ingenuidad - ¿Es que siempre debemos hacer las cosas pensando en las consecuencias que traerán? Esta vez no, Emilio. Esta vez no quiero pensar en nada.

Meme había regresado entonces interrumpiendo la conversación.

Al margen de aquella breve conversación, no había vuelto a hablar con Tesa del asunto más allá de algún comentario aislado semejante a los de Jaime.

Pero desde aquel día tuve una extraña certeza: supe que llegaría un momento en el que el río que arrastraba a Tesa, a Jaime, a mí mismo, se desbordaría y me pregunté quiénes serían las víctimas de la avalancha que, inevitablemente, antes o después, arrasaría aquella mentira a través de la cual se deslizaba plácidamente el verano.

Pasamos un día espléndido. Alternamos paseos en el barco de Pablo con paradas en alta mar para darnos un remojón, echar peleas en el agua, simular ahogos y rescates y competir en concursos de salto. No dejamos una sola cerveza llena en la nevera del camarote y dimos buena cuenta de toda la comida que Elisa y Tesa se habían encargado de traer. Reforzamos nuestros bronceados e incluso nos quemamos un poco de tanto tomar el sol. Charlamos sobre recuerdos, criticamos a los conocidos, coqueteamos unos con otros y al final decidimos que, todos juntos, formábamos el mejor grupo de amigos que se podía tener. Un optimismo común ante la vida, el presente y el futuro pareció contagiarnos a todos y cuando regresamos a puerto al inicio de la tarde creo que no había ninguno de nosotros que en aquel instante pudiese encontrar argumento alguno que permitiese dudar de lo perfectas que eran nuestras vidas. Y ello a pesar de que en algunos momentos en que creía no ser observado por nadie advertí sombras en la mirada de Alfredo, a pesar de que Elisa se dejó llevar a veces por esos silencios melancólicos tan habituales en ella y a pesar de que Pablo comentó, con cierta amargura, que había comprado aquel barco para su mujer y que se habían separado antes de que ella llegase a verlo siquiera. También, a lo largo del día, hubo ocasiones en que la

ausencia de Paula se me apareció como la sombra de una nube pasajera oscureciéndolo todo y, en algún momento, Meme comentó, como de pasada, lo mucho que le gustaría que el barco siguiese navegando hasta llegar lejos, muy lejos, y no volver nunca más. Pero daba igual. Todo daba igual. Pilar bailó un espectacular cuchi-cuchi jaleada por todos y Jaime y Tesa pasaron el día intercambiando tiernas miradas de falsa clandestinidad. El sol brillaba en lo alto y cualquier sitio, el mundo entero, parecía estar muy lejos de allí. Nada parecía demasiado importante.

Jaime nos tenía preparada una sorpresa al regresar a tierra. El barco había quedado atracado en el puerto deportivo, a unos veinte kilómetros de la urbanización. Habíamos dejado en los coches ropa de repuesto y teníamos la idea de ir a cenar al pueblo más cercano sin siquiera pasar por nuestras casas. Pero nos sentíamos pringosos después de todo un día pasando de las cremas protectoras a la sal del agua y cuando Pilar comentó que sería capaz de prostituirse a cambio de una ducha Jaime le sonrió con la sonrisa con la que anunciaba siempre sus golpes de efecto y se limitó a decirnos que nos subiésemos a los coches y siguiésemos el suyo.

Jaime, Tesa, Alfredo y Elisa fueron en el coche de Jaime y Meme, Pilar, Pablo y yo les seguimos en la ranchera de Meme. Pablo metió una cinta en el radio-cassette y la puso a todo trapo y los cuatro a coro acompañamos durante todo el camino la voz de Billy Joel repasando sus viejos éxitos. Entramos en el pueblo y nos sorprendió ver que Jaime enfilaba con el coche la entrada del lujoso Hotel del Mar, uno de los mejores de la zona. Cuando hubimos dejado los coches y nos reunimos los dos grupos nos dió la noticia con su satisfacción habitual al habernos sorprendido:

- Imaginé que después del barco tendríais ganas de una ducha, así que he conseguido que nos dejen dos habitaciones durante esta tarde. El director del hotel me debe algunos favores...

- ¿Veis lo que os digo? - saltó al instante Pilar - Eso es organizar las cosas con clase ¿De verdad que no quieres casarte conmigo?

Jaime y todos con él reímos encantados.

Las habitaciones eran espléndidas y nosotros nos portamos como unos chiquillos en un campamento de verano. En principio, los hombres usaríamos una habitación y las mujeres la otra. Pero Pablo se hizo pasar por un empleado del servicio del hotel para que ellas abrieran su puerta, se coló en su habitación y les robó la ropa que habían dejado encima de la cama, así que ellas tuvieron que venir a recuperarla a nuestro cuarto, lo que aprovechó Pablo para agarrar a Pilar y meterla en nuestra ducha, tapada solo con una toallita que a duras penas consiguió conservar en su sitio con el jaleo. Pilar contraatacó cogiendo la alcachofa de la ducha e intentando

empaparnos a todos, así que cuando firmamos la paz el baño había quedado inundado, nadie se había librado de quedar hecho una sopa y todos reíamos encantados con la travesura.

Una vez aseados y vestidos, volvimos a reunirnos en nuestra habitación para dar buena cuenta del contenido del mueble-bar y cuando cayó la tarde y nos dispusimos a ir a cenar ninguno estaba ya completamente sobrio.

Jaime se había encargado de reservar mesa en la terraza de un restaurante con vistas al mar. También había pedido ya la cena con antelación, así que en cuanto nos sentamos dos camareros acudieron solícitos a servirnos vino y unos entrantes. Lo pasamos en grande durante la cena, animados por toda la bebida consumida, el fresco aire nocturno y la agradable visión de las luces del restaurante reflejándose en las oscuras aguas frente a nosotros.

Hubiese sido fácil seguir olvidándome de todo y disfrutando de un día perfecto. Pero antes de terminar la cena ocurrió algo que quebró en pedazos aquella falsa normalidad. Elisa y Pilar habían ido juntas al servicio y al volver nos dijeron, muy escandalizadas, que habían visto a cierta dama de alcurnia de la urbanización cenando en una mesa un tanto esquinada con cierto señor con quien, según los rumores, mantenía una relación a espaldas de su marido. Por supuesto, la noticia encantó a Tesa y Meme, que rápidamente fueron también al servicio para ver a los pecadores con sus propios ojos.

Cuando volvieron las dos, la conversación se centró en el asunto de la fidelidad y los amantes. Un tema muy apropiado de conversación, recuerdo que pensé. Al fin y al cabo, a todos los sentados a la mesa nos habían engañado nuestras parejas alguna vez. Decían que la ex mujer de Pablo tenía el récord de la zona en infidelidades, pero Elisa también había soportado un buen número de aventuras de Edí antes de terminar con él y qué decir de Pilar y sus amoríos o Meme y los suyos. También yo tenía experiencia en el asunto gracias a cierta novia de mis años en Estados Unidos . Y, por supuesto, ahí estaban Tesa y Jaime, que no se mostraron en absoluto afectados por los derroteros que tomaba la charla.

Al principio, el debate se mantuvo en términos abstractos.

- ¿Porqué se empeñará la gente en seguir al lado de su pareja cuando ya no la quiere? ¿Sólo por fidelidad? - nos preguntó Pablo, sin dirigirse a nadie en concreto - No entiendo cómo puede anteponerse todo, la felicidad, los sentimientos, la pasión, a algo tan estúpido como la fidelidad.

- Ese no es el problema - le replicó Pilar, mientras encendía un cigarrillo - Ser infiel no quiere decir que ya no quieras a tu pareja. El amor y la fidelidad no tienen nada que

ver.

Todos opinaron al respecto con más o menos apasionamiento, pero la única intervención que me llamó la atención fué la de Alfredo. Habló con absoluta seriedad, me pareció incluso que con cierta ira contenida, cuando dijo:

- Separar amor y fidelidad es el argumento con el que se acalla el sentimiento de culpabilidad que produce la infidelidad. Fidelidad y amor van tan unidos que la ausencia de uno hace inútil el otro.

No pude evitar mirar a Tesa al oír a su marido diciendo aquello. Pero ella jugueteaba con su copa de vino sin darse por aludida. Al apartar mi mirada de ella, me encontré con los ojos de Meme y ví que en sus labios había aparecido ya su incierta sonrisa.

- Yo estoy de acuerdo con Pablo - estaba diciendo Pilar - He estado enamorada muchas veces y, sin embargo, no le he sido fiel a ningún hombre.

- Pero, Pilar, lo tuyo es un mero problema de exceso de hormonas.

El comentario de Jaime nos hizo reír a todos, pero Pilar no se dió por vencida.

- Es algo muy simple - dijo - El hecho de que todos los días te tomes el mismo pastel de chocolate no es obstáculo para que un día te apetezca uno de fresa.

- Uno no siente amor por los pasteles de chocolate. Sólo se los come - le respondió al instante Alfredo y la dureza con que dijo aquello no la percibí solo yo. Jaime se apresuró a intervenir volviendo a las bromas.

- Me temo que comérselos es precisamente lo que hace Pilar con los hombres.

- Oye, ya vale - protestó ésta, ante las risas de todos - Estoy segura de que podría aparecer un hombre que me inspirase una fidelidad absoluta. O eso creo...

- Yo creo que la fidelidad sólo está justificada si aquél que es infiel acepta por igual que su pareja también lo sea - continuó Elisa - El problema está en que, normalmente, el infiel mataría a su pareja si ésta le engañase con otra persona.

- Y, por tanto, - insistió Alfredo -, el que es infiel sabe que lo que hace no es correcto.

No hubo una respuesta inmediata a aquello último. Creí que con aquello se daba por zanjado el tema y respiré aliviado por ello. Pero entonces habló Jaime. Y, más tarde, habría de preguntarme por qué lo hizo. Quizás por las mismas razones por las que Tesa había organizado aquel día de excursión. Porque los dos se habían vuelto locos o estaban ebrios de sí mismos o, simplemente, por que les gustaba correr riesgos y disfrutar vencéndolos.

Dió una calada de su cigarrillo, nos miró teatralmente uno por uno y, con voz pausada, dijo:

- El problema de la fidelidad radica en un enfoque equivocado de la cuestión. Os

pondré un ejemplo. Supongamos que una mujer casada tiene un amante. No se trata de una simple pasión pasajera. Ella ya no quiere a su marido. Sin embargo, está profundamente enamorada de su amante. A pesar de ello, todo el mundo diría que le es infiel al marido por tener un amante. Pero yo os pregunto: en ese caso, ¿en realidad no es al contrario?, ¿no le está siendo infiel al amante al que quiere por seguir viviendo con un hombre al que no quiere?

Jaime volvió a mirarnos en espera de una respuesta. Sentada frente a él, Tesa bajó la mirada tratando de controlar el ligero rubor que había coloreado sus mejillas. No me podía creer que Jaime hubiese dicho aquello. Pero aún más increíble me resultó cuando, al no decidirse nadie a hablar, detuvo su mirada en Alfredo y le preguntó directamente:

- ¿Qué te parece a tí?

Estuve a punto de decir que iba al baño para disimular mi azoramiento. Resultaba increíble que Jaime hubiese cometido aquella insensatez. Allí estaba, mirando con una tranquila sonrisa al hombre con cuya mujer se estaba acostando, esperando que justificase su propia aventura. Pero antes de que Alfredo contestase, fué Tesa quien le interrumpió.

- El engañado siempre sería el marido - dijo, a mi juicio con un excesivo apresuramiento- Si la mujer ya no le quiere, debería dejarle. Pero mientras esté a su lado, debe seguir siéndole fiel.

- ¡Jesús, Tesa! - se rió Pilar - Suenas tan conservadora... Yo creo que todo depende de cuál de los dos hombres tenga más dinero.

Volvimos a reímos y las risas sirvieron para alejar la atención de Alfredo y olvidar la pregunta de Jaime. Pero, mientras todos reíamos, observé a Alfredo y lo que ví no me gustó. Alfredo no se reía. Observaba a Jaime y, a pesar de que no había expresión alguna en su cara, sus ojos mostraban una estremecedora frialdad. Jaime no pareció darse cuenta de la mirada. Rió con los demás y dijo luego:

- Como siempre, Pilar, has dado con la respuesta correcta.

Así nos olvidamos del tema de la fidelidad y seguimos adelante con la noche. Pero, al menos para mí, ya nada volvió a ser igual.

Bebimos mucho aquella noche. Creo que al marcharnos no quedaba un solo bar en todo el pueblo en el que no hubiésemos entrado a tomar una copa. Desde los bares más respetables en que nos encontramos con conocidos de uno u otro de

nosotros a los bares menos recomendables en los que se nos recibía con la frialdad con que se trata a unos intrusos impertinentes. Como todos, acabé emborrachándome, aunque hube de fingir mejor humor del que realmente tenía. No me había gustado aquella estúpida pregunta de Jaime a Alfredo sobre la fidelidad. No era sólo que me pareciese absurdo el placer de Jaime al jugar con fuego sino que me parecía también una crueldad innecesaria esa sutil forma de humillar al hombre con cuya mujer tenía una aventura. Y cuanto más pensaba en ello más me daba cuenta de que no me gustaba todo lo demás: la alegría incontenida de Tesa, sus intercambios de miradas con Jaime, la indecencia absoluta de ambos al estar engañando al marido y amigo en sus propias narices, mi avergonzante colaboración en el asunto... Pensar en todo ello me anulaba cualquier deseo de diversión. Pero luego llegó la borrachera y con ella cambiaron mis sentimientos. El recuerdo de Paula regresó una vez más: el recuerdo de noches como aquella en que yo era feliz solamente porque ella estaba cerca, porque la veía reírse o solamente porque mis ojos se encontraban casualmente con los suyos, el recuerdo de un tiempo en que yo era tan ingenuo como para pensar que sólo necesitaba tener a Paula a mi lado para alcanzar cualquier meta que me propusiera, el recuerdo de una época en que todos los sueños parecían estar al alcance de mi mano. Y a partir de entonces, aunque no logré recuperar el buen ánimo del día, ya no ví en Jaime y Tesa a dos amantes desvergonzados. Me ví a mí mismo y a Paula, los dos juntos, los dos cómplices, y pude así comprender los riesgos que corrían, la falta de escrúpulos, la transparencia absoluta de sus sentimientos, porque yo me habría comportado igual en su lugar, me habría dado igual levantar sospechas o herir a nadie, cegado por una felicidad egoísta en la que sólo cabríamos Paula y yo.

Bajo la aparente normalidad de una noche de juerga, hubo varios acontecimientos más aquella noche que quedarían grabados en mi memoria junto con la inoportuna pregunta de Jaime a Alfredo. En uno de los bares en los que estuvimos, nos encontramos a la mujer de Pablo. Yo no la conocía y me llamó la atención no sólo su belleza sino también lo jovencita que parecía ser. Era rubia y menuda y llevaba un pantalón y una blusa muy ceñidos que marcaban las formas de un cuerpo aniñado y atractivo. Estaba en la barra de un bar con un grupo de amigos y cuando entramos no pudo reprimir una expresión de desagradable sorpresa al ver a Pablo. Se rehízo pronto y logró saludarnos con una sonrisa forzada. Pablo, en cambio, no volvió a ser el mismo. Nos sentamos en una mesa alejada de su mujer y fué él quien se encargó de pedir las copas. Un par de minutos después de que le atendiera el camarero, decidió que tardaba demasiado en servirnos, se levantó y fué

a la barra a protestar. Y apenas unos segundos más tarde se había enzarzado en una ruidosa discusión a gritos con el dueño del bar y dos camareros.

- Maldita sea - protestó Jaime al ver el jaleo que se estaba montando - Siempre que la ve, lo mismo...

Alfredo y Jaime no necesitaron decirse nada para actuar a la vez. Con la actitud paciente de quien se enfrenta a una obligación habitual, se levantaron para ir a mediar en la discusión. Llegaron justo cuando Pablo y uno de los camareros se agarraban ya para pegarse. Fuí junto a ellos y les ayudé a separarles. Entre los tres cogimos a Pablo que amenazaba a voz en grito con sacarle los ojos al camarero, al que agarraban otras tres personas. Por supuesto, tuvimos que marcharnos del bar. Al pasar junto a la mujer de Pablo, ella ni siquiera se volvió a mirarnos. Reía a carcajadas un comentario que le había hecho uno de sus amigos.

Pablo se calmó en cuanto estuvimos en la calle. Recuperó al instante la sonrisa y, cuando Jaime le dijo que no podía montar una pelea cada vez que se encontraba con su mujer, se negó a admitir que el encuentro fuese la causa de su ataque de ira y argumentó entre risas que pelearse con los camareros era una de sus aficiones favoritas. Pero me sorprendió advertir que a partir de entonces se empeñó en beber aún más que antes, con un afán desmedido por alcanzar una inconsciencia que finalmente lograría tan solo un par de horas después, obligándonos a poner fin a la noche y a que Alfredo y yo cargásemos con él hasta los coches.

Poco antes de iniciar el camino de vuelta, mientras esperábamos a Pilar, que se había encontrado por la calle con un amigo y se había quedado atrás hablando con él, Elisa se me acercó aprovechando que no había nadie cerca y me hizo una pregunta inesperada:

- ¿Has visto a Edi este verano? - me dijo.

Su voz sonó insegura y algo pastosa y supuse que sólo el alcohol le había permitido superar su timidez y decidirse a preguntármelo. Le dije que sí, que le había visto un par de veces, y sólo me preguntó:

- ¿Cómo está?

Elisa no tenía el atractivo de sus amigas. Rellenita y con cara de buena, uno la imaginaba más como la madre de una nutrida recua de críos que como una jueguista desenfadada. Y al preguntarme aquello me pareció más que nunca una madre preguntando por el hijo descarriado. La miré y ví que tenía los ojos enramados y que, a su manera, también ella estaba bastante bebida. Y no pude decidir qué sería lo que más le gustaría oír, así que contesté con un lacónico "bien", que la hizo desistir de seguir preguntando y cambiar de tema con una cierta decepción por mi

respuesta.

Pilar se despidió al poco de su amigo con un efusivo beso y fué entonces cuando Pablo se desmoronó, marcando el final de la noche.

Y mientras iba en el coche de Meme con Elisa y Pilar de vuelta a la urbanización, los detalles de la noche - la conversación durante la cena, mi nostalgia por Paula, la pelea de Pablo, la curiosidad de Elisa - no dejaban de rondarme la cabeza, obligándome a preguntarme una vez más porqué todos nos empeñábamos en esconder bajo la aparente normalidad de una vida feliz todas esas historias inacabadas que arrastrábamos en silencio, que quizás arrastraríamos durante el resto de nuestra vida, sin decidimos nunca a tratar de darles un final, cualquiera que fuese, de una vez por todas.

Después de dejar a Elisa y Pilar en sus casas, separados ya del coche de Jaime, Meme y yo encendimos un cigarrillo y fumamos en silencio hasta que llegamos a mi bungalow. Meme apagó el motor y las luces y, aparcados frente a la entrada, durante unos instantes los dos permanecimos quietos, disfrutando de un silencio roto sólo por el canto de un grillo cercano. Luego, repentinamente, Meme me preguntó con aire meditabundo:

- ¿Qué planes tienes para el futuro?

Me sorprendió la sobriedad de su voz al hacerme la pregunta. Hacía solo un rato la había visto tan borracha como todos.

- ¿El futuro? - repetí yo, pillado por sorpresa.

- Sí, ya sabes... El verano acabará algún día. Me dijiste que habías abandonado el despacho en el que trabajabas. Algo pensarás hacer, ¿no?

Miré a Meme sorprendido, como si, al igual que había pensado respecto a Tesa, tampoco a mí se me hubiese ocurrido que había un futuro esperándome después de aquel verano. Y de pronto recordé que uno de mis planes de aquellas vacaciones era meditar sobre lo que quería hacer durante el resto de mi vida y me dí cuenta repentinamente que no había pensado en ello, en el futuro, ni un solo momento en las últimas semanas. Darle vueltas al pasado había ocupado todo mi tiempo.

- No tengo ni idea - le confesé -. Quizás me dedique a escribir poesía y a dar la vuelta al mundo.

Se echó a reír.

- No lo creo. No das el tipo, la verdad.

- ¿No doy el tipo? Dime, entonces de qué doy el tipo.

Me miró de arriba a abajo con ojillos escrutadores y luego dijo:

- De abogado. Lo siento, pero has nacido para ello. Tienes un aspecto tan formal, tan honesto, tan tradicional... No te puedo imaginar haciendo nada exótico. Sólo puedo imaginarte en un despacho, con tu chaqueta y tu corbata y una mujer encantadora y un par de niños esperándote en un pisito discreto y acogedor.

- ¡Vaya! - protesté - Eso no me suena elogioso exactamente.

- ¿Cómo me imaginas a mí dentro de unos años?

Imité su mirada escrutadora anterior y luego dije:

- Te imagino casada con un Javi Moliner o cualquier tipo semejante. Por supuesto, con mucha pasta. También te veo con un par de críos, en tu caso rubitos y vestidos con pantaloncitos de cuadros escoceses. Y con un chalet estupendo en la urbanización, una criada filipina o sudamericana, clases de aeróbic y partidas de canasta con las amigas y un viaje todos los años a París o Nueva York.

Pretendía burlarme de ella y me sorprendió ver que la sonrisa desaparecía de sus labios. Su expresión se ensombreció y sus ojos se volvieron al frente, perdiéndose en la oscuridad de la noche.

- Un futuro fácil de adivinar - fué todo lo que dijo.

- Creí que sería lo que te gustaría oír.

- ¿Lo que me gustaría? - rió sin alegría - Supongo que nadie sabe lo que me gustaría. Ni siquiera yo misma.

Había sinceridad en su voz. Una sinceridad desconocida hasta entonces para mí. Sin la ironía que parecían llevar siempre sus palabras, sin la media sonrisa sarcástica con que observaba siempre la vida. Y pensé que momentos como aquél debían ser poco frecuentes en ella. Y aquel simple pensamiento me hizo alargar la mano y acariciar su mejilla. Meme no se movió. Dejó que mi mano recorriese la curva de su rostro. Sólo cuando llegó a los labios, de una manera casi imperceptible, sus labios se entreabrieron apenas y me besó la yema de los dedos. Y yo detuve la mano allí, rozando su boca. Pasó algún tiempo, no sé cuánto, sin que ninguno de los dos nos moviésemos. Luego, ella se volvió a mirarme y yo traté de sonreír y no lo conseguí. Sólo pude acercarme a ella y besarla. Y, mientras nos besábamos, mi pensamiento se alejó de allí, regresó sin que pudiera hacer nada por evitarlo, a aquel otro coche aparcado frente a la casa de Paula, en el que otra pareja se daba también el último beso de la noche, y ambos besos, ambas parejas, la de entonces y la de ahora, se unieron y confundieron de tal forma que, por un instante, no supe a quién estaba besando ni quién me besaba a mí.

Luego, cuando nos separamos, la realidad regresó y Meme recuperó su sonrisa irónica al ver la expresión aturdida que debía haber en mi cara.

- Una noche llena de sorpresas - fué todo lo que dijo.

Asentí y sonreí yo también.

- El futuro nunca es como uno se lo imagina, Meme.

- Por una vez, estoy de acuerdo contigo, Emilio.

Cuando me bajé del coche y Meme se marchó, el cielo empezaba a clarear en el horizonte con las primeras luces de un nuevo día.

VII

Jaime estaba hablando por teléfono, recostado en su sillón y con los piés encima de la mesa. Me tendió una carpeta blanca y me indicó con un gesto que mirase en su interior a la vez que le decía a quien estuviese al otro lado de la línea que su idea le parecía cojonuda, que adelante, que cinco kilos era una cantidad, ya sabes, indiscutiblemente razonable para un asunto así.

Cogí la carpeta pero, en lugar de abrirla, eché un vistazo a mi alrededor. Recorrí con la mirada los detalles del despacho en el que estábamos, el impresionante despacho del Presidente del Consejo de Administración de Bodegas España. Observé el mobiliario de caoba, el escudo de la bodega en relieve dorado que cubría la pared justo detrás de Jaime, el gran cuadro con unos vendimiadores recogiendo la uva, el sofá de cuero, el mueble-bar de la esquina. Nada había cambiado. Todo era exactamente igual que en los tiempos de don José. Se diría que el padre de Jaime iba a aparecer de un momento a otro por la puerta y le iba a preguntar a su hijo, con su voz grave y su suave y agradable acento andaluz, qué hacía sentado en su sillón, hablando por su teléfono, dirigiendo su bodega. Y al volver a mirar a Jaime, que insistía a su interlocutor en que el asunto que le proponía le parecía de perillas, que adelante, que a ver cuándo quedaban para cenar, no ví al flamante empresario, al joven presidente, al gran personaje. Sólo ví a un niño que ocupaba el lugar de su padre y jugaba a hacer grandes negocios en un mundo de fantasía.

No me apresuré en mirar el interior de la carpeta porque podía imaginarme lo que contenía: la enésima oferta de Jaime para que trabajase para él, un borrador de contrato de trabajo, quizás incluso un papel con una solitaria cifra de muchos números a la que esperaba que no fuese capaz de resistirme. No podía imaginar otro motivo para que me hubiese citado en su despacho a una hora tan temprana de la mañana, insistiéndome tanto para que no faltara, enviándome un coche con chófer de la bodega para que me recogiese en el bungalow y me llevase a la cita.

Pero, al final, acabé por abrir la carpeta. Y lo que ví en su interior me sorprendió más que cualquier cifra millonaria con la que Jaime pretendiese comprarme. La carpeta contenía un único documento de cinco páginas. Lo leí muy despacio, tratando de asimilar cada palabra, intentando superar mi incredulidad, luchando por contener la indignación que, palabra a palabra, frase a frase, iba

creciendo en mi interior, imponiéndose a la sorpresa, al desconcierto, a la razón.

Cuando terminé de leerlo, levanté los ojos y miré a Jaime, que aprovechó para hacerme una divertida mueca y guiñarme un ojo a la vez que me dedicaba su mejor sonrisa.

Su conversación duró aún otro par de minutos. No pude apartar los ojos de él durante aquellos dos interminables minutos. No sé qué trataba de descubrir con aquella mirada. Quizás intentaba comprender algo, cualquier cosa, daba igual. Quizás sólo trataba de evitar volver a mirar los papeles que tenía en la mano.

Cuando Jaime colgó al fin también me dedicó una larga mirada, tras la cual sólo dijo:

- ¿Y bien?

Mi primer impulso fué protestar, enfadarme, dedicarme a echarle cosas en cara. Pero al instante comprendí que con ello sólo conseguiría repetir la escena que tuvimos el día en que me pidió que le ayudara a seducir a Tesa, así que opté por cambiar de actitud. Respiré hondo y soné absolutamente calmado al decir:

- ¿Qué quieres que te dé sobre este documento? ¿Una opinión profesional o moral?

- Profesional, por supuesto. Lo han preparado en mi bufete. Pero no quiero utilizarlo sin saber tu opinión.

Asentí y eché un vistazo superficial a los papeles, esta vez como el abogado que era. El documento era un convenio regulador de separación matrimonial. Distribuía entre el marido y la mujer los bienes de la sociedad de gananciales. También decidía sobre la custodia del único hijo: se quedaba con la madre, el padre tenía derecho de visita, ambos compartían la patria potestad. No faltaba detalle. Todo era ajustado a Derecho. Ningún resquicio legal que no se hubiese previsto. Incluso tenía preparados al final los espacios en que debían firmar Tesa y Alfredo.

- Mi opinión profesional es que el documento deja claras las cosas y facilita una rápida y amistosa separación - dije, en un tono neutro - ¿Te ha pedido Tesa que lo prepares?

Sabía la respuesta de antemano. Pero necesitaba oírse lo decir.

- Ella no sabe nada - me dijo Jaime, tal y como esperaba - Antes de enseñárselo quería saber tu opinión, quería estar seguro no sólo de que es un documento legal sino, especialmente, que es absolutamente justo.

- ¿Y después?

- Después se lo presentaré a Tesa y Alfredo para que lo firmen, claro. Hay que empezar los trámites del divorcio cuanto antes.

- Sí, claro - asentí - Sólo una cosa ¿Te ha dicho Tesa que quiera divorciarse?

Jaime tardó en comprender la pregunta. Me miró igual que lo haría un niño

confundido, un niño al que le han hecho una pregunta demasiado adulta, demasiado compleja para su edad. Cuando por fin pareció comprender, me sonrió con un cierto aire de superioridad, probablemente pensando también él que yo era un poco niño y no entendía cómo funcionaban las cosas.

- ¿Necesito que me lo diga? Me parece que no recuerdas cómo están las cosas, Emilio. Ella me quiere. En realidad, siempre me ha querido. Ha dejado de vivir en una mentira, Emilio.

- ¿Y Alfredo?

- ¿Alfredo? - repitió Jaime, como si de pronto recordase la existencia de su amigo - Alfredo ya no tiene poder de decisión en este asunto, Emilio. De todas formas, he pensado en una compensación. Voy a ayudarlo a que vuelva a tener su propia bodega. Comprendo que para él sería violento seguir trabajando conmigo, así que le daré apoyo financiero para independizarse.

- O, dicho de otro modo, vas a negociar el comprarle a su mujer a cambio de una bodega propia.

Jaime volvió a mirarme como si no pudiese creer que yo no estuviera entendiendo absolutamente nada.

- Tesa me quiere, Emilio - insistió, con un atisbo de impaciencia - Aún puede conseguir que se haga realidad la vida que siempre ha deseado.

- ¿La que desea ella o la que deseas tú? ¿No deberías preguntarle primero a ella lo que realmente quiere hacer con su vida?

Tras un breve silencio meditativo, Jaime se levantó y caminó por el despacho, sonriendo y meneando la cabeza con una sonrisa condescendiente, como el padre bondadoso que se rinde ante la evidencia de que su hijo más querido es definitivamente corto de entendimiento.

Fué hasta la ventana y observó durante unos instantes en silencio sus posesiones.

- Voy a dar una fiesta - me anunció de pronto con entusiasmo, como si toda la conversación anterior no hubiese existido o, simplemente, careciese de importancia - Una fiesta de despedida del verano y de inauguración de mi cortijo. Una fiesta mejor que ninguna otra que haya dado antes.

Se volvió y me miró para ver qué reacción me causaba la noticia. No pareció afectarle que no me provocase la menor reacción porque volvió a pasear por el despacho contándome con infantil excitación sus intenciones como si yo fuese a aplaudir cada una de sus palabras.

- Le plantearé la cuestión del divorcio a Tesa en la fiesta. Le diré que no debemos

alargar esto más, que los dos sabemos lo que queremos, que aún tenemos toda la vida por delante. Y Alfredo lo tendrá que comprender, Emilio. Estoy seguro de que lo comprenderá...

No me molesté en decir nada más. Hubiera sido inútil. Jaime, como la propia Tesa, estaba subido también a una nube hasta la que no podía llegar la voz de nadie y viajaba a toda velocidad hacia un destino de cuento de hadas que él mismo había decidido de antemano. Tratar de introducir en sus deseos o en sus actos un mínimo de racionalidad sólo sería un esfuerzo baldío.

- Eso es, eso es...

Se sentó en su sillón y se apresuró a coger el teléfono y empezar a marcar un número.

- Voy a empezar ahora mismo a organizarlo todo - dijo y tuve la sospecha de que hablaba para sí mismo, de que ya ni siquiera se acordaba de que yo estaba allí. Pero me equivocaba. Mientras esperaba que le contestasen al otro lado de la línea, me volvió a mirar y me dijo con una sonrisa de rendido agradecimiento - Gracias, Emilio. Gracias por toda tu ayuda en este asunto. Gracias en mi nombre y en nombre de Tesa porque nos has ayudado a ser por fin felices. Ya verás, Emilio, será la mejor fiesta que hayas visto nunca.

Asentí en silencio. Los dos me daban las gracias e insistían en introducirme en aquella loca fantasía que, ahora sí, era ya un río desbordado ante el que era inútil resistirse. No me molesté en seguir poniendo objeciones a algo que estaba ya más allá de toda voluntad, que nos arrastraba a todos sin que ninguno, tampoco Jaime, tampoco Tesa, tuviésemos ya control alguno sobre sus consecuencias.

La noticia corrió a velocidad de vértigo. En apenas un par de días, no había nadie en la urbanización que no estuviese enterado de que Jaime Andgrade iba a dar una fiesta para inaugurar con sus amistades su nueva casa. Al igual que ocurría siempre con todo lo que rodeaba al dueño de Bodegas España, pronto empezaron a circular rumores contradictorios y versiones distorsionadas. Había quien decía que la casa en cuestión era un magnífico chalet en primera línea de playa, justo al lado de la base americana, que le habían regalado los yanquis a cambio de algún oscuro favor. Otros decían que estaban seguros de que se trataba de un palacete rehabilitado en el centro de Sevilla que había comprado a una vieja familia aristocrática venida a menos. También se rumoreó que la casa era el regalo de bodas de Jaime a una

novia misteriosa con la que en breve iba a casarse. Surgieron versiones de todo tipo pero, en cualquier caso, lo que quedó bien claro fué que Jaime había conseguido mantener en secreto la construcción de su cortijo y que, una vez más, había logrado sorprender y convertirse en el centro de atención de sus vecinos.

Por supuesto, todo el mundo quería ser invitado a la fiesta. Uno de los rumores más firmes decía que no habría muchos invitados y resultó evidente enseguida que sólo quienes realmente eran *alguien* en la urbanización recibirían la ansiada invitación. Durante unos días, en la playa, en los despachos de las bodegas, en los restaurantes y en cualquier reunión social, la gente se dedicaba a hablar de la fiesta con una cierta cautela, observándose de reojo unos a otros, abriendo bien las orejas a cualquier comentario, tratando de averiguar lo que sabían los demás, temerosos de que alguien anunciase que había recibido ya la invitación, por que eso significaría para el que no la hubiese recibido que no ocupaba un lugar tan preeminente en aquella pequeña sociedad como suponía o esperaba ocupar.

Cuando por fin se recibieron las invitaciones, el mundo de la urbanización quedó partido en dos. Efectivamente, fueron pocos los elegidos, muchos menos que en la primera fiesta de verano que diera Jaime. Y a los días de incertidumbre les siguieron unos días de cierta conmoción. En todas partes podías ver a algún miembro de las familias bodegueras saludando a sus conocidos y dejando caer, como quien no quería la cosa, comentarios del estilo de "al recibir la invitación de Jaime, me ha sorprendido que diga expresamente que se vista informal, ¿a tí no?" o "es una lata, pero por lo que he visto en la invitación, la fiesta de Jaime me coincide con otro compromiso que he tenido que anular". Y el pariente de una rama secundaria de la familia o el ejecutivo de bodegas sin apellido relevante o la esposa de cualquiera de ellos, tratando de ocultar su decepción por la ausencia de buenas noticias en su buzón, se veían entonces obligados a humillarse públicamente y a confesar al círculo de oyentes que no tenía ni idea de los detalles, que en realidad ni siquiera estaban enterados de que existía tal fiesta y que francamente - y ésta era la mayor mentira de todas - en ningún momento habían supuesto que Jaime pudiese invitarles porque no le trataban demasiado. Aquella fiesta había marcado para el resto del año, cuando menos, en qué lugar exacto se encontraba cada uno en aquel mundo delimitado por las jerarquías que imponían el apellido, el abolengo y el dinero pero, sobre todo, el afecto o la amistad que te profesase el pequeño gran rey de aquella corte de opereta.

Por supuesto, todos en el grupo fuímos invitados. También entre nosotros había generado tanto enigma un sentimiento común de expectativa e incertidumbre.

Al fin y al cabo, sólo Tesa y yo sabíamos de la existencia del cortijo y tanto ella como yo fingimos no saber nada y nos mostramos tan sorprendidos y entusiasmados como todos los demás. Tesa se pasó aquellos días repitiendo sin cesar que la fiesta sería la guinda final de un verano maravilloso y acabó por contagiarnos a todos un sentimiento de fin de temporada en parte melancólico y en parte satisfecho. Agosto se acercaba a su final y todos comprendíamos que la vida de ficción en que nos habíamos sumergido durante los dos últimos meses, en la que lo único importante era tomar el sol y planear las noches, se moría minuto a minuto, obligándonos a hacer frente a la realidad del regreso a la rutina invernal. Nos mirábamos unos a otros y nos preguntábamos qué traería consigo el invierno, cómo haríamos para evitar que se apoderase de nosotros la soledad de los atardeceres tempranos y la melancolía de las domingos lluviosos.

Una asfixiante sensación de tiempo perdido se apoderó de mí. Pasaba más horas que nunca en la terraza del bungalow, con la mirada perdida en la cadencia del oleaje, dejándome adormecer por las monótonas caricias de la luz del faro. No había conseguido aquello para lo que había ido a pasar el verano a la urbanización. En realidad, ni siquiera sabía aún para qué había ido. Tenía, además, la absurda sensación de que, con el final del verano, el recuerdo de Paula se desvanecería, como si el primer viento otoñal fuese a borrarlo de mi memoria, arrastrándolo hacia algún rincón olvidado con la misma facilidad con que arrastra las hojas secas. Y me resistía a ello. Había regresado a la urbanización en busca de Paula, en busca de mí mismo, y ahora que el tiempo había pasado me enfurecía y entristecía a la vez darme cuenta de que lo único que había conseguido había sido verme enredado en una despreciable aventura sentimental de la que yo ni siquiera era el protagonista. Aquél había sido un largo y estúpido verano.

Cuando llegó el gran día de la fiesta, ese sentimiento de tiempo perdido se había apoderado hasta tal punto de mi ánimo que me sentía incapaz de hacer frente a una representación más en aquel teatro de grandes apariencias. Por ello, cuando Pablo me llamó aquella tarde y me propuso que antes de la fiesta nos fuésemos al Puerto a tomar algo, quizás a emborracharnos, la idea me pareció magnífica. En los últimos días me había entrado la duda de si tras mi repentina melancolía se escondía el temor a tener que afrontar decisiones definitivas sobre mi futuro o, en realidad, el temor a abandonar aquél cómodo mundo al que me había reintegrado durante el verano y, sinceramente, mi mayor temor era el de acabar encontrando una respuesta que me gustase menos aún que la duda. Así que acepté encantado la oferta de Pablo y corrí a reunirme con él, escapando de la obligación de mirar mi propia vida

cara a cara una vez más.

Pablo vino a recogerme en su coche y fueron suficiente sus palabras de saludo para que pudiese olerle un aliento que delataba los whiskies que ya se había bebido. Por un momento, me pregunté quién me mandaba a mí irme de copas con Pablo aquella tarde. Pero la perspectiva de la alternativa - la terraza del bungalow, la pálida luz del faro encendiéndose antes del anochecer, las pandillas de chicos en la playa, la sonrisa de Paula en la memoria - me reafirmó en la decisión que había tomado.

Fuímos al Puerto, a los bares de siempre. Nos sumergimos en el ambiente incierto de la media tarde, en el que se mezclan aún los padres con niños tomando Coca-Cola y los adolescentes con prisas por iniciar la ronda nocturna y a los dos nos pareció divertido estar allí, porque no encajábamos en ninguno de los prototipos, porque no teníamos que estar allí, porque hacer algo sin sentido es a veces la mejor forma de animarse.

- Hoy no es un día de fiesta - me dijo Pablo, en algún momento entre la cuarta y la quinta cerveza - Por una vez, Jaime se ha equivocado. Nadie quiere ir hoy de fiesta. He comido con Alfredo y estaba de un humor de perros. Y he llamado a Pilar y a Elisa y ninguna de las dos ha querido siquiera tomarse conmigo el aperitivo. O todo el mundo está deprimido o es que la gente empieza a rehuírme. Odio la autocompasión, Emilio. La puta autocompasión, el entretenimiento favorito de toda la gente autocompasiva... Va a ser una fiesta llena de autocompasión.

- ¿Te ha ocurrido algo para que estés tan animado?

Pablo me miró, sonrió, observó su vaso, hizo un gesto de desagrado y le pidió al camarero que le cambiase la cerveza que acababa de pedir por un Martini seco.

- ¿Que si me ha ocurrido algo? - me dijo luego - Creo que no. Creo que eso es lo malo. No me ha ocurrido nada en los últimos cinco años. Terminé la carrera, me casé, me divorcié, conseguí un buen trabajo en una bodega y luego... - Se quedó pensativo, buscando algo más que decir y al no ocurrírsele nada chasqueó la lengua con rabia - Joder, hace cinco años que no me ocurre nada. Pero lo que de verdad me preocupa es pensar que quizás no vuelva a ocurrirme nada el resto de mi vida.

- ¡Vaya! Había pensado que salir contigo me animaría un poco, pero me sospecho que sólo vas a conseguir deprimirme.

Aquello le hizo reír. Echó un vistazo al interior de su copa y la vació luego de un trago.

- No sabía que necesitaras animarte. Ahora que lo pienso, es difícil saber lo que tú necesitas. Se te ve siempre tan tranquilo, tan equilibrado, tan correcto. No eres como nosotros.

- ¿Qué quieres decir?

- Ya sabes... Miras a los demás y puedes ver su interior como si fueran de cristal. Miras a Elisa o a Meme o a Pilar y ves cómo luchan, cada una a su manera, por evitar reconocerse a sí mismas que no les han enseñado a vivir la vida sin un hombre a su lado que las proteja. Miras a Tesa y ves cómo le asusta cada día que pasa y que la aleja de su dorada juventud. Miras a Alfredo y ves lo jodido que está por haber perdido su bodega y haberse convertido en el esbirro de Jaime. Pero contigo...

- ¿Qué ves al mirar a Jaime? - le pregunté, en parte por la curiosidad de saber su opinión, en parte intentando alejar la conversación de mi persona.

- ¿Jaime? - me dijo Pablo, con sonrisa sarcástica - Cualquiera sabe con ese hijoputa...

- ¿No tienes una buena opinión de él?

Pablo llamó al camarero y le pidió que volviese a llenarle la copa. No volvió a hablar hasta que hubo dado otro trago.

- ¿Qué quieres que te diga de Jaime? Es listo y estúpido, amable y cruel, amigo y enemigo, ingenuo y desconfiado, odioso y admirable... Uno nunca sabe. Viene, te pasa el brazo por los hombros y te dice que quiere contratarte para su bodega, que quiere formar contigo un buen equipo de amigos y de profesionales. Y luego te da la patada como a Edi o te humilla como a Alfredo. Pero lo hace con una sonrisa tan encantadora que acabas pensando que todo lo que hace es por tu bien, que no hay ninguna maldad en ello. Y tú te quedas preguntándote si realmente se cree tan buen tipo o si todo es una fachada. Porque siempre consigue que haya razones para pensar una u otra cosa. Ni siquiera sabes qué sentir por él. A veces odio su ambición. A veces me da pena su soledad. A veces envidio lo claro que tiene lo que quiere. Uno nunca sabe qué pensar de Jaime.

- ¿Y Edi? ¿Le ves alguna vez?

- ¿Edi? No mucho. Edi no aceptó las reglas, así que fué desterrado. Así funciona esto, Emilio. Es lo contrario de Alfredo. Le jodieron. Pero aceptó las reglas y ahí sigue. Cuando alguien no acepta las reglas, hay que dejarle a un lado. Si te arrimas a él, tú también estás perdido.

- ¿Qué reglas son esas?

Pablo me miró y se echó a reír.

- Oye, me estoy hartando de tus preguntas. Ese es tu problema, Emilio. Sólo haces preguntas a los demás. Háztelas a tí mismo. Busca tus propias respuestas. Y a mí déjame en paz ¿Quieres dejar la cerveza de una vez y tomar una copa conmigo?

Así dió por terminada toda conversación mínimamente seria aquella tarde. Acepté acompañarle con su bebida y nos olvidamos del resto de nuestros amigos y del análisis de sus vidas. Hablamos de mujeres. Pablo me contó alguna de sus últimas aventuras, entre las que incluyó una historia contada a medias sobre Pilar y una noche de mucho alcohol de la que no me quedó claro el final y sobre la que no quise indagar. Por suerte, no habló de su mujer y en ninguno de los bares a los que fuímos nos la encontramos, con lo que no se puso agresivo y no tuve que separarle de ninguna pelea.

Ocurrió una pequeña anécdota en uno de los bares que ni siquiera me molesté en comentarle a Pablo. Fué en uno de los garitos de los paisanos del Puerto, a los que no solían ir los veraneantes. Era un local estrecho y poco iluminado y a la hora a la que fuímos no había prácticamente nadie. Aparte de nosotros, sólo había una pareja en la esquina del fondo de la barra, un chico joven y una mujer de espaldas a nosotros que de vez en cuando reía con tanta fuerza que sus carcajadas se sobreponían al flamenco que salía del equipo musical. Pablo y yo nos tomamos una copa sin charlar demasiado y, poco a poco, fueron irritándome las impertinentes y vulgares risotadas de aquella mujer, que parecía tan empeñada en demostrar al mundo entero lo feliz que era cada vez que su pareja le hacía una carantoña, le mordisqueaba el cuello o simplemente le encendía un cigarrillo.

Ibamos a irnos ya cuando decidí ir al baño y de regreso a mi lugar en la barra dirigí a la mujer una mirada recriminadora. Ella también me miró a mí. Ninguno de los dos mostramos sorpresa alguna al reconocernos. Tampoco nos hablamos. Quizás ella hizo un breve y apenas perceptible ademán de sonrisa: una sonrisa de disculpa o de desafío, no lo sé. Una sonrisa en busca de comprensión, quizás. Ni siquiera me detuve pero, a pesar de ello, me pareció que habíamos estado mirándonos durante un largo rato. Me pareció que, con aquella mirada, durante un instante infinito, ambos nos comprendimos a la perfección. Nos comprendimos y nos perdonamos. Nos comprendimos y nos consolamos. Durante un instante infinito, cada uno supimos del otro lo que ni siquiera sabíamos de nosotros mismos.

Al dejar a la pareja atrás, pude oír perfectamente, a pesar de la música, a pesar de todo el ruido del mundo, cómo el niño que estaba con ella le decía: "¿Porqué miras así a ese tío? Sólo es uno de los pijos de la urbanización." Y aún fui capaz de oír la respuesta de ella: "No, creo que ése no es uno de ellos".

Me gustó aquella respuesta de Alba.

Cuando consideramos que era ya una hora suficientemente apropiada y que estábamos ya lo suficientemente borrachos, regresamos al coche de Pablo para ir a

la fiesta. Pablo utilizó el mapita que Jaime había enviado a todos los invitados para llegar al cortijo y yo no le dije que conocía el camino porque había estado allí antes.

Pabló acertó con el camino y la cantidad de coches que estaban ya aparcados a la entrada de la finca me indicó que debíamos ser de los últimos en llegar.

Pablo silbó admirativamente al ver la fachada iluminada de la casa.

- Todo un caprichito - dijo - Eso es lo que me gusta de Jaime: sabe disfrutar de la vida, sabe gastar su dinero y sabe hacer que todos estemos carcomidos por una jodida y malsana envidia.

Ibamos a entrar ya en la casa cuando sentí algo extraño. Una breve, casi imperceptible y helada ráfaga de aire me atravesó el cuerpo. Me detuve y me quedé parado en la oscuridad, al contraluz de las luces de la casa, mirando al cielo, dejando que Pablo entrara solo. Me detuve y esperé pero aquella brisa no volvió a repetirse. Daba igual.

En aquel instante comprendí - aquel primer viento de otoño había venido para advertírmelo - que aquella noche era la última noche del verano.

El ambiente de la fiesta no era demasiado diferente al de aquélla que diera Jaime en su chalet al comienzo de las vacaciones. La misma mezcla generacional, la misma complicidad entre los invitados, satisfechos todos de poseer y compartir el privilegio de estar entre los elegidos. Cuando llegamos, Jaime se había reunido ya con los invitados. Iba saludando de uno a otro, escuchando complacido los elogios que todos dedicaban a su nueva casa. Tan embebido estaba en aquel rito de pleitesía que también cuando pasó a mi lado me estrechó la mano y me preguntó con una sonrisa radiante qué me parecía su nuevo cortijo. Y cuando le recordé que yo ya lo conocía muy bien se limitó a parpadear sorprendido, asintió sin alterar la sonrisa y fué en busca de algún otro invitado que aún no le hubiese dicho que la casa era espectacular, que menuda sorpresa, que vaya finca más estupenda o algo parecido.

Jaime había contratado a un cuadro flamenco para animar la velada. A medida que fué avanzando la fiesta, advertí que aquélla noche nuestro grupo de amigos se había partido en dos. Por un lado, las chicas estaban todas bailando sevillanas en el jardín trasero. Dicen que no hay nada como ver a una mujer bailar sevillanas para conocer su verdadera personalidad. Y viéndolas a ellas estuve de acuerdo con la teoría. Pilar bailaba aparatosamente, levantando mucho los brazos,

cimbreado con exageración la cintura cada vez que se cruzaba con su pareja. Elisa y Meme, en cambio, bailaban con más recato, con una mezcla de dulzura y elegancia que revestía de una atractiva solemnidad cada uno de sus movimientos. Tesa bailaba con cierta desidia. Hasta que llegó el momento en el que Jaime se acercó a ella y sustituyó a su madura pareja. Entonces, Tesa cambió de estilo y su baile, la cadencia de su cuerpo, los arabescos de sus brazos, el quiebre de sus muñecas, la danza de sus dedos, se transformaron en un lenguaje en el que cada movimiento, cada palabra escondía un mensaje entremezclado de entrega y seducción.

Los hombres deambulábamos por el porche de la casa, nunca demasiado lejos de la mesa de las bebidas. A veces nos uníamos, a veces nos dispersábamos y nos dejábamos llevar por conversaciones en grupo que siempre dejábamos a medias.

Pablo seguía empeñado en vaciar toda botella que encontrase su mirada. Alfredo, en cambio, se mostraba tan indiferente ante la bebida como ante cualquier conversación en la que pretendiesen involucrarle. Por una vez, ni siquiera la posibilidad de hablar de negocios con los bodegueros más insignes parecía interesarle. En alguno de los momentos en los que coincidimos me explicó malhumorado lo que le ocurría.

- Tenemos al niño malo en casa. Le he dicho mil veces a Tesa que no debíamos dejarle solo con la asistenta, que debíamos quedarnos nosotros por si le sube demasiado la fiebre y hay que llevarle a la Residencia. Pero no ha habido manera de convencerla. Cualquiera diría que esta fiesta era tan importante.

- Bueno - le dije yo, intentando animarle - Ya que habéis venido, intenta por lo menos divertirte.

Aquello al menos le hizo sonreír.

- ¿Divertirme? No veo nada divertido en esto. Al menos Jaime está celebrando que estrena casa nueva. Yo sigo viviendo en un chalet que en realidad es de mis padres. ¿Qué tengo yo que celebrar? He cumplido ya los treinta y ni siquiera tengo casa propia - El sarcasmo de su sonrisa aumentó más aún con su siguiente frase: - En realidad, no tengo nada propio. Ni casa propia, ni bodega propia, ni mujer propia.

Al oír aquello, mis ojos buscaron, casi como un acto reflejo, a Tesa. Jaime seguía bailando con ella. Aparté la mirada rápidamente de la pareja y la volví a Alfredo. También él les estaba mirando. Miraba a Tesa y había en sus ojos una expresión, un sentimiento de amor, de admiración, de embeleso que me sobrecogió. Y volvió a hablar. Y ya no había ni rabia ni sarcasmo en su voz cuando dijo:

- Haría cualquier cosa por ella, Emilio. Cualquier cosa.

Los dos quedamos callados. En aquel instante, las palabras me parecieron innecesarias. Tan sólo sentí que debía quedarme allí, en silencio, junto a Alfredo. Pensé que eso era lo que él esperaba de mí en aquel momento, lo que necesitaba. Alguien a su lado.

No estuvimos solos mucho tiempo. Meme y Elisa se cansaron por fin de bailar sevillanas y vinieron a unirse a nosotros.

- Por fin unos chicos guapos que no están emparejados - nos dijo Meme, para saludarnos.

Estaba espléndida. Sus mejillas estaban coloreadas tras tanto baile y el peinado se le había descolocado un poco dándole un aire más juvenil. Elisa y ella sonreían felices, despreocupadas, contentas por estar en aquella fiesta, por haber bailado, quizás sólo porque aún quedaba aquella noche un resquicio de verano al que aferrarse. Su buen ánimo contagió incluso a Alfredo, que acabó por sonreír y alejó por unos instantes el vacío de su mirada.

Fuímos juntos a por más bebida. Alfredo y Elisa se encargaron de pedirla y Meme y yo nos quedamos por primera vez a solas en toda la noche.

- Tengo la sensación de que durante los últimos días me has estado esquivando - me dijo ella directamente.

- Pues puedo jurarte que te equivocas.

- ¿Te avergüenzas de algo? ¿Te arrepientes de algo? ¿O es sólo timidez?

Se estaba burlando. Me dí cuenta pero no acerté a reaccionar, así que ella se rió otro poco más de mí.

- Venga, bobo, que estoy de broma. No te pongas tan serio. No nos hemos prometido ni amor eterno ni fidelidad absoluta. Sólo nos dimos un beso, ¿recuerdas? No hace falta que ahora huyas de mí. He decidido que no voy a pedirte que te cases conmigo para salvar mi honra manchada. Puedes estar tranquilo.

A decir verdad, ni siquiera era consciente de haber estado esquivando a Meme ni nada parecido. Al menos, deliberadamente. Tenía otras cosas en qué pensar. Pero preferí no decirle eso. Estaba claro que a ella le hacía ilusión creer que había entre nosotros algún tipo de juego romántico. Y al verla frente a mí, tan guapa, tan feliz, he de confesar que estuve tentado de probar suerte en él.

- Prométeme que por lo menos bailarás conmigo una vez esta noche - insistió ella, con falso mimo.

- Bailaré contigo hasta que salga el sol si tú me lo pides - le respondí, exagerando el tono dramático, y ella rió encantada.

Alfredo y Elisa regresaron con copas de champán para todos y brindamos por

nada en concreto.

La compañía de Elisa y Meme sirvió para que Alfredo se olvidase de sí mismo y de sus pensamientos por un tiempo. Durante un rato, volvió a ser el que solía ser. Serio pero encantador, educado pero no engolado, amable sin empalagar y divertido sin perder la compostura. El fruto perfecto de su mundo. Justo el tipo de persona que había sido educado para ser.

Así se mantuvo hasta que una voz sonó a sus espaldas para decir:

- Dios mío, mira a estos cuatro. Yo diría que algo se está cocinando en este corrillo ¿Crees que debo temerme lo peor o debo seguir confiando en mi marido?

Todos nos volvimos. Tesa y Jaime estaban allí. Observándonos. Riendo. Por un instante, los cuatro les miramos en silencio y ellos se dejaron mirar, sabedores de que formaban una estupenda pareja, de que bastaba con sólo echarles un vistazo para que cualquiera comprendiese que estaban hechos el uno para el otro. Luego, Tesa se adelantó y dió un beso a su marido en la mejilla y le dijo con un falso tono recriminatorio:

- Nunca conseguiré hacer de tí un bailarín.

Alfredo intentó evitarlo, pero acabó por sonreír. Le dió un paternal beso en la frente, como el padre que se siente feliz de que su bonita hija se divierta.

- Nunca te perdonaré que nos mantuvieses en secreto la construcción de esta casa - le dijo Meme a Jaime.

- A veces, la discreción es el requisito previo indispensable para lograr la perfección - respondió Jaime - Quería enseñarla cuando estuviese seguro de que todo estaría en su sitio. Y ahora lo está. Sólo a partir de esta noche lo está.

Todos parecíamos contentos. Pero en Jaime había algo más. Estaba radiante. Estaba en la cima. En uno de esos momentos mágicos que a veces se presentan fugazmente en la vida en los que uno se cree capaz de todo. Estaba allí, frente a nosotros, con su impecable traje y su seductora sonrisa, y sólo había que mirarle para darse cuenta de que se sentía capaz de sostener el mundo en la palma de su mano.

Pasamos un buen rato juntos. Hicimos lo que hacían todos, lo que hacíamos siempre. Nos gastamos bromas, cotilleamos un poco, esbozamos planes de futuro, recordamos momentos del pasado y dejamos transcurrir la noche una vez más cobijados en la compañía de los demás, en el acogedor caparazón de risas y sobreentendidos que parecía protegernos solamente cuando estábamos juntos, desapareciendo en el instante mismo en que el grupo se desvanecía para volver a transformarnos en individuos aislados.

Luego, alguien cercano reclamó la compañía de Jaime y éste le dijo a Tesa que le acompañase, que no sé quién le había dicho que quería saludarla y que irían juntos a hacerlo y cuando ellos se fueron y volvimos a quedarnos los cuatro ya no volvió a ser lo mismo. Intentamos seguir riendo y hablando pero Alfredo estaba ya pendiente de Tesa y Jaime, que saltaban de un corrillo a otro, siempre juntos, ejerciendo los dos de anfitriones, la pareja perfecta, el señor y la señora de la casa, el sueño de Jaime. Y en algunos momentos, viéndoles ir y venir de un lado a otro, estuve tentado de decirle a Alfredo que lo mejor que podía hacer era rendirse. No merecía la pena intentarlo. Él estaba ya al margen. Igual que en los viejos tiempos. Siempre había sido así. Paula y Tesa decidían que ya no formabas parte de su vida, que el romance, la aventura, el fugaz noviazgo habían terminado, y ya podías regalarles la luna para recuperarlas que todo era inútil. Ellas decidían. Ellas te daban la vida o te la quitaban a su antojo. Ahora Tesa había vuelto la espalda a Alfredo y yo sabía bien la soledad que eso suponía. No había nada más doloroso que esas miradas furtivas desde la distancia cuando ellas ya estaban con otro.

No dije nada a Alfredo. No había nada que decir. Preferí pedirle a Meme que bailase conmigo. Yo era un nefasto bailarín. Pero aquella noche no me importó no estar a la altura de mi pareja. Me bastaba con mirarla mientras ella bailaba ante mí. Miraba a Meme y miraba a Paula y el deseo de besarlas, de abrazarlas, de aferrarlas con tanta fuerza que nunca pudiesen ya escapar llegó a ser tan fuerte que preferí decirle a Meme que renunciaba a intentar seguirla y regresar junto a Alfredo, solo ya, perdido en una esquina, en el rincón en el que se acaba siempre cuando el sueño llega a su fin.

Aquel viento frío, breve, intruso que sintiera al llegar a la fiesta regresó entrada ya la madrugada. Lo sentí de nuevo abrazándose a mis huesos, apenas un segundo, tan fugaz como una palabra susurrada al oído o un beso traicionero. Se fué tan deprisa como había llegado y me dejó aturdido, en medio de la nada, tan vacío como cuando uno se despierta de un sueño profundo y, durante un instante aterrador que parece durar toda una vida, no tiene ni idea de dónde está.

Miré a mi alrededor, tratando de recuperar la consciencia del tiempo y del espacio, y entonces les ví. Jaime y Tesa, cada uno con una copa de champán en la mano, se alejaban del patio convencidos de ser dos fantasmas invisibles. Atravesaban el jardín trasero del cortijo y se dirigían a la caballeriza. Les observé

hasta que desaparecieron en el interior del pequeño edificio y, cuando les hube perdido de vista, eché un vistazo a mi alrededor y sólo entonces recordé que Alfredo estaba a mi lado y le miré y ví que sus ojos estaban fijos también en la entrada de las caballerizas.

- Tengo que llamar a casa - dijo repentinamente, con una voz distante, lejana, quizás dolida, quizás sólo indiferente - Se está haciendo tarde y quiero saber qué tal está el niño.

Se dió media vuelta y se marchó hacia la casa. Fué cuando se marchó cuando me dí cuenta, por vez primera en toda la noche, que me había pasado toda la fiesta junto a Alfredo. Y en aquel momento no estuve seguro de si lo había hecho por un absurdo sentimiento de lealtad, por un intento inútil de acallar mi sentimiento de culpabilidad o, tal vez, por un irracional deseo de tenerle vigilado y poder así evitar el desastre que sus palabras, sus miradas, su comportamiento me habían hecho temer desde el mismo comienzo de la fiesta.

Por vez primera aquella noche me quedé solo. El cuadro flamenco se estaba tomando un descanso en aquel momento y los oídos se me llenaron con el sonido incierto de las conversaciones de los invitados, monótono como el zumbido de un enjambre de abejas. No muy lejos, sonó la sorda explosión de una botella de champán al ser descorchada y un coro de risas acalló su eco. Mi mirada se encontró con la de Meme, al otro lado del patio. Me dedicó una sonrisa y se volvió para hablar con alguien. Un ilustre patriarca de familia bodeguera terminó un chiste o alguna anécdota divertida y el grupo que le rodeaba la celebró con alborozo. Paula, muy lejos de allí, nos echó un vistazo y decidió darnos la espalda. Ojalá se hubiese unido a la fiesta.

- La misma bazofia de siempre...

Pablo apareció a mi lado. Observaba el fondo de su copa de champán vacía.

- ¿A quién cojones le gusta el Dom Perignon? Sólo es un tópico. Una obligación. Una mierda ¿Sabes lo que creo, Emilio? Creo que necesito enamorarme. Lo digo en serio. Conocer a alguien y empezar a pensar en flores silvestres y en música de violines. Me encantan esos primeros momentos. Las esperanzas, las fantasías, el enigma, la inquietud, la incertidumbre, el misterio, la risa tonta, los besos largos... Ese breve y mágico momento que precede al desencanto, la desilusión, los reproches, la desconfianza, las despedidas y la larga, larguísima, inacabable soledad.

- Estás absolutamente borracho.

- Tú lo has dicho: absolutamente. Absolutamente borracho. Absolutamente feliz. Al fin y al cabo, no hay nadie en esta fiesta que no viva una vida de mentira creyendo

que así es feliz. Se engañan, se creen su propia ficción, se idiotizan con sus casas, sus coches, sus vestidos y sus fiestas para no ser conscientes de la realidad. Es lo mismo que beber. Así que yo lo hago por la vía directa.

- Por lo menos, espero que esta vez no termines la fiesta estrellándote con el coche. Para variar, podías intentar no montar el numerito esta noche.

- ¿Montar el numerito?

Pablo acercó su cara a la mía hasta que mi nariz quedó poco menos que dentro de su boca. Sólo oler su aliento ya era suficiente para emborracharse.

- Parece que el único numerito que importa es que uno se emborrache y diga un par de estupideces más de la cuenta ¡Claro que sí! Emborracharte está prohibido. está muy mal visto. En cambio, tirarte a la señora condesa detrás de un árbol... bueno, eso es una menudencia sin importancia ¿Eres capaz de decir "menudencia" sin trabucarte cuanto estás borracho?

Me eché a reír.

- ¿Alguien se está tirando a una condesa?

- Mucho peor... - Pablo bajó la voz hasta hacerla casi inaudible. Se llevó el índice a los labios y chistó pidiendo silencio. Luego, llevó su boca de mi nariz a mi oreja y me susurró: - Alguien se está tirando a la mujer de su amigo.

Sonrió satisfecho al ver la cara que se me ponía al oír aquello. Miró a un lado y a otro, para cerciorarse de que nadie nos oía y asintió con alegría.

Fué entonces cuando Alfredo regresó de hacer su llamada telefónica. Apareció antes de que se me ocurriese qué hacer, antes de que me viniese cualquier comentario estúpido a la cabeza con el que despistar a Pablo, antes de que fuese demasiado tarde.

- Al niño le ha subido aún más la fiebre - nos anunció - La chica está asustada. Lo mejor será que nos vayamos.

Me pregunté si todo eso del niño sería cierto, si realmente habría llamado a casa o si lo único que pretendía era seguir con el engaño, seguir pensando que todo iba bien y que en su vida sólo había problemas domésticos como la gripe de un niño.

A pesar de sus palabras, no se movió. Ni siquiera buscó a Tesa con la mirada. Sabía donde estaba ella.

Y fué entonces, sin ninguna razón aparente, sin que ocurriese nada especial, en aquel preciso momento cuando comprendí que, en realidad, todo el mundo lo sabía.

Menudo idiota había sido.

Fué sólo entonces, con Alfredo a mi lado, con Pablo sonriendo irónicamente

entre nosotros, con Tesa y Jaime en las caballerizas, cuando por vez primera me dí cuenta de lo idiota, lo rematadamente ingenuo, confiado e idiota que había sido.

Miré a mi alrededor. Observé a todos los invitados que reían, bebían y charlaban a nuestro alrededor. Miré a Alfredo y a Pablo.

Todos lo sabían.

Y me pregunté cómo, ante algo tan evidente, había podido olvidar la regla de oro que había regido siempre, que seguía aún rigiendo la vida de la urbanización y sus gentes: la sagrada diferencia entre apariencia y realidad. En un mundo sin profundidad, lo único importante era que las aguas de la superficie permaneciesen calmadas. Y yo había sido tan estúpido de olvidarlo.

- ¿Sabes ya el secreto? - le dijo Pablo a Alfredo.

Seguí sin reaccionar. O, tal vez, no quise ya hacerlo, dolido porque todos hubiesen conseguido engañarme, haciéndome creer que yo era el único enterado. Podía haber cogido a Pablo y habérmelo llevado de allí con cualquier pretexto. Podía haber hecho cientos de cosas. Pero, simplemente, no hice ninguna. Sólo esperé.

- ¿A qué te refieres? - le preguntó Alfredo.

- ¿Recuerdas cuando éramos jóvenes y ellas aún podían engañarnos? Nos hacían creer especiales, diferentes, únicos. Capaces de conseguir que nos amaran para siempre jamás. Bueno, pues el secreto es que hemos crecido y ellas también. Y nosotros ya no somos tan especiales y ellas ya ni siquiera son capaces de engañarse a sí mismas.

- No sé de qué me hablas.

- Si no lo sabes, es porque quizás tú no has crecido todavía. Quizás ella puede aún seguir engañándote.

Alfredo miró a Pablo, que asentía con gravedad. Me miró a mí después. Y supe lo que estaba esperando. Esperaba que alguien se lo negase, que alguien le dijese que todo aquello que sospechaba, que en realidad sabía, no eran más que imaginaciones suyas.

No dije nada.

Alfredo esperó aún unos instantes antes de decir:

- Voy a buscar a Tesa.

En realidad, sólo era un pequeño almacén de madera con cuatro o cinco cuartuchos para los caballos, pero resultaba más elegante llamarlo caballerizas.

Cuatro bombillas desnudas colgadas del techo creaban una iluminación plana, artificial, como de escenario teatral. Olía a heno y a humedad y a animales. Era un sitio inhóspito y desagradable.

Entré detrás de Alfredo y nada más entrar me detuve, al darme cuenta de que no tenía porqué haberle seguido hasta allí. Pero no me marché. Sólo me quedé quieto, en la entrada. Un espectador silencioso. No tenía derecho a estar allí. O tal vez así. Tal vez, después de todo, me había ganado el derecho a presenciar cómo terminaba toda aquella historia y por eso me quedé.

Tesa y Jaime estaban al fondo. Ella, de espaldas a la entrada, acariciaba las crines de un caballo que asomaba la cabeza por encima del portalón de cierre de su cuadra. Jaime estaba a su lado, con un brazo apoyado en el portalón y una copa de champán en la mano. Hablaban en un susurro y oí una risita coqueta de Tesa. Alfredo también se detuvo a medio camino, antes de llegar a su lado, como si de pronto le diese reparo quebrar la intimidad de la escena.

Jaime fué el primero en verle. Sonrió como si nada.

- ¡Vaya, Alfredo! ¿Te he enseñado ya mis caballos?

Tesa se volvió y la sonrisa de enamorada se congeló en sus labios, se disolvió tras una mueca nerviosa.

- Alfredo...

Alfredo ignoró a Jaime, ignoró la mano de Tesa detenida en mitad de una caricia entre las crines del caballo, ignoró el deber, la obligación de montar una escena, ignoró los tópicos del marido ultrajado que en la mirada de su esposa, en su mano agarrotada, en el imperceptible temblor de la barbilla confirma la razón de sus temores. Alfredo estuvo a la altura de la situación y yo me sentí absurdamente orgulloso de él.

- Tesa, al niño le ha subido la fiebre. Tenemos que irnos.

Tesa no supo qué contestar. Jaime acudió en su auxilio. Dió un paso al frente. Se hizo cargo de la situación. Como siempre.

- ¡Oh, vamos, Alfredo! Seguro que tu hijo estará bien. No váis a irnos ahora que la fiesta está en lo mejor. Venga, hombre. Piensa que es la última fiesta del verano. Mañana será otro día. Pero ahora vamos a divertirnos.

Alfredo también ignoró a Jaime. Sólo miraba a su mujer.

- Tenemos que irnos - repitió, con la misma frialdad que antes, con la misma decisión.

Tesa titubeó. Miró a Alfredo. Miró a Jaime. Alfredo esperó sin mover un músculo.

- Oye, el crío sólo tiene una gripe - intercedió de nuevo Jaime - No seas aguafiestas,

Alfredo.

- Esto no es asunto tuyo, Jaime. Tesa, vámonos.

Las palabras de Alfredo rasgaron la noche, rasgaron la mentira, rasgaron las malditas apariencias. Jaime dejó de sonreír.

- Puede que Tesa no quiera irse.

Al oír aquello, Alfredo se volvió por vez primera a mirar a Jaime.

- ¿Cómo has dicho?

La voz de Tesa apenas se oyó en un suspiro desesperanzado:

- Jaime, por favor...

Los dos hombres la ignoraron. Se miraban el uno al otro.

Desde mi discreta esquina, viendo sus miradas, supe que a partir de aquel instante el tiempo de las mentiras había quedado para siempre atrás.

Alfredo se olvidó del pretexto del niño enfermo. Jaime supo que todo lo anterior, todos sus esfuerzos, habían sido sólo el preámbulo de aquel instante final. Los dos hombres se dijeron con la mirada todo aquello que habían callado el uno al otro y que, tal vez, si lo hubiesen intentado expresar con palabras habría quedado reducido a una vulgar disputa masculina por una mujer. Había verdad en los ojos de ambos. Había verdades que se remontaban en el tiempo y verdades que habían surgido en aquellas últimas semanas y todas fueron dichas sin necesidad de palabras. Todo quedaba dicho con aquella mirada y por eso ya era inútil seguir fingiendo.

Jaime fué el primero en hablar.

- He dicho que puede que Tesa no quiera irse.

- Y yo ya te he dicho que esto no es asunto tuyo.

- Sí, Alfredo. Sí que lo es.

Jaime sonrió otra vez. La seriedad no combinaba bien con la copa de champán que aún tenía en su mano. Jaime debió recordar que él siempre hacía los negocios con una sonrisa.

- Tesa está a gusto aquí. No tienes porqué obligarla a marcharse. Se está divirtiendo, Alfredo. Es feliz.

- ¿Qué sabes tú de la felicidad de Tesa? ¿Desde cuándo te ha importado a tí su felicidad?

- Sé que su felicidad está aquí.

- No, Jaime. No está aquí. Su felicidad, su vida, está en su casa, con su marido y su hijo. Aquí sólo hay una promesa que llega demasiado tarde.

- Pregúntaselo a ella, Alfredo. Pregúntale si quiere irse a casa ya. Porque puede que

no quiera irse aún. Puede que no quiera irse nunca.

- Jaime...

Ahora fué Tesa quien dió un paso al frente, alargando el brazo hacia Jaime, en un ademán incompleto con el que pretendía detenerle, hacerle callar, borrar quizás aquella escena como quien aleja un recuerdo ingrato. Había terror en sus ojos. Pánico a la verdad desnuda.

Pero Jaime no vió su miedo. Con inocente seguridad, con dulzura, se volvió a ella y le dijo:

- Díselo, Tesa. Elige tú. Díle que no quieres irte.

Alfredo también se volvió a mirar a Tesa y esperó en silencio su respuesta.

Los dos esperaron. Y Tesa bajó la mirada y supo que estaba sola. Un mundo diferente le esperaba a cada lado de un sueño roto en el que creyó que todo era posible. Miró a Tesa y en sus ojos ví lo que diría antes aún de que fuese siquiera capaz de abrir los labios para hacerlo. En sus ojos ví la realidad, la certeza, el despertar de aquel sueño, de aquella última ilusión a la que se había entregado durante el verano, como quien juega por última vez a un querido juego de la infancia para el que ya es demasiado mayor pero que se resiste a olvidar. Allí no estaba, como había estado tantas otras veces a lo largo del verano, la Tesa de la adolescencia. Allí estaba una mujer y la joven alocada y coqueta y veleidosa que hoy quería a uno y mañana a otro sin creer en los compromisos para siempre se alejó de ella para no volver y se perdió en la bruma de un recuerdo traspasado por el tiempo.

Tesa miró a su marido. Una sonrisa dulce, quizás sin amor, quizás condenada a la falsa satisfacción de un futuro sin sobresaltos - eso nunca nadie, solo ellos, podría saberlo - asomó a sus labios. Luego, giró el rostro con lentitud y posó en Jaime una mirada de disculpa y de adiós.

- Lo siento - le dijo, con voz quebrada, apenas audible - Tengo que irme.

Jaime se quedó demasiado sorprendido para poder contestar. Su mano debió debilitarse porque la copa de champán se inclinó entre sus dedos y unas gotas cayeron sobre la sucia paja del suelo. Observé la expresión de su cara y comprendí que ningún impulso - la rabia, la decepción, la sorpresa, la réplica, el último intento - se consiguió concretar en palabras porque, simplemente, no era capaz de entender lo que estaba ocurriendo.

Alfredo se hizo a un lado para dejar que su mujer pasase hacia la salida. Yo también me hice a un lado para dejar salir a ambos. Cuando Tesa estuvo a mi altura, me lanzó una breve mirada, una mirada velada por el amargo dolor de la rendición.

La fiesta duró aún algún tiempo. Hasta que, entrada ya la madrugada, llegó con ella el primer relente cargado de rocío y los invitados, cansados y satisfechos, empezaron lentamente a desfilarse hacia sus coches, prefiriendo al fin el descanso a la diversión.

No podría concretar lo que hice desde lo ocurrido en las caballerizas. Alfredo y Tesa se marcharon y a Jaime apenas le ví salir y abrirse paso entre aquellos que se acercaron a hablarle para perderse en el interior de la casa. Los demás seguían bailando, bebiendo o buscando compañía y yo supongo que me limité a vagar por el jardín, quizás hablando con alguien en algún momento, quizás incluso metiéndome de lleno en alguna conversación como si realmente mi pensamiento estuviese allí. No tengo ni idea.

Sólo recobré la consciencia una vez dentro de la casa. No tomé una decisión consciente. No lo planeé ni supe a dónde iba. Tan sólo me encontré a mi mismo en el mismo salón en el que hacía un millón de años Jaime había intentado convencerme de que los sueños pueden hacerse realidad si uno se esfuerza en que así sea. Como si fuese la primera vez que estaba allí, miré a mi alrededor observando todos los detalles, Los muebles, los cuadros, los motivos hípicas que adornaban estanterías y paredes. El escenario vacío del sueño.

Atravesé el salón y subí por una escalera a oscuras. Hasta allí llegaban las voces de los invitados que se despedían en el jardín, las últimas risas de la noche, las promesas de volver a verse pronto que quizás nunca cumplirían, el último piropo obligado a la señora elegante y la última cita de negocios cerrada entre el champán y la resaca.

Recorrí el pasillo del piso superior como si me conociese la casa al dedillo y fui hasta la habitación del fondo. La puerta estaba entornada y tampoco había luz en su interior. Caminaba despacio y una alfombra amortiguaba mis pasos. Abrí la puerta en silencio y me detuve bajo su marco.

Jaime estaba allí. De espaldas a mí, mirando por la ventana. Su silueta se recortaba contra el cristal, iluminada por las luces del jardín. Aún tenía una copa de champán en la mano. Una copa vacía y ladeada entre sus dedos. Observaba muy quieto el mundo de abajo, el jardín, la gente, su mundo, la vida que él había creado, de la que formaba parte y que se había propuesto conservar y proteger. Recordé la primera fiesta del verano en su chalet. También entonces me había parecido verle observándonos desde una ventana. Debía gustarle ver sin ser visto. Poder recrearse

en su creación, como un pequeño dios, siempre desde las alturas, protector y paternal, orgulloso y enternecido por la visión de su propia obra.

Los dioses siempre están solos, pensé. Pero no lo dije. Él ya sabía eso. Había intentado evitarlo pero, en el fondo, estoy seguro de que lo sabía. Estaba condenado a estar solo. Como todos los dioses. Era el precio que había que pagar. Podía luchar por evitarlo, podía mover cielo y tierra, podía engañarse a sí mismo con un montón de falsas promesas. Pero, al final, ahí estaba. A oscuras en la soledad de su dormitorio. Mirando por la ventana. En el mismo sitio en el que había comenzado aquel verano.

- ¿Has venido para compadecerme o para intentar animarme?

Lo dijo sin volverse. Y no había sentimiento alguno en su voz. Ni curiosidad ni ofensa. Por un instante, ni siquiera me dí cuenta de que la pregunta iba dirigida a mí, porque no me esperaba que supiese ni que estaba allí ni quién era yo.

- He venido para saber si necesitas algo - respondí al fin.

Durante un tiempo, no dijo nada. Él siguió en la ventana y yo seguí en la puerta. Pero, cuando volvió a hablar, su voz había recobrado el tono. Sonó cálida, tranquila, acogedora.

- Cuando leíste mi carta en la que te anunciaba que Paula había muerto, ¿qué sentiste?

Una pregunta tan repentina me sorprendió. Pero, por muy extraño que pueda parecer, por encima de todo, me alegró. Por fin, después de tantos días, después de tanta espera, alguien mencionaba a Paula sin necesidad de que yo la nombrase. Había llegado a creer que todos, excepto Edi y yo, habían olvidado ya que una vez había existido Paula.

Tardé en contestar.

- No lo sé - le dije a Jaime -. Por eso volví. Para intentar comprender lo que sentía. Para saber qué era lo que tenía que sentir.

- ¿Y lo sabes ya?

Sonreí. De pronto, el recuerdo de Paula se hizo tan intenso que por un instante me pareció que estaba allí, con nosotros, en aquella habitación. Fué como si se me otorgase una última oportunidad de volver a verla, de hablarle, de decirle todo lo que me hubiese gustado poder decirle. Y lo único que hice fué sonreír.

Pero fué sólo una sensación fugaz. Pasó como una ráfaga de aire y sólo cuando estuve seguro de que Jaime y yo seguíamos solos pude contestar:

- No, no lo sé.

Jaime se volvió lentamente. Mis ojos se habían acostumbrado ya a la escasa

luz del exterior que apenas iluminaba la habitación y, en la penumbra, pude ver que sonreía.

- Supongo que es algo con lo que tendrás que acostumbrarte a vivir el resto de tus días.

- Creo que sí.

- Lo entiendo, lo entiendo tan bien...

No nos dijimos nada más. Nos limitamos a mirarnos. Me marché y él se quedó allí, en el dormitorio y apostaría algo a que pasó así el resto de la noche, en la oscuridad, haciéndose a la idea, sujetando entre los dedos una copa vacía de champán.

VIII

Tesa se fué. Alfredo, el niño y ella se marcharon a un lugar desconocido a pasar unos días de vacaciones. No avisaron a nadie de que se iban ni dijeron a dónde o cuándo volverían. Simplemente, se desvanecieron y todos nos enteramos por casualidad. Su criada se lo comentó a alguna otra chica de servicio y puso así en marcha la noticia y al poco se había extendido por toda la urbanización.

Yo lo supe por Meme. Nos lo dijo una tarde que habíamos quedado en el Club de Golf para tomar algo. Estábamos Pilar, Elisa, Pablo y yo y Meme dijo que Alfredo y Tesa se habían ido y todos asentimos y nadie hizo ningún comentario ni preguntó nada y seguimos sentados en torno a una mesa en la terraza del Club observando a los jugadores que a lo lejos iban de un lado a otro tirando de sus carritos.

Últimamente, nuestras reuniones estaban llenas de silencios. Solíamos vernos en las horas muertas de la media tarde y en sitios tan poco animados como el Club de Golf. Ya no quedábamos para divertirnos ni hacíamos planes de ningún tipo. Tan sólo nos reuníamos para matar el rato, mientras esperábamos que el otoño se decidiese por fin a instalarse en el cielo con la misma decisión con que se había instalado ya en nuestro ánimo.

Nunca hablamos de lo ocurrido en la última fiesta, ni de nada de lo que había pasado antes. Nunca nos confesamos los unos a los otros cuánto sabíamos realmente sobre lo ocurrido. Nos limitamos a dar por supuesto que todos estábamos enterados. Y creo que entre nosotros aquel silencio no se debía tanto al afán general por salvar las apariencias como al secreto deseo de que aquello no hubiese sucedido nunca. En cierto modo, aquella aventura entre Jaime y Tesa había sido para todos un salto al pasado demasiado brusco, había puesto demasiado en evidencia lo poco que habíamos conseguido cambiar desde aquellos otros lejanos veranos en que, como aquél, Jaime también había tratado de enamorar a Tesa y sólo había conseguido de ella una efímera atención. El fracaso de Jaime era así, un poco, el fracaso de todos y supongo que a nadie le gusta hablar de los fracasos.

Así que eso era lo que hacíamos en aquellos últimos días del verano. Nos sentábamos en torno a una mesa y, entre silencio y silencio, fingíamos interesarnos por conversaciones banales sobre cuestiones que a ninguno nos importaban demasiado en realidad. Tal era la desgana en que habíamos caído que tampoco me molesté en compartir con mis amigos el asunto de la marcha de Edi. Pablo lo

mencionó en alguna de nuestras reuniones. Dijo de pasada que había oído que Edi se había largado y todos asentimos sin prestar demasiada atención, ni siquiera Elisa, que fué precisamente quien se apresuró a cambiar de tema antes incluso de que entrásemos en él.

Las ausencias, recuerdo que pensé entonces, no eran del agrado de ninguno. Paula se había ido para siempre. Tesa y Alfredo habían escapado en busca de algún resto entre las ruínas sobre el que reconstruir su vida. Edi había decidido también llevar a cabo su huída definitiva de aquel mundo. Pero nadie mencionaba nada de eso. Cuando alguien se iba, se miraba para otro lado porque, tal vez, los que seguían allí, atados aún a un tipo de vida en el que ninguno creía demasiado, se avergonzaban de no ser capaces de seguir el camino de los que ya no estaban, cualquier camino que les condujese a algún sitio nuevo, a algún destino diferente de aquél que parecían tener preestablecido. Por eso no querían hablar de los ausentes. Porque les obligaban a encararse con su propia derrota.

Edi había venido a despedirse de mí. Cuando llamó a mi puerta, yo estaba en la terraza del bungalow, compartiendo un cigarrillo con el amanecer. Me había despertado muy temprano, siendo aún de noche, y había salido a la terraza y a pesar de que el relente calaba los huesos me había quedado allí, esperando la llegada del sol, observando el faro girar llenando de brillos anaranjados la primera hora de la mañana. Apenas había empezado a asomar el sol al otro lado del mar cuando sonó la puerta. Bajé y me encontré a Edi con una estupenda sonrisa.

- Voy a emprender un largo viaje - me dijo sin más preámbulos.

Le ofrecí un café y me dijo que prefería un paseo, así que salí con él y bajamos hasta la playa. Enfrente de la entrada de mi bungalow tenía aparcado su coche, un viejo trasto, tan pasado de moda como él.

No me dí cuenta de que estaba descalzo hasta que pisé la arena, hasta que sentí el agradable tacto de la arena, refrescada por la noche, en las plantas de los piés. Edi se me adelantó. Fué hasta la orilla y dejó que el final de una ola le mojase las suelas de sus zapatillas deportivas. Le oí reír.

- Joder, tío, esto es magnífico. Uno no aprecia la belleza de las cosas hasta que no tiene la certeza de que las está viendo por última vez. Y ésta es la última vez que yo veo esta playa.

Echamos a andar en dirección al faro. No pregunté nada. Preferí dejarle hablar.

- Me largo - me dijo -. He metido todas mis cosas en el coche y me voy. No sé a dónde ni me importa. Siempre he querido que mi vida fuese como la letra de una canción de Bruce Springsteen. Ya sabes... Carretera, hoteles, gente que entra y sale

de tu vida sin tener tiempo siquiera a darte cuenta... Toda esa mierda de estética de perdedores y la poesía. Eso es lo que me gusta. Eso es lo que quiero ser. Quiero vivir entre gente que no sepa mi nombre. Quiero ser una cara anónima que un día aparece y otro día se va para siempre. Quiero conocer sitios y poder decidir cuánto tiempo voy pasar en ellos. Quiero despertarme por las mañanas sin saber si esa noche seguiré durmiendo en la misma cama. Quiero poder elegir.

Se dió cuenta de que yo estaba sonriendo y me miró con curiosidad.

- ¿Te hago gracia? ¿Piensas que estoy loco?

- Todo lo contrario. Creo que, muy a tu pesar, eres un tipo bastante cuerdo.

También él se sonrió.

- Me estoy haciendo mayor, Emilio. Demasiado mayor. No quiero seguir haciendo el idiota. He intentado ser como todos. He intentado tener un trabajo normal, ganar un sueldo, cumplir un horario...ese tipo de cosas. Y he fallado. También he intentado estirar mi juventud jugando al poeta maldito y lo único que he conseguido ha sido una resaca interminable. Ahora ya sé para lo que no sirvo. No sirvo para llevar corbata ni para hacer feliz a una mujer. No sirvo para ahorrar dinero ni para inspirar respeto. No sirvo ni de matón ni de donjuán. No soy capaz de asumir responsabilidades y me cuesta adquirir compromisos. No me gusta decepcionar a nadie y a la vez soy incapaz de estar a la altura de quienes esperan algo de mí. Y lo peor es que ser como soy me resulta al mismo tiempo divertido y desesperante. Así que voy a cambiar.

- ¿A dónde vas a ir?

- No lo sé. A cualquier sitio. Voy a subir a ese coche y voy a estar conduciendo hasta que se me ocurra un poema y cuando haya encontrado las palabras me detendré y me quedaré allá donde esté hasta que me vuelva a faltar la inspiración.

A medida que el sol iba apareciendo, el mar iba poco a poco haciéndose visible a nuestros ojos y la luz del faro iba tornándose más y más tenue, confundiéndose con las brumas de la mañana. Me sentí bien. Me llené de aire y sólo pensé eso: que me sentía bien.

Hazlo, Edi, pensé. No se lo dije. Sólo lo pensé. Hazlo. Era lo que siempre habíamos soñado. Era nuestra pequeña fantasía adolescente. Recorrer caminos sin tener que llegar a ningún sitio. Poesía y carretera. Aprendices de Jack Kerouac. Hazlo, Edi, pensé. Hazlo por los dos.

En eso pensaba cuando Edi me hizo aquella difícil pregunta:

- ¿Qué vas a hacer tú?

Tardé en contestarle. Me detuve y me volví hacia el mar para sentir su brisa

en todo el cuerpo.

- Creo que también voy a irme de aquí. - le contesté, aunque tardé algunos segundos en añadir: - Pero creo que yo no me iré para siempre.

Fué reconfortante darme cuenta de que Edi me entendía sin necesidad de añadir nada más. Se detuvo a mi lado y mirando también al mar me dijo:

- Aún queda algo, ¿verdad?

Asentí.

- Ella está aquí, Edi. Estará siempre aquí. En este mar. Y por mucho que me aleje, siempre habrá algo de mí también aquí.

Nos quedamos en silencio algunos minutos. Hasta que Edi murmuró:

- Las malditas sirenas...

Le miré sorprendido y él sonrió al ver mi mirada extrañada.

- Es una vieja idea mía. Creo que escribí un poema sobre ello - me dijo - Las sirenas...Están ahí, en el fondo de estas preciosas aguas, y de vez en cuando asoman y se dejan ver para atraparnos. Son bellas y enigmáticas, tan distantes como cercanas, extrañas y acogedoras... Una vez que has visto una sirena, ya no puedes olvidarte de ella. Eres su prisionero para siempre. Eso es lo que nos ata a esta playa, a este pueblo, a esta vida estúpida de la urbanización. Las malditas sirenas. Todos tenemos una. Ellas representan los sueños, las ilusiones, las promesas, las fantasías. A veces tienen una cara concreta, otros veces son sólo un sentimiento. Depende de cada uno. Pero, sean como sean, sea cual sea la promesa que te hagan, siempre acaban transformando su promesa en traición porque nunca van a darte todo aquello que te dicen, nunca harán realidad el deseo que te clavan como un dardo en lo más profundo de tu corazón. Sólo son sirenas, Emilio. No son la realidad.

Edi cogió un guijarro de la arena y lo lanzó con rabia al agua.

- Aquí vimos a nuestra sirena. En este mar asomó su mirada y la cruzó con la nuestra. Entonces éramos casi unos niños pero aquello fué suficiente para atraparnos. Tu sirena y la mía y la de Jaime...Cada uno tenemos la nuestra y luchamos a nuestra manera contra su hechizo sin querer darnos cuenta de que nunca podremos librarnos de él, por muy lejos que esté el rincón a donde huyamos a escondernos. Malditas sirenas...

Se volvió y le dió la espalda al mar, quizás por temor a que aquella sirena que a él le tenía preso asomase y le hiciese desistir de su idea de marcharse. En cuanto volvió a mirar a tierra recuperó el buen ánimo su voz.

- Toda mi vida he querido hacer lo que voy a hacer. Y lo mejor de todo es que, ahora, cuando ha llegado el momento, no siento el menor temor ¿Sabes porqué? Porque no espero conseguir nada al irme. Porque no me marché en busca de alguna meta y, por tanto, no puedo fracasar. Sólo con irme ya habré triunfado. Importa poco lo que venga después.

Aquella idea le hizo reír de alegría. Me hubiese gustado, pero no pude reírme con él. Me producía tanta envidia la sensación casi física de libertad que le envolvía que me impedía compartir su felicidad. En aquel momento, hubiese querido ser Edi, hubiese querido compartir con él aquel sentimiento, pero era tan incapaz como cuando hacía años me contaba sus sueños de una vida loca, irracional, alejada de toda norma, y yo simulaba compartirlos, aunque realidad sabía que nunca sería tan valiente como para hacerlos realidad, que sólo él, quizás algún día, quizás a partir de un día como aquél, tantos años después, se atrevería a vivir su loca fantasía.

Aún paseamos durante un rato. Luego, llegada ya la mañana, regresamos al bungalow. Nos despedimos junto a su coche. Nos dimos un abrazo en silencio y luego Edi me miró y sonrió y me dijo:

- Has sido un valiente al volver aquí.

- Sólo he respondido al canto de mi sirena.

Asintió y se subió a su coche y arrancó y mientras se alejaba sacó una mano por la ventanilla para decir adiós y tocó la bocina con un cómico pitido. También yo le dije adiós con la mano desde la acera y permanecí allí un tiempo después de que una curva le hubiese hecho desaparecer de mi mirada.

A pesar de la envidia, fuí por fin capaz de alegrarme por él.

Fué entonces, al poco de despedir a Edi, cuando llegué a la conclusión de que también para mí había llegado el momento de partir.

Fué durante otro amanecer en la terraza, acompañado de la playa vacía,

cuando la idea comenzó a tomar forma. El verano había terminado. Habían sido unas vacaciones largas, de pronto parecían haber durado años, en las que había dado la espalda a la realidad en busca de un nuevo camino que me llevase hacia algún sitio, hacia cualquier sitio con tal de que fuese diferente. Ahora, el sol palidecía, el mar no invitaba al baño, el tiempo de esperar, de buscar, había concluído, el otoño demandaba decisiones. No podía seguir con una vida detenida en aquella terraza, confiando en que la respuesta a mi búsqueda llegase flotando en el haz de luz del faro, esperando una aparición, dejándome engañar por los cantos de sirena. Era un tiempo de cambio de estación.

Después de pasarme todo aquel largo verano rodeado de gente, envuelto por la presencia constante de los viejos amigos, arrastrado por el bullicio de los veraneantes, absorbo en contemplar aquel viejo mundo al que había regresado como un resucitado que no sabe bien porqué vuelve a estar en pié, comencé a pasar más tiempo solo. Daba largos paseos, bajaba a sentarme en la arena, imaginaba poemas de insomne, amanecía despidiendo la luz del faro, atravesaba las calles del pueblo sordo al jaleo de los últimos veraneantes y todo aquel tiempo de silencio me ayudó a comprender y asumir esa idea tan simple, tan tentadora y a la vez tan difícil: la idea de que había llegado el momento de irme.

Habría sido tan fácil rendirme. Habría sido tan sencillo decidir que me quedaba, convertir aquellos dos meses de veraneo en toda una vida: instalarme en la urbanización, aceptar la oferta laboral de Jaime, buscar cobijo en mi grupo de amigos, quizás acabar eligiendo a una mujer educada en las elementales reglas de la urbanización y construir mi refugio en una familia de chalet, piscina, barbacoas y misas de doce, mientras consolaba los vacíos con el recuerdo de Paula sonriéndome desde todas las esquinas. Lo peor de todo era saber que, probablemente, sería una vida feliz. Y a pesar de ello, a pesar de todo, algo en mi interior se resistía a caer en aquella dulce tentación.

Nada dije a mis amigos en aquellas tardes de club de Golf sobre la despedida de Edi. Hice lo que todos. Me tomaba una copa, fumaba unos cuantos cigarrillos, opinaba sobre cuestiones intrascendentes y simulaba no darme cuenta de las ausencias.

Tampoco dije nada sobre mis ganas de irme. Mirándoles uno a uno, pensaba que ninguno sería capaz de entender mi decisión.

Quise que fuese Jaime el primero en saber que me marchaba. Un confuso sentimiento en el que se confundían la lealtad y la comprensión me hacía sentirme obligado a decírselo personalmente. Lo que más me confundía era que también tenía la estúpida sensación de que, con mi marcha, estaba en cierto modo traicionándole. Edi y Tesa se habían largado, ahora me iba yo, el final del verano parecía convertirse en el hundimiento de un barco del que cada uno intenta salvarse por su cuenta. Sólo Jaime, con sus heridas, con sus fracasos, permanecía en cubierta, empeñado en guiar su barco, su mundo, hacia un destino que probablemente ni siquiera él mismo conocía.

Intenté hablar con él. Nadie le había visto en los últimos días. Cuando nos reuníamos, ponía siempre un vago pretexto para no quedar y si se le llamaba a su casa o a la bodega la respuesta era siempre que no podía ponerse en aquel momento y que ya llamaría él. Por fin, después de un sinnúmero de intentos fallidos, conseguí que una mañana su secretaria me confesase que estaba en el cortijo y al llamarle allí me sorprendió que contestase él mismo al teléfono.

No hizo mención a todas las llamadas que me había dejado sin devolver ni a todas las vacuas excusas con que había evadido nuestros últimos encuentros. Su tono de voz no revelaba cambio alguno. Se alegró al oírme y cuando le dije que quería verle me respondió con entusiasmo:

- ¡Claro que sí! Pásate por aquí a última hora de la tarde. Charlaremos, beberemos unas cuantas cervezas y, con un poco de suerte, antes de que se haya puesto el sol ya estaremos borrachos...

Me alegró tanta normalidad. Necesitaba normalidad. No quería más ilusiones ni fantasías ni nostalgias ni vanas esperanzas a mi alrededor. Sólo normalidad. Aquel mismo día empecé a recoger y empaquetar mis cosas en el bungalow y, de vez en cuando, paraba y salía a la terraza y cogía aire y observaba el horizonte más allá del faro y de los barcos y de la base americana y de la imagen de Paula, siempre presente en el reflejo del mar, y trataba de ver sólo eso, un horizonte de normalidad, lejos de todo aquello que no fuese real, que no se pudiese alcanzar sin necesidad de buscarlo en la memoria o en el sueño.

Le pedí prestado su coche a Meme y me lo dejó sin preguntar para qué. Fuí a recogerlo en cuanto la primera veta anaranjada apareció en el sol de la media tarde. Me entregó las llaves en la puerta de su casa.

- Espero que no sea para irte por ahí a engañarme con otra - me dijo, burlona.

La encontré guapísima. Me pregunté porqué demonios no tendría un sentimiento de lealtad y de comprensión hacia ella en lugar de hacia Jaime. Hubiera

sido fantástico poder quedarme allí y hablar con ella y, tal vez, acabar diciéndole que la quería y ver qué carajo ocurría después. Pero recordé mis ansias de normalidad y sólo le dí las gracias por dejarme el coche y me marché.

Fué agradable recorrer la polvorienta carretera que llevaba al cortijo de Jaime. No me crucé con ningún otro vehículo. Estaba solo. A solas con un sol bajo ya que se asomaba por la ventanilla en un cálido saludo. Los campos se extendían a los lados, tan iguales entre sí que un lado de la carretera sólo parecía el reflejo en un espejo del otro. Me eché a reír. De pronto, en medio de la nada, tuve la sensación de que no sólo estaba conduciendo aquel coche, de que también, por primera vez en muchas semanas, estaba al fin conduciendo mi propia vida.

Llegué al cortijo y me detuve en la plazoleta de la entrada. No se veía a nadie y la casa parecía cerrada. Esperé en un espeso silencio unos minutos antes de bajarme del coche. No apareció nadie. Me acerqué y llamé a la puerta y no recibí respuesta. Aún pasaron otros cuantos minutos antes de que Jacinto, el guardés, asomase por una esquina de la casa. Me saludó quitándose la gorra en señal de respeto. Le pregunté por el señor Andgrade.

- Don Jaime no está - me dijo - No ha venido por aquí en todo el día.

No me molesté en decirle que le había llamado al teléfono del cortijo y me había contestado él mismo.

- Había quedado aquí con él.

El buen hombre se encogió de hombros y, con poca convicción, insistió:

- No ha venido en todo el día y no ha avisado que vaya a venir. Siempre avisa. No ha avisado y no va a venir, señor.

Asentí. Le miré a los ojos y Jacinto bajó la mirada. Respiré hondo y eché un vistazo a mi alrededor. Un grillo inició su canturreo no muy lejos.

- Es una bonita tarde - dije.

El guardés asintió sin perder su actitud sumisa.

No quise hacerle pasar un mal rato. Le dí las gracias y volví al coche. Le despedí con la mano, me devolvió el gesto, volvió a calarse la gorra y desapareció tan sigilosamente como había aparecido tras la esquina de la casa.

Arranqué tras unos segundos. Eché un último vistazo a la fachada del cortijo antes de dar media vuelta para irme. Me pareció una casona demasiado grande y demasiado solitaria. Sólo pensé que no me gustaría pasar allí el invierno.

Al regresar, gruesos manchurroneos de nubes negruzcas atravesaban ya el cielo. La luz del sol pugnaba aún por abrirse paso cubriendo los campos con claroscuros. La soledad, el silencio y la belleza de toda aquella nada volvieron, como

a la ida, a llenarme de un irracional optimismo.

Estaba ya a mitad de camino hacia la carretera principal cuando le ví.

Al principio, creí que era sólo la silueta de un único árbol en lo alto de una loma. Luego, advertí que se movía y, al fijarme mejor, me dí cuenta de que se trataba de un hombre a caballo. La incierta luz recortaba su figura, atravesada por rayos perdidos de un sol ya moribundo.

Cabalgaba a paso lento. Era evidente que no iba a ningún sitio. Tan sólo vagaba por los campos, convertido en una sombra más, esperando que la penumbra se convirtiese en noche, quizás disfrutando de aquel instante, el último segundo del día, seguro que con la sensación de que todo aquel vacío, las tierras infinitas, la luz agonizante, el profundo silencio que seguía al ruido de los terrones de tierra removidos por los cascos de su caballo, le pertenecían.

Detuve el coche a un lado del camino y, mientras le observaba, sentí lo mismo que él. La plácida certeza de que sólo en aquel instante, en medio de la nada, en un espacio en que el tiempo se desvanecía entre el día y la noche y la soledad de campos infinitos no dejaban rastro alguno de vida más allá de la propia, uno podía ser dueño de sí mismo, del tiempo y del espacio, del pasado y del futuro, sin nada ni nadie que pudiese romper aquella paz todopoderosa.

Jaime estaba donde debía estar. Avanzaba hacia ningún sitio con la dignidad del que sabe que no puede ser herido, que no puede ser alcanzado por un mundo que quedaba demasiado lejos de aquella loma que recorría sobre su caballo.

Le estuve observando hasta que la noche le cubrió y le abrigó con su manto de sombra. Sólo entonces, cuando ya no podía verle, sonreí, cerré por un momento los ojos, esperé unos instantes y, luego, volví a poner en marcha el coche y seguí mi propio camino.

El taxi recorría las calles de la urbanización con parsimonia, respetando el límite de velocidad impuesto por el tráfico de bicicletas. A través de la ventanilla trasera, observaba por última vez todas aquellas casas que asomaban por encima de los vallados de setos y a los chavales que iban y venían en sus motos y a los más adultos que paseaban con su poco digno vestuario de verano, las inevitables bermudas y las camisetas de colorines, y los otros coches que se cruzaban con nosotros y que dejaban a su paso el rastro de las canciones de moda que sonaban en la radio. El taxista dijo algo. Creo que se quejaba del calor, aunque aún era

temprano y la mañana estaba fresca, pero probablemente lo hacía por costumbre y le decía lo mismo a todos sus clientes. De todas formas, no le presté atención. No podía hacer otra cosa que no fuese mirar por la ventanilla.

Amaba todo aquello. Ahora, cuando me iba, ahogado en ese sentimiento que rodea siempre cualquier partida, la incertidumbre de si algún día se regresará a lo que ahora se deja atrás, comprendía al fin lo mucho que amaba aquel lugar. Quería irme, me había prometido no volver más, pero ello no impedía que en aquel último instante comprendiese al fin, por encima de cualquier otra cosa, lo mucho que había significado y que significaría siempre aquella urbanización en mi vida.

Hacía muchos años que había observado aquellas calles desde la ventanilla trasera de otro coche. Entonces, había muchas menos casas y las altas palmeras que ahora recorrían las aceras apenas levantaban un palmo del suelo. No había aún ni señales de tráfico ni badenes en el asfalto para obligar a ir más despacio a los coches. Los hierbajos crecían salvajes en la mayoría de los solares y sólo de cuando en cuando se alzaba una casa. Éramos los pioneros. Pero yo sólo era un niño y estaba asustado.

Mi padre conducía el coche y en algún momento me miró a través del retrovisor y me preguntó qué me parecía todo aquello. La pregunta me sorprendió. Mi padre no solía preocuparse por mi opinión sobre las cosas. Me sentí importante. Estaba asustado y enfadado. No entendía porqué teníamos que dejar nuestra acogedora casa en la ciudad para mudarnos a un lugar tan inhóspito. Pero me gustó que mi padre me pidiese mi opinión y no quise defraudarle. Mi padre tenía ese poder. Conseguía que uno hiciese cualquier cosa con tal de no defraudarle, con tal de conseguir un mínimo reconocimiento por su parte. Así que me puse muy serio y le dije ejem, ejem, que me parecía un sitio muy interesante. Eso dije. A pesar de lo mucho que me gustaría luego, en aquel primer momento odiaba la idea de irme a vivir allí. Pero sólo dije aquella tontería: que era un sitio muy interesante. No sé si a mi padre le gustó aquella respuesta. Siguió conduciendo sin decir nada más y, la verdad, en el futuro fueron pocas las veces en que me pidió una opinión sobre algo.

Había crecido allí y quizás, a lo largo de los años, mis recuerdos se habían ido llenando de pequeños rencores y fracasos y frustraciones y desencantos. Pero ahora daba igual. Ahora todo eso quedaba a un lado. Aquél era el momento del adiós y, por encima de todo lo demás, en aquellas calles, me gustase o no, estaba mi vida y por muy lejos que me fuese, aquel escenario seguiría formando parte de mí y estaría siempre unido a todas aquellas risas y besos y palabras y miradas que se habían instalado para siempre en algún lugar a medio camino entre mi corazón y mi

memoria.

Me había resistido. Había observado todo aquello, durante todo el verano, con una mirada crítica. Pero en aquel último instante me daba cuenta de que lo único que había hecho era luchar por negarme la realidad. Y la realidad, la única realidad, parecía ser lo que ahora sentía. Pensé un millón de veces en decirle al taxista que parase, que diese media vuelta, que me quedaba. Y al segundo siguiente pensaba ya en decirle que se olvidase de los badenes y las señales de tráfico, que acelerase, que me sacase de allí cuanto antes. Amaba demasiado todo aquello para seguir allí. No era fácil de entender, ni siquiera para mí mismo, pero eso resumía mi estado de ánimo.

Pasé por delante de la calle de Paula y aún acerté a ver una esquina de su casa y el dolor surgió una vez más como un agujón clavado en las entrañas. No podía haberse ido para siempre. Seguía allí, en aquella esquina, justo por donde ahora giraba el taxi. Estaba sentada en su Vespino, con su cola de caballo y su camiseta de rayas rojas y azules y me miraba con sus grandes ojos pardos y me decía otra vez, una vez más, que yo era su mejor amigo, que sólo podía confiar en mí y que por eso me pedía que al menos yo entendiese porqué había cometido el error de irse al faro la noche anterior con un chico que ni siquiera le gustaba. Y yo le decía que entendía sus absurdos motivos, odiándome por no ser capaz de decirle lo que de verdad me hubiese gustado: que yo no quería ser su mejor amigo, que me importaba una mierda que confiase tanto en mí, que lo único que quería era que cometiese de una vez por todas el maldito error de irse conmigo al faro en lugar de con cualquier otro.

Hay algo en los primeros amores, en la encendida e ingenua pasión de la adolescencia, que los diferencia de todos los demás. Cuando uno se enamora antes de ser adulto, se entrega sin recato, quema las naves y se deja arrastrar por la corriente sin temor al futuro, probablemente porque uno cree que queda aún tanto por venir, tanto tiempo para volver a empezar, para curar las heridas y para olvidar que, pase lo que pase, no quedarán siquiera cicatrices. Pero ése es, precisamente, el peligro y el error. La falta de experiencia impide saber que hay heridas que no se cierran nunca y esos amores siempre enloquecidos, siempre inacabados, malgastados en besos robados y poemas simplones y fiestas de verano y falsas promesas de eternidad acaban convirtiéndose en cuentas pendientes que arrastramos el resto de nuestra vida, que recordamos con una mezcla de cariño y tristeza, como un pecado en la conciencia que pervive tanto por el placer que nos dió cometerlo como por la amargura que nos deja el haberlo cometido.

Eso sería siempre Paula para mí. Una herida abierta, una cicatriz que se hace sentir con el cambio de estaciones. Y el dolor, la nostalgia de Paula, no sería tanto por su muerte como por todo ese amor desperdiciado. Yo no había perdido a Paula el día que saltó al mar desde la rotonda del faro. Esa no era mi Paula. Yo la había perdido mucho antes. La perdí cuando era aún la adolescente bonita y popular y un poco alocada que todos, como yo, querían. La perdí poco a poco, a lo largo de todas aquellas noches sin sueño que fué nuestra adolescencia en las que ella aprendía a vivir y yo intentaba crecer sin tenerla a mi lado y sin que ninguno de los dos nos diésemos cuenta de que algo iba mal en todo aquello, de que por ese camino ella acabaría convirtiéndose en una sirena y yo acabaría observando una esquina de su casa a través de la ventanilla trasera de un taxi.

En ello pensaba cuando el taxista insistió en lo del calor. No le contesté. No sabía a qué se refería. En aquel momento, yo no sentía el calor. No sentía nada. Las voces de todos mis amigos sonaban en mi interior, se confundían en una voz única. Repetían las conversaciones de la noche anterior, las frases de despedida al terminar la cena que habían organizado en mi honor. Resonaban en mi cabeza todas aquellas palabras cargadas de compromisos que nunca se cumplirían. Escribe, llámanos, ven a vernos en Navidad, no dejes pasar otros diez años. Había que decirlo, aun a sabiendas de que no habría cartas ni llamadas de teléfono ni grandes fiestas de Fin de Año. Ellos lo sabían tan bien como yo. Pero nos besábamos y nos abrazábamos fingiendo que, tras apenas una pausa, continuaríamos juntos en aquel verano infinito. Escuchaba sus voces en mi interior y les veía allí, en las calles de la urbanización, en las ventanas de las casas, escondidos tras las palmeras. Pilar paraba el tráfico bailando su cuchi-cuchi y Elisa recorría las calles buscando como siempre a Edi, que habría desaparecido una noche más en su misteriosa vida del pueblo, y Pablo anunciaba de puerta en puerta a todo el que quisiese escucharle que había conocido a una chica estupenda, una monada, con la que pensaba casarse y con la que sería feliz para siempre jamás y Alfredo y Tesa se miraban el uno al otro desde la distancia, cada uno detenido en una acera, sabedores de que, después de todas las fiestas, ahora que la música había terminado, eran el uno al otro lo único que tenían. Allí estaban todos, cada uno con sus historias, convertidos todos en personajes de una única historia, la historia de aquellas calles que ahora recorría por última vez, la historia que a través del tiempo pasaría a formar parte del paisaje como las palmeras y las casas y todos esos bares cerrados esperando la noche y el faro solitario y el murmullo lejano del oleaje, atrapado todo ello en esa vida tan falta de sorpresas, tan cautiva del infinito como las imágenes congeladas de una fotografía.

Y allí estaba también la sonrisa de Meme. Una sonrisa para siempre. Con su dulzura y su punto de ironía. Me sonreía mientras los dos compartíamos un silencio sentados en la arena de la playa, mientras cenábamos en lados opuestos de una mesa, mientras bailábamos en la primera fiesta del verano, mientras me llevaba en su coche y mientras la besaba, con la fuerza, con la rabia, con la pena del que sabe que aquél será un beso solitario. Me sonreía en el último adiós. No será fácil que vuelva a verte, me decía su sonrisa y aquello no era una pregunta sino una afirmación. Meme fué la única que no me exigió vanos compromisos. Sólo me sonrió. Pero Meme no era Paula. Meme no era Tesa. Su sonrisa no te hacía enloquecer. Su sonreía prometía mucho más. Prometía toda una vida. Te hacía lamentar ser tan estúpido como para seguir soñando con la locura.

La imagen de Meme se alejó cuando levanté la mirada para ver aparecer, alejado de todos, perdido en alguna de las colinas que asomaban con timidez más allá de la urbanización, la figura de Jaime. En aquella última visión, volvía a ser apenas una silueta, una imagen distante de contornos poco precisos que sólo se podía imaginar pero nunca definir. Allí estaba. Solo. En aquella avalancha final de imágenes, en la que las personas y las voces se mezclaban y confundían, en la que el tiempo perdía su continuación lógica y se convertía en apenas un instante único e interminable, Jaime aparecía envuelto en una inmensa soledad. Siempre un paso más allá del resto del mundo, observándonos desde su ventana, desde la cima de un monte, desde una distancia que, por mucho que uno lo intentase, nunca se podía llegar a recorrer.

Desde aquella distancia, todo se confundía. Jaime era Jaime y era su sueño y no se podía distinguir lo uno de lo otro. Al final, después de todas aquellas historias, de todos los rumores, de todos los chismorreos y después también de todas las verdades en torno a Jaime, lo único que quedaba era el sueño. La juventud eterna, la felicidad absoluta, la vida convertida en una larga fiesta en la que todo el mundo se divierte sin otra preocupación que no sea que ni el champán ni la música terminen nunca. Daba igual la realidad. Eso era lo de menos para Jaime. Lo único importante era ese sueño.

Por eso me sentía incapaz de sacar ninguna conclusión final sobre él, incapaz de juzgarle. Porque en ese sueño no cabía ni la culpabilidad ni el error ni el daño que se pudiese causar a los demás. Tratar de juzgar a Jaime era la equivocación, tratar de reprocharle algo era tarea inútil. Porque él no había traicionado a Alfredo ni había desbaratado con una fantasía imposible la plácida existencia de Tesa, del mismo modo que, dijese lo que dijese, no podía ser culpable de ningún soborno o

corrupción o lo que fuese en sus negocios. No se le podía acusar de nada porque - y, ahora, en aquel momento final, podía comprenderlo - Jaime no actuaba impulsado por motivos terrenales, no perseguía ni la riqueza ni el poder ni el éxito social. Perseguía un sueño y en los sueños no caben ni los pecados ni las víctimas, no hay tiempo ni lugar para nada que no sea luchar por convertirlo en realidad.

El único error de Jaime había sido no saber que existía el fracaso. Jaime nunca había pensado que las cosas no pudiesen ser como él esperaba que fuesen. Ese era su gran error. En algún momento de su vida, había dibujado el escenario de su sueño y se había encaminado a lo largo de los años hacia ese escenario sin aceptar siquiera la idea de que podía no llegar a alcanzarlo nunca. Y en ese escenario estaba la urbanización que había conocido de niño y la bodega y el cortijo y estaba Edi trabajando a su lado y probablemente también estaba yo y, por supuesto, estaba Tesa, tan radiante, tan hermosa como él mismo, compartiendo el sueño con él. Pero, en el camino, algo no había salido según lo previsto. Edi había preferido perseguir su propio sueño y Tesa se había casado con Alfredo y yo me había escapado por la puerta de atrás y Jaime, cegado por el sueño, ni siquiera se había dado cuenta de nada de eso. Había seguido creyendo que todo era posible sin pensar que quizás, al menos quizás, la vida podía ser distinta a sus deseos. Sólo ahora, después de haber estado tan cerca de conseguirlo, después de aquellas semanas en que Tesa había estado a su lado, era cuando por fin había despertado.

Y, al despertar, se había quedado solo. Confundido con las sombras, a lomos de su flamante caballo, en lo más alto de una colina. Así le veía yo ahora. Y me preguntaba si también él mismo se veía así. Muy arriba y muy solo. Observando desde la cima un escenario que al final, después de todo el esfuerzo, después de tan larga espera, no era como siempre lo había imaginado.

Sentí pena por Jaime. Podría haber encontrado razones para condenarle o despreciarle del mismo modo que tenía también razones para envidiarle o admirarle. Pero sólo sentí pena, una profunda compasión. El champán y la música se habían terminado. El caballo preparado para Tesa dormitaba en las caballerizas y las habitaciones del cortijo seguían vacías. Y él estaba solo. A pesar de que aún tenía cercano el recuerdo, de que aún podía sentir la cercanía de la piel de Tesa y llenarse de su olor, el verano se había llevado consigo el sueño y sólo quedaba en su lugar un soplo de aire otoñal en la cima de una colina.

De pronto, me resultó injusta la idea de que nadie vería a Jaime como le veía yo en aquel momento. Murmurarían sobre él a sus espaldas. Hablarían de cómo había querido robarle la mujer a su amigo y se divertirían añadiendo una historia tan

sabrosa a la leyenda que ya le rodeaba, desmenuzando cada detalle, añadiendo un poco de fantasía aquí y allá. Y, a la vez, le seguirían adulando en su presencia, buscarían su compañía y su amistad en un afán por contagiarse de su éxito. Le tendrían, como él siempre había querido, un respeto revestido de temor. Pero nadie le vería como lo que realmente era: un niño lleno de ingenuidad, inocente y tal vez un poco caprichoso, atrapado para siempre en un sueño infantil tan romántico como imposible.

La silueta de Jaime en los campos lejanos se disolvió con suavidad y traté de ver qué había detrás, que había más allá de todas esas imágenes que el recuerdo y la despedida traían a mis ojos, en ese futuro que se escondía tras el horizonte, y no fui capaz de ver nada. Todo era vacío. El vacío dejado por Paula, por Tesa, por Jaime, por Edi, por todos los sueños rotos. Un vacío que poco a poco se iría llenando de nuevas imágenes que quizás sólo fuesen una repetición de las que ya se amontonaban en el pasado.

El taxi salió de la urbanización y al poco entró en las calles del Puerto y los rostros conocidos desaparecieron, lo imaginado dejó paso a lo real y, desde la ventanilla, contemplé la vida del pueblo invadido por una sensación de lejanía. Era como si yo no estuviese allí mismo, como si lo que veía desde el taxi no estuviese ocurriendo allí sino a miles de kilómetros de distancia. Tan lejano que ni siquiera me llegaban los sonidos. Sólo imágenes mudas de un mundo ajeno a mí. Una mujer barría la acera frente a la entrada de su casa, un camarero colocaba ordenadamente las sillas en torno a las mesas de una terraza, una pareja de turistas paseaban con la mirada dirigida hacia arriba como si buscasen monumentos en las azoteas de las casas, una madre le exigía a su hijo que dejase de llorar levantando un dedo amenazador, el encargado del tíovivo de la plaza sacaba brillo a los caballitos, un hombre demasiado viejo cargaba sobre su espalda un cajón de madera camino del puerto, una pareja de novios intercambiaban confidencias en un banco del parque...Y todos se movían despacio, convertidos en una película a cámara lenta, una película muda en la que mi taxi parecía ser lo único que conservaba su velocidad real, recorriendo las calles demasiado deprisa, como si el conductor quisiera impedirme retener en la memoria aquella última visión del pueblo.

Nos detuvimos en un semáforo y ví cruzar por delante del taxi a un padre y su hijo cogidos de la mano. El padre caminaba con paso firme y el hijo intentaba que no notase que le costaba mantener su ritmo sin rezagarse. Miré al padre y tuve ganas de decirle que mirase por un instante a su hijo, que se diese cuenta de que el pobre niño no podía seguir su paso.

El semáforo cambió y el taxi arrancó y me quedé mirándoles. Alcanzaban la acera contraria cuando el niño se volvió y nuestras miradas se encontraron. Tuve tiempo de dirigirle una sonrisa. No sé si me vió. El taxi hizo un giro y el niño dejó para siempre de existir.

Un calor del demonio, dijo el taxista. Sí, un calor del demonio, le contesté. Luego, le pagué, recogí mi equipaje y entré en la estación. Durante la espera, incluso cuando el tren llegó y subí y arrancó y la estación y las casas y toda una parte de mi vida empezaron a empequeñecer en la distancia, no volví a pensar en los amigos ni en lo mucho que amaba, lo dolorosamente que amaba todo aquello que ahora abandonaba.

Durante un tiempo, no sé porqué, sólo pude pensar en los ojos de aquel niño que recorría de la mano de su padre las calles del Puerto.

IX

Me eché para atrás en la silla, me froté los ojos con cansancio y me aflojé un poco el nudo de la corbata. Había sido un día largo. A través de la ventana de mi despacho podía ver el reflejo del sol deslizándose por la fachada acristalada del edificio de enfrente. La pálida luz del anochecer invernal me advertía del frío que debía hacer en la calle pero, al menos, por una vez no parecía que fuese a llover. Algo insólito en aquel mes de Febrero que había sido un continuo aguacero.

Puse a un lado las carpetas con los expedientes que aún estaban pendientes de revisión, cogí el teléfono y pulsé la tecla que me comunicaba con mi secretaria.

- ¿Ha llamado alguien en este rato?

Le había pedido que no me pasara llamadas para poder concentrarme en los papeles. Tenía un juicio al día siguiente y no acababa de verlo claro. No es que fuese demasiado complicado. Los asuntos que llevaba en este nuevo bufete eran más o menos los mismos que había llevado en el bufete en que había trabajado hasta antes del verano. Tenía ya experiencia suficiente como para poder salir adelante aunque no hubiese preparado del todo el caso. Pero, al fin y al cabo, llevaba sólo cinco meses en el nuevo trabajo y aún me preocupaba por no quedar mal ante mis jefes.

La secretaria contestó tras consultar sus notas.

- Nada. Sólo ha llamado la señorita Alicia para confirmar que la cena es por fin a las nueva y media y que serán en total seis personas.

Dejé escapar un bufido. Se me había olvidado la maldita cena.

- Gracias - le dije a la secretaria - Puede irse a casa si quiere.

Colgué el teléfono y eché un desesperanzado vistazo a las carpetas con los papeles que aún quería revisar. Tendría que llevármelas a casa y verlas al volver de la cena. O verlas en casa de Alicia, cuando ella se hubiese quedado dormida, si es que acababa yéndome con ella.

Calibré aquélla última posibilidad por un instante y decidí rápidamente que no, que no me iría a su casa ni la propondría venirse a la mía después de la cena. Tenía trabajo que hacer y un juicio a la mañana siguiente, así que nada de alegrías nocturnas. Pero, al instante, me reí de mí mismo, porque estaba seguro de que acabaría cediendo a la tentación y proponiéndole a Alicia que pasáramos la noche juntos.

Había empezado a salir con Alicia hacía poco más de dos meses pero nuestra relación había avanzado más deprisa de lo que yo mismo hubiese querido. Estábamos ya en ese punto en el que uno empieza a tener un cepillo de dientes y una muda de ropa en casa del otro y ni siquiera sabía cómo habíamos llegado a alcanzar tan deprisa ese grado de relación. No estaba muy seguro de lo que sentía por ella. Me gustaba, evidentemente. Me divertía con ella, tanto en público como en la intimidad. Pero si hubiese tenido que afrontar la cuestión directamente no sería capaz de asegurar que estaba enamorado de ella ni que realmente desease un futuro a su lado más allá de lo que ahora teníamos. Así que, para evitar problemas, lo que hacía era no afrontar esa cuestión. Dejé que ella trajese a mi apartamento el cepillo de dientes y no dije nada cuando ella me compró uno para tenerlo en su piso. Acepté también tener en casa su ropa y me autojustifiqué con razones de mera comodidad para tener yo ropa en la suya. Pero en ningún momento nos paramos a comentar ninguno de los dos lo que todo eso significaba y, aunque a veces tenía la sensación de que los acontecimientos se precipitaban sin hacer nada por controlarlos, dejaba pasar el tiempo sin hacer tampoco nada por ponerles freno.

Me sentía a gusto y, en aquel momento de mi vida, eso era suficiente como para dejarme llevar sin plantearme demasiado las cosas. Además, como digo, si bien hablar de amor me resultaba excesivo, sí era cierto que Alicia me gustaba. Nos había presentado un amigo común. Ella tenía veinticinco años, era periodista y se sentía muy orgullosa con un empleo discretamente remunerado y escasamente relevante aún en un periódico de los grandes. No era difícil imaginarla en sus años universitarios como una de esas chicas progres que no se arreglan demasiado y que se apuntan con ardiente ingenuidad a todo tipo de causas perdidas. La entrada en el mundo profesional la había situado en un punto intermedio en el que se debatía constantemente entre las utopías de universitario y el realismo de la vida adulta, entre los vaqueros gastados y el traje de chaqueta, y era precisamente esa lucha interna, esa mezcla de ingenuidad y ambición, todas sus contradicciones y sus ideales, lo que le daba su atractivo. A pesar de que tampoco nos llevábamos tantos años de diferencia, Alicia me hacía sentir joven y eso era lo que más me gustaba de ella. No era capaz de imaginar a dónde nos llevaría el futuro pero, en aquel momento, el futuro me parecía lo menos importante.

Si miraba atrás, a aquellos últimos meses posteriores al verano, me daba cuenta de que, en realidad, Alicia era lo único en que había cambiado mi vida desde el invierno anterior. El ejercicio de reflexión sobre hacia dónde quería dirigir mi vida en que pretendí convertir mi regreso al Puerto y a la urbanización no había servido de

mucho. Vivía en el mismo apartamento que antes y había aceptado la oferta de un antiguo compañero de carrera para incorporarme a un bufete de abogados muy semejante al que había abandonado antes del verano.

El paso por la urbanización y todo lo ocurrido me habían hecho regresar a Madrid ahogado en la resignación, vencido por la sensación de que, por mucho que se luchase, por mucho que uno se quisiese rebelar, el pasado y el destino se aliaban siempre para atraparte en una red impenetrable de compromisos, necesidades y obligaciones de las que uno no podía ya huir por más que lo pretendiese. Sólo Alicia y su juventud y su optimismo y sus ganas de vivir y los mil sueños aún intactos que rondaban siempre por su cabeza y la sencillez con que me los contaba, como si todo, la mayor locura, fuese posible, me habían devuelto la fe en que aún quedaba una oportunidad. Por eso me aferraba a ella como a un bote salvavidas, dispuesto a dejarme llevar por la corriente a cualquier orilla a la que me quisiese dirigir. Alicia me había hecho renovar mis esperanzas y es sólo la esperanza lo que diferencia a los vivos de los muertos.

No pensaba demasiado en lo ocurrido aquel verano. Luchaba por no hacerlo. A veces, cuando estaba a solas, en el silencio de la noche, aparecían todas esas preguntas que habían quedado sin respuesta. Me preguntaba qué camino habrían tomado para reconstruir las sagradas apariencias. A veces, reaparecían también los fantasmas. Los recuerdos dolorosos que nunca se irían del todo asomaban por detrás de la vida cotidiana y, en esos momentos, me agarraba con desesperación a la rutina que representaban Alicia y el trabajo y las cenas con amigos y toda esa seguridad que ofrece la vida previsible y que ayuda a devolver las imágenes de todo lo que ya es imposible a ese oscuro rincón interior en que se han alojado para siempre.

Estaba a punto de levantarme para irme cuando sonaron dos golpecitos discretos en la puerta de mi despacho. Era mi secretaria.

- Disculpe, don Emilio - me dijo - Le traigo el correo de la tarde. No se lo he dado antes para no interrumpirle.

Asentí y me entregó un montoncito de sobres que dejé sin mirar sobre las carpetas de expedientes.

- Hasta mañana, don Emilio. No olvide su cita a las nueve treinta.

- Hasta mañana.

Cuando volví a quedarme solo, miré el reloj. Eran las nueve y cinco. Me desperecé con desidia. Lo peor de Alicia era lo mucho que le gustaba quedar para cenar con sus compañeros de profesión. No entendía porqué yo no hacía lo mismo

con mis colegas y estoy seguro de que me consideraba una especie de bicho raro por mi escaso interés por la vida social. Cuando intentaba escapar de sus continuos planes de almuerzos, cenas y fines de semana con todo tipo de gente, me acusaba de vejez prematura y no se creía mi argumento de que lo que de verdad me apetecía era estar a solas con ella.

Me levanté y me asomé a la ventana y contemplé unos instantes el tráfico, denso aún, de la Castellana. El mundo, allí abajo, tan lejos, era un lugar oscuro e incierto, un complejo laberinto apenas iluminado por las luces de los coches y los anuncios de neón. Me alivió no formar parte de él y deseé poder seguir allí, contemplándolo desde las alturas, en lugar de bajar a unirme a toda aquella gente anónima que, cada uno con su propia historia, cada uno con sus secretos y sus deseos, conformaban lo que conocemos por realidad.

Me sentía invadido por una plácida pereza. Regresé junto a la mesa y abrí con desgana mi maletín para meter todo lo que me tenía que llevar. Aparté el correo que me acababa de entregar la secretaria y fuí colocando, con deliberada lentitud, las carpetas en el interior del maletín. Sabía que iba a llegar tarde a la cena, pero me daba igual. Que empezasen con sus reiterativas conversaciones sobre los asuntos de actualidad sin mí. Aquella noche no me apetecía colaborar en arreglar el mundo.

Una vez lo hube preparado todo para irme, mis ojos volvieron a encontrarse con el montoncito de cartas. Estuve tentado de dejarlo para el día siguiente pero al final opté por perder otro poco de tiempo. Cogí las cartas. Todas eran recibos o publicidad. Todas menos una.

Era un sobre estrecho y de color crema con el destinatario escrito con una pulcra caligrafía femenina. Al leer el remite, me vino a la memoria aquella otra carta, la carta de Jaime con que había empezado todo. Y al recordarlo regresó también, tan deprisa como si nunca se hubiese ido, el dolor, el vacío, la soledad que había sentido al saber lo ocurrido con Paula. Todos esos fantasmas que luchaba por arrinconar saltaron a la vez sobre mí al contemplar la carta que ahora tenía en mis manos.

Pensé en no abrirla. Me planteé la posibilidad de tirarla a la basura y olvidarme de ella y marcharme a la cena y seguir con mi vida, tal y como me había propuesto desde el final del verano. Pero no lo hice. Abrí la carta y no fué ni por curiosidad ni por la esperanza de que la misma me aclarase las últimas dudas. La abrí solamente para no sentirme un cobarde. Para demostrarme que era capaz de mirar atrás y, a pesar de ello, seguir adelante.

La carta era de Tesa. La abrí allí, de pie en medio del despacho, y la leí con lentitud, dejándome llenar por cada una de sus palabras.

“Querido Emilio:

Ojalá estés tan sorprendido de recibir esta carta como lo estoy yo de escribírtela. Dándole vueltas a un millón de cosas, de pronto me he acordado de tí y del verano pasado y me he preguntado dónde estarías ahora mismo y qué estarías haciendo y he pensado que a lo mejor, precisamente ahora, tú también te estabas acordando de mí y te apetecía saber cómo le iban las cosas a esta vieja amiga tuya.

Bueno, pues aquí estoy, sentada en el porche de casa, en una de esas tardes que parecen no terminarse nunca, con un jersey gordo, unas cómodas zapatillas y disfrutando del fresco y del silencio. El niño aún no ha vuelto del colegio y Alfredo tampoco ha llegado aún del trabajo y me encantan estos últimos minutos de silencio y de paz antes de que lleguen, en los que tengo toda la casa para mí. Hay veces que me asusta estar sola. Me parece como si no fuese a volver a ver a nadie nunca más, como si fuese a seguir sola el resto de mi vida. Pero otras veces, como hoy, me siento como si el mundo entero me perteneciese y el tiempo no existiese y la vida se hubiese parado un momentito para dejarme disfrutar de esta soledad.

Creo que si sigo escribiéndote estas tonterías o no te enviaré la carta (¿podré conseguir a través de alguien tu dirección para que te llegue?) o pensarás que, como corresponde a mis años, empiezo a estar senil y a desvariar. Pero, no sé, no me apetece escribirte la típica carta llena de noticias sobre unos y otros. Supongo que más o menos estarás enterado de lo más llamativo. Ya te habrá contado alguien el nuevo proyecto empresarial de Alfredo, ¿no? Bueno, pues sigue entusiasmado dirigiendo la cooperativa ésa que creó con un grupo de pequeños viticultores de la zona y que (según dice él, aunque me cuesta creerlo) pronto le estará haciendo la competencia nada menos que a Bodegas España. Sigue siendo un apasionado del trabajo, ya sabes. Y, por supuesto, habrás recibido ya la invitación para la boda de Meme con el tonto ése de Javi Moliner. En fin, ella sabrá lo que se hace. En todo caso, tienes que aprovechar la boda para venir y así nos veremos, saldremos por ahí, tendremos tiempo para charlar y pondré contarte detalladamente los últimos escándalos.

Pero no te aburriré con una crónica social. Sólo te daré una noticia que quizás no sepas. La noticia es que te he mentido. Quiero decir, que no estoy realmente sola aquí. Hay alguien más. Siéntate para leerlo. Es una persona pequeña que, aunque no puedo verla aún, estoy seguro de que debe ser lo más bonito del mundo.

Y, si el médico no se ha equivocado en la última ecografía, te diré además

que es una niña.

Sorprendido, ¿verdad? Aquí está. Dentro de mí ¿Puedes creértelo, Emilio? Lleva conmigo desde este verano y me muero por tenerle por fin en mis brazos. A veces, cuando estamos las dos solas, como ahora, hablo con ella y le digo lo mucho que deseo verla, le digo que estoy segura de que será la niña más guapa que nadie pueda imaginar y que algún día traerá a todos los chicos de la urbanización de cabeza y que tiene que ser muy lista para saber tomar sus propias decisiones y a la vez muy tonta para saber ser feliz sin preocuparse demasiado por nada.

Una niña, Emilio. Me hace tan feliz saber que, después de todo lo ocurrido, va a quedar para siempre algo de ese largo y extraño verano y, aunque sé lo que estarás pensando, aunque sé que quizás no sea lo correcto, esta niña me llena de felicidad. Yo creo, Emilio, que es una forma de justicia que está más allá de nuestro control y que, al fin y al cabo, es también merecido que el verano me haya dejado este regalo a cambio de todo aquello a lo que he tenido que renunciar.

Por si te lo estás preguntando, te diré que Alfredo y yo hemos hablado mucho del asunto y sé lo difícil que para él es todo esto y las heridas que aún tendrán que cerrarse y lo mucho que aún nos va a costar superarlo, pero te diré también que, por encima de todo, Alfredo es feliz porque me ve a mí feliz y, como él mismo dice, eso es lo único que le importa.

Alfredo es un hombre bueno, Emilio.

Y tiene razón: eso es lo único importante. Lo demás da igual. Sólo importa la felicidad, ese poco de felicidad que, en medio de todas las cosas tristes, se consigue a veces y a la que uno debe agarrarse con todas sus fuerzas para no dejarla escapar.

Caen unas gotas de lluvia en el jardín. Creo que voy a meterme en casa para no coger frío. No sería bueno para la niña. Ahora, lo único que quiero hacer es protegerla, cuidarla, llenarla de cariño, dedicar el resto de mi vida a la belleza que su padre y yo hemos creado juntos.

Te dejo, Emilio. Espero que también tú encuentres ese poco de felicidad.

“

Cuando hube terminado de leer la carta, la dejé sobre la mesa y volví a asomarme a la ventana.

Sólo pensé que, al final, un círculo se cerraba. Lo que había comenzado con otra carta, concluía ahora con ésta. Volví a observar el tráfico y luego levanté la mirada y la perdí, por encima de los edificios que me rodeaban, en algún punto

indeterminado de la oscuridad del cielo.

Me sentí aliviado. No, aquella noche no parecía que fuese a llover. Y recordé que debía darme prisa, que se me estaba haciendo demasiado tarde para la cena.

Otros libros del autor disponibles en Kindle Amazon:

-LOS NAUFRAGOS DE LA PLAZA MAYOR